



la larga huida del infierno
MARILYN MANSON
& NEIL STRAUSS

Lectulandia

La larga huida del infierno (The Long Hard Road Out of Hell) es la autobiografía de Marilyn Manson, líder de la banda homónima. El libro fue publicado el 14 de febrero de 1998 y escrito con la ayuda de Neil Strauss como escritor fantasma.

Relata la vida de Manson desde que era un niño hasta los eventos del polémico *Dead to the World Tour*. También habla sobre los fetiches de su abuelo, incluyendo el bestialismo y el sadomasoquismo, influenciando la formación de Marilyn Manson and the Spooky Kids, y la grabación de *Antichrist Superstar*. Sus últimas páginas son el diario de la banda durante la gira, documentando eventos en los camerinos y las reacciones de la gente. El libro también incluye numerosas referencias hacia su vida de drogas, sexo, y relaciones disfuncionales que atribuye como causas a su *statu quo*. También presenta sus trabajos periodísticos, incluyendo un artículo sobre una *dominatrix* que entrevistó para *25th Parallel*.

Lectulandia

Marilyn Manson

La larga huida del infierno

ePub r1.1
RLuII 20.01.16

Título original: *The long hard road out of hell*

Marilyn Manson, 1998

Traducción: Mireia Porta i Arnau

Ilustraciones: Sigismondi Floria, Dean Karr, Joseph Cultice, Jeffery Weiss, Jim Lanza, Gene Shaw, Blanche Barton, Myk Mishoe, Monét Mazur, Melissa Auf Der Maur, Bob Mussell, Allen Mandelbaum (ilustración del *Infierno* de Dante)... resto de fotos cortesía de la colección del autor

Diseño de cubierta: P. R. Brown

Editor digital: RLull

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Barb y Hugh Warner

*Que Dios les perdone
por haberme traído a este mundo.*

Parte 1: CUANDO ERA UN GUSANO

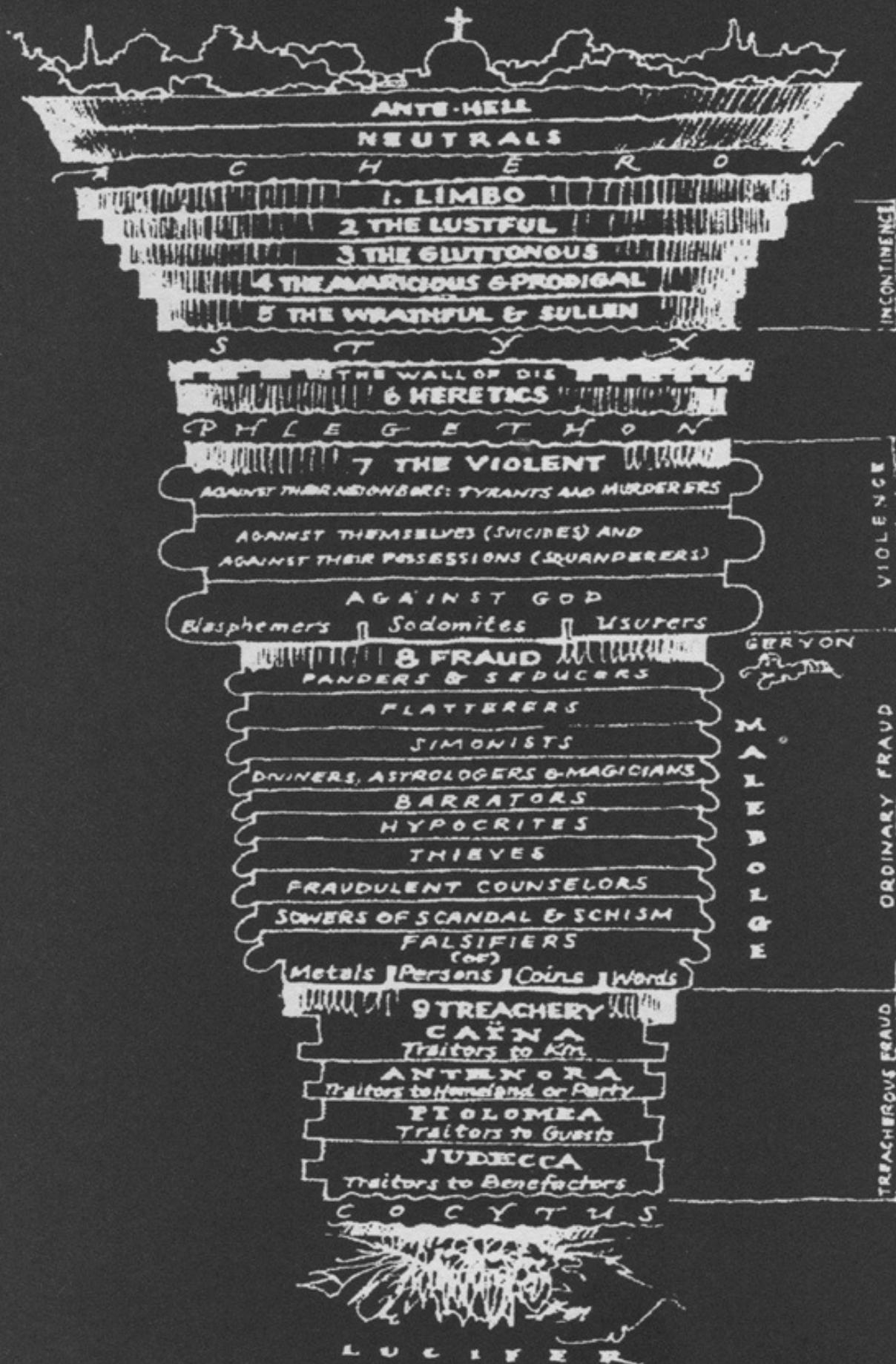
1. El hombre que temes
2. Para todos aquellos a punto de *rockear*, les suspendemos
3. Adolescente curioso
4. El camino al Infierno está pavimentado con amables cartas de rechazo
5. No nací con suficientes dedos medios

Parte 2: DEFORMOGRAFÍA

6. *The Spooky Kids*
7. Sucia estrella del *rock*
8. Para toda la gente que no murió
9. Las reglas
10. Todo para nada
11. Vamos a ver al Mago
12. Abuso, parte 1 y 2
13. Conociendo a los fans

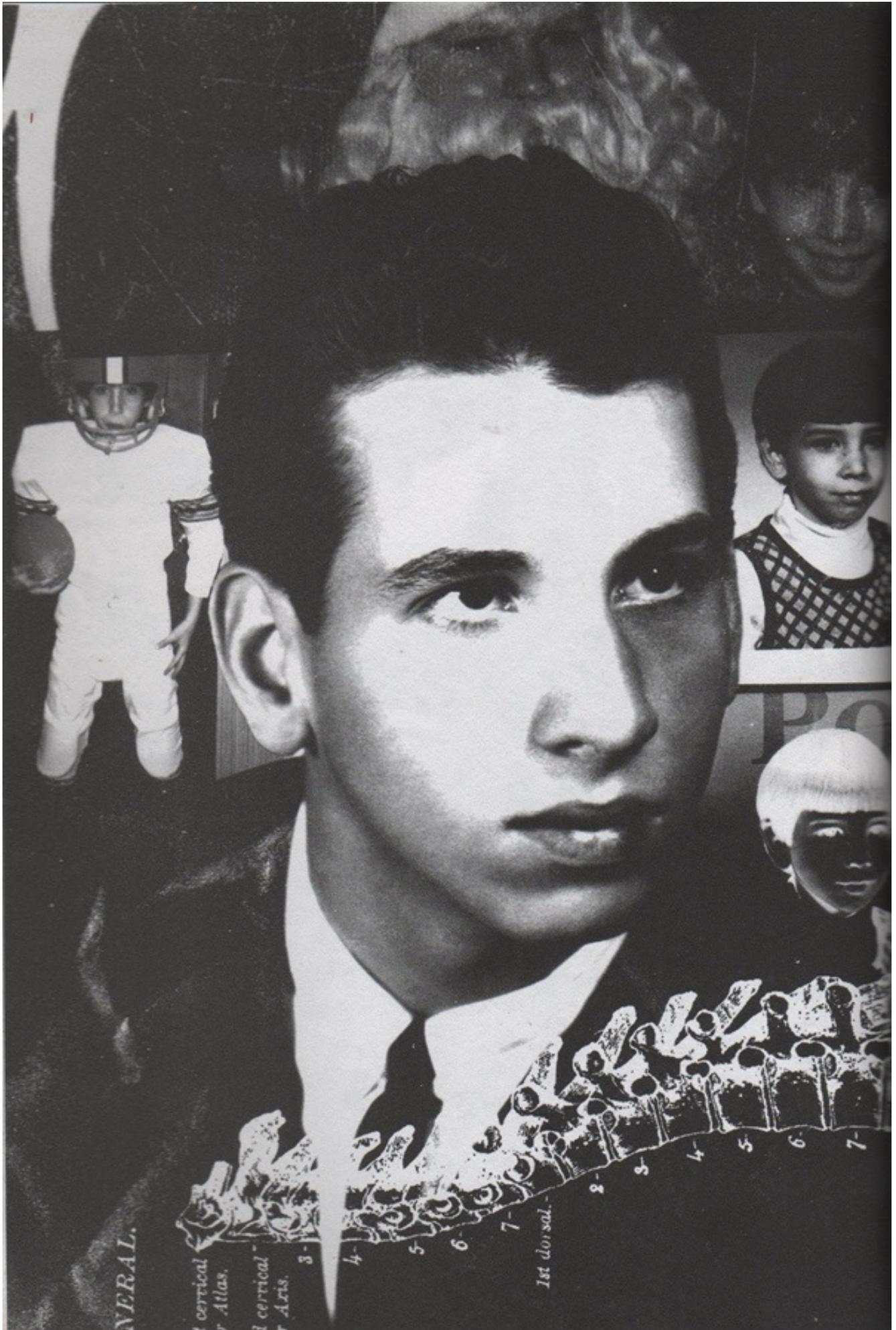
Parte 3: CÓMO OBTUVE MIS ALAS

14. El Dios Reflectante (Sueños)
15. *Antichrist Superstar*
16. Cincuenta millones de cristianos llorones no pueden estar equivocados



Parte I
Cuando era un gusano





EL HOMBRE QUE TEMES

«Entre todas las cosas que pueden ser contempladas bajo la concavidad de los cielos, nada es visto que sacuda más el espíritu humano, que embelese más los sentidos, que provoque más terror o admiración que los monstruos, prodigios y abominaciones a través de las cuales vemos los trabajos de la naturaleza invertidos, mutilados o truncados».

—Pierre Boaistuau, *Histories Prodigieuses*, 1561

CÍRCULO UNO: LIMBO

Para mí el infierno era el sótano de mi abuelo. Apestaba como un baño público, y estaba casi igual de sucio. El húmedo suelo de cemento estaba cubierto con latas de cerveza vacías y todo estaba envuelto con una película de grasa que probablemente no había sido limpiada desde que mi padre era un niño. Accesible solamente a través de unas destartaladas escaleras de madera fijadas a una tosca pared de piedra, el sótano estaba prohibido para todos excepto mi abuelo. Éste era su mundo.

Colgando de la pared había una pera para enemas de color rojo descolorido, símbolo de la confianza equivocada que Jack Angus Warner tenía en el hecho de que ni siquiera sus nietos se atreverían a pasar. A su derecha había un deformado gabinete, dentro del cual había una docena de viejas cajas de condones genéricos a punto de desintegrarse; una lata oxidada de *spray* desodorante femenino; un puñado de esas cubiertas de látex para dedos que usan los doctores para exámenes proctológicos; y un Fraile Tuck de juguete que mostraba una erección cuando su cabeza era presionada hacia abajo. Debajo de las escaleras había un estante con alrededor de diez latas de pintura las cuales, después descubrí, contenían 20 cintas porno de 16 milímetros cada una. Coronándolo todo había una pequeña ventana cuadrada —parecía un vitral, pero en realidad estaba cubierto con un limo gris— y mirar a través de ella era como observar hacia la oscuridad del infierno.

Lo que más me intrigaba del sótano era la mesa de trabajo. Era vieja y toscamente construida, como si hubiese sido hecha hace siglos. Estaba cubierta de peluche naranja oscuro que parecía el cabello de una muñeca Raggedy Ann, excepto que

había sido manchado de años de tener herramientas sucias encima. Un cajón había sido torpemente construido en ella, pero siempre estaba bajo llave. En las vigas del techo había un espejo barato de cuerpo completo, de los que tienen marco de madera para ser clavado en la puerta. Pero estaba clavado al techo por alguna razón —yo solo podía imaginarme el porqué. Aquí fue donde mi primo, Chad, y yo empezamos nuestras diarias y progresivamente más atrevidas intrusiones dentro de la vida secreta de mi abuelo.

Yo era un escuálido muchacho de 13 años, pecoso y con un corte de hongo cortesía de las tijeras de mi madre; él era un delgado muchacho de 12 años con pecas y dientes de conejo. No queríamos nada más que llegar a ser detectives, espías o investigadores privados cuando creciéramos. Fue mientras tratábamos de desarrollar las habilidades requeridas para el espionaje cuando fuimos expuestos por primera vez a toda esta iniquidad.

Al principio, todo lo que queríamos hacer era escabullirnos en el sótano y espiar al abuelo sin que él lo supiera. Pero una vez que empezamos a descubrir todo lo que había escondido ahí, nuestros motivos cambiaron. Nuestras incursiones dentro del sótano al volver de la escuela se convirtieron en parte unos muchachos adolescentes queriendo encontrar pornografía para masturbarse y en parte una mórbida fascinación por nuestro abuelo.

Casi todos los días hacíamos nuevos y grotescos descubrimientos. Yo no era muy alto, pero si me balanceaba con cuidado en la silla de madera de mi abuelo podía alcanzar el espacio entre el espejo y el techo. Ahí encontré una pila de fotos de bestialismo en blanco y negro. No eran de revistas: eran fotografías individualmente numeradas que parecían escogidas de un catálogo que las enviaba por correo. Eran fotos de principios de los setenta de mujeres montando penes gigantes de caballos y chupando penes de cerdos que parecían suaves sacacorchos de carne. Yo había visto *Playboy* y *Penthouse* antes, pero estas fotografías eran de otra categoría totalmente diferente. No era sólo que fueran obscenas. Eran irreales —todas las mujeres mostraban una inocente sonrisa infantil mientras se la chupaban y follaban a estos animales.

También había revistas fetichistas como *Watersports* y *Black Beauty* escondidas detrás del espejo. En vez de robar la revista completa, con una navaja cortábamos cuidadosamente ciertas páginas. Después las doblábamos en pequeños trozos y las escondíamos debajo de las grandes rocas blancas que rodeaban la entrada al porche de la casa de mi abuela. Años después, regresamos a buscarlas, aún estaban ahí —pero raídas, deterioradas y cubiertas de lombrices y babosas.

Una tarde de otoño mientras Chad y yo estábamos sentados en el comedor de mi abuela después de un día particularmente aburrido en la escuela, decidimos averiguar qué había dentro del cajón de la mesa de trabajo. Siempre obstinada en atiborrar a su familia de comida, mi abuela, Beatrice, nos forzaba a comer pastel de carne y gelatina que parecía estar hecho principalmente de agua. Ella venía de una rica familia y tenía

toneladas de dinero en el banco, pero era tan avara que trataba de hacer que una sola caja de gelatina durara meses. Ella solía usar medias enrolladas hasta los tobillos y extrañas pelucas grises que obviamente no le favorecían. La gente siempre me decía que me parecía a ella porque ambos éramos delgados y teníamos la misma estrecha estructura facial.



Nada en la cocina había cambiado durante el tiempo que pasé ahí ingiriendo su repugnante comida. Sobre la mesa colgaba una fotografía amarillenta del Papa dentro de un marco barato de latón. Un imponente árbol familiar que rastreaba a los Warner hasta Alemania y Polonia, donde eran llamados los Wanamaker, estaba en la pared cercana. Y coronándolo todo había un gran crucifijo hueco de madera con un Cristo dorado encima, una hoja muerta de palma envuelta a su alrededor y una tapa deslizante que escondía una vela y un vial con agua bendita.

Bajo la mesa de la cocina había un conducto de calefacción que conducía hasta la mesa de trabajo en el sótano. A través de él, podíamos oír a mi abuelo carraspear y toser ahí abajo. Tenía su radio de onda corta encendida, pero nunca hablaba por ella, sólo escuchaba. Había sido hospitalizado con cáncer de garganta cuando yo era muy pequeño y, hasta donde recuerdo, nunca oí su verdadera voz, sólo el mellado ronquido que forzaba a través de su traqueotomía.

Esperamos hasta que lo oímos salir del sótano, abandonamos nuestro pastel de carne, tiramos nuestra gelatina dentro del conducto de la calefacción y nos aventuramos hacia el sótano. Pudimos oír a nuestra abuela llamándonos inútilmente: “¡Chad! ¡Brian! ¡Limpiad los platos!”. Tuvimos suerte de que lo único que hizo esa tarde fue gritar. Usualmente, si nos atrapaba robando comida, contestando o haciendo

el vago, éramos forzados a hincarnos sobre un palo de escoba indefinidamente entre 15 minutos y 1 hora, lo cual tuvo como resultado unas rodillas permanentemente lastimadas y costrosas.

Chad y yo trabajamos rápida y calladamente. Sabíamos lo que teníamos que hacer. Mientras recogíamos del suelo un destornillador oxidado, rezamos por que el cajón de la mesa de trabajo se abriera lo suficiente como para que pudiéramos echar una vistazo dentro. Lo primero que vimos fue celofán; toneladas de celofán, enrollado alrededor de algo. Chad empujó el destornillador más adentro del cajón. Había cabello y encaje. Él hizo cuña con el destornillador aún más, y yo tiré hasta que el cajón cedió.

Lo que descubrimos eran corsés, sujetadores, *slips* y bragas —y muchas pelucas de mujer enmarañadas con el cabello tieso y sucio. Comenzamos a desenvolver el celofán, pero tan pronto como vimos lo que escondía, dejamos caer el paquete al suelo. Ninguno de nosotros quería tocarlo. Era una colección de *dildos* con ventosas en la parte inferior. Tal vez fue porque yo era muy joven, pero parecían enormes. Y estaban cubiertos de un limo endurecido color naranja oscuro, como la costra gelatinosa que se forma alrededor del pavo cuando es cocinado. Más tarde dedujimos que era vaselina vieja.

Obligué a Chad a envolver los *dildos* y ponerlos de vuelta en el cajón. Ya habíamos explorado bastante ese día. Justo cuando tratábamos de cerrar el cajón de nuevo, la perilla de la puerta giró. Chad y yo quedamos paralizados por un momento, después cogió mi mano y se metió debajo de una mesa de contrachapado sobre la cual mi abuelo tenía sus trenes de juguete. Estuvimos justo a tiempo de escuchar sus pasos cerca del final de la escalera. El suelo estaba cubierto de accesorios para trenes de juguete, en su mayor parte pinos de juguete y nieve falsa que me hizo pensar en *donuts* glaseados hechos polvo. Los pinos de juguete nos pinchaban las manos, el olor era nauseabundo y respirábamos pesadamente. Pero el abuelo no pareció notarnos ni al cajón medio abierto. Le oímos caminar por la habitación, resollando a través del agujero en su garganta. Hubo un clic, y sus trenes de juguete empezaron a hacer ruido a lo largo de la vía. Sus zapatos negros de charol aparecieron en el suelo justo enfrente de nosotros. No alcanzábamos a ver más allá de la altura de sus rodillas, pero sabíamos que estaba sentado. Lentamente sus pies empezaron a rascar contra el suelo, como si estuviera balanceándose violentamente en su asiento, y su resuello se volvió mas ruidoso que los trenes. No puedo pensar en ninguna forma de describir el ruido que salía de su inservible laringe. La mejor analogía que puedo ofrecer es una vieja y descuidada podadora de césped tratando de arrancar. Pero viniendo de un ser humano, era un sonido monstruoso.

Después de diez incómodos minutos, una voz llamó desde arriba de las escaleras. “¡Por el amor de Dios!”. Era mi abuela, y evidentemente había estado gritando largo rato. El tren se detuvo, los pies se detuvieron. “Jack, ¿qué estás haciendo ahí?”, gritó.

Mi abuelo le ladró a través de su traqueotomía, molesto. “Jack, ¿puedes ir a

Heinie's?, se nos ha terminado el refresco”.

Mi abuelo ladró de nuevo, esta vez aún más molesto. Permaneció inmóvil por un momento, como decidiendo si ayudarla o no. Entonces lentamente se levantó. Estábamos a salvo, por el momento.

Después de ocultar lo mejor que pudimos el forzado que habíamos hecho al cajón de la mesa de trabajo, Chad y yo corrimos escaleras arriba y hacia el pasillo, donde Chad y yo guardábamos nuestros juguetes. Juguetes que en este caso eran un par de pistolas y municiones. Además de espiar a mi abuelo, la casa tenía otras dos atracciones: el bosque cercano, donde nos gustaba disparar a los animales, y las chicas del vecindario, con las cuales intentábamos tener sexo pero nunca tuvimos éxito hasta mucho después.

A veces íbamos al parque de la ciudad justo pasando el bosque y disparábamos a los niños pequeños que jugaban a *football*. Hasta el día de hoy, Chad aún tiene munición alojada bajo la piel del pecho, porque cuando no encontrábamos ningún otro blanco nos disparábamos entre nosotros. Esta vez, nos mantuvimos cerca de la casa y tratamos de derribar pájaros de los árboles. Era malévolo, pero éramos jóvenes y no nos importaba. Esa tarde buscaba sangre y, desafortunadamente, un conejo blanco se cruzó en nuestro camino. La emoción de dispararle era inconmensurable, pero entonces fui a examinar el daño. Aún estaba vivo y la sangre manaba de su ojo, empapando su blanco pelaje. Su boca se abría y cerraba lentamente, tomando aire en un último y desesperado intento de vivir. Por primera vez, me sentí mal por un animal al cual le había disparado. Tomé una gran roca plana y terminé su sufrimiento con un sonoro y rápido golpe. Estaba a punto de aprender una lección aún mas dura sobre matar animales.



Corrimos de regreso a casa, donde mis padres estaban esperándonos fuera en un Cadillac Coupe de Ville café, la alegría y orgullo de mi padre desde que se asentó en un trabajo como gerente en una tienda de alfombras. Él nunca entraba en casa a buscarme a menos que fuera absolutamente inevitable, y raramente hablaba con sus padres. Usualmente sólo esperaba inquieto fuera, como si temiera revivir lo que sea que haya experimentado de niño en esa casa.

Nuestro apartamento Duplex, tan sólo a unos minutos de distancia, no era menos claustrofóbico que la casa del abuelo y la abuela Warner. En vez de dejar su casa cuando se casó, mi madre trajo la casa de sus padres a Canton, Ohio. Así que ellos, los Wyer (mi madre nació como Barb Wyer), vivían en la puerta de al lado. Gente buena de campo (mi padre los llamaba palurdos) de West Virginia, su padre era mecánico y su madre una obesa ama de casa cuyos padres solían encerrar en el closet.

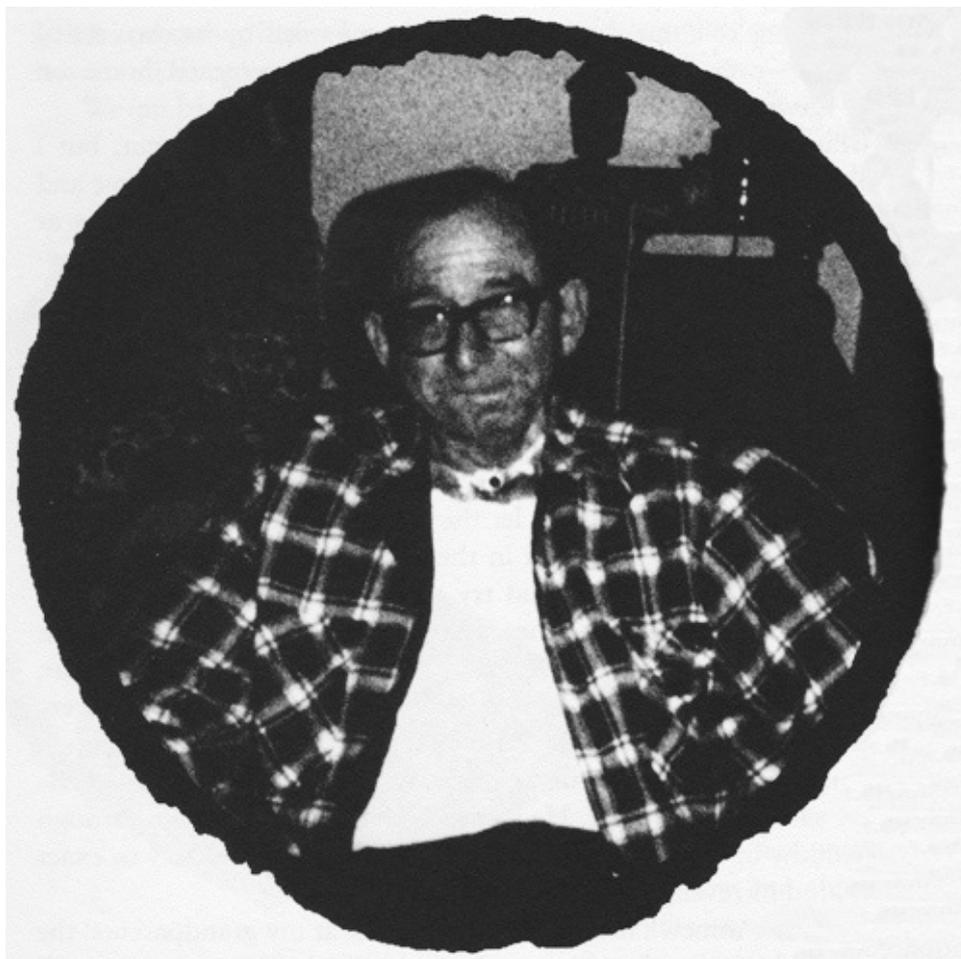
Chad cayó enfermo, así que no fui a casa de los padres de mi padre durante una semana. Aunque estaba asqueado y asustado, mi curiosidad sobre mi abuelo y su depravación aún no había sido satisfecha. Para matar el tiempo mientras esperaba a reanudar la investigación, jugaba en el patio trasero con Aleusha, de alguna forma mi única amiga verdadera además de Chad. Aleusha era una perra Alaska del tamaño de un lobo y reconocible por sus ojos de distinto color: uno era verde, el otro era azul. El jugar en casa, sin embargo, venía acompañado de su propio conjunto de paranoias, ya que mi vecino, Mark, había regresado a casa de la escuela militar el día de gracias.

Mark era un muchacho gordinflón con un rubio y grasoso peinado de hongo, pero yo le respetaba porque era tres años mayor que yo y estaba mucho más loco. A menudo lo veía en su patio trasero lanzándole rocas a su pastor alemán o metiéndole varas por el trasero. Empezamos a andar juntos cuando yo tenía ocho o nueve años, principalmente porque él tenía televisión por cable y a mí me gustaba ver *Flipper*. El cuarto de la televisión estaba en el sótano, donde también había un pequeño elevador para la ropa sucia. Después de ver *Flipper*, Mark inventaba juegos como “prisión”, que consistía en meterse dentro del elevador y pretender que estábamos en prisión. Ésta no era una prisión ordinaria: los guardias eran tan estrictos que no dejaban a los prisioneros tener nada, ni siquiera ropa. Ya que estábamos desnudos en el elevador, Mark tocaba mi piel con sus manos y trataba de apretar y acariciar mi pene. Después de ocurrir esto algunas veces, eché a llorar y se lo dije a mi madre. Fue directa a sus padres, quienes, aunque me llamaron mentiroso, pronto lo mandaron a una escuela militar. Desde entonces, nuestras familias se hicieron grandes enemigas, y yo siempre sentí que Mark me culpaba de ser un soplón y de haber causado que le enviaran lejos. Desde que regresó, no me había dirigido una palabra. Tan sólo me miraba maliciosamente a través de su ventana o por encima de la cerca, y yo vivía con el miedo de que tratara de tomar algún tipo de venganza sobre mí, mis padres o mi perra.

Así que fue casi un alivio regresar a casa de mis abuelos la semana siguiente, jugando al detective de nuevo con Chad. Esta vez estábamos determinados a resolver el misterio de mi abuelo de una vez por todas. Después de tragar a la fuerza medio plato de la comida de mi abuela, pedimos disculpas y nos dirigimos hacia el sótano. Podíamos oír los trenes correr desde arriba de la escalera. Él estaba ahí abajo.

Aguantando la respiración, nos asomamos dentro del cuarto. Estaba de espaldas a nosotros y podíamos ver la camisa azul y gris de franela que siempre usaba, con el cuello estirado, revelando un anillo café amarillo en el cuello de su camisa y su camiseta manchada de sudor. Una banda elástica blanca, también ennegrecida por la suciedad, colgaba de su garganta, sosteniendo el tubo metálico del catéter por encima de su nuez.

Una lenta y emocionante ola de miedo agitó nuestros cuerpos. Era el momento decisivo. Nos arrastramos por las ruidosas escaleras tan silenciosamente como pudimos, esperando que los trenes cubrieran el ruido. Una vez en el fondo, dimos la vuelta y nos escondimos en el apestoso hueco detrás de la escalera, tratando de no escupir o gritar mientras las telarañas nos caían sobre las caras.



JACK

Desde nuestro escondite podíamos ver los trenes: había dos vías, y ambas tenían trenes corriendo sobre ellas, rechinando a lo largo de los rieles colocados aleatoriamente y dejando tras de sí un insalubre olor eléctrico, como si el metal de las vías se estuviera quemando. Mi abuelo se sentó cerca del transformador que albergaba los controles de los trenes. La piel de su nuca siempre me recordaba la piel del prepucio. La carne arrugada colgando despegada del hueso, vieja y correosa como la de una lagartija y completamente roja. El resto de su piel era blanco grisáceo, como el color de la mierda de pájaro, excepto su nariz, enrojecida y deteriorada a causa de años de beber. Sus manos estaban endurecidas y callosas por toda una vida de trabajo; sus uñas eran oscuras y quebradizas como las alas de un escarabajo.

El abuelo no ponía atención a los trenes que circulaban furiosamente a su alrededor. Tenía los pantalones hasta las rodillas, una revista abierta sobre las piernas, y carraspeaba y movía rápidamente su mano derecha en su regazo. Al mismo tiempo, con la mano izquierda, limpiaba las flemas de su traqueotomía con un pañuelo tieso y amarillento. Sabíamos lo que estaba haciendo, y queríamos irnos en ese momento. Pero estábamos atrapados detrás de las escaleras y teníamos miedo de salir al descubierto.

De repente, el carraspeo cesó y el abuelo giró en su silla, mirando justo hacia la

escalera. Nuestros corazones se paralizaron. Se levantó, con los pantalones en los tobillos, y nosotros nos apretamos contra la mohosa pared. Mi corazón apuñalaba mi pecho como una botella rota y estaba demasiado petrificado hasta para gritar. Por mi mente pasaron un centenar de cosas perversas y violentas que él nos haría, aunque habría sido suficiente que me tocara para que cayera muerto de miedo.

El carraspeo, el movimiento de su mano, y el raspar de sus pies contra el suelo comenzaron de nuevo, y nosotros dejamos escapar nuestro aliento. De nuevo era seguro espiar en la escalera. En realidad no queríamos hacerlo. Pero teníamos que hacerlo.

Después de varios minutos dolorosamente lentos, un macabro sonido escapó de su garganta, como el sonido de un coche cuando ya está en marcha y alguien gira la llave. Giré la cabeza, demasiado tarde para evitar imaginar la pus blanca saliendo de su amarillento y arrugado pene como las tripas de una cucaracha aplastada. Cuando volví a mirar, él había bajado su pañuelo, el mismo que había estado usando para limpiar sus flemas, y estaba limpiando el desorden. Esperamos hasta que se fue y trepamos por las escaleras, jurando nunca poner un pie en ese sótano de nuevo. Si el abuelo alguna vez supo que estuvimos ahí o si notó que el cajón de la mesa de trabajo estaba roto, él nunca dijo una palabra.

Durante el viaje de regreso a casa, dijimos a mis padres lo que había pasado. Tuve la sensación de que mi madre creyó la mayor parte si no es que todo, y de que mi padre ya lo sabía ya que él había crecido ahí. Aunque mi padre no dijo una palabra, mi madre nos dijo que años atrás, cuando mi abuelo aún trabajaba como camionero, tuvo un accidente. Cuando los doctores lo desvistieron en el hospital, vieron que debajo llevaba ropas de mujer. Fue un escándalo familiar del que supuestamente nadie debía hablar, y juramos guardar el secreto. Ellos lo negaban totalmente —y lo siguen haciendo hasta el día de hoy. Chad debió haberle dicho a su madre lo que habíamos visto, porque no le permitieron pasar más tiempo conmigo durante varios años después de aquello.

Cuando llegamos a casa, caminé hacia la parte de atrás para jugar con Aleusha. Estaba echada en el césped junto a la cerca, vomitando y convulsionándose. Para cuando el veterinario llegó, Aleusha estaba muerta y yo estaba llorando. El veterinario dijo que alguien la había envenenado. Tuve la extraña sensación de que yo sabía quien era ese alguien.



ALEUSHA



PORTRAIT of an American Family



PARA AQUELLOS A PUNTO DE ROCKEAR, LOS SUSPENDEMOS

«(Brian Warner) era un tipo promedio. Él siempre ha sido delgado como una vara. Yo solía ir a su casa y escuchábamos discos juntos, cosas como Queensryche, Iron Maiden, mucho de Judas Priest. A mí me gustaba más que a él... no creía que realmente tuviera aptitudes (musicalmente) y tal vez no es así. Tal vez sólo tuvo suerte».

—Neil Ruble, Heritage Christian School, clase de 1987

«Brian Warner y yo estuvimos en la misma clase en la escuela cristiana en Canton, Ohio. Brian y yo rechazamos fuertemente la presión religiosa de nuestra educación. Él, por supuesto, se autodenomina satanista. Yo he rechazado toda idea de Dios y Satán, primero siendo agnóstico y recientemente al convertirme en brujo».

—Kelsey Voss, Heritage Christian School, clase de 1987

«Me gustaría preguntarle (a Marilyn Manson), “¿Te influenció de alguna forma para que adoptaras este estilo de vida?”. Sigo pensando, “Rayos, ¿acaso hice algo que debí haber hecho de otra forma?”».

—Carolyn Cole, ex directora, Heritage Christian School

«Jerry, a veces creo que nos acercamos rápidamente al Armagedón».

—Ronald Reagan, hablando con el Reverendo Jerry Falwell

El fin del mundo no llegó cuando supuestamente debió haber llegado.



Me lavaron el cerebro para creer, en los seminarios de cada viernes en la Heritage Christian School, que todas las señales estaban presentes. “Sabrán que la bestia se ha levantado de debajo del suelo, porque se oirá en todas partes un gran rechinar de dientes”, advertía Ms. Price con voz seria y siniestra a las filas de muchachos agachados de sexto año. “Y toda la gente, hijos y padres por igual, sufrirán. Aquellos que no reciban la marca, el número de su nombre, serán decapitados ante sus familias y vecinos”.

En esta parte, Ms. Price hacía una pausa, buscaba entre su colección de láminas del Apocalipsis y sostenía una ampliación de un código de barras —pero con el número de la parte inferior manipulado para que fuera 666. Así fue como supimos que el Apocalipsis estaba a la vuelta de la esquina: el código de barras era la marca de la bestia nombrada en *La Revelación*, según nos enseñaban, y las máquinas instaladas en los supermercados para leerlos eran usadas para controlar la mente de las personas. Pronto, nos advirtieron, este satánico código de precio remplazaría el dinero y todos tendría que tener la marca de la bestia en sus manos para poder comprar cualquier cosa.

“Si renegáis de Cristo”, continuaba Ms. Price, “y usáis este tatuaje sobre la mano o frente, se os permitirá seguir con vida, pero habréis perdido” —y aquí mostraba una lámina mostrando a Jesús descendiendo del cielo— “la vida eterna”.

Para otros seminarios, tenía otra lámina con un recorte de periódico que detallaba

el entonces reciente intento de asesinato de John Hinckley, Jr. contra Ronald Wilson Reagan. Mientras la sostenía leía de *La Revelación, 13*: “El que tenga entendimiento, cuente el número de la bestia; porque es el número del hombre: y el número de ella es, seiscientos sesenta y seis”. El hecho de que había seis letras en el primer, segundo y tercer nombres de Reagan era un signo más de que ésta era la hora final, de que el Anticristo ya se encontraba aquí en la Tierra y de que debíamos prepararnos para la llegada de Cristo y el Éxtasis. Mis maestros no explicaban todo esto como si fuera una opinión abierta a interpretación, sino como si fuera un hecho innegable ordenado por la Biblia. No necesitaban ninguna prueba; tenían fe. Y esto prácticamente los llenaba de júbilo en anticipación del Apocalipsis por venir, porque iban a ser salvados —muertos pero en el cielo y libres de sufrimiento.

Fue entonces cuando empecé a tener pesadillas —pesadillas que aún hoy continúan. Estaba completamente aterrorizado ante la idea del fin del mundo y el Anticristo. Así que me obsesioné con ella, viendo películas como *El Exorcista* y *La Profecía* y leyendo libros proféticos como *Centurias*, de Nostradamus, 1984, de George Orwell y la versión literaria de la película *A Thief In The Night*, que describía muy gráficamente cómo las personas eran decapitadas porque no tenían tatuado el 666 sobre sus frentes. Combinado con los discursos semanales en la escuela cristiana, todo esto hacía al Apocalipsis parecer tan real, tan tangible, tan cercano que yo era constantemente acechado por pesadillas y preocupaciones sobre lo que pasaría si descubriera quién era el Anticristo. ¿Arriesgaría mi vida para salvar a todos los demás? ¿Y si yo ya tenía la marca del Anticristo en alguna parte de mi cuerpo —debajo del cuero cabelludo o en el trasero donde yo no podía verlo? ¿Y si el Anticristo era yo? Estaba lleno de miedo y confusión en una etapa en la cual, aún sin la influencia de la escuela cristiana, mi vida era un caos porque estaba pasando por la pubertad.

Clara evidencia de esto es que a pesar de los atemorizantes seminarios de Ms. Price detallando el inminente destino del mundo, yo encontraba algo *sexy* en ella. Al mirarla presidir la clase como un gato siamés, con los labios apretados, el cabello perfectamente peinado, blusas de seda escondiendo un cuerpo tentador y su arrogante caminar, pude darme cuenta de que había algo vivo y humano y apasionado esperando salir de esa fachada cristiana.

CIRCULO DOS: LUJURIA

La odié por darme pesadillas durante toda mi adolescencia. Pero creo que la odié aun más por los sueños húmedos que me inspiró.

Yo era episcopal, lo cual es básicamente católico *light* (el mismo gran dogma pero ahora con menos reglas) y la escuela no era de ninguna religión en particular. Pero eso no detenía a Ms. Price. Algunas veces empezaba su clase de la Biblia

preguntando, “¿Hay aquí algún católico?”. Habiendo visto que nadie contestaba, la tomaba contra los católicos y episcopales, contándonos cómo malinterpretaban la Biblia y adoraban ídolos falsos al dirigir sus rezos al Papa y a la Virgen María. Yo me sentaba ahí, callado y rechazado, sin poder decidir si culparla a ella o a mis padres por educarme como un episcopal.

Aún más humillación personal tenía lugar durante las reuniones de los viernes, cuando los oradores invitados hablaban sobre cómo habían vivido como prostitutas, drogadictos y practicantes de magia negra hasta que encontraron a Dios, escogieron Su camino justo y nacieron de nuevo. Era como una reunión de Satanistas Anónimos. Una vez que terminaban, todos se inclinaban en oración. Si había alguien que no hubiera nacido de nuevo, el frustrado pastor le pedía que subiera al escenario para juntar las manos y salvar su alma. Todas las veces yo sabía que debía haber subido, pero estaba demasiado petrificado para subirme en el escenario enfrente de toda la escuela y demasiado avergonzado para admitir que estaba moralmente, espiritualmente y religiosamente por debajo de todos los demás.

El único lugar en que sobresalía era en la pista de patinaje sobre ruedas, pero incluso eso pronto se vio inexplicablemente ligado al Apocalipsis. Mi sueño era convertirme en un campeón del patinaje, y para ese fin convencí a mis padres de gastar el dinero que habían ahorrado para una escapada de fin de semana en unos patines profesionales que costaron más de cuatrocientos dólares. Mi pareja regular de patinaje era Lisa, una chica enfermiza eternamente congestionada pero sin embargo uno de mis primeros amores. Ella venía de una estricta familia religiosa. Su madre era la secretaria del Reverendo Ernest Angley, uno de los más notables sanadores televangelistas de la época. Nuestras pseudocitas después de las prácticas de patinaje usualmente comenzaban preparando “suicidios” en la fuente de refrescos de la pista de patinaje —descoloridas combinaciones de Coca Cola, 7up, Sunkist y cerveza de raíz— y terminaban con un viaje a la ultraopulenta iglesia del Reverendo Angley.

El Reverendo era una de las personas más atemorizantes que había conocido: sus dientes perfectamente derechos brillaban como azulejos, un peluquín descansaba colocado sobre su cabeza como un sombrero de pelo mojado del que se queda atrapado en el desagüe en la bañera y siempre usaba un traje azul claro con una corbata verde menta. Todo en él apeataba a falsedad, desde su apariencia plástica super pulida hasta su nombre, que se suponía evocara la frase *earnest angel* (ángel diligente).

Cada semana, llamaba al escenario a una gran variedad de gente minusválida y supuestamente los curaba frente a millones de televidentes. Apuntaba su dedo a la oreja de un sordo o al ojo de un ciego, gritando “salid espíritus malignos” o “say baby”, y después agitaba su dedo hasta que la persona se desmayaba. Sus sermones eran similares a los de la escuela, con el Reverendo pintando el inminente Apocalipsis en todo su horror —excepto que aquí había gente gritando, desmayándose y hablando en lenguas a mi alrededor. En una parte del servicio, todos

arrojaban dinero al escenario. Llovían cientos de monedas, dólares de plata y billetes arrugados mientras el Reverendo continuaba testificando sobre el firmamento y la furia. A lo largo de las paredes de la iglesia habían litografías numeradas que él vendía representando macabras escenas como los cuatro jinetes del Apocalipsis cabalgando a través de un pueblo pequeño no muy diferente de Canton durante la puesta de sol, dejando atrás un camino de gargantas cortadas.

Los servicios duraban de tres a cinco horas, y si me quedaba dormido, me regañaban y me llevaban a un cuarto separado donde daban seminarios especiales a los jóvenes. Aquí, nos advertían a mí y a otra docena más de chicos sobre sexo, drogas, *rock* y el mundo material hasta que estábamos listos para vomitar. Era como un lavado de cerebro: estábamos cansados y no nos daban comida a propósito para que estuviéramos hambrientos y vulnerables.

Lisa y su madre eran completamente devotas a la iglesia, principalmente porque Lisa nació medio sorda y supuestamente el Reverendo había agitado su dedo en su oreja y restaurado su oído durante un servicio. Como ella era adepta a la iglesia y su hija había sido bendecida por un milagro de Dios, la madre de Lisa siempre adoptaba un aire de superioridad conmigo, como si ella y su familia fueran mejores y más justos. Cada vez que me dejaban en casa después del servicio, me imaginaba a la madre de Lisa obligándola a lavarse las manos porque habían tocado las mías. Yo siempre estaba angustiado por el viaje, pero iba a la iglesia con ellas de todas formas porque era la única forma de ver a Lisa fuera de la pista de patinaje.

Nuestra relación, sin embargo, pronto se volvió rara. Ocasionalmente, algo pasa que cambia irrevocablemente la opinión que tienes sobre alguien, que rompe el ideal que habías creado alrededor de una persona y te fuerza a verla como la defectuosa y humana criatura que es en realidad. Esto pasó un día cuando íbamos a casa después de la iglesia, jugando en el asiento trasero del coche de su madre. Lisa se burlaba de lo delgado que estaba, y le puse mi mano sobre la boca para callarla. Cuando comenzó a reír, arrojó una gran plasta de moco verde sobre mi mano. No parecía real, lo cual lo hacía más asqueroso. Cuando retiré mi mano, una larga hebra de moco colgaba entre mis dedos y su cara como un *taffy* de manzana. Lisa, su madre y yo estábamos igualmente horrorizados y avergonzados. No podía deshacerme de la sensación de su moco estirado y pegado entre mis dedos. En mi mente, ella se había rebajado y mostrado su verdadera naturaleza, probando ser un monstruo detrás de una máscara, justo como había imaginado que sería el Reverendo Angley. Ella no era mejor que yo, como su madre me obligaba a creer. No volví a dirigirle la palabra —ni entonces ni nunca.

La desilusión comenzaba a aparecer en la escuela también. Un día en cuarto grado llevé una foto que la abuela Wyer había tomado en un vuelo de West Virginia a Ohio, donde parecía haber un ángel en las nubes. Era una de mis posesiones favoritas y estaba emocionado de compartirla con mis maestros, porque aún creía todo lo que me enseñaban acerca del cielo y quería mostrarles que mi abuela lo había visto. Pero

ellos dijeron que era un fraude, me reprendieron y me mandaron a casa por blasfemo. Ése fue mi intento más honesto de encajar en su idea de cristianismo, de probar mi conexión con sus ideas, y fui castigado por ello.

Eso confirmó lo que ya sabía desde el principio —que no sería salvado como los demás. Lo sabía cada día que iba a la escuela temblando por el temor de que el mundo terminase, yo no iría al cielo ni volvería a ver a mis padres de nuevo. Pero después de un año, y otro, y otro, y de que Ms. Price y Brian Warner y las prostitutas que habían vuelto a nacer aún estaban ahí, me sentí engañado.

Gradualmente, empecé a sentirme molesto con la escuela cristiana y a dudar de todo lo que me habían dicho. Se volvió claro que el sufrimiento del cual rezaban para ser liberados era un sufrimiento que ellos mismos se habían impuesto —y que ahora nos imponían a nosotros. La bestia de la cual vivían atemorizados era en realidad ellos mismos: Era el hombre, no algún demonio mitológico, quien a final iba a destruir al hombre. Y esta bestia había sido creada de su miedo.

Las semillas de lo que soy ahora habían sido plantadas.

“Los tontos no nacen”, escribí en mi cuaderno un día durante la clase de ética. “son regados y cultivados como hierbas por instituciones como el cristianismo”. Durante la cena de esa noche, le confesé todo a mis padres. “Escuchad”, expliqué, “quiero ir a una escuela pública, porque yo no pertenezco aquí. Ellos están en contra de todo lo que yo creo”.

Pero ellos no me hicieron caso. No porque querían que tuviera una educación religiosa, sino porque querían que tuviera una buena educación. La escuela pública de nuestro vecindario, Glen Oak East, era pésima. Y yo estaba decidido a ir ahí.

Así que comenzó la rebelión. En la Christian Heritage School, no se necesitaba mucho para ser rebelde. El lugar estaba construido a base de reglas y conformidad. Habían extrañas normas en cuanto a la vestimenta: los lunes, miércoles y viernes, teníamos que usar pantalón azul, una camisa blanca de botones y, si queríamos, algo rojo. Los martes y jueves teníamos que usar pantalón verde oscuro y camisa blanca o amarilla. Si nuestro cabello tocaba nuestras orejas, debía ser cortado. Todo era reglamentado y ritualista, y a nadie se le permitía ser mejor o diferente de los demás. No era una preparación muy útil para el mundo real: dejar ir a todos esos graduados cada año con la esperanza de que la vida es justa y de que todos serán tratados con igualdad.

Desde los doce años, me embarqué en una campaña progresiva para ser echado de la escuela. Comenzó, inocentemente, con dulces. Siempre me sentí relacionado con Willy Wonka. Incluso a esa edad, pude notar que él era un héroe defectuoso, un icono para lo prohibido. Siendo lo prohibido en este caso el chocolate, una metáfora para la indulgencia y todo lo que supuestamente no deberías tener, ya fuera sexo, drogas, alcohol o pornografía. Cada vez que pasaban *Willy Wonka y la Factoría de Chocolate* en el Star Channel o en el cine local, yo la veía obsesivamente mientras comía bolsas y bolsas de dulces.

En la escuela, los dulces y golosinas —excepto los pastelillos Little Debbie en el menú del comedor— eran de contrabando. Así que iba a Ben Franklin's Five and Ten, una tienda del vecindario que parecía una fuente de refrescos, y me cargaba de Pop Rocks, Zotz, Lik-M-Stix y esas tabletas de color pastel que vienen envueltas en papel blanco y que son imposibles de comer sin digerir también pequeños pedazos de papel.

CÍRCULO TRES: GULA

Ahora que lo pienso, sentía una inclinación por los dulces que más se parecían a las drogas. La mayoría de ellos no sólo eran dulces, también producían una reacción química. Hacían ruidos en tu boca o te ponían los dientes negros.

Así que me convertí en traficante de dulces, distribuyendo la mercancía tan cara como yo quería porque nadie más tenía acceso a dulces durante las clases. Hice una fortuna —al menos quince dólares en monedas de 25 y de 10 centavos— en el primer mes. Entonces alguien me delató. Tuve que entregar a las autoridades todos mis dulces y el dinero que había ganado. Desdichadamente, no fui echado de la escuela, sólo suspendido.

Mi segundo proyecto fue una revista. En la tradición de *Mad* y *Cracked*, se llamaba *Stupid*. La mascota era, no muy diferente a mí, un chico dentado, narizón, con acné y una gorra de béisbol. La vendía por 25 centavos, los cuales eran todo ganancia porque fotocopiaba las páginas gratis en Carpet Bran, donde mi padre trabajaba. La máquina era barata y gastada, con un olor agrio como a carbón y nunca fallaba en ensuciar todas las seis páginas de la revista. Sin embargo, en una escuela hambrienta de porquería y bromas sucias, *Stupid* rápidamente tuvo éxito —hasta que me atraparon de nuevo.

La Directora, Carolyn Cole —una mujer alta y jorobada, con gafas, pelo castaño y rizado apilado sobre su rostro de pájaro— me llamó a su despacho, donde me esperaba un cuarto lleno de administradores. Puso la revista en mis manos y exigió que explicara las caricaturas sobre mexicanos, escatología y, especialmente, el «Kuwatch Sex Aid Adventure Kit», anuncio que contenía un látigo, dos vibradores tamaño gigante, una caña de pescar, flecos para pezones, gafas protectoras, un par de medias de red y un collar de perro de bronce. Como sucedería después muchas veces más en mi vida, me interrogaban incesantemente sobre mi trabajo —sin entender si se trataba de arte, entretenimiento o comedia— y me pedían una explicación. Entonces exploté y, en mi rabia, lancé los papeles al aire. Antes de que el último tocara el suelo, Mrs. Cole, con la cara roja, me ordenó estirar las manos hasta los tobillos. De la esquina de la habitación, tomó un palo, tan sádicamente diseñado por un amigo en clase de taller que tenía pequeños agujeros para minimizar la resistencia del viento. Recibí tres fuertes y rápidos azotes cristianos.

New Kuwatch Sex Aid Adventure Kit Supplement
Special OFFER

ONE TIME ONLY!



WITH THE PURCHASE OF THE KUWATCH SEX AID KIT
AND 12 PROOFS OF PURCHASE FROM AUNT JEMIMA
SYRUP YOU CAN RECEIVE THIS EXCITING SUPPLEMENT
INCLUDING: WHIP, TWO-OVERSIZED GROIN GRINDERS, FISHING
NIPPLE TASSLES, METAL SHIP GOGGLES, FISH-NET STOCKINGS
BRONZED DOG DICK NECKLACE AND GEMINI DOUBLE-FUN HELMET

Para entonces, yo ya estaba verdaderamente perdido. Durante los seminarios de los viernes, las chicas ponían sus bolsos bajo las sillas de madera donde se sentaban. Cuando se agachaban, yo me tiraba al suelo y robaba el dinero para su almuerzo. Si descubría alguna nota o carta de amor, las robaba también y, en favor de la justicia y la libertad de expresión, las entregaba a las personas a las cuales estaban dirigidas. Si tenía suerte, causaban peleas, tensión y terror.

Ya había estado escuchando *rock'n'roll* durante años, pero como mi penúltimo proyecto, decidí empezar a sacar dinero de ello. La persona que me prestó el primer álbum de *rock* fue Keith Cost, un muchacho corpulento, lento y estúpido que aparentaba treinta años pero en realidad iba a tercero. Después de escuchar *Love Gun* de Kiss y jugar con la pistola de juguete que venía con él, me convertí en un miembro fanático del *Kiss Army* y en el orgulloso propietario de incontables muñecos, cómics, camisetas y fiambreras de Kiss, ninguna de las cuales me dejaban llevar a la escuela. Incluso mi padre me llevó a ver su concierto —mi primer concierto— en 1979. Unos diez adolescentes le pidieron un autógrafo porque iba disfrazado como Gene Simmons en la portada de *Dressed to Kill* —traje verde, peluca negra y maquillaje blanco.

La persona que irrevocablemente me introdujo a la música *rock* y al estilo de vida que la acompaña fue Neil Ruble; fumaba cigarrillos, tenía bigote real, y

supuestamente había perdido la virginidad. Entonces, naturalmente, yo le idolatraba. Medio amigo, medio abusón, él me abrió las puertas a Dio, Black Sabbath, Rainbow —básicamente todo lo que tuviera que ver con Ronnie James Dio.

Mi otra inagotable fuente de recomendaciones musicales era la escuela cristiana. Mientras Neil me iniciaba en el *heavy metal*, ellos llevaban a cabo seminarios sobre mensajes ocultos. Llevaban discos de Led Zeppelin, Black Sabbath y Alice Cooper y los ponían a todo volumen a través del sistema de sonido de la escuela. Diferentes maestros se turnaban en la tocadiscos, girando los vinilos al revés con el dedo índice y explicando los mensajes ocultos. Por supuesto, la música más extrema con los mensajes más satánicos era exactamente la que yo quería escuchar, principalmente porque estaba prohibida. Solían mostrarnos fotografías de las bandas para asustarnos, pero lo único que lograron fue que decidiera que quería el pelo largo y un arete como los rockeros de las fotos.

En la parte superior de la lista de enemigos de mis maestros estaba Queen. Estaban especialmente en contra de *We Are The Champions* porque era un himno para los homosexuales y, tocado al revés, Freddie Mercury blasfemaba, “mi dulce Satán”. Sin contar el hecho de que ya nos habían enseñado que Robert Plant decía exactamente lo mismo en *Stairway to Heaven*, una vez que plantaron la noción de que Freddie Mercury decía “mi dulce Satán”, lo oíamos cada vez que escuchábamos la canción. En su colección de álbumes satánicos también se encontraban Electric Light Orchestra, David Bowie, Adam Ant y todo lo demás con temas gay que les dieran la oportunidad de vincular la homosexualidad con conducta perversa.

Pronto, los paneles de madera y las vigas del techo en mi cuarto del sótano estuvieron cubiertas con fotos de *Hit Parader*, *Circus* y *Creem*. Cada mañana despertaba observando a Kiss, Judas Priest, Iron Maiden, David Bowie, Mötley Crue, Rush y Black Sabbath. Sus mensajes ocultos me habían alcanzado.

El elemento fantástico de mucha de esta música pronto me condujo a Dungeons & Dragons. Si cada cigarro que fumas te quita siete minutos de tu vida, cada juego de Dungeons & Dragons que juegas retrasa la pérdida de tu virginidad siete horas. Era tal clase de perdedor que solía caminar por la escuela con dados de veinte caras en mis bolsillos y diseñaba mis propios módulos como El Laberinto del Terror, El Castillo Tenemouse y Las Cuevas de Koshtra, una frase que, mucho más tarde en mi vida, se convirtió en la expresión usada para nombrar la sensación de haber tomado demasiada cocaína.



Naturalmente, no le agradaba a ninguno de los chicos de la escuela porque jugaba Dungeons & Dragons, oía heavy metal y no asistía a sus reuniones juveniles ni a sus actividades sociales como quemar álbumes de rock. No encajaba mejor con los chicos de la escuela pública, quienes solían patearme el trasero diariamente por ser un mariquita de escuela privada. Y no había patinado mucho desde que Lisa me llenó de mocos. Mi única otra fuente de amigos era un grupo de estudio y juego para hijos de padres que habían estado en contacto con Agente Naranja durante la guerra de Vietnam. Mi padre, Hugh, era mecánico de helicóptero y miembro de las Ranch Hands, el grupo encubierto responsable de lanzar el peligroso herbicida sobre todo Vietnam. Así que desde el día en que nací hasta el final de mi adolescencia el gobierno nos traía a mi padre y a mi a un centro de investigación para estudios físicos y psicológicos en busca de efectos desfavorables. No creo que haya habido alguno, aunque mis enemigos podrían no estar de acuerdo. Uno de los efectos que el químico tuvo sobre mi padre fue que como él había hecho de conocimiento público algo de información sobre el Agente Naranja, que tuvo como resultado una historia de primera plana en el *Akron Beacon Journal*, el gobierno auditó severamente sus impuestos durante los cuatro años siguientes.



Como yo no estaba deforme, yo no encajaba con los otros niños en el grupo de estudio del gobierno ni en los retiros para niños cuyos padres estaban demandando al gobierno por exposición al químico. Los otros niños tenían miembros protéticos, irregularidades físicas y enfermedades degenerativas, y no sólo era yo comparativamente normal sino que mi padre había sido quien realmente había rociado esa cosa sobre sus padres, la mayoría de los cuales eran soldados americanos de infantería.

En un esfuerzo por acelerar mi delincuencia y alimentar mi creciente adicción al dinero, pase de traficar dulces y revistas a traficar música. Los únicos chicos de mi vecindario que también asistían a la Heritage Christian School eran dos hermanos delgados, típicos americanos, de la iglesia de los santos de los últimos días con el mismo corte de cabello militar. El hermano mayor, Jay, y yo no teníamos nada en común. Él sólo se interesaba en la Biblia. Yo sólo me interesaba en el rock y el sexo. El hermano menor, Tim, era más rebelde. Así que de la misma forma en que Neil Ruble me inició en la música rock, yo introduje a Tim al heavy metal y abusaba de él el resto del tiempo. A él no le permitían escuchar música en su casa, así que le vendí una barata reproductora de cintas negra con grandes botones rectangulares y un asa en un extremo.

A continuación, necesitaba algo de música para esconder bajo su cama con la reproductora. Así que empecé a hacer viajes regulares en bicicleta hasta un lugar

llamado Quonset Hut, donde no dejaban entrar a menores ya que también vendían drogas además de discos. Yo aparentaba exactamente de mi edad —quince— pero nadie me detenía. De todas formas no importaba ya que las pipas, pinzas, *bongs* y otros artefactos para fumar marihuana eran completamente un misterio para mí.

Cuando Tim empezó a comprar las cintas al precio que yo les decía que había pagado por ellas, me di cuenta de que había por lo menos un centenar más de clientes potenciales en la escuela. Empecé a comprar todos los álbumes mostrados en los seminarios sobre mensajes ocultos y a venderlos a los chicos de la escuela, desde los de tercer grado hasta los de la clases más avanzadas. Un álbum de W.A.S.P. pagado a siete dólares en Quonset Hut valía veinte dólares en la Heritage Christian School.

En vez de malgastar mis ganancias comprando cintas para mí, decidí tan sólo robar los álbumes que había vendido. Como había un sistema de honor en la escuela, ninguna de las taquillas estaba bajo llave.

CÍRCULO CUATRO: AVARICIA

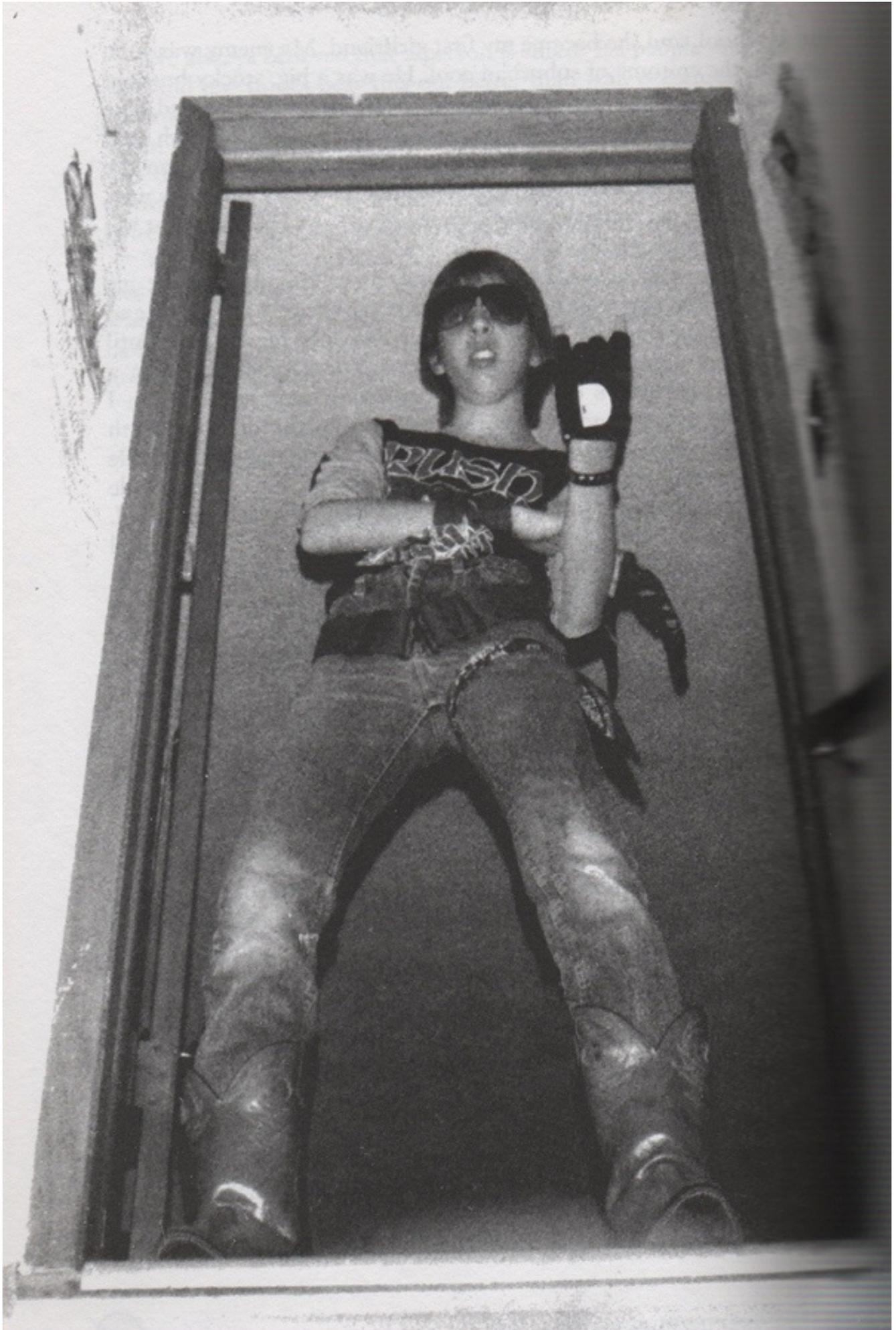
Y como a nadie se le permitía escuchar *rock'n'roll*, si alguno me delataba se estaría incriminando a sí mismo también. Así que durante las clases pedía un pase para salir del salón y robaba las cintas de las taquillas.

Era un sistema perfecto, pero no duró mucho. Tim decidió que, aunque él mismo tuviera que ser castigado, valía la pena delatarme. Una vez más me encontré cara a cara con Mrs. Cole y una manada de administrativos y disciplinarios de la escuela en la oficina de la directora. Pero esta vez no tuve que explicar la música —ellos pensaban que sabían de que se trataba. Me habían atrapado comprando cintas de *rock*, vendiéndolas y robándolas; sabían que había pasado de hacer revistas a hacer cintas grabadas (llenas de bromas telefónicas y sucias canciones sobre masturbación y flatulencias grabadas con mi primo Chad bajo el nombre de Big Bert and The Ugliers). Y ya había sido castigado por la Directora dos veces en los meses anteriores. La primera por golpear accidentalmente a mi maestra de música, Mrs. Burdick, en la entrepierna con una honda que había hecho con una liga gruesa, una regla de madera y, como munición, trozos de pinturas derretidas robadas de la clase de arte. La segunda fue por cumplir con la tarea que había dejado Mrs. Burdick de traer un álbum a la clase de canto llegando con *Highway to Hell* de AC/DC. Pero todo eso aún no era suficiente para una expulsión.

Mi última maniobra desesperada fue regresar al temido sótano de mi abuelo y robar un masturbador del cajón secreto de la mesa de trabajo. Me puse unos guantes para no llenarme de vaselina endurecida. El día siguiente después de la escuela, Neil Ruble y yo nos escabullimos en el despacho de Ms. Price y forzamos el cajón de su escritorio. El cajón contenía sus propios secretos, los cuales eran tan tabú para la escuela cristiana como los de mi abuelo eran para los suburbios: novelas románticas

semieróticas. También había un espejo de bolsillo, lo cual tenía sentido ya que Ms. Price siempre se preocupaba mucho por su apariencia. En ese tiempo, Chad y yo tratábamos regularmente de llamar la atención de dos hermanas que vivían cerca de casa de mis abuelos lanzando piedras a los coches y tratando de causar accidentes para que salieran corriendo de su casa. De la misma enferma y retorcida forma, poner un *dildo* en el cajón de Ms Price era la única forma que tenía para expresar mi latente y frustrado deseo hacia ella.

Para nuestra desilusión, nadie en la escuela dijo una palabra sobre ello al siguiente día. Pero yo era definitivamente el principal sospechoso, cosa que descubrí cuando Mrs. Cole llamó a mis padres a la escuela. Ella no mencionó el *dildo*; en su lugar, les sermoneó acerca de disciplinar e inculcar el temor a Dios en el delincuente juvenil que habían criado. Fue entonces cuando me di cuenta de que nunca sería expulsado. La mitad de los chicos en la Heritage Christian School venían de familias de bajos ingresos, y la escuela recibía una miseria por parte del estado por matricularlos. Yo estaba entre los alumnos que podían pagar, y ellos querían el dinero —aún si eso significaba lidiar con mis *dildos*, casetes de *heavy metal*, dulces, revistas sucias y grabaciones obscenas. Me di cuenta de que si quería salir de la escuela cristiana tendría que ejercer mi propia voluntad para irme. Y a los dos meses de iniciar el décimo grado eso fue justo lo que hice.



ADOLESCENTE CURIOSO

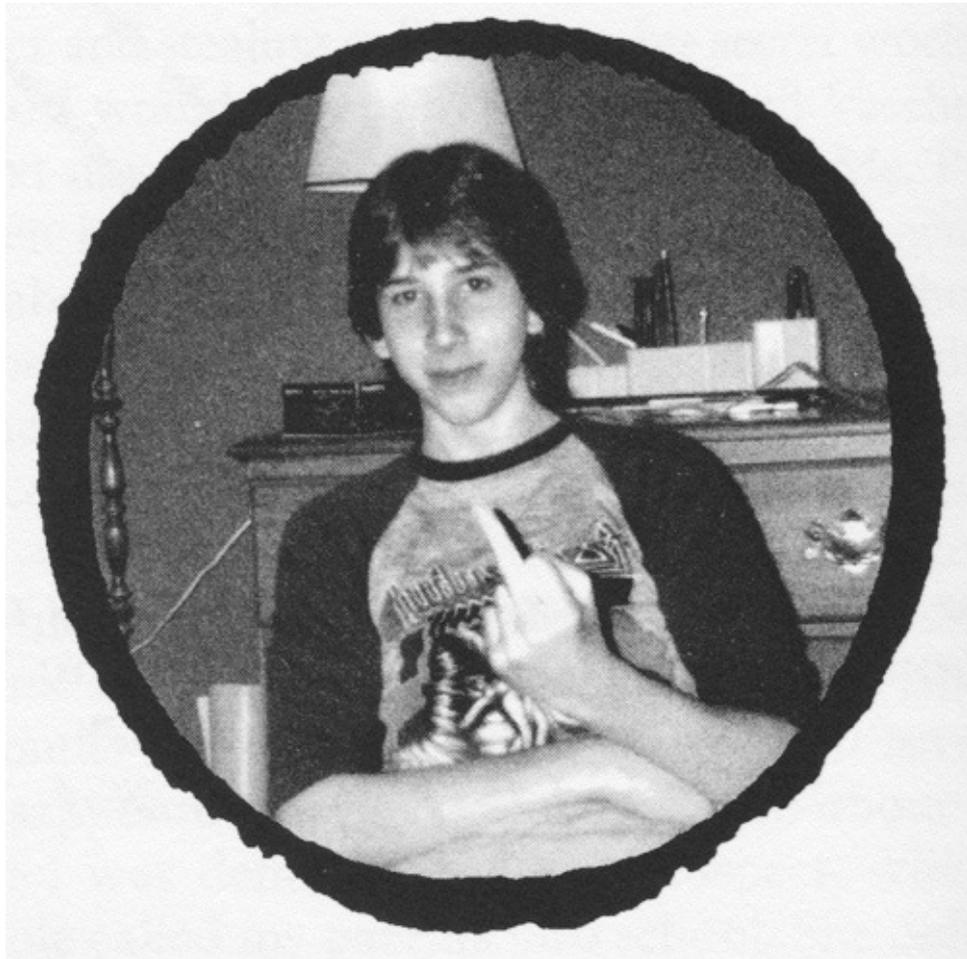
«“Sé algunos trucos nuevos”, dijo el Gato con Sombrero. “Muchos trucos buenos. Te los mostraré. A tu madre no le importará si lo hago”».

—Dr. Seuss, *El gato en el sombrero*.

Estaba acostado en mi cama, con las manos entrelazadas detrás de la nuca debajo de mi largo pelo castaño, y escuchaba el zumbido de la lavadora en el sótano de la casa de mis padres. Era mi última noche en Canton, Ohio, y había decidido pasarla solo, reflexionando sobre los pasados tres años en la escuela pública. Todo estaba empacado para la mudanza a Fort Lauderdale: discos, pósters, libros, camisetas, periódicos, fotografías, cartas de amor y cartas de odio. La escuela cristiana me había preparado bien para la escuela pública. Definió los tabúes, después los puso fuera de mi alcance, dejándome tratando de alcanzarlos en vano. Tan pronto como cambié de escuela todo estaba ahí listo para ser tomado —sexo, drogas, rock, lo oculto. Ni siquiera tuve que buscarlos: ellos me encontraron.

Siempre he creído que una persona es inteligente. Son las multitudes las que son estúpidas. Y pocas cosas confirman esto mejor que la guerra, la religión organizada, la burocracia y la preparatoria, donde la mayoría reina sin piedad. Cuando recordé mis primeros días ahí, todo lo que vi fue una inseguridad y una duda tan agobiantes que un simple grano era capaz de sacar mi vida de balance. Sólo hasta mis últimos días tuve confianza y respeto por mí mismo, incluso un poco de individualidad.

Esa última noche en Canton, supe que Brian Warner estaba muriendo. Me estaban dando la oportunidad de nacer de nuevo, para bien o para mal, en un lugar diferente. Pero lo que no pude descubrir fue si la preparatoria me había corrompido o iluminado. Tal vez ambas cosas, tal vez la corrupción y la iluminación eran inseparables.



La Iniciación del Gusano

Al final de mi segunda semana en la escuela pública sabía que estaba condenado. No sólo había empezado a dos meses de iniciado el año escolar, ya que la mayoría de las amistades se habían formado, sino que después de mi octavo día de clases me vi forzado a tomar otras dos semanas libres. Desarrollé una reacción alérgica a un antibiótico que estaba tomando para el resfriado. Mis pies y manos se inflaron como globos, una erupción roja apareció sobre mi cuello y tenía problemas para respirar porque mis pulmones estaban entumecidos. Los médicos me dijeron que pude haber muerto.

Para entonces ya había hecho una amiga y un enemigo en la escuela. La amiga era Jennifer, bonita pero con aspecto de pez por sus grandes labios que estaban aún mas hinchados por su corrector dental. La conocí en el autobús escolar y se convirtió en mi primera novia. Mi enemigo era John Crowell, el compendio de todo lo que es *cool* en los suburbios. Era un drogadicto rechoncho eternamente vestido con una

chamarra de mezclilla, camiseta de Iron Maiden y vaqueros azules con un gran peine en el bolsillo trasero y el área de la entrepierna descolorida por llevarlos demasiado ajustados. Cuando caminaba por el pasillo los otros chicos se atropellaban para apartarse de su camino. También era el ex novio de Jennifer, lo cual me ponía a la cabeza de su lista negra.

La primera semana que estuve en el hospital, Jennifer vino a visitarme casi todos los días. Hablaba con ella en el armario (donde estaba oscuro y ella no podía ver mi erupción) y nos acariciábamos sin piedad. Hasta entonces yo no había llegado muy lejos con las mujeres. Estaba Jill Tucker, la hija rubia del cura con los dientes torcidos con quien me besaba en el patio de la escuela cristiana. Pero eso fue en cuarto grado. Tres años después me enamoré loca y desesperadamente de Michelle Gill, una atractiva niña de nariz chata, pelo alborotado y boca ancha que probablemente se dedicó a dar buenas mamadas en la preparatoria. Pero mi oportunidad con ella se vino abajo durante una excursión para recabar fondos en la escuela cristiana, durante el cual trató de enseñarme al estilo francés. Yo no entendí ni el asunto ni la técnica, y como consecuencia me convertí en el hazmerreír cuando ella se le contó a todos en la escuela.

A pesar de mi falta absoluta de experiencia, estaba determinado a perder mi virginidad con Jennifer en ese armario. Pero por mucho que intentaba, lo único que me dejaba hacer era tocar su pecho plano. Para mi segunda semana en el hospital ya se había aburrido de mí y me había dejado.

Los hospitales y las malas experiencias con mujeres, sexualidad y partes privadas eran completamente familiares para mí en ese momento de mi vida. Cuando tenía cuatro años, mi madre me llevó al hospital a que me alargaran la uretra porque mi vía urinaria no era lo suficientemente grande para que pudiera mear. Nunca lo olvidaré, porque el doctor tomó un largo y afilado taladro y lo encajó en la punta de mi pene. Varios meses después de eso sentía que orinaba gasolina.

La neumonía arruinó mis años en la escuela elemental, enviándome al hospital por tres largas temporadas. Y en noveno grado, terminé de nuevo en el hospital. Después de arreglar mi pelo y abrocharme el cinturón, me puse una camisa rosa de botones y decidí ir a la pista de patinaje después de una larga ausencia. Una chica cuyo cabello rizado, nariz larga y uso excesivo de delineador, de la que no recuerdo más que su nombre, me pidió patinar con ella. Cuando terminamos, un gran tipo negro de gafas gruesas conocido en el vecindario como Frog caminó hacia a nosotros. La hizo a un lado y, sin decir una palabra, me dio un golpe seco en la cara. Me desplomé, y él bajó la vista hacia mí y escupió: “Bailas con mi novia”. Yo me quedé ahí aturdido, con la boca sangrando y mi diente frontal chorreando sangre de la encía. Ahora que lo recuerdo, no debí haberme sorprendido tanto. Yo era un afeminado: hasta yo me habría pegado.

Ni siquiera me gustaba esa chica, pero casi me cuesta mi carrera como cantante. En la sala de emergencias me dijeron que el daño era permanente. Hasta el día de hoy

aún tengo Síndrome ATM (articulación temporomandibular), un desorden que me da dolores de cabeza y una mandíbula tensa y adolorida. El *stress* y las drogas no ayudan mucho.

Frog de alguna forma consiguió mi número el día siguiente, llamó para disculparse y me preguntó si quería hacer ejercicio con él alguna vez. Decline su oferta. La idea de sudar levantando pesas con un tipo que acababa de patearme el culo y la probabilidad de tener que tomar una ducha con él después no parecía muy atractiva esa tarde.

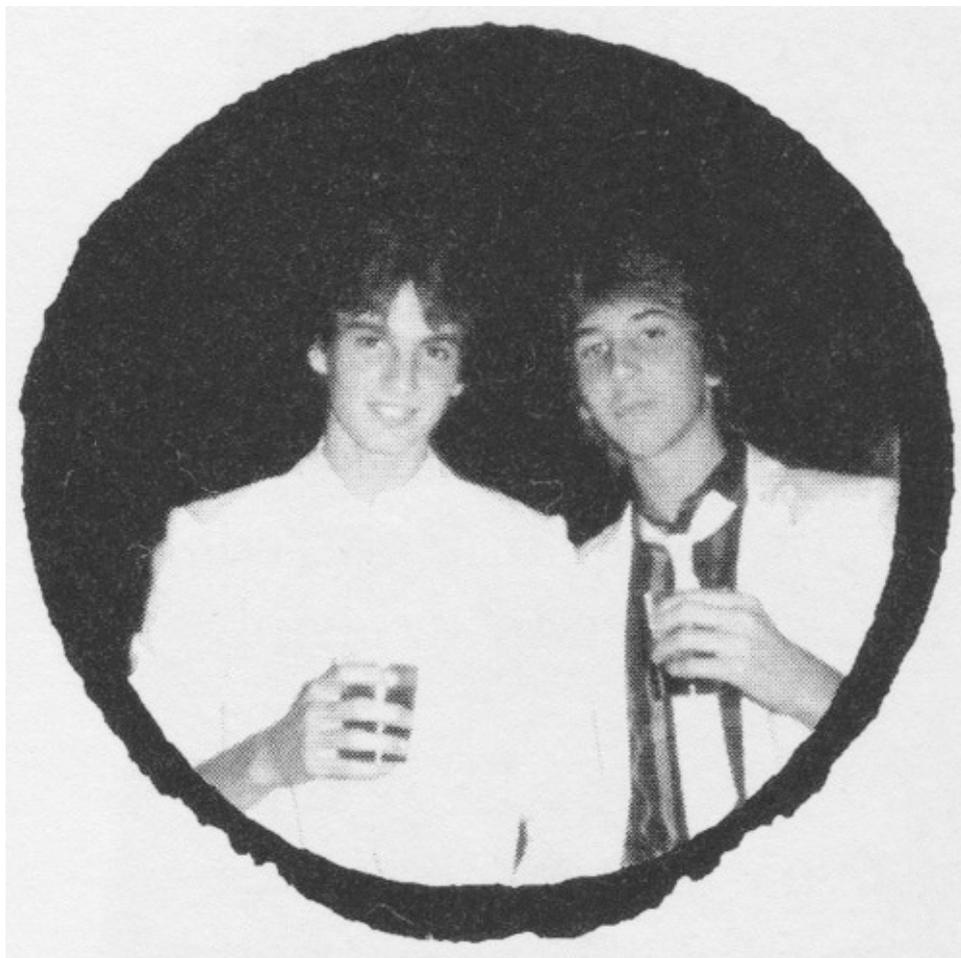
La siguiente vez que terminé en la sala de emergencias fue por culpa de Jennifer. Cuando regresé a la escuela después de dos semanas en el hospital, vagué por los salones solo y humillado. Nadie quería hacer amistad con un chico excéntrico de pelo largo con el cuello cubierto de erupciones asomándose por su camiseta. Para empeorarlo todo estaban mis lóbulos, que colgaban sospechosamente por debajo de mi pelo como dos testículos mal colocados. Pero una mañana mientras salía de mi primera clase, John Crowell me detuvo. Resultó que teníamos algo en común: nuestro odio por Jennifer. Así que formamos una alianza contra ella, y empezamos a idear formas de atormentarla.

Una noche recogí a John y a mi primo Chad en mi Ford Galaxie 500 azul cielo y conduje a una tienda de tiempo completo, donde robamos veinte rollos de papel higiénico. Los lanzamos al asiento trasero del coche y nos dirigimos a casa de Jennifer. Arrastrándonos por su patio trasero, comenzamos a cubrir su casa de papel, colgándolo de cualquier lugar que nos venía a la mente. Caminé hasta su ventana para escribir alguna obscenidad sobre ella. Pero, mientras trataba de pensar en algo convenientemente obsceno, alguien encendió la luz. Salí corriendo, alcanzando un roble justo cuando Chad estaba saltando de una rama. Cayó directamente sobre mí, y caí al suelo. Chad y John tuvieron que arrastrarme con un hombro dislocado, una barbilla sangrante y una lesión en la mandíbula que, según me dijeron más tarde en la sala de emergencias, era aún peor que la anterior.

De regreso a la escuela, tenía muchas razones apremiantes para querer tener sexo: para vengarme de Jennifer; para estar en iguales condiciones con John, quien supuestamente se había tirado a Jennifer entre muchas otras; y para que todos dejaran de burlarse de mí por aún ser virgen. Incluso me uní a la banda de la escuela para conocer chicas. Comencé tocando instrumentos masculinos como bajo y timbales. Pero terminé tocando el último instrumento que cualquiera que sienta inseguridad debería estar tocando: el triángulo.

Finalmente, hacia el final del décimo grado, a John se le ocurrió un plan a prueba de tontos para que yo pudiera desvirgarme: Tina Potts. Tina parecía aún más un pez que Jennifer, tenía labios más grandes y tenía los dientes de arriba más salidos que los de abajo. Una de las chicas más pobres de la escuela, tenía una postura arqueada que advertía su inseguridad y tristeza interna, como si alguien hubiera abusado de ella de niña. Lo único que tenía a su favor era grandes tetas, pantalones ajustados que

presumían un culo bovino y que, según John, ella follaba —lo cual era suficientemente bueno para mí. Así que empecé a hablarle a Tina. Pero, como estaba perdidamente obsesionado por mi reputación, sólo hablaba con ella después de clases cuando no había nadie más.



CHAD Y YO

Después de unas cuantas semanas, logré juntar el valor suficiente para pedirle que nos encontráramos en el parque. Previamente, Chad y yo fuimos a casa de mis abuelos, robamos uno de los decrepitos condones genéricos del gabinete del sótano, y vaciamos media botella de Jim Beam de la alacena de mi abuela en mi termo de Kiss. Sabía que no era Tina a quien tenía que emborrachar —sino a mí. Para cuando llegamos a casa de Tina, a casi media hora de distancia, el termo ya estaba vacío y yo casi me caía borracho. Chad se fue a casa y yo toqué al timbre de su puerta.

Caminamos juntos hasta el parque y nos sentamos en la falda de una colina. En un instante empezamos a acariciarnos, y en cuestión de minutos ya tenía la mano debajo de su pantalón. La primera cosa que pasó por mi mente fue lo velluda que estaba. Tal vez no tenía una madre que le ensañara a rasurarse la línea del bikini. Lo siguiente que pasó por mi mente mientras la masturbaba y apretaba sus tetas era que estaba a punto de eyacular en mis pantalones porque estaba muy cerca de tener sexo.

Para evitarlo, sugerí que diéramos un paseo.

Caminamos colina abajo hasta un campo de béisbol y, debajo de un árbol, justo detrás del plato de *home*, la llevé al suelo, sin darme cuenta siquiera de la trascendencia del lugar en que estábamos. Luché con sus pantalones ajustados arrancándolos de su trasero, después me bajé los pantalones hasta las rodillas y abrí el descolorido paquete del viejo látex del abuelo como si fuera el premio de una caja de cereales. Colocándome entre sus piernas, empecé a deslizarme dentro de ella. Tan sólo la emoción de la penetración fue suficiente para producirme un orgasmo, y aún antes de que estuviera completamente dentro, ya había terminado.

Para preservar lo poco que quedaba de mi dignidad pretendí que no había eyaculado antes de tiempo.

“Tina”, grité. “Quizá no deberíamos estar haciendo esto... Es demasiado pronto”.

Ella no protestó. Tan sólo se levantó y se puso los pantalones sin decir una palabra. Durante todo el camino a casa, yo seguía oliendo mi mano, que parecía permanentemente manchada con el olor de la vagina de una chica de preparatoria. En su mente, ni siquiera habíamos tenido sexo. Pero para mí y mis amigos, ya no era un chico desesperado. Era un hombre desesperado.

No hablé mucho con Tina después de eso. Pero pronto tuve que probar mi propia medicina —cortesía de la chica más adinerada y popular de la escuela, Mary Beth Kroger. Después de observarla lascivamente durante tres años, invoqué todo mi valor y la invité a salir a una fiesta cuando estábamos en último año. Para mi sorpresa, ella aceptó. Terminamos en mi casa bebiendo cerveza, conmigo sentado incómodamente junto a ella y demasiado asustado para hacer algún movimiento porque ella me parecía toda una dama. Pero mi ideal de Mary Beth Kroger se desintegró rápidamente cuando se quitó toda la ropa, brincó encima de mí y, sin molestarse siquiera en usar un condón, me folló como un animal salvaje montado sobre un aparato de ejercicios a toda velocidad. Al siguiente día en la escuela, Mary Beth se puso de nuevo su máscara de perfección y procedió a ignorarme como siempre lo había hecho. Todo lo que gané fueron unos profundas marcas de uñas sobre mi espalda, las cuales mostré orgullosamente a mis amigos, quienes, en honor de Freddy Krueger, la rebautizaron como Mary Beth Krueger.

Para entonces, mi primera follada, Tina, estaba embarazada de siete meses. El padre, irónicamente, era la persona que me había arreglado la cita con ella: John Crowell. Ya no vi mucho a John después de eso, porque él estaba ocupado lidiando con las consecuencias de no usar condón. A veces me pregunto si se casaron, se establecieron y criaron juntos niñas tetudas drogadictas.

Castigando al Gusano

Una vez que Tina abrió las compuertas, entré en un desenfreno. No en un desenfreno de sexo, sino de intentar tener sexo.

CÍRCULO CUATRO: DERROCHE

Después de meses de rechazo y masturbación, conocí a una animadora rubia llamada Louise estando ebrio de Colt 45 durante un partido de *football* preparatorio en una comunidad campesina fuera de Canton llamada Louisville. Aunque yo no lo sabía en ese momento, ella era Tina Potts de Louisville: la puta local. Tenía labios gruesos, nariz chata y grandes y ardientes ojos, como si fuera mitad mulata y mitad Susana Hoffs de The Bangles. También tenía cierto parecido con Shirley Temple, porque era bajita y de pelo rizado, pero parecía interesarle más el sexo que el baile. Ella fue la primera chica en darme sexo oral. Pero desafortunadamente no fue lo único que me dio.

Casi todos los días pasaba a recogerla y la traía a mi habitación cuando mis padres aún estaban en el trabajo. Escuchábamos *Moving Pictures* de Rush o *Scary Monsters* de David Bowie y, ahora que tenía más experiencia en controlar el orgasmo, teníamos sexo normal adolescente. Me hizo tantos chupetones que en cierto momento mi cuello estaba demasiado dolorido hasta para moverlo. Pero no me importaba, porque podía mostrarlos como medallas de honor en la escuela. También me la chupaba, lo cual me daba más derecho a fanfarronear. Un día me trajo una corbata de moño color azul brillante que parecía algo que usaría un bailarín de Chippendale. Creo que quería que intentáramos interpretar personajes, pero lo más parecido que había hecho era jugar a *Dungeons & Dragons*.

Después de una semana de sexo, Louise dejó de contestar mis llamadas. Me preocupaba haberla preñado porque no había usado condón todas las veces. Me imaginaba a su madre enviándola lejos a un convento y dando a su/nuestro hijo en adopción. O tal vez Louise iba a hacerme pagar los gastos de su hijo el resto de mi vida. También estaba la posibilidad de que se hubiera practicado un aborto, que algo hubiera salido mal, que hubiera muerto, y ahora sus padres intentarían asesinarme. Después de no haber oído de ella en varias semanas, decidí llamarla una vez más, disfrazando mi voz con un trapo sobre el teléfono en caso de que sus padres contestaran.

Afortunadamente, ella contestó.

“Siento no haberte llamado en tanto tiempo”, se disculpó. “Estaba enferma”. “¿Enferma de qué?”, preguntó lleno de pánico. “No tienes fiebre, ¿verdad? ¿Vomitas

por la mañana o algo por el estilo?”.

Resultó que simplemente me estaba evitando porque era una cualquiera y tener un novio arruinaría su reputación. Ésas no fueron exactamente sus palabras pero eso fue básicamente lo que quiso decir.

Unos días después durante la clase de matemáticas, comencé a tener comezón en los testículos. Continuó todo el día extendiéndose por todo mi vello púbico. Cuando regresé a casa fui directamente al baño, me bajé los pantalones y me subí al lavabo para poder examinarme. Al instante noté tres o cuatro costras negras sobre mi pene. Arranqué una, y mientras la estaba observando, le escurrió un poco de sangre.

Todavía creía que era un pedazo de piel muerta, pero cuando la acerqué más a la luz, noté que tenía piernas —y se estaban moviendo. Grité de impresión y de asco. Después la aplasté en el lavabo, pero no se destripó como pensé que pasaría. Crujió como un pequeño crustáceo. Sin saber qué hacer, llamé a mi madre y le pregunté que era.

“Oh, tienes piojos”, suspiró con naturalidad. “Probablemente los pillaste de la cama bronceadora”.

Aunque sea vergonzoso admitirlo, tomaba bronceados artificiales. Tenía una piel terrible —mi cara estaba literalmente hinchada por el acné— y el dermatólogo me dijo que había un nuevo tipo de cama bronceadora que secaría mi piel y ayudaría a mi vida social.

Mi madre claramente negaba que su joven hijo había estado fornicando con chicas y contagiándose de parásitos. Incluso mi padre, quien siempre había prometido que el día que perdiera mi virginidad lo celebraríamos con una botella de champán que había robado cuando trabajaba en Kmart, no quería admitirlo. Esto era principalmente porque desde que descubrí las tetas en secundaria, él había querido llevarme con una prostituta para que perdiera mi virginidad. Así que sólo seguí el juego con la historia de la cama bronceadora.

Mi madre me compró medicina para los piojos, pero en la privacidad de mi baño me rasuré todo el vello púbico y me encargué de las garrapatas yo mismo. (Por aquel entonces rasurarme el vello corporal aún era inusual para mí.)

Hasta donde yo sé, nunca he tenido otra enfermedad venérea desde entonces. Y, que yo sepa, mis padres aún creen que soy virgen.

Hechizando al Gusano

John Crowell y yo estábamos de pie sobre la punta de la colina frente a su casa,

turnándonos bebiendo de una botella de Mad Dog 20/20 que habíamos hecho que nos comprara un chico mayor. Habíamos estado ahí al menos una hora, perdiendo el tiempo y observando la tierra fértil a nuestro alrededor, el cielo lastimado e hinchado por la amenaza de lluvia, y de vez en cuando un automóvil pasando de camino a la civilización. Habíamos caído en un aturdimiento autosatisfactorio cuando de repente hubo una explosión de grava.

Envuelto en una nube de humo, un GTO verde viró precipitadamente en la carretera y frenó con un rechinar de llantas. La puerta se abrió lentamente y una bota negra golpeó el suelo. Una gran cabeza apareció sobre la puerta, con un cráneo enorme estrechando la piel. Tenía el cabello rizado y despeinado. Sus ojos profundamente sumidos dentro de la cabeza brillaban como la punta de dos alfileres en el centro de dos círculos negros. Mientras caminaba, noté que, como Richard Ramírez, el merodeador nocturno, sus manos, pies y torso eran más grandes y largos de lo normal. Vestía una chupa de mezclilla adornada en la parte trasera con el símbolo universal de rebelión: una hoja de marihuana.

Con la mano derecha, sacó una pistola de la cintura de su pantalón. Levantó el brazo salvajemente y disparó una y otra vez, cada disparo impulsaba cada vez más su brazo en nuestra dirección. Una vez que la pistola estuvo vacía, caminó hacia nosotros. Mientras yo aún estaba sorprendido, me derribó de un empujón, hizo a John a un lado y cogió la botella de Mad Dog, vaciándola en segundos y lanzándola al suelo. Limpiándose la boca con la manga, murmuró algo que sonó como la letra de *Suicide Solution* de Ozzy Osbourne y entró a la casa.

“Es mi hermano, amigo”, dijo John, con el rostro, que pocos momentos antes había estado pálido de miedo, ahora brillando de orgullo.

Subimos las escaleras detrás de su hermano y observamos azotar la puerta de su habitación y cerrarla con llave. A John no se le permitía poner un pie en la habitación de su hermano. Pero él sabía lo que sucedía ahí dentro: magia negra, *heavy metal*, automutilación y notorio consumo de drogas. Al igual que el sótano de mi abuelo, ese cuarto representaba mis miedos y mis deseos. Y aunque estaba asustado, lo que más quería era ver lo que había ahí dentro.

Con la esperanza de que su hermano saliera de la casa más tarde, John y yo caminamos hasta su granero —o al menos el esqueleto de madera de lo que alguna vez había sido un granero— donde guardábamos una botella de Southern Comfort.

“¿Quieres ver algo realmente *cool*?”, preguntó John.

“Claro”, asentí. Yo siempre estaba listo para algo *cool*, especialmente si John decía que era *cool*.

“Pero debes prometer no decir una palabra a nadie”.

“Lo prometo”.

“Las promesas no son suficientes”, dijo John. “Quiero que lo jures sobre tu madre... No. Quiero que jures que si alguna vez lo cuentas, que tu pene se encoja, se pudra y se caiga”.

“Juro que si le cuento a alguien mi pene se marchitará y morirá”, dije solemnemente, sabiendo bien que lo necesitaría en los años por venir.

“Los ganadores se llevan todo”, dijo con una sonrisa, golpeándome dolorosamente en el hombro. “Sígueme, ganador”.

Me condujo a la parte trasera del granero, y subimos por una escalera hasta el piso superior. La paja estaba manchada de sangre seca. Diseminados por todo el suelo había cadáveres de pájaros; serpientes y lagartijas partidas por la mitad, conejos parcialmente descompuestos con gusanos y escarabajos comiendo la carne que aún les quedaba pegada a los huesos.

“Esto”, anunció John, señalando el pentagrama gigante dibujado con sangre sobre el suelo, “es donde mi hermano hace sus misas negras”.

Era como algo salido de una mala película de terror donde un adolescente aficionado a las artes negras había ido demasiado lejos. Incluso había fotos cubiertas de sangre de varios maestros y ex novias clavadas a las paredes con obscenidades escritas con gruesos y descuidados trazos. Como si estuviera interpretando el papel principal en una película, John se giró hacia mí y dijo, “¿Quieres ver algo aún más tenebroso?”.

Yo estaba hecho pedazos. Tal vez ya había visto suficiente por ese día. Pero también tenía curiosidad, y asentí con la cabeza. John levantó del suelo una sucia y maltratada copia del *Necronomicón*, un libro de hechizos que según él contenía encantamientos de magia negra de la Edad Oscura. Caminamos de nuevo hacia la casa y John llenó una mochila con linternas, navajas de explorador, comida basura y algunos amuletos que dijo tenían poderes mágicos. Nuestro destino, dijo John, era el lugar donde su hermano había vendido su alma al Diablo.

Para llegar ahí teníamos que atravesar un tubo de desagüe que comenzaba cerca de la casa de John y corría por debajo de un cementerio. Caminamos en cuclillas sobre agua fangosa e infestada de ratas, sin ninguna entrada o salida a la vista, conscientes del hecho de que en el lodo de todas las paredes de la tubería había cadáveres. No creo haber tenido más miedo a sobrenatural en mi vida. Durante esa odisea de casi un kilómetro, cada pequeño ruido producía un gran y siniestro eco, y yo seguía imaginando que escuchaba esqueletos golpeando en los tubos y criaturas devueltas a la vida atravesando el metal, listas para llevarme y enterrarme vivo.

Cuando finalmente llegamos al otro lado estábamos cubiertos de la cabeza a los pies con una delgada película de fango, telarañas y lodo. Estábamos en medio de un oscuro bosque. Después de caminar todo el trayecto por entre la maleza, una gran casa apareció ante nosotros. La hierba había crecido sobre ella, como si el bosque tratara de reclamar su espacio, y cada zona con cemento descubierta estaba cubierta con pentagramas, cruces de cabeza, logos de bandas de *heavy metal* y palabras y frases como *chupapollas* y *que te follen*.

Quitamos las ramas y hojas muertas que cubrían una ventana, entramos y examinamos la habitación con las linternas. Había ratas, telarañas, vidrios rotos y

viejas latas de cerveza. Los restos de fuego en una de las esquinas nos hicieron saber que alguien había estado ahí recientemente. Di la vuelta, y John ya no estaba.

Le llamé a gritos nerviosamente.

“Aquí arriba”, gritó desde la parte superior de las escaleras. “Ven a ver esto”. Aunque estaba comenzado a sentir pánico, le seguí por las escaleras y a través de una destartada puerta. La habitación parecía deshabitada. Sobre el suelo había un colchón putrefacto cubierto de agujas hipodérmicas, una cuchara doblada y algunos otros instrumentos. Tirados alrededor del colchón, como pieles curtidas de serpientes, había media docena de condones usados junto con páginas de revistas pornográficas gay a punto de desintegrarse que habían sido aplastadas contra el suelo.

Nos dirigimos al cuarto de al lado, el cual estaba completamente vacío excepto por un pentagrama dibujado en la pared sur y rodeado de runas indescifrables. John sacó su copia del *Necronomicón*.

“¿Qué diablos estás haciendo?”. Pregunté.

“Abriendo las puertas del infierno para invocar a los espíritus que una vez vivieron en esta casa”, dijo con la voz más seria que pudo usar. Trazó un círculo en el polvo del suelo con su dedo. Cuando lo completó, un sonido agudo vino del piso inferior. Nos quedamos completamente quietos, casi sin respirar, y escuchamos la oscuridad. Nada, excepto por el sonido de mi pulso golpeando en mi cuello incesantemente.

John se colocó en el centro del círculo, y buscó en el libro hasta encontrar el encantamiento apropiado.

Un golpe metálico, mucho más fuerte que el sonido anterior, sonó desde el piso inferior. Si algo de lo que habíamos hecho tenía algún tipo de poderes, no estábamos listos para ellos. El alcohol en nuestra sangre se convirtió en adrenalina y corrimos — escaleras abajo, a través de la ventana y dentro del bosque hasta quedarnos sin aliento, sudorosos y con la boca seca. El crepúsculo había caído y algunas gotas de lluvia aterrizaron a nuestro alrededor. Evitamos la tubería, caminando de regreso a casa a través del bosque tan rápido como pudimos en completo silencio.

Para cuando regresamos a casa de John, su hermano estaba completamente drogado, vagando por la casa aturdido y con los ojos enrojecidos. Las drogas habían apaciguado su lado agresivo, casi como si estuviera sedado, lo cual no era menos escalofriante que cuando era un maniaco. Una gata blanca como la nieve descansaba en sus brazos, y él estaba acariciándola.

“Esa gata es su guardián”, me dijo John al oído.

“¿Su guardián?”.

“Sí, como un demonio que tomó forma de animal para ayudar a mi hermano con su magia”.

Esa gata pura y de apariencia inocente se transformó al instante en una criatura malévola y peligrosa en mi mente. El hermano de John la puso en el suelo, y tan sólo se quedó ahí sentada con las orejas echadas hacia atrás, mirándome fijamente con sus

brillantes ojos verdes. De repente, me mostró sus dientes y empezó a bufarme.

“Amigo, esa gata va a matarte”, dijo John en un exitoso intento por asustarme aún más. “Cuando te vayas a dormir va a sacarte los ojos y a arrancarte la lengua cuando trates de gritar”.

Su hermano nos miró a ambos, luego a la gata, y dijo calmadamente, “venid, vamos arriba”. Y eso fue todo: no tuvimos que escabullirnos sin que se diera cuenta ni jugar a detectives. Podíamos entrar al cuarto prohibido: tal vez el hechizo de John para abrir las puertas del infierno había funcionado.

Aunque era nuevo y emocionante para mí, la habitación era exactamente lo que esperarías de un vago rural con una fascinación por Satanás. Había una luz negra brillando sobre un póster de la muerte montando a caballo. Media docena de fotos de Ozzy Osbourne y velas rojas por todas partes. En la parte posterior de la habitación había un pequeño altar tapizado de terciopelo y rodeado de velas encendidas. Pero sobre éste, en vez de un cráneo, un pentagrama o un conejo sacrificado, había un vaso de vidrio de vidrio lleno de un líquido que parecía orina. La pistola descansaba amenazadoramente sobre una mesa cerca de la cama.

“¿Quieres fumar?”, preguntó el hermano de John, levantando el cilindro del altar.

“¿Fumar qué?”, pregunté estúpidamente.

“La hierba loca”, dijo John sonriendo maliciosamente.

“Estoy bien, amigo. Yo ya no fumo eso”, mentí torpemente.

Desafortunadamente no tenía elección. Pronto me pareció que John y su hermano iban a golpearme si no fumaba sus drogas.

El hermano de John encendió un *bong* que ya estaba lleno de hojas color café hechas polvo y aspiró profundamente llenando el cuarto de un humo dulzón cuando exhaló. Yo tosí y me sofoqué con mis primeras bocanadas, pero pronto lo sentí. Combinado con el Mad Dog 20/20, el Southern Comfort, la botella de vino que estábamos bebiendo y el álbum *The Blizzard of Ozz* tocando, mi mente empezó a tambalearse. El hecho de que a nadie de la escuela le agradaba empezó a desaparecer de mi mente.

Me senté ahí mareado, perdiendo la conciencia y volviendo en mí una y otra vez, mientras el hermano de John comenzó a hablar. Su cara estaba roja y contorsionada, y estaba nombrando docenas de espíritus antiguos y demonios que planeaba conjurar para ordenarles que mataran gente: maestros que le habían reprobado, novias que le habían dejado, amigos que le habían traicionado, parientes que le habían tratado mal, jefes que le habían despedido —básicamente cualquiera que se hubiera cruzado en su camino desde que tenía la edad suficiente para sentir odio.

Sacando una navaja del bolsillo, el hermano de John hizo un largo tajo sobre la superficie de su dedo pulgar y lo dejó gotear dentro de un plato pequeño lleno de un polvo blanco con manchas de café. “¡Bad Angarru!”, comenzó a entonar. “¡Ninngghizhida! ¡Yo te invoco, serpiente de las profundidades! ¡Yo te invoco, Ninngghizhida, serpiente cornuda de las profundidades! ¡Yo te invoco, serpiente

emplumada de las profundidades! ¡Ninnghizhida!”.

Hizo una pausa y dio otra calada, después frotó sus labios con el polvo lleno de sangre, vagamente consciente de nuestra presencia.

“¡Yo te invoco, Criatura de la Oscuridad, por las palabras de la oscuridad! ¡Yo te invoco, Criatura de odio, por las palabras del odio! ¡Yo te invoco, Criatura de Desperdicios, por los ritos del desperdicio! ¡Yo te invoco, Criatura de Dolor, por las palabras del dolor!”.

Si así es como actuaba la marihuana, yo no quería consumirla. Yo sólo seguía observando el arma, esperando que el hermano de John no la cogiera. Al mismo tiempo intentaba no hacerle notar que la estaba observando porque no quería atraer su atención hacia ella. Él estaba completamente trastornado, y si aún no era un asesino, parecía no haber razón por la cual no podía serlo al final de la noche.

Minutos u horas transcurrieron. El *bong* seguía pasando, pero el agua dentro de él había sido remplazada con Southern Comfort en un intento de intensificar su efecto. La canción *Paranoid*, de Black Sabbath, sonaba en el *stereo* o en mi cabeza, la gata seguía siseándome, el cuarto estaba dando vueltas, el hermano de John me retaba para que bebiera el Southern Comfort del *bong* y John cantaba “¡bebe!”. Como el estúpido gusano que yo era, llevé la cachimba a mis labios resecos, contuve el aliento y bebí lo que pudo haber sido el peor trago jamás preparado. Después... no sé lo que pasó. Sólo puedo asumir que me desmayé y me convertí en tan sólo otro lienzo para las sutiles crueldades de los hermanos Crowell.

Me desperté con un siseo a las 5:00 p. m. (que en aquel entonces era muy tarde para despertar). La gata aún me acechaba. Toqué mis ojos: aún estaban ahí. Entonces vomité. Después vomité de nuevo. Y de nuevo. Pero mientras estaba de rodillas sobre la taza del baño, me di cuenta de que había aprendido algo la noche anterior: que podía usar la magia negra para cambiar el pobre destino que la vida me había dado — para obtener una posición de poder que otra gente envidiaría y para lograr cosas que otra gente no podría. También aprendí que no me gustaba fumar marihuana —ni el sabor del agua de *bong*.

El Gusano se quita la Piel

La primera vez que noté que algo andaba mal con nuestra familia fue cuando tenía seis años y mi padre me compró un libro acerca de una jirafa que había sido personalizado para que yo fuera un personaje de la historia, participando en las aventuras del animal. El único problema es que mi nombre estaba escrito «Brain»

(cerebro) en todo el libro, lo cual provocaba una perturbadora imagen de una jirafa con un cerebro colgando del lomo. No creo que mi padre se haya dado cuenta nunca del error —y supuestamente él había escogido mi nombre.

Eso era emblemático de la forma en que siempre me había tratado, pues nunca me había tratado para nada. A él no le importaba y nunca estuvo ahí. Si quería su atención, generalmente me la daba con un cinturón doblado para hacer ruido al tocar mi trasero. Cuando llegaba a casa del trabajo y yo estaba jugando Colecovision o dibujando, siempre encontraba una excusa, como podar el césped o llenar la lavadora, para echármelo a perder. Pronto aprendí a fingir estar ocupado y ser responsable cuando él aparecía, aún cuando no había nada que hacer. Mi madre siempre había disculpado sus explosiones violentas como parte del desorden nervioso postraumático de la guerra de Vietnam que también le hacía despertar en mitad de la noche gritando y rompiendo cosas. De adolescente, siempre que yo traía amigos a casa, él les preguntaba, “¿Alguna vez habéis chupado un pene más dulce que el mío?”. Era una pregunta capciosa porque, aunque dijeran si o no, de todas formas terminaban con su pene en la boca, al menos en el sentido cómico de la pregunta.

Ocasionalmente, mi padre prometía llevarme a pasear, pero siempre surgía algo más importante en el trabajo. Sólo en pocas ocasiones memorables hicimos algo juntos. A veces me llevaba en su moto a una mina de carbón cerca de nuestra casa, donde, usando un rifle que había tomado del cadáver de un soldado vietnamita, me enseñaba cómo disparar. Heredé la buena puntería de mi padre, la cual me sirvió bien tanto para disparar pistolas de aire contra los animales como para lanzar rocas a los policías. También heredé un mal temperamento que explota a la menor provocación, una ambición testaruda que sólo puede ser detenida con balas, un extraño sentido del humor, un insaciable apetito por las tetas y un ritmo cardiaco irregular, que ha empeorado por ingerir demasiadas drogas.

Aunque tenía mucho en común con mi padre, nunca quise admitirlo. La mayor parte de mi infancia y adolescencia la pasé con temor hacia él. Él constantemente me amenazaba con echarme de casa y nunca fallaba en recordarme que yo no servía para nada y que nunca lograría nada. Así que fui un niño de mamá, consentido por ella y desagradecido. Para asegurarse de que me mantuviera más cerca de ella de lo que ya estaba, mi madre trataba de convencerme de que estaba más enfermo de lo que en realidad estaba para que pudiera mantenerme en casa y cuidar de mí. Cuando me empezó a salir acné, mi madre me dijo que era una reacción alérgica a la clara de huevo, y por largo tiempo lo creí. Elle quería que fuera igual que ella, que dependiera de ella, que nunca la dejara. Cuando finalmente lo hice a los veintidós años, ella se sentaba en mi cuarto todos los días y lloraba hasta que un día creyó ver la silueta de Jesús sobre la puerta. Tomando esa visión como una señal de que yo estaba siendo cuidado, dejó de lamentarse y empezó a cuidar como mascotas a las ratas que se supone debían ser alimento para mi serpiente. En su propio modo sobreprotector, me reemplazó con la rata más enfermiza, la cual llamó Marilyn, y no sólo hasta le dio

respiración boca a boca a la rata, sino que ahora la tiene en una cámara de oxígeno torpemente construida de plástico transparente de envolver para prolongar su vida.

Cuando eres niño aceptas todo lo que sucede en tu familia como algo normal. Pero cuando llega la pubertad el péndulo gira en la dirección contraria, y la aceptación se convierte en resentimiento. En noveno grado empecé a sentirme más solo y frustrado sexualmente. Solía sentarme en mi pupitre en clase con una navaja de bolsillo cortándome el antebrazo. (Aún tengo docenas de cicatrices debajo de mis tatuajes.) En general, no me importaba salir bien en la escuela. La mayor parte de mi educación tuvo lugar después de clase, cuando escapaba a un mundo de fantasía — inmerso en juegos de rol, leyendo libros como la biografía de Jim Morrison, *No One Here Gets Out Alive*, escribiendo macabros poemas e historias cortas, y escuchando discos. Comencé a apreciar la música como una cura universal, la entrada a un lugar donde podía ser aceptado, un lugar sin reglas y sin prejuicios.



MAMÁ

La persona que tuvo que soportar la peor parte de mi frustración fue mi madre. Tal vez mis explosiones contra ella eran algo más que había heredado de mi padre. Por algún tiempo, mis padres tuvieron violentas peleas a gritos porque mi padre sospechaba que ella le era infiel con un ex policía que se había vuelto investigador

privado. Mi padre siempre había sido desconfiado por naturaleza y nunca pudo deshacerse de sus celos incluso por el primer novio de mi madre, Dick Reed, un tipo escuálido cuyo trasero había pateado mi padre el día que conoció a mi madre a la edad de quince años. Una de sus peleas más escandalosas tuvo lugar después que mi padre revisó su bolso, sacó una toalla sucia y exigió una explicación. Nunca supe qué era lo sospechoso acerca de esa toalla —si era porque provenía de un hotel extraño o porque había sido usada para limpiar semen. Recuerdo que el investigador en cuestión había venido a casa algunas veces con metralletas y revistas *Soldier of Fortune*, las cuales me impresionaban porque aún estaba interesado en una carrera en el espionaje. Sin embargo, el odio y la rabia son infecciosos, y pronto empecé a sentir resentimiento por mi madre porque pensé que ella estaba rompiendo su matrimonio. Solía sentarme en mi cama y llorar pensando en lo que pasaría si mis padres se separaran. Temía tener que escoger a uno de los dos y, como tenía miedo de mi padre, terminar mudándome y viviendo en la pobreza con mi madre.

En mi cuarto con mis pósters de Kiss, mis dibujos y mis discos de *rock*, también tenía una colección de botellas de vidrio colonia Avon que mi abuela me había dado. Cada una tenía la forma de un coche diferente, y creo que fue el Excalibur el que envió a mi madre al hospital una noche. Había llegado tarde a casa y no quería decirme donde había estado. Sospechando de su infidelidad, perdí la cabeza y le lancé la botella a la cara, abriendo una sangrienta herida sobre su labio y derramando perfume barato y trozos de vidrio azul sobre el suelo.

CÍRCULO CINCO: IRA

Aún tiene la cicatriz, que le ha servido de constante recordatorio de no tener nunca otro hijo. En altercados siguientes, le golpeé, le escupí y traté de ahorcarla. Nunca se defendía. Sólo lloraba, y yo nunca me sentí mal por ella.

Sin embargo, la ira que tenía reprimida por haber sido enviado a la escuela cristiana, comenzó a disiparse después en la escuela pública. Mi madre me dejaba quedarme en casa como si estuviera enfermo si, por ejemplo, no podía peinarme y no quería que ninguna chica me viera, o si alguien quería pegarme en la escuela. Empecé a apreciarla por eso. Pero eso, también, sólo era una fase.

Mientras estaba en mi cama esa última noche en Canton, odié a mis padres más de lo que los había odiado antes. Finalmente empezaba a encajar en Canton, y ahora tendría que vivir en las afueras de Fort Lauderdale porque mi padre había conseguido un nuevo y aburrido trabajo como vendedor de muebles. Había ido a los lugares más oscuros —desde casas embrujadas hasta gimnasios de escuela. Había tenido drogas de mala calidad, peor sexo y ninguna autoestima. Estaba todo a mi alrededor, y ahora tenía que empezar todo de nuevo. No estaba emocionado por la mudanza. Estaba amargado y enojado —no sólo con mis padres, sino con todo el mundo.

*El camino al infierno está pavimentado
con amables cartas de rechazo*

«Me sentía algo solo, y pronto desarrollé hábitos desagradables que me hicieron impopular durante mis días de escuela. Tenía al hábito del niño solitario de inventar historias y mantener conversaciones con personas imaginarias, y creo que desde el principio mis ambiciones literarias estaban mezcladas con el sentimiento de estar aislado y subestimado. Sabía que tenía facilidad con las palabras y el poder de afrontar hechos desagradables, y sentía que esto había creado una especie de mundo privado en el cual yo podía vengarme por mi fracaso en la vida diaria».

—George Orwell, *Why I Write*.

CÍRCULO CINCO: MALHUMOR

Enero 20, 1998
Brian Warner
3450 Banks Rd. 207
Margate, FL 33063

John Glazer, Editor
Night Terror Magazine
1007 Union Street
Schenactady, NY 12308

Querido John Galzer,

Adjunta se encuentra mi previamente no publicada historia, Todo En Familia . Sólo está siendo enviada a su revista por el momento. Apreciaría su consideración para una posible

publicación de la historia arriba mencionada. Le agradezco por su tiempo, y estaré esperando su respuesta.

Sinceramente,
Brian Warner

TODO EN FAMILIA
por Brian Warner

Él esperaba que la grabadora aún funcionara. Era una de esas portátiles usadas a menudo en escuelas y bibliotecas. Teddy ni siquiera se dio cuenta de la ironía de su acción. Angie era de hecho quien se la había comprado. Limpió el pelo y la sangre del borde y soltó un suspiro de frustración. Mamá seguramente me dejará sin ver televisión, pensó, mirando el desastre que había hecho.

Maldita sea. Malditas sean todas. ¿Por qué tenía que lastimar a Peg? ¿Por qué?. Tristemente, pateó el cadáver junto a él. Sus ojos fijos le miraron con vacía fascinación. Zorra. Mataste a Peg.

La mirada muerta de su hermana no respondió. (Él se preguntaba por qué.) Su cara era tan sombría. Levantó la cabeza de ella por los cabellos y vio que era sangre seca sobre su mejilla lo que creaba la falsa sombra. Vio, también, que el agujero de su cráneo había dejado de sangrar; la sangre coagulada había formado una costra gelatinosa.

Mamá llegaría pronto a casa. Tenía que cavar una tumba.

Teddy se puso de pie y caminó a su cuarto donde yacía desinflado el cuerpo plástico de Peg. Sobre su pecho sin sangre se encontraba un cuchillo de cocina y ella miraba el techo con su eterna expresión con la boca en forma de O. Parecía como si fuera a gritar.

Levantó la cabeza de la muñeca y miró tristemente la plana superficie de su figura sin aire. Abrazando su cabeza, comenzó a llorar. Cada lágrima contenía mil deseos de traerla de vuelta. Estaba feliz de que Angie hubiera muerto. Merecía cada golpe. Mientras Teddy acariciaba su cabello artificial notó la humedad proveniente de su hermana que yacía a varios metros de distancia. Sabía que era orina. Había oído su vejiga soltarse cuando le dio el último golpe mortal. La había golpeado una vez más por si acaso ella había matado a Peg. Él tenía todo el derecho.

Cuidadosamente, dejó la cabeza de Peg descansar sobre la

alfombra. Agachándose, besó su mejilla y limpió algo pegajoso de su labio de plástico. Mamá le había dicho antes que no tocara a Peg y que no hiciera aquella cosa sucia en su boca, pero no pudo evitarlo. La amaba demasiado como para sólo dejarla ser. Si mamá averiguaba que había hecho eso sucio se llevaría a Peg, como antes tendría que encontrarla también.

Cuando Teddy regresó al cuerpo de Angie se detuvo por un momento para maravillarse ante su desnudez. Él siempre la había visto vestirse desde el armario, pero nunca había visto su cosa de cerca. Estaba fascinado por la maraña de cabello entre sus piernas

Peg no tenía eso. Cautelosamente tocó su muslo, y retiró su mano rápidamente como si su carne estuviera al rojo vivo. Aunque no lo estaba. De hecho, estaba comenzando a enfriarse. Habían pasado cuatro horas.

Te odio , informó a los ojos del cadáver.

De nuevo tocó su muslo, pero esta vez no retiró la mano. Gentilmente, deslizó las puntas de sus dedos por su cadera hasta su entrepierna. Con la otra mano, separó sus rígidas piernas. Entre ellas había un charco de orina del tamaño de un panecillo. Tocó sus genitales curiosamente. Era mucho más suave que Peg, y esperen aunque su cuerpo estaba frío y pálido, estaba tibia por dentro. Se estaba excitando con su macabra divinidad sexual.

Tenía que parar Mamá se molestaría si él hacía lo sucio. Ella odiaba lo sucio; Papá lo había averiguado de la manera difícil. Lo único que le gustaba era coser y ver Family Feud. Ella amaba a ese tal Richard Dawson.

Pero ella estaba tan vulnerable, tan quieta. La piel de Peg era dura y cerosa por dentro la había tenido diez años (cuando tenía dieciocho años la pidió de una revista sucia). Angie solo tenía cinco años entonces, ahora se había convertido en una hermosa joven. No la odiaba tanto en realidad pero no debió haber matado a Peg. Él sólo estaba viéndola ducharse. No era nada nuevo. Pero ella le habría dicho a Mamá, Mamá no soportaría ese tipo de suciedad en su casa. Por eso tuvo que esconder a Peg en primer lugar. Mamá era tan chapada a la antigua; tenía muchas cosas que esconder de ella.

Fue al garaje, cogió una pala y comenzó a cavar en el jardín. Debía terminar antes que ella llegara.

El suelo era suave, y no tardó mas de media hora en hacer la tumba.

El tiempo era precioso así que entró y limpió. Tomó una toalla y fue al cuarto de Angie. Tomándola de los brazos, la arrastró hacia

atrás unos cuantos metros el charco había humedecido la alfombra, dejando una mancha oscura. La limpió cuidadosamente y tiró la toalla dentro del armario.

Mientras la arrastraba por el cuarto tuvo una idea. Era la mejor idea que jamás había tenido. Si a Mamá le gustara lo sucio estaría orgullosa de su idea.

Soltó los brazos de Angie y regresó a su cuarto. Le dolió ver el cuerpo gastado de Peg; la herida en su pecho parecía más grande y dolorosa. Pero ella era vieja, pensó. Tal vez fue mejor que muriera.

Teddy arrancó el cuchillo y cargó el torso plástico de la muñeca a través de la cocina y hasta el jardín. Lo siento, Peg, le dijo a su cara pintada. No la enterraría sin más primero quería probar su idea. Si funcionaba, entonces la cubriría.

Ya casi no había tiempo, tendría que darse prisa. De regreso al cuarto de su hermana, se quitó los jeans y se arrodilló junto al cadáver. El olor de la muerte era picante y nauseabundo, pero la vida era demasiado escalofriante para él. Era más bien un observador. Pero era demasiado tarde para observar y ella estaría perfecta. Podría esconderla. Igual que a Peg.

Mientras Teddy montaba a su hermana en un torpe e incestuoso acto de necrofilia, el coche de su madre aparcó en la entrada. Vio a través de la sucia ventanilla las putrefactas bolsas de basura apiladas entre las hierbas cerca del pórtico. Ese maldito Teddy. Igual a su padre.

Con tan sólo cuatro embestidas dentro de ella, Teddy terminó vergonzosamente, se quedó ahí dentro por unos momentos le gustaba el pegajoso agarre de su carne. Estaba apenado, pero le gustaba demasiado lo sucio. ¿Por qué Mamá no podía entender sus necesidades?

¿Teddy, no te dije que sacaras la basura?, aulló en cuanto se abrió la puerta delantera, chocando contra la pared. Un catálogo de castigos embriagó su mente mientras cruzaba la sala.

Teddy se petrificó. ¿Cómo iba a explicar esto a su madre? Tendría que esconder a Angie; si mamá veía lo que

Teddy .

Mientras Mamá entraba al salón, él la miró desde su desgraciada posición.

Ella se paró junto a él, antigua y poderosa desde este ángulo. Su bastón aparecía ante él como un tronco.

El miedo congelado de Teddy se derritió y de un salto cubrió sus partes íntimas, escondiéndolas de Mamá.

¿Teddy, acaso no te dije que sacaras la basura? .

¿Qué? , estaba confundido por su pregunta fuera de lugar, su vacía maternidad.

Oh, olvídale . Tocó el cuerpo de Angie con su bastón por simple curiosidad. Ponte los calzoncillos .

Mamá, no fue culpa mía, ella mató , cerró su boca rápidamente
Mamá no podía saber lo de Peg. Ella odiaba a Peg.

¿Está muerta, verdad? .

Mamá, yo no quería matarla . Eso era mentira.

Estabas mirándola de nuevo , dijo Mamá.

No Mamá. Yo nunca la vi. Juro que no .

Sí lo hiciste. Ella me lo decía .

No, Mamá . Esa perra, había hablado. Deseó poder matarla de nuevo; sufrió demasiado poco.

Te dije que no hicieras lo sucio. Y ahora te atrapo haciéndolo con tu hermana. ¿Qué puedo hacer con un muchacho tan irrespetuoso? .

Su retórica lo asustó. ¿Y si se llevaba la televisión? ¿Y si le hacía tomar esas píldoras de nuevo como las llamaba? ¿Saltpepper? Aunque podía arreglar eso. Era bueno escondiéndolas bajo la lengua para tirarlas después por la ventana.

Aunque Teddy era más alto que Mamá, ella le abrumaba con su presencia. Caminó hacia Angie y levantó su bastón. Era varicosa en su elegancia.

Los chicos malos deben ser castigados. Así es como se mantiene una familia unida .

Acertadamente, y con sorprendente fuerza, le golpeó la cabeza hasta que se colapsó, lacio y denigrado sobre la alfombra.

Cuando Teddy despertó, se estremeció por el dolor punzante en sus párpados no podía abrirlos sin importar lo fuerte que lo intentara. Sobre su entrepierna desnuda sintió la fría seguridad del cuerpo de Peg, y bajo él la tierra firme. Maldita Mamá y su costura. Tocó sus párpados y sabía que encontraría las pequeñas costuras bloqueando su visión.

Teddy , gritó ella desde arriba. Has sido un mal chico. Aunque ya nunca más volverás a ver a Angie, ya me he encargado de eso. Eres igual que tu padre. También tuve que darle una lección .

Oyó un raspón sobre la tierra e imploró perdón. Mamá, por favor, yo no quería mirar. Lo siento. Por favor, Mamá .

Una palada de tierra aterrizó sobre su rostro, cubriendo su nariz y boca; sus brazos estaban demasiado apretados dentro de la

tumba para protestar.

Debo mantener unida a la familia .

Mamá continuó llenando la tumba mientras Teddy luchaba por liberarse; quería escupir pero su boca llena de tierra le prohibía tal acción. Arriba, Mamá balbuceaba sobre disciplina y el castigo de Teddy terminó en ahogamiento mientras sus ojos dejaban escapar lágrimas de sangre.

Marzo 5, 1988

Night Terrors Magazine
1007 Union Street
Schenectady, NY 12308

Brian Warner
3450 Banks Rd. 207
Margate, FL 33063

Hola Brian,

Gracias por "Todo En Familia". Me gusta la idea, pero prefiero algo más complicado. Sin embargo, escribes muy bien y muy convincentemente, y estoy ansioso porque nos mandes algo más. Pero, Brian, primero te invito a familiarizarte con el tipo único de ficción que nosotros publicamos comprando una suscripción a NT. Puedo enviarte los siguientes cuatro números por sólo 12 dólares en tu primer año y dieciséis cada año adicional. Espero que aproveches esta oferta -más del 35" menos que el precio de portada- y te unas a nuestra pequeña pandilla sangrienta. Si en realidad piensas vender tu trabajo a NT -el pago es de dos centavos y medio por palabra- conocer la revista es la clave para una venta rápida.

Hasta entonces,
John Glazer
Editor

Marzo 28, 1988
Brian Warner
3450 Banks Rd. 207
Margate, FL 33063

John Glazer, Editor
Night Terror Magazine
1007 Union Street
Schenectady, NY 12308

Querido John Glazer,

Muchas gracias por su alentadora respuesta. Incluido va un cheque por cuatro números de NT. Estoy ansioso por recibir mis primeras copias. Mientras tanto, le mando tres nuevos poemas que escribí, "Piece de Resistance", "Vitrál" y "Hotel Alucinógeno". Espero que los encuentre más de su gusto.

Gracias por considerar estos envíos, y estoy esperando recibir mi suscripción a Night Terrors Magazine.

Sinceramente,
Brian Warner

-PIECE DE RESISTANCE-

Cuando el tenedor se come a la cuchara
Y el cuchillo apuñala
El rostro reflejado en el plato,
La cena ha terminado.

-VITRAL-

En el silencio del bosque
Fornicadores arrodillados
Buscan penitencia e
Idealistas con dientes postizos
Lanzan trozos de carne sobre el plato de la ofrenda

Enciende una vela por los pecadores
Enciende un fuego

Profeta autoproclamado, protestante que habla en parábolas
Predica su dogma diatópico,

pdestripando sin discreción

Suplicar

Congregar

El mundo se ve mejor a través de un vitral

Enciende una vela por los pecadores

Prende fuego al mundo

Falsedades

Falsedades

Hechos falsificados;

Todos sentados como esponjas ansiosas,

Absorbiendo la realidades terciarias de la vida

-HOTEL ALUCINÓGENO-

Recostado en mi cama contemplando

El mañana, simplemente meditando,

Miro fijamente un solo

Punto vacío, y notó la penetración

De dos ojos mirando de arriba

A abajo y en varios ángulos extraños

Inspeccionándome en secreto; y yo

Siento mi vista repelida

De la pantalla vacía

Frente a mis ojos y dirigida

A las ocho latas vacías de cerveza

Formando una pirámide involuntaria

Y cierro mis párpados para pensar

¿Cuántas horas han pasado

desde que construí tal

edificio inmaculado de hojalata?

¿O fui yo quien creó todo?

¿Fueron los observadores?

Abro los ojos y vuelvo mi vista a la pirámide

Pero ahora la pirámide

Se ha convertido en una llamarada, y

El rostro dentro de ella es el mío.

¿Qué es esta profecía que
viene a mí como un chico repartidor,
fría e inconsciente de su mensaje,
sólo buscando reconocimiento?
Pero yo no seré presa
De esta revelación irrelevante
Yo no reconoceré esta perversión
De pensamiento.

No lo haré.

Lanzó mi almohada hacia
La tumba infernal, como salvando mis
Ojos del terrible entendimiento,
Y oigo el sonido hueco
De siete latas vacías de cerveza,
No ocho.
¿Fue el destino quien dejó
sólo una de pie?
¿Por qué este solitario soldado de metal
se para desafiante ante
mi almohada de aniquilación?
Entonces, por alguna extraña, idiota,
Mas bien enigmática razón
La lata comienza a estallar en una barrera de
Sollozos.
¿Se lamenta porque sus
amigos y familiares se han ido
o porque no tiene a nadie
con quien procrear?
Ellos se han ido

Pero no, esa no es la razón.
Es el llanto de un bebé por la traición de su madre.
El miedo aullante al abandono.
Y los lamentos, gritos, sollozos
Hacen que las latas muertas revivan
Y no puedo creer lo que ven mis ojos,
Que este grupo de
Recipientes está cantando
En una cacofonía de hueca rebelión
En contra de mi Doctrina de Aniquilación

Que fue discutida en mi
Cumbre de la Almohada (la cual ahora
Está perdida entre los pasos de los
Anarquistas de aluminio).

Tengo miedo, miedo de estas
Latas, estos rebeldes nihilistas.
Mientras una se acerca la que llora como un bebé,
Supongo que mi miedo ahora
Crece, construyendo un muro
Alrededor de mi cama, tratando de callar
Todo lo que esté al otro lado
Pero sin duda
El llorón escala despreocupadamente por lo que
Creí que era un gran muro
No muy diferente del que está en Berlín.

Él comienza a hablar.

Sus palabras fluyen crípticamente desde
El agujero de su cabeza
Como música fúnebre: profundas, resonantes,
Y afligidas.

Me dice: Tan sólo debes
Rendirte a tus sueños.
Nos sentamos todo el día preparándonos para tu llegada
Y al llegar
Con muy poca educación
Nos ignoras .

Asombrado, asiento involuntariamente
Y él cierra mis ojos.

No.

Me da un par de anteojos afrodisíacos,
Y me quedo dormido entre las sombras.

Dormido en un campo de jacintos y jade.

Cuando salgo de mi sueño
Me levanto,

Mi cabello un desorden de rizos dorados.
Entro en la cocina,
Y me dirijo al congelador.
Saco una lata de cerveza,
Y mientras comienzo a beber
Oigo

El llanto de un niño abandonado.

Junio 5, 1988
Brian Warner
3450 Banks Rd. 207
Margate, FL 33063

John Glazer, Editor
Night Terrors Magazine
1007 Union Street
Schenectady, NY 12308

Querido John Glazer,

Recibí por correo mi primer número de Night Terrors hace dos semanas, y ya he leído el ejemplar completo. Lo disfruté, particularmente la historia de Clive Barker. No he recibido noticias de usted, y me pregunto si ha recibido los poemas que iban incluidos con mi suscripción. Ahora estoy mucho más ansioso que antes por ser publicado en Night Terrors Magazine. Siento que es el lugar perfecto para mi trabajo. Por favor responda pronto y hágame saber si recibió mi envío anterior, o si le gustaría que lo enviara de nuevo.

Sinceramente,
Brian Warner

Julio 8, 1988
Night Terrors Magazine
1007 Union Street
Schenectady, NY 12308

Brian Warner
3450 Banks Rd. 207

Margate, FL 33063

Hola Brian,

Me alegro de saber de ti. Gracias por tus palabras sobre NT; sí, leí tus poemas, y los disfruté, pero no creí que fueran adecuados para NT. Lo siento; debí haber olvidado responder. Pero por favor manda algo más pronto, realmente estoy disfrutando tu trabajo.

Hasta entonces,
John Glazer
Editor



No nací con suficientes dedos medios

«Vamos chicas pintaos los labios
 Poneos los sombreros y moved las caderas
 No olvidéis traer los látigos
 Vamos al Baile de Freaker».

—Dr. Hook and The Medicine Show, *Freaker's Ball*

Cuando tienes amigos, formas una banda. Cuando estás solo, escribes. Así fue como pasé mis primeros meses en Fort Lauderdale. Mientras mi padre trabajaba en Levitz Furniture, supuestamente una gran oportunidad para él, yo me sentaba solo en casa y traía mis más locas fantasías a la vida en poemas, historias y novelas. Las envié a todas partes, desde *Penthouse* y *The Horror Show* hasta *American Atheist*. Cada mañana corría a la puerta en cuanto oía al cartero. Pero lo único que traía en su bolsa era desilusión: ya fuera nada o una carta de rechazo. Sólo una historia, *Moon on the Water*, acerca de un escritor alcohólico con un gato llamado Jimi Hendrix y pozo que tragaba a todos los que él amaba, fue publicada —en un pequeño periódico llamado *The Writers Block*.

La desilusión me seguía como una bola con cadena durante ese primer año en Florida. Mientras más trabajaba, menos daba resultado. Llevaba una vida patética: viviendo con mis padres y asistiendo al Broward Community College, donde estudiaba periodismo y teatro porque era lo único que me interesaba. Para ganar algo de dinero extra, me convertí en gerente nocturno de un Spec's, una tienda de discos donde pronto encontré la oportunidad de revertir el tipo de conducta que me había metido en problemas en la escuela cristiana.

Había dos chicas guapas que trabajaban en la tienda. La que me encontraba agradable, por supuesto, tomaba fuertes medicamentos y estaba obsesionada con matarse. La que me gustaba a mí era Eden, llamada así por el jardín de las delicias terrenales, pero ella rehusaba compartir ninguna de esas delicias terrenales conmigo. En un inexperto intento por ser *cool*, hice un trato con ellas: podían fumar marihuana en la parte trasera de la tienda si aceptaban robar casetes para mí. Como había un guardia de seguridad que revisaba nuestras bolsas siempre que salíamos de la tienda, les compré a las chicas unos recipientes para bebidas en Sbarro's y les dije que

llenaran los contenedores con tantas cintas de The Cramps, The Cure, Skinny Puppy y por el estilo como cupieran en ellos. La semana que salió a la venta *Nothing's Shocking*, de Jane's Addiction, hice que Eden lo robara y después intenté sin éxito convencerla para que viniera conmigo a su concierto en Woody's en la playa.

Mi primer artículo en el periódico de mi escuela fue una reseña de ese concierto, titulado «Jane's Addiction Returns to Shock Crowd at Woody's». Poco sabía yo que había una palabra en ese encabezado que sería usado miles de veces para describir mi música, y no era *woody*. Aún más impredecible era el hecho de que muchos años después estaría en un cuarto de hotel en Los Angeles tratando de evitar que el guitarrista de Jane's Addiction, Dave Navarro, me diera sexo oral mientras esnifábamos drogas juntos. (Si la memoria no me falla, Dave terminó en el cuarto de mi bajista, Twiggy Ramírez, que había ordenado dos caras prostitutas y estaba ocupado follándoselas al ritmo de *Eliminator*, de ZZ Top.)

De lo que más me arrepentí cuando fui despedido por holgazanear en el trabajo (nunca me atraparon robando) fue que nunca saldría con Eden. Sin embargo, una vez más, la fama y el tiempo estaban de mi lado, y un año y medio después la encontré en un concierto de Marilyn Manson and the Spooky Kids. Ella ni siquiera sabía que yo estaba en la banda hasta que me vio en el escenario, y entonces repentinamente quería salir conmigo. Lógicamente me la follé —y nunca la llamé después de eso.

Después de ser despedido, me sumergí en la crítica de *rock*, trabajando para una guía gratis de entretenimiento llamada *Tonight Today*. La revista la llevaba un estúpido *hippie* drogadicto llamado Richard Kent que nunca me pagó un centavo. Estaba completamente calvo excepto por un parche de pelo gris que mantenía atado en una coleta y usaba gruesas gafas oscuras. Caminaba constantemente por la oficina moviendo el cuello hacia atrás y hacia delante, como una cacatúa gorda buscando algo que decir. Siempre que le preguntaba algo sobre un artículo o una fecha límite, me miraba distraídamente varios minutos. Nunca supe en qué pensaba, pero siempre esperaba que no fuera en molestarme sexualmente.

Pronto pude cambiarme a una revista independiente, *25th Parallel*, diciéndole a los dueños, dos amantes llamados Paul y Richard, que tenía un título en periodismo y que había escrito para varias publicaciones nacionales. Ellos creyeron mis mentiras y me contrataron como Editor Jefe. Siempre trataba de imaginar a Paul y Richard teniendo sexo, pero era una imagen imposible de invocar. Paul, un pequeño y gordo italiano de Nueva York, parecía un reflejo en un espejo distorsionado de Richard, que era flaco, alto con un acné terrible y con dientes monstruosos que parecían parte de un disfraz de Halloween. Una de las cosas que me daba más miedo acerca de ellos era una foto de Slash inconsciente y desnudo en una bañera que Paul tenía sobre su escritorio. Siempre me pregunté sobre las circunstancias en que esa foto había sido tomada.

Paul y Richard eran una pareja sin esperanza. Se sentaban en la oficina deprimidos, desamparados y llorando. La única razón por la cual la revista salía mes

tras mes era por el dinero que ganaban vendiendo los discos que recibían gratis por correo. Como la mayoría de la gente que no paga por su música, ellos no la apreciaban. Yo escribía sin parar para la sección de entretenimiento, pero la pieza con la que estaba más feliz no era sobre *rock*. Era sobre un tema que combinaba mis aspiraciones tanto en el periodismo como en la literatura de terror.

25TH PARALLEL, ABRIL, 1990

–SIEMPRE HERIMOS A QUIENES AMAMOS–
(un viaje dentro del mundo del Sadomasoquismo)
por Brian Warner

El empalagoso olor familiar del sexo y el cuero instantáneamente aborda mis sentidos mientras entro en el calabozo de *Mistress Barbara*. Después de ser vendado de los ojos y escoltado hasta aquí por su esclavo personal, paso algunos momentos ajustando mi visión a la tenue iluminación de esta sala transformada en cámara de torturas; descuidadamente me guardo los parches para ojos adhesivos en el bolsillo de mi camisa. Una vez que logro enfocar, la coexistencia carnal de este apartamento de Fort Lauderdale se hace visible.

La baja y corpulenta mujer que se llama a sí misma *Mistress Barbara* es, de hecho, una especialista en E&D (eso es esclavitud y disciplina para aquellos que creían que la posición del misionero aún era el estándar) y su casa de enferma reputación está más cerca de lo que se imaginan.

“Cualquiera que sea la fantasía de alguien, yo la llevo a cabo”, asegura, señalando un cuarto lleno de dolorosos, aunque incitantes, artículos para películas y demás parafernalia pornográfica. “En sesiones comerciales uso instrumentos de tortura en la gente. Practico tortura (genital), perforación corporal y esclavitud –los ato en posiciones que son extremadamente incómodas y los dejo ahí por largos periodos de tiempo. Si es una buena sesión y han sido buenos esclavos, les permito masturbarse después”.

En la pared opuesta a la puerta hay una fila de espejos de

cuerpo completo y a ambos lados de éstos se encuentran sus herramientas de trabajo. La sigo hasta la repisa de la derecha donde me señala dos cascos de jockey, equipo para montar, equipo para electroshocks usado en entrenamiento de perros, varios collares para perro, un par de espuelas y esposas metálicas diseñadas para aprisionar piernas, muñecas y pulgares.

"Sin embargo, no siempre las aplico en piernas, muñecas y brazos", ríe.

Continuando hacia abajo hay una montón de pinzas y grilletes que se usan para estrechar las partes más tiernas del cuerpo. Debajo de eso me presenta un juego de utensilios que parecen familiares como "lenguas de caracol".

"Éstas son maravillosas para tortura (genital)", sonrío, levantando las lengüetas cariñosamente y cerrándolas en el aire como una langosta metálica. "Y además, cuando alguien come caracoles, siempre piensan en mí".

Debajo hay alrededor de treinta anillos de metal, látex y cuero de entre 2 y 8 cm de diámetro. Aparentemente, fueron inventados por los chinos para mejorar la duración sexual. Personalmente creo que parecen aretes de pirata, ¿pero qué va a saber un tipo con una vida sexual promedio como yo?

Aún más abajo, me muestra un pequeño paracaídas de cuero y cadenas. Parece un accesorio para una figura de acción; ya me lo imagino auténtico accesorio sadomasoquista para las Tortugas Ninja Pervertidas. Me explica que este artefacto se utiliza para "estrechar los genitales". No creo que se pueda encontrar uno de éstos en las jugueterías.

Aún más extraño, hay una lente de aumento. "Esto es para que los hombres con los que trato puedan echar un buen vistazo a lo que tienen y puedan verlo con sus ojos como lo ven mentalmente".

Guardada en la parte inferior hay una colección de collares de pinchos, sujetadores de cuero, máscaras, bozales y flecos para pezones y pene. Toma estos últimos y me indica, "hago a los hombres bailar con esto puesto y todos los flecos deben balancearse en la misma dirección". En adición a ese tesoro de juguetes también hay una cola de caballo (completa con una "clavija" para asegurarla al culo) y un grillete real que asegura haber comprado en un garaje.

Cruzando el cuarto, en la otra pared, es donde Mistress

Barbara guarda sus armas más peligrosas, por decirlo así. Por supuesto, hay una gran cantidad de cadenas, así como un bastón inglés de madera, muchas paletas para dar azotes (mimbre, roble, goma, cuero y plástico), una vara de medir, una regla, un limpiador de pintura, un arma medieval con picos que ella llama "aplastahuevos", algunos gatos de nueve colas y suficientes látigos como para hacer salivar incontrolablemente a Indiana Jones. Además los cajones contienen cosas como estimuladores electrónicos de músculos, enemas desechables, velas, guantes de látex, condones (ella usa tanto secos como lubricados), sangre falsa, yeso de París, papel aluminio, un soldador eléctrico, bolsas plásticas para basura, plumas, pieles, cepillos, talco, loción de vitamina E, vaselina, un cajón entero de vibradores (de varias formas y tamaños), más lencería que Victorias Secret y Frederick de Hollywood combinados, y una caja de luces de bengala. Siendo el tipo ingenuo que soy, pregunto para qué son las luces de bengala desearía no haberlo hecho.

"En los cumpleaños y el 4 de julio les pongo una de éstas en la punta del pene y la enciendo", confiesa sin ningún rastro de sarcasmo. "La mayoría de estas cosas son utensilios, aunque a la mayoría de los hombres les encanta vestirse de mujeres. Vienen aquí para ser femeninos".

Cuidadosamente, me siento sobre la manta que cubre su cama de matrimonio. Bajo ésta, donde la mayoría de la gente normal guardaría, digamos, un juego de Monopoly, o incluso sus muñecos de KISS, noto una jaula.

Aunque Mistress Barbara sólo ha practicado el sadomasoquismo comercialmente (no comercialmente en el sentido que conocemos; esta práctica es bastante ilegal) desde hace tres años, lo ha estado haciendo en privado durante 45 de sus 57 años. Su iniciación en el mundo del sadomasoquismo llegó a la madura e incierta edad de 12 años.

"Vivía en California y había un hombre de 21 años que venía a mi casa todo el tiempo", recuerda, encendiendo un cigarro. "Un día me estaba molestando con su látigo y me enfadé. Así que, tomé el látigo, le hice quitarse la ropa y conducir de vuelta a casa desnudo".

Desde ese día, ha estado abusando de los hombres para complacerles. Sin embargo, ella en realidad no perdió su virginidad hasta los 16 años. Desde entonces siguió

ejerciendo su negocio en privado, mudándose a Florida en 1980. Finalmente se dio cuenta de que si se anunciaba, podía hacer lo mismo a extraños por más dinero. Ahora, por 200 dólares la sesión (que puede durar desde 12 minutos hasta 13 horas), se gana aproximadamente 25.000 dólares al año, libres de impuestos.

Sus clientes, que tienen entre 19 y 74 años, la localizan a través de un anuncio personal que dice: "Mujer madura, sincera, dominante tiene salas para esclavos disponibles para estancias largas y cortas". Generalmente, sus clientes son hombres de negocios con familia, dice. "Creo que mientras más alto nivel tenga el ejecutivo, más presionado está y más necesita hacer estas cosas", dice. "Veo caras que reconozco de pósters de campaña. Creo que no es inusual que haya tenido bomberos, oficiales de policía, abogados, jueces, pilotos de avión y jugadores de football". Riendo, añade, "Recibo la mayoría de mis llamadas después de los fines de semana de tres días en los que estos hombres están en casa con sus esposas y no están acostumbrados a pasar tanto tiempo con sus familias. Así que recibo llamadas desesperadas diciendo que han sido malos chicos y que necesitan ser castigados".

No sólo da servicio a sus clientes sexualmente depravados, sus esclavos personales le dan todo lo que poseen. Actualmente, el sirviente de la indecente casa de esta mujer es un delgado caballero de mediana edad llamado Stan. A pesar de ser medio metro más alto que Mistress Barbara, su conducta tiránica le hace inclinarse ante ella como un gatito lastimado. Mientras mi fotógrafo, Marc Serota, prepara algo de iluminación adicional, ella le ordena a Stan desvestirse para la foto; el esclavo sale corriendo de la habitación obedientemente. Girándose hacia mí, explica, "No puedes ser una buena dominatriz sin entender la sumisión. El juego que jugamos es -yo finjo tener el control y les obligo a hacer todas estas cosas. Pero en realidad eso es lo que quieren recibir".

"Ellos no toman decisiones. Ni siquiera la ropa que van a usar ni cuando hablar. Yo controlo sus vidas totalmente. Soy todo para ellos. Éstas son personas que no han podido manejar sus vidas. Han hecho un desastre de sus vidas y nunca han estado satisfechos con ninguna mujer. Así que yo solamente tomo el control, ellos ni siquiera tienen que pensar".

Aparentemente, hombres como Stan viven con ella y le cumplen todos sus deseos ya sean sexuales o de cualquier otra clase. A cambio de sus cuidados, él le da una cantidad semanal de dinero que ella usa para pagar sus cuentas. Ella se convierte en una especie de madre. Lo que ellos no saben es que guarda la mayoría de su dinero y se los devuelve cuando deciden irse; le gusta darles un nuevo comienzo.

Stan finalmente regresa, estoy un poco más que sorprendido por su apariencia. Además de estar totalmente desnudo, su cuerpo ha sido afeitado totalmente y lleva cuatro o cinco (no me acerco tanto como para obtener la cuenta exacta) de esos atractivos anillos de metal que describí algunos párrafos atrás; suenan mientras camina en la habitación. Dócilmente se monta en la silla quiropráctica de cuero negro de Mistress Barbara, donde ella procede a crucificarlo sobre la pared. Después de ser asegurado del cuello, muñecas y tobillos, ella tranquilamente le aplica pinzas quirúrgicas en los pezones.

“¿Duele?”, pregunta ella modestamente.

“Bueno ”, comienza, pero antes de que pueda terminar ella toma sus denigrados genitales y los aprieta con facilidad.

“Ponte un poco mas incómodo”, ordena y su molido juguete humano responde rápidamente, estirando su pierna hacia un lado en un ángulo extraño.

Mientras unas erupciones rojas se forman alrededor de los pechos mutilados de Stan, le pregunto cómo se siente. Lenta y cuidadosamente murmura, “Calmado siento algo pero es difícil asociar alguna emoción con ello”.

“Stan no es una persona elocuente y nunca explica bien las cosas”, interrumpe su ama. “Siempre he tratado a los hombres de esta forma. Siempre he creído que los hombres deberían ser guardados en jaulas y establos como perros o caballos y sacados de ahí solo cuando quieres jugar con ellos. Es muy conveniente”.

La cámara comienza a flashear y Stan se retuerce para el paparazzo mientras Mistress Barbara abre la puerta. Es Bob, su esclavo de media jornada. Carga una gran caja que según dice ella está llena de videos de travestis del mercado negro. Bob es un abuelo retirado que sirve a Mistress Barbara con el permiso de su esposa.

“Mi esposa acepta esto pero a ella no le gusta”, explica Bob mientras juguetea con el cambio en su bolsillo. “Ella sabe que es una fantasía mía y yo la disfruto. Mientras ella sepa dónde estoy y que las personas aquí son prudentes y discretas, está bien. Nunca le mentiría ni le sería infiel a mi esposa. No salgo con otras mujeres, y no hay realmente mucha acción por aquí”.

Ya sea con Bob, Stan o cualquiera de los otros, Mistress Barbara lleva una vida hedonista. Pasa su tiempo libre navegando, volando o buceando. Come cuando y donde ella quiere y nunca tiene que preocuparse por su satisfacción sexual; los ha entrenado para eso. “A Stan no le permito tener una erección a menos que yo lo diga. Ha aprendido a funcionar cuando yo le ordene”.

Ella representa todo lo que significa ser una mujer contradiciendo al mismo tiempo lo que creemos es una conducta normal. Además de eso, nunca ha sido arrestada y gana una enorme cantidad de dinero.

Decido que es momento de regresar a la América sin sexo antes del matrimonio, así que me coloco de nuevo mis parches para los ojos y la sigo hacia la húmeda luz vespertina. Mientras caminamos a tientas, en busca del coche, ella concluye diciéndome al oído, “Ellos creen que soy maravillosa. Algunos otros creen que soy la estúpida más grande. ¿Así que por qué no estar donde te quieren?”.

Pronto conocí a una mujer que me torturaría de forma mucho más sutil y dolorosa que cualquier cosa que *Mistress* Barbara pudiera inventar con sus infernales instrumentos de sadismo. Su nombre era Rachelle. Yo tenía 19 y ella 22 cuando nos conocimos en Reunion Room, un club local en el que, aunque yo era menor de edad, me dejaban entrar porque era reportero. Era tan hermosa que era doloroso mirarla porque sabía que nunca podría tenerla. Ella era modelo, pelirroja con un corte a lo Bettie Page, un cuerpo gentilmente curvado y un rostro perfectamente situado sobre bien definidos pómulos.

Mientras hablábamos, Rachelle explicó que acababa de terminar con su novio, con el que aún vivía pero trataba de encontrar casa propia. Una vez me di cuenta de que había sido rechazada, un poco de confianza comenzó a fluir dentro de mí. En un mes se iría a París para todo el verano, lo cual me dio tiempo suficiente para perseguirla y milagrosamente atraparla. Las cartas que intercambiamos a través del Atlántico eran tan ardientes como inspiradoras. Yo estaba perdidamente enamorado. Cuando regresó, nuestra relación se reanudó aún más apasionadamente que antes. En

mi desesperada necesidad de su afecto (o sólo de tener sexo) una noche, marqué su número telefónico. Mi teléfono sonó minutos después. Y yo contesté.

“¿Porqué estás marcando este número?”, preguntó la voz hostil de un hombre.

“Es el número de mi novia”, le dije beligerantemente. “También es el número de mi prometida”, contestó, y en ese momento sentí mi corazón congelarse y hacerse pedazos, cada pedazo cayendo dolorosamente a través de mis tripas.

“¿Sabías”, tartamudeé, “que se ha acostado conmigo?”.

Él no se enojó ni amenazó con matarme. Estaba en *shock*, igual que yo. Anduve durante meses con el corazón roto, y justo cuando estaba comenzando a recuperarme, ella llamó.

“No sé como decirte esto”, dijo, “pero creo que estoy embarazada”.

“¿Por qué me dices eso?”, pregunté tan fríamente como pude.

“No sé si es tuyo o de él”.

“Bueno, creo que tendremos que asumir que es de él”, contesté, colgando el teléfono antes de que pudiera decir algo más.

Dos años más tarde la encontré en un restaurante local. Estaba igual de bella, pero lo de ser modelo no le había funcionado. Se había vuelto oficial de policía, la fantasía de cualquier hombre, con su uniforme azul, gorra y porra.

“Deberías conocer a mi hijo”, dijo. “Es idéntico a ti”.

Mi cara palideció y mi boca se abrió mientras trataba de exclamar, “¡¿Qué?!”, me imaginé los pagos de la pensión alimenticia, fines de semana haciendo de niñera y un marido planeando una venganza brutal.

Después de saborear mi sorpresa, sacó su cuchillo de mi pecho tan rápida y cruelmente como lo había enterrado. “Pero sé que no es tuyo. Le hice una prueba de sangre”.

Como resultado de haber descubierto que Rachelle me había traicionado y se había comprometido con alguien más, me prometí a mí mismo que trataría de cerrarme emocionalmente al mundo y no confiar en nadie. No quería ser dominado por mis sentimientos de nuevo; tenía que dejar de ser víctima de mis propias debilidades e inseguridades acerca de otras personas, especialmente mujeres. Rachelle me dejó con una cicatriz más profunda que cualquiera que yo me haya hecho desde entonces. Era en parte por la rabia y la venganza que quería hacerme famoso y hacerla arrepentirse por haberme dejado. Otra razón fue mi frustración con el periodismo musical. El problema no era las revistas o la forma en que escribía, sino los mismos músicos. Cada entrevista que hacía, me desilusionaba más. Sentía que yo debía responder las preguntas en vez de hacerlas. Quería estar del otro lado de la pluma.

Entrevisté a Debbie Harry, Malcolm McLaren y a los Red Hot Chilli Peppers. Escribí biografías promocionales para Yngwie Malmsteen y otros idiotas del *Heavy Metal*. Incluso publiqué un artículo sobre Trent Reznor de Nine Inch Nails sin tener la menor idea de que estábamos a punto de comenzar una relación que, como una

larga estancia en el calabozo de *Mistress Barbara*, estaría repleta de impredecibles cumbres de placer y dolor.

La primera vez que vi a Trent, se encontraba silencioso en una esquina durante una prueba de sonido mientras su *manager* con peinado de trencitas, Sean Beavan, revoloteaba protectoramente a su alrededor. Una vez que empezamos a hablar, se rompió el hielo y se volvió amigable. Pero yo sólo era otro periodista. Hablar conmigo era una forma tan buena como cualquier otra de matar el tiempo antes de un *show* en una ciudad donde no conocía a nadie.

La siguiente vez que Trent Reznor vino a la ciudad, yo fui su acto de apertura.

Parte II

Deformografía



The Spooky Kids

«Levantó las manos exasperado. “¡No estoy siendo sarcástico, trato de usar un poco de tratamiento de *shock* para haceros ver lo locos que estáis! ¡Están hablando de un personaje ficticio que cobra vida!”».

—Stephen King, *La mitad oscura*

Marilyn Manson era el protagonista perfecto para un escritor frustrado como yo. Era un personaje que, debido a su desprecio por el mundo y por sí mismo, hace cualquier cosa para agradar a la gente. Y entonces, una vez que ha ganado su confianza, la usa para destruirlos.

Habría aparecido en una historia corta, de unas sesenta páginas. El título habría sido *The Payback*, y habría sido rechazada por diecisiete revistas. Hoy, estaría en el garaje de mis padres en Florida, descolorida y enmohecida junto con todas las otras historias.

Pero era una idea demasiado buena para dejarla pudrir. Era el año 1989 y 2 Live Crew comenzaba a aparecer en los encabezados porque los dueños de tiendas de todo el país estaban siendo arrestados por vender su álbum, clasificado como obscenidad, a menores de edad. Expertos y celebridades se apresuraban a ayudar a la banda, para probar que sus letras no eran caprichos sino arte. Una cadena de eventos culturalmente importantes había sido puesta en movimiento simplemente por unas obscenas rimas infantiles como: «Little Miss Muffet sat on a tuffet with her legs gapped open wide / Up came a spider, looked up inside her and said, “That’s pussy wide”».



UNA DE MIS PRIMERAS ILUSTRACIONES

Por aquel entonces yo estaba leyendo libros sobre filosofía, hipnosis, psicología criminal y psicología de masas (junto con otras novelas de ocultismo y crímenes reales). Además de eso, estaba completamente aburrido, pasando el día sentado viendo repeticiones de *Aquellos maravillosos años* y *talkshows* y dándome cuenta de lo estúpidos que eran los americanos. Todo esto me inspiró a crear mi propio proyecto de ciencias y ver si una banda blanca que no cantara *rap* podía salirse con la suya cometiendo actos mucho más ofensivos e ilícitos que las rimas sucias de 2 Live Crew. Como ejecutante, quería ser la alarma más ruidosa y más persistente que pudiera, porque no parecía haber otra forma de sacar a la sociedad de su coma inducido por el cristianismo y los medios.

CÍRCULO SEIS: HEREJÍA

Como nadie publicaba mi poesía, convencí a Jack Kearnie, el dueño de Squeeze, un pequeño club en medio de un centro comercial, que comenzara una noche de aficionados. De esta forma, al menos podía exponer un poco mi escritura. Todos los

lunes, me sentía incómodo y vulnerable detrás del micrófono en el pequeño escenario y recitaba un puñado de poemas y trozos de prosa para un escaso público. Todos los extraños personajes que solían asistir me decían que mi poesíaapestaba, pero que tenía buena voz y que debería formar una banda. Yo les mandaba al diablo. Pero dentro de mí sabía que de todas formas a nadie le gusta la poesía y que su consejo era correcto, aunque sólo fuera porque nadie que hubiera entrevistado o escuchado escribía canciones medianamente inteligentes. Siempre había soñado con hacer música porque era una parte muy importante de mi vida, pero hasta ese momento nunca había tenido la confianza ni la fe en mis habilidades para perseguir ese sueño seriamente. Todo lo que necesitaba era unas cuantas almas osadas que me acompañaran al infierno.

The Kitchen Club era el epicentro de del creciente ambiente industrial subterráneo de South Beach y mi escondite regular desde que abrió ese año, ubicado dentro de un oscuro hotel poblado por prostitutas, drogadictos y vagos. Había una alberca en la parte trasera con agua sucia por ser usada como una combinación de bañera y lavadora por alcohólicos que se habían meado y cagado en los pantalones. Solía ir al hotel el viernes por la noche, alquilar una habitación y terminar sintiéndome miserable al terminar el fin de semana, vomitando en la bañera por haber tomado demasiado *speed* y alcohol.

Un viernes llegué al club con un amigo de la clase de teatro, Brian Tutunick. Yo iba adornado con una gabardina azul de marinero que llevaba pintado “Jesús salva” en la espalda, medias a rayas y botas de soldado. En ese momento creía que me sentaba bien, pero ahora que lo recuerdo parecía un completo idiota. (¿“Jesus salva”?) Cuando entramos, notamos a un tipo rubio contra un pilar con un corte de pelo a la Flock of Seagulls. Estaba fumando un cigarrillo y riendo. Pensé que se reía de mí, pero cuando pasé a su lado ni siquiera volvió la cabeza. Tan sólo observaba el espacio, riendo como un desquiciado.

Mientras la versión de Laibach de *Life is Life* salía del equipo de sonido, noté a una chica morena de tetas grandes (cuando era una chica gótica como ella, las llamábamos bizcochos de *Drácula*). Gritando por encima de la música, le expliqué que tenía una habitación y traté de convencerla para que subiera conmigo. Pero por nonagésima novena vez ese verano, fui rechazado porque ella había venido con pareja, la cual resultó ser el chico risueño. Ella me llevó hasta su pilar, y yo le pregunté de que se reía. Su respuesta llegó en forma de un tratado sobre las maneras adecuadas de cometer suicidio, el cual incluía detalles esenciales como el ángulo exacto en que debes sostener el arma y el tipo de munición a usar. Todo el rato tenía esa extraña manera de reírse de todo lo que decía. Tan sólo comenzaba a reír, y dentro de la risa repetía lo mismo que acababa de decir hace un momento, una palabra como “calibre doce” o “corteza cerebral”, para que ambos, tú y él, supierais lo gracioso que era.

Su nombre era Stephen, pero, explicó en el discurso siguiente, si alguien le

llamaba Steve, se molestaba. Si alguien escribía su nombre con «v» en lugar de «ph», también se molestaba. El tema de los nombres no cambió hasta que *Stigmata* de Ministry comenzó a tocar y los góticos y *pseudopunks* dejaron de bailar y comenzaron el *slam*. Gran parte de la conmoción fue causada por un tipo afeminado parecido a Crispin Glover con el pelo morado, una minifalda y leotardos de piel de leopardo. Poco después se convertiría en nuestro segundo bajista. Completamente ajeno a la actividad a su alrededor, Stephen me dijo que si me gustaba Ministry debería escuchar a Big Black. A continuación se sumergió en un análisis detallado de la técnica del guitarrista Steve Albini, las técnicas que usaba y los tonos que producía, seguido de una disertación sobre los métodos de producción de Albini y el contenido lírico de su álbum *Songs About Fucking*.

No tuve sexo esa noche, cosa que me molestó, aunque no era nada nuevo. Pero intercambié números telefónicos con Stephen. Él me llamó la semana siguiente y me dijo que quería grabarme un *cassette* de *Songs About Fucking* y traerme algo más en lo que él creía que yo estaría sumamente interesado. No quiso decirme lo que era. Tan sólo quería venir y dármelo.

En vez de Big Black, me trajo una cinta de una banda llamada Rapeman, y pasó dos horas hablando sobre las raíces de ambas bandas, balanceándose hacia atrás y hacia delante como un autista todo el rato. Después supe que había tenido un problema de hiperactividad de niño, el cual sus padres trataron con Ritalin. Ahora que ya no estaba bajo tratamiento, a menudo se transformaba en un borrón balbuceante que mareaba a quien lo veía. Su sorpresa misteriosa era una lata oxidada de sardinas condimentadas que había caducado en junio de 1986. Nunca me dio una explicación para ello, y nunca llegué a una por mi cuenta tampoco. Tal vez pensó que iba a actuar como Andy Warhol y pintar un cuadro con ella.

Comenzamos a pasar mucho tiempo juntos, yendo a mis lecturas de poesía y a conciertos de malas bandas de South Florida que entonces pensaba que eran medio decentes. Una noche después de un concierto, regresamos a mi casa y revisamos unos poemas que yo quería convertir en canciones y algunas otras cosas que había escrito. Tenía la esperanza de que él tocara algún instrumento ya que parecía saber todo lo que había que saber sobre todo lo que fuera eléctrico, mecánico o farmacéutico. Así que le pregunté. La respuesta apareció en forma de un interminable monólogo sobre cómo su hermano era un músico de *jazz* y tocaba una gran variedad de teclados, instrumentos de viento y de percusión.

Eventualmente confesó, “puedo tocar la batería, je, je, je, la batería, je, je, batería, je, je, más o menos, je, je, más o menos, je.”

Pero mi visión no incluía batería. Quería formar una banda de *rock* que usara una caja de ritmos, lo cual parecía algo novedoso entonces ya que sólo las bandas industriales, *dance* o *hip-hop* usaban cajas de ritmos. “Tú sólo compra un teclado y formaremos una banda”, le dije.

Stephen no formó parte de la primera encarnación del grupo. Ni tampoco la

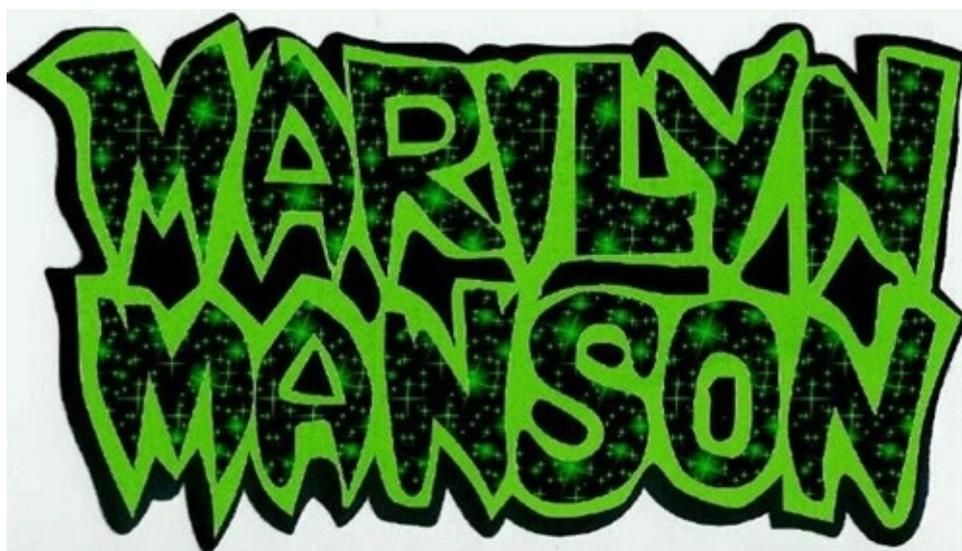
siguiente persona que encontré que me gustó. Estaba en una tienda de discos en Coral Square Mall comprando cintas de Judas Priest y Mission U. K. como regalos de cumpleaños para mi primo Chad. Un empleado bien bronceado que parecía un esqueleto exótico del Medio Este con un *afro* más grande que el de Brian May caminó hacia mí y trató de venderme álbumes de Love and Rockets. Su insignia le identificaba como Jeordie White. Una de sus compañeras, una chica llamada Lynn, había dado sexo oral a la mayoría de la población de South Florida, excluyéndome a mí pero incluyendo a Jeordie (aunque él lo niega hasta el día de hoy). Casi un año después, Jeordie y yo formaríamos una banda llamada Mrs. Scabtree e interpretaríamos una canción sobre el legado de Lynn al ambiente musical. Se llamaba *Herpes*. Jeordie la cantaba vestido como Diana Ross y yo tocaba la batería usando una cacerola como asiento. Jeordie después tocaría en mi banda como Twiggy Ramirez. Pero por ahora, Jeordie era tan sólo un fenómeno amistoso con una camiseta de Bauhaus tratando de encontrar alguien que le comprendiera.



La siguiente vez que me encontré con Jeordie en el centro comercial, tocaba el bajo con una banda de *Death Metal* llamada Amboog-A-Lard. Así que ni siquiera me molesté en tratar de persuadirle de que renunciara. Tan sólo le pregunté si me podía recomendar a un buen bajista, pero él insistió en que no había ninguno en South Florida. Y tenía razón. Terminé hablando con Brian Tutunick, mi amigo de la clase de teatro, para que tocara el bajo con nosotros. Desde el principio sabía que esto estaba mal porque él había estado hablando de formar su propia banda por algún tiempo, y no tenía intención alguna de incluirme. Él debió haber pensado que me hacía un favor al unirse a Marilyn Manson and the Spooky Kids como parte de la sección rítmica en

vez de ser el líder que quería ser, pero no fue un gran favor porque era un pésimo bajista, un peluquero gordo, intento de vegetariano y devoto de Boy George, lo cual lo colocaba en la parte más baja del medidor de agresividad. Tan sólo bastaron dos *shows* para ser descartado. Terminó formando Collapsing Lungs, una mala banda de metal con canciones como *Who Put a Hole in My Rubber?* Ellos pensaban que eran el regalo de Dios para South Florida, especialmente después de firmar un contrato con Atlantic Records. Pero yo les maldije. Ahora son el regalo de Dios para la fila de desempleados, aunque no puedo tomar todo el crédito por su caída. El ser malos músicos y sus canciones industriales sobre salvar a las tortugas tampoco ayudaron mucho a su carrera.

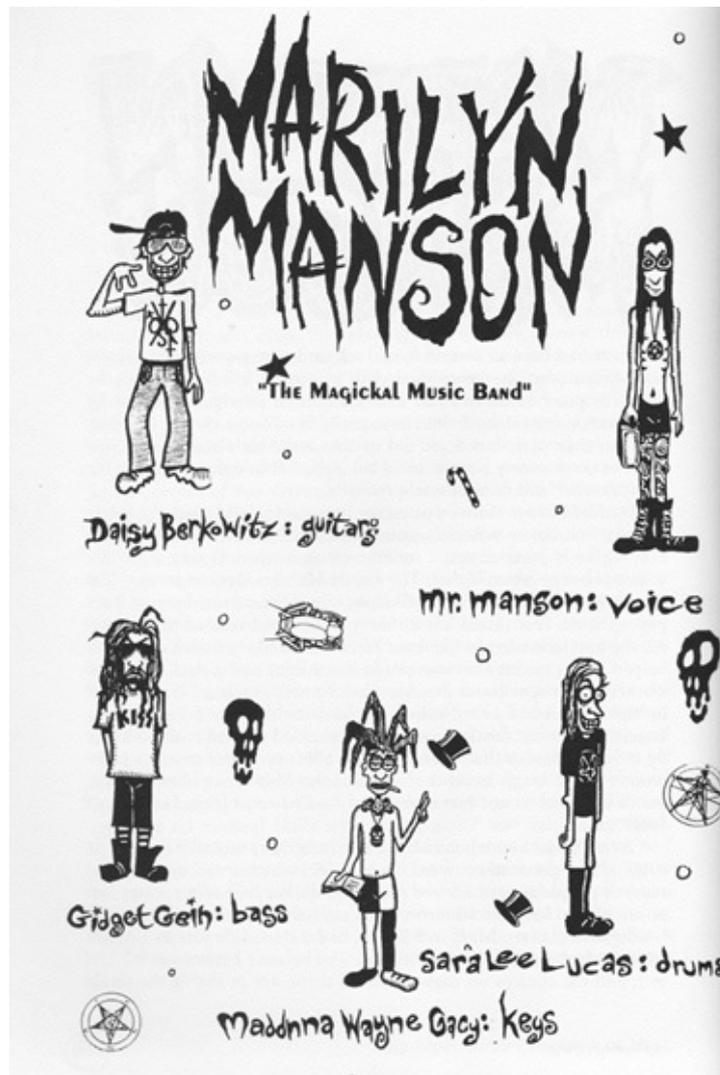
Encontré la siguiente pieza de la banda en una fiesta. Un tonto intoxicado, cara de gay, con grasoso pelo castaño y largos brazos simiescos desparramado en el sofá junto a mí, fingiendo ser gay y hablando sobre las cortinas. Se presentó como Scott Putesky. Parecía conocer mucha información técnica sobre cómo hacer música y, aún mejor, tenía una grabadora de cassettes de cuatro pistas. Yo tenía un concepto pero no conocimiento musical, y me impresionó fácilmente. Scott era el primer ‘músico’ con el cual había tenido contacto, así que le pedí unirse a la banda y más tarde lo rebauticé como Daisy Berkowitz. Inmediatamente demostró ser un idiota cuando lo llamé el día después de la fiesta y su ruda madre me dijo con voz nasal, “Lo siento, Scott no está aquí. Está en la cárcel”. Pensé que estaba bromeando, pero resultó que había sido arrestado por conducir ebrio de camino a casa.



Scott había estado en muchas bandas locales de *rock* y *new wave*, y casi todos con quienes había trabajado querían matarle porque era muy pretencioso y se había convencido a sí mismo de que era mucho más talentoso de lo que era en realidad. Algunas personas hablan mejor de lo que tocan, pero Scott no era bueno en ninguna de las dos cosas. Siempre sabía exactamente qué hacer para molestar a la gente. Solía decir a las chicas, “Estás estupenda de cintura para abajo”, y pensaba que era un cumplido.

Yo habría actuado usando mi nombre real, pero necesitaba una identidad secreta para poder escribir sobre mi música en *25th Parallel*. Así que cuidadosamente escogí un pseudónimo, un sobrenombre con una aureola mágica como *hocus-pocus* o *abracadabra*. Las palabras Marilyn Manson parecían un símbolo apto para la América moderna, y desde el momento en que lo escribí por primera vez supe que eso era lo que quería ser. Todos los hipócritas en mi vida desde Ms. Price hasta Mary Beth Kroger me habían ayudado a darme cuenta de que todos tienen un lado bueno y uno malo, y que ninguno puede existir sin el otro. Recuerdo haber leído *Paraíso Perdido* en preparatoria y haber sido golpeado por el hecho de que después de que Satanás y sus ángeles compañeros se rebelaron contra el Cielo, Dios reaccionó a esa ofensa creando al hombre para poder tener una criatura menos poderosa que le acompañara. En otras palabras, al menos en la opinión de John Milton, la existencia del hombre no sólo es resultado de la benevolencia de Dios sino también de la maldad de Satanás.

Como animal bípedo, el hombre por naturaleza (llámalo instinto o pecado original) gravita hacia su lado malo, lo cual puede ser una de las razones por las que la gente siempre me pregunta sobre la parte más oscura de mi nombre pero nunca sobre Marilyn Monroe. Aunque permanece como un símbolo de belleza y *glamour*, Marilyn Monroe tenía un lado malo al igual que Charles Manson tenía un lado bueno e inteligente. El balance entre bien y mal, y la elección que hacemos entre ambos, son probablemente los aspectos más importantes que forman nuestra personalidad y la humanidad. Podría explicar más, pero todo está en Internet (intenten con el grupo noticioso alt.life's-only-worth-living-if-you-can-post-it-online-later). Todo lo que agregaré es que el primer artículo sobre Marilyn Manson fue escrito por Brian Warner. Y él malinterpretó completamente lo que yo intentaba hacer.



Por aquel entonces, Charles Manson había sido resucitado en los noticieros. En la preparatoria había comprado su álbum *Lie*, en el cual cantaba extrañas y casi cómicas canciones como *Garbage Dump* y *Mechanical Man*, la cual incorporé a uno de mis propios poemas, *My Monkey*. “I had a little monkey/ I sent him to the country and I fed him on gingerbread/ along came a choo-choo, knocked my monkey coo-coo/ and now my monkey’s dead/ at least he looks that way, but then again don’t we all?/ what I make is what I am, I can’t be forever”.

Mechanical Man fue el comienzo de mi identificación con Manson. Él era un filósofo dotado, intelectualmente más poderoso que aquéllos que le condenaron. Pero al mismo tiempo, su inteligencia (tal vez aún más que las acciones que hizo a otros efectuar por él) lo hizo parecer excéntrico y loco, porque los extremos, ya sea malo o bueno, no encajan en la definición que tiene la sociedad de normalidad. Aunque *Mechanical Man* era una canción de cuna en la superficie, también era una metáfora para el Sida, la última manifestación del viejo hábito del hombre de destruirse a sí mismo usando su propia ignorancia, ya sea a través de la ciencia, la religión, el sexo o las drogas.

Después de convertir cuatro o cinco de mis poemas e ideas en canciones, sentimos que estábamos listos para que South Florida viera nuestros feos rostros, los

cuales cubrimos estratégicamente con maquillaje. Desafortunadamente Stephen aún no había comprado su teclado, así que encontramos a un *nerd* con la cara picada por el acné llamado Perry para que llenara el hueco.

Otro problema era que entre las muchas neurosis que la escuela cristiana me había implantado se encontraba el escalofriante pánico escénico. En cuarto grado, el maestro de drama me escogió para representar a Jesús en una obra escolar. Para la escena de la crucifixión, quería que usara un taparrabos. Olvidando la crueldad de la que son capaces los niños, tomé una toalla usada de mi padre y la usé sin ropa interior. Después de morir en la cruz, caminé hacia atrás del escenario, donde varios chicos mayores me arrancaron la toalla, comenzaron a darme latigazos con ella, y me persiguieron por toda la sala. Era la clásica pesadilla preadolescente cobrando vida: corriendo desnudo por un pasillo frente a todas las chicas que te gustan y todos los chicos que te odian. Extrañamente, superé mi miedo de exponerme en el escenario, pero nunca superé mi resentimiento contra Jesús por haberme traumatizado.



Nuestro primer *show* fue en el Churchill's Hideaway de Miami. Veinte personas

asistieron, aunque ahora que somos famosos al menos veintiuna dicen haber estado ahí. Brian el peluquero gordo (rebautizado de acuerdo a nuestra combinación de estrella–asesino en serie como Olivia Newton Bundy) tocó el bajo; Perry el cara de acné (quien se rebautizó a sí mismo como Zsa Zsa Speck) tocó los teclados; y Scott el fascista dueño de la grabadora de cuatro pistas (Daisy Berkowitz) tocó la guitarra. Usamos la caja de ritmos Yamaha RX-8 de Scott (la cual, como Scott, nos dejaría un día, aunque de la caja de ritmos nunca más se volvió a oír).

Siendo demasiado literal, usé una camiseta de Marilyn Monroe, pero le añadí una swástica al estilo Manson sobre la frente. Pequeñas gotas de sangre traspasaron la camiseta, manchando el ojo izquierdo de Marilyn, resultado de haberme hecho quistar recientemente un lunar potencialmente canceroso debajo de mi pezón en el mismo punto en que Jesús fue herido por la lanza. Aunque el doctor me advirtió que no tocara el área alrededor de la incisión, tan pronto como regresé a casa estiré de la piel tan fuerte como pude.

<p style="text-align: center;">CÍRCULO SIETE: VIOLENCIA –CONTRA UNO MISMO–</p>

Los resultados fueron mis primeros nuevos pasatiempos como Marilyn Manson: automutilación y modificación corporal, la cual perseguiría más adelante con ayuda de un cirujano plástico, quien recortó los colgantes lóbulos de mis orejas a tamaño humano.

El escenario del Churchill’s consistía de varias piezas de contrachapado colocadas sobre columnas de tabiques. Y el sistema de sonido era básicamente un par de altavoces separados por la mitad y pegados con cinta adhesiva a ambos lados del escenario. Abrimos con uno de mis poemas favoritos, *The Telephone*.

“Soy despertado por el incesante timbre del teléfono”, comencé, mi graznido se convertía en un rugido mientras me preguntaba si había suficiente caos sobre el escenario para mantener la atención del público. “Aún tengo sueños cuajados en las esquinas de mis ojos y mi boca está seca y sabe a mierda.

“De nuevo, el timbre. Lentamente me levanto de la cama. Los restos de una erección aún se consumen en mis calzoncillos como un huésped molesto.

“De nuevo el timbre. Cuidadosamente, me escabullo hasta el baño como no queriendo mostrar mi hombría a nadie. Ahí, realizo los mecánicos gestos faciales, que siempre parecen preceder mi diaria contribución a la una vez azul agua del retrete que siempre disfruto convertir en verde.

“De nuevo el timbre. Me sacudo dos veces como la mayoría, y me siento molesto por el pequeño goteo que siempre parece quedar, causando una pequeña acritud de humedad en el frente de mi ropa interior. Lentamente, lánguidamente, perezosamente, locamente me tambaleo dentro de la cueva donde mi padre fuma todo el tiempo.

Puros en su silla mecedora.

“¡Oh, la peste!”.

La canción siguió, el concierto siguió, y yo perdí la pista de lo que estaba haciendo hasta después, cuando corrí hasta el baño del club y vomité en el retrete. Pensaba que había sido un *show* terrible, tanto para el espectador como para el artista. Pero algo gracioso ocurrió mientras me inclinaba sobre mi pútrida amalgama de *pizza*, cerveza y píldoras. Oí aplausos, y súbitamente sentí algo surgir dentro de mí que no era vómito. Era una sensación de orgullo, realización y autosatisfacción lo suficientemente fuerte como para eclipsar mi marchita autoestima y mi pasado como saco de golpear. Era la primera vez en mi vida que me sentía de esa forma. Y quería sentirme así de nuevo. Quería que me aplaudieran, quería que me gritaran, quería hacer enojar a la gente.

Pocas historias en mi vida no tienen un anticlímax, y este llegó mientras conducía de regreso a Fort Lauderdale a las tres de la mañana esa noche en el Fiero rojo de mi madre. En el paso a desnivel que pasa sobre Little Havana, el radio digital parpadeó. Me detuve a la orilla del camino para ver qué andaba mal, y descubrí que no podía arrancar el coche de nuevo. La manguera de alternador se había roto, y, menos de una hora después de haber encontrado mi verdadera vocación, me encontré totalmente solo en busca de un teléfono en Little Havana, donde las probabilidades de que un payaso cubierto de maquillaje llamado Marilyn Manson no fuera golpeado eran muy pequeñas. Lo único bueno que obtuve de esa experiencia es que como la grúa no llegó hasta las 10 am, me acostumbré pronto a no dormir después de un concierto.

Nuestro primer *show* real tuvo lugar en el Reunion Room. Lo conseguí diciéndole al manager y DJ, Tim, “Mira, tengo esta banda y vamos a tocar aquí y queremos 500 dólares”. Normalmente a las bandas les pagaban de 50 a 150 dólares, pero Tim estuvo de acuerdo en pagar mi precio. Ésa fue la lección número uno sobre manipulación de la industria musical: si te comportas como una estrella, serás tratado como una. Después del *show*, echamos al granoso y al gordo de la banda quienes sin duda se fueron a prepararse sándwiches y a reventarse los granos.

Después de eso convencimos a Brad Stewart, el tipo que se parecía Crispin Glover del Kitchen Club, de que se saliera de una banda rival, Insanity Assassin, la cual contaba con Joey Vomit al bajo y a las voces a Nick Rage, un tipo bajo y gordo que de alguna forma se había convencido de que era un tipo alto delgado y atractivo. No fue difícil convencer a Brad de que tocara el bajo con nosotros (incluso aunque había tocado la guitarra con Insanity Assassin) ya que teníamos metas musicales similares, y mejores nombres artísticos. Él se convirtió en Gidget Gein. Dejamos que Stephen se uniera a la banda como Madonna Wayne Gacy, aunque todavía no tenía un teclado. En su lugar, jugaba con soldaditos de juguete en el escenario.

Para bien o para mal, un personaje más terminó en nuestro *show* de fenómenos. Su nombre era Nancy, una psicótica en el peor sentido de la palabra. Ella conocía a mi novia Teresa, y fue una de las primeras personas que conocí después de que

Rachelle me engañara. Estaba buscando una figura materna en vez de la figura de una modelo, y la encontré en un concierto de Saigon Kick en el Button South. Teresa provenía de la misma fábrica que Tina Potts, Jennifer y la mayoría de las chicas con las que había estado en Ohio. Tenía los dientes de arriba un poco más salidos que los de abajo, manos pequeñas y un balanceo parecido al de Stephen. Todos siempre creían que eran gemelos.



Ya había visto a Nancy antes cuando trabajaba en la tienda de discos, un hipopótamo gótico con pinta de estúpido en un vestido de novia negro. Cuando Teresa me la presentó un año después, Nancy había perdido veinticinco kilos y tenía una actitud de «ahora soy delgada y voy a vengarme del mundo por todas las veces que no tuve sexo cuando era gorda». Tenía el pelo negro y rizado que le llegaba a los hombros, senos flácidos que le salían de la blusa, rasgos hispánicos, rostro pálido, y una peste permanente que era mitad floral y mitad tóxica. Una vez le hablé sobre las ideas artísticas que tenía para futuros *shows*, ya no hubo forma de escapar de ella: se metió en la banda como una garrapata tratando de meterse bajo la piel de un elefante. Para cualquier idea que tuviera que involucrara a una chica, sin importar lo extrema o humillante que fuera, ella se ofrecía inmediatamente. Como ella estaba dispuesta y yo estaba desesperado —y también porque parecía alguien a quien la gente odiaría tanto como a mí— accedí.

Nuestras actividades pronto pasaron de dóciles a depravadas. La primera vez que actuamos juntos, canté todo el tiempo sujetándola de una correa de perro, para resaltar que vivimos en una sociedad patriarcal, por supuesto, no porque me excitara arrastrar a una mujer medio desnuda con un collar de cuero por todo el escenario. Poco tiempo después, Nancy me pidió golpearla en el rostro, así que comencé a darle castigos progresivamente más crueles en cada *show*.

**CÍRCULO SIETE: VIOLENCIA –CONTRA EL
PRÓJIMO–**

Debí haberle causado algún daño cerebral porque comenzó a enamorarse de mí, aún cuando yo estaba saliendo con Teresa, que era buena amiga del novio de Nancy, Carl, un tipo alto y torpe de caderas grandes y suave figura femenina. Esta estúpida situación se puso aún peor cuando Nancy y yo comenzamos a explorar la sexualidad al igual que el dolor y la dominación en el escenario. Nos acariciamos y chupé sus senos, y ella se arrodilló y acarició todo lo que encontró ahí abajo. Sin tener penetración, lo llevamos tan lejos como pudimos sin meternos en problemas con mi novia, su novio o la ley.

En un concierto la metimos en una jaula, y, mientras la banda tocaba *People Who Died* de The Jim Carroll Band, yo encendí una sierra eléctrica y traté de cortar a través del metal. Pero la cadena salió volando, me golpeó en medio de los ojos y me provocó una gran herida en la frente. Con trabajo logré terminar el *show* porque lo único que podía ver era rojo.

Como en cualquier buena *performance*, había un mensaje detrás de tanta violencia. La mayoría de las veces, no me interesaba infligir dolor a mí mismo o a otros a menos que fuera en una forma que hiciera pensar a la gente sobre la forma en que actúan, la sociedad en que viven o las cosas que dan por sentadas. A veces, como una lección concreta sobre hacer suposiciones, lanzaba docenas de pequeñas bolsitas a la audiencia, la mitad llenas de galletas con chispas de chocolate, la otra mitad llena con excrementos de gato.

También estaba interesado en el peligro y la amenaza de las aparentemente inocentes películas, libros y objetos para niños, como las merenderas metálicas, que fueron prohibidas en Florida porque al Estado le preocupaba que los chicos se golpearan el uno al otro con ellas. Durante *Lunchbox*, regularmente prendía fuego a una merendera, me quitaba toda la ropa y bailaba a su alrededor, tratando de exorcizar a sus demonios. En un intento por reiterar la lección de Willy Wonka a mi propio estilo, colgué una piñata sobre la multitud y ponía un palo en la orilla del escenario. Después les advertía, “Por favor, no la rompáis. Os suplico que no la rompáis”. Siendo como es la psicología humana, los chicos en el público invariablemente tomaban el palo y rompían la piñata, forzando a todos a sufrir las

consecuencias, las cuales en este caso eran un baño de sesos de res, hígados de pollo e intestinos de cerdo. La gente bailaba *slam* y se resbalaba sobre esta masa de carne putrefacta, rompiéndose la cabeza en una locura intestinal total. Sin embargo, los actos ultrajantes vinieron más tarde, después de un desastroso viaje a Manhattan durante el cual escribí mi primera canción real.

Una chica con un nombre pretencioso como Asia, a quien había conocido cuando ella trabajaba en McDonald's en Fort Lauderdale, estaba pasando el verano en Nueva York, y me invitó a pasar el fin de semana. Aunque yo estaba saliendo con Teresa, acepté —principalmente porque no me gustaba Asia y sólo quería un vuelo gratis a Nueva York. Pensé que tal vez iba a encontrar algún ejecutivo de una discográfica que contratara a nuestra banda, así que llevé conmigo una rudimentaria cinta *demo*. Yo nunca estaba contento con nuestras *demos*, las cuales Scott siempre grababa, porque sonábamos como una pequeña banda industrial y yo nos imaginaba tocando un *punk rock* más crudo.

Manhattan resultó ser un desastre. Descubrí que Asia me había mentido sobre su nombre y su edad. Había usado la identificación de su hermana para conseguir un trabajo en McDonald's ya que ella era demasiado joven. Me molesté —no era gran cosa pero era otro caso de una chica que me engañaba— y salí furiosamente de su apartamento. En la calle, por coincidencia o no, me encontré a dos ratas de club de South Florida, Andrew y Suzie, una pareja de dudosa sexualidad. Siempre pensé que tenían estilo en los clubs, pero al verlos por primera vez a la luz del día esa tarde me di cuenta de que usaban el maquillaje y la oscuridad para practicar el engaño gótico. Bajo el sol de la tarde, parecían cadáveres en descomposición y al menos diez años más viejos que yo.

En su habitación del hotel, el sistema de cable tenía canales de acceso público, un fenómeno completamente nuevo para mí. Pasé horas navegando por las cadenas, viendo a Pat Robertson predicar sobre los males de la sociedad y después pedirle a la gente que llamaran para decirle los números de sus tarjetas de crédito. En el canal adyacente, un tipo estaba engrasando su pene con vaselina y pidiéndole a la gente que llamaran para darle los números de sus tarjetas de crédito. Cogí la libreta del hotel y comencé a escribir frases: «Cash in hand and the dick on screen, who said God was ever clean?». Imaginé a Pat Robertson terminando su sermón y después llamando al 1-900-VASELINE. “Bible-belt ‘round anglo-waste, putting sinners in their place/ yeah, right, great, if you’re so good explain the shit stains on your face». Así nació *Cake and Sodomy*.

Ya había escrito otras canciones que creía buenas, pero *Cake and Sodomy* era algo más que una buena canción. Como un himno para la hipocresía de una América amamantada por el cristianismo, era el diseño de nuestro futuro mensaje. Si los telepredicadores evangelistas iban a hacer que el mundo pareciera una locura, yo iba a darles algo para que lloraran de verdad. Y años después, así lo hicieron. La misma persona que inspiró *Cake and Sodomy*, Pat Robertson, citó la letra de la canción y la

malinterpretó para su rebaño en The 700 Club.

Cuando regresé de Nueva York, mis problemas reales comenzaron. Supuestamente Teresa iba a recogerme en el aeropuerto, pero nunca llegó y nadie contestó el teléfono en su casa. Así que llamé a Carl y a Nancy, ya que ellos vivían cerca del aeropuerto.

“¿Sabes dónde diablos está Teresa?”, pregunté. “Lo pasé muy mal en Nueva York, estoy atrapado en el aeropuerto sin un maldito centavo y lo único que quiero hacer es irme a casa a dormir”.

“Teresa salió con Carl”, dijo Nancy, y el tono frío de su voz me hizo notar un poco los celos que yo también sentía.

Nancy se ofreció a recogerme y llevarme a casa. Cuando llegamos, ella entró conmigo. Yo tan sólo quería dormir, pero no quise ser rudo después de que ella me había rescatado. Me colapsé sobre la cama, y ella se dejó caer sobre mí. Recorrió mi cuello con su lengua y agarró mi polla. Yo estaba temeroso, principalmente porque no quería que me atraparan. Para entonces, ya comenzaba a sentirme apartado de la moral cotidiana del mundo. La culpa se había convertido más en un miedo de ser atrapado que una sensación de bien o mal.

Terminé dejando que me hiciera una mamada, porque Teresa nunca lo había hecho. Pero, al igual que en el escenario, no hubo penetración. Cuando Teresa y Carl llegaron a mi casa menos de quince minutos después, estábamos sentados inocentemente en el sofá viendo la tele. Carl instintivamente caminó hacia Nancy y le besó en la boca, desconociendo que minutos antes ese mismo orificio había recibido varios millones de mis espermatozoides.

En ese momento creí que era gracioso y que era una venganza apropiada, pero no me di cuenta de que este solitario acto de felación sería el principio de seis meses de terror gótico.



Sucia estrella del rock

«El impulso por el amor, llevado hasta su límite, es el impulso por la muerte».

—Marqués de Sade.

El lugar es Fort Lauderdale, Florida. La fecha es 4 de julio de 1990. El objeto sobre la palma de la mano estirada frente a mí es una tableta de ácido, y dentro de un momento esa tableta borrará todos estos hechos.

Teresa, mi novia, ha tomado ácido antes. Nancy, la psicótica, también lo ha hecho. Yo aún no. La dejo reposar en mi boca hasta que me molesta, después la trago y regreso a recoger los restos del primer concierto de Marilyn Manson and the Spooky Kids al aire libre, confiando que mi fuerza de voluntad es más fuerte que cualquier cosa que este pequeño cuadradito de papel tenga preparada para mí. Andrew y Suzie, la pareja que me dio la tableta, me sonríen con complicidad. Yo les hago un guiño, sin saber exactamente lo que tratan de comunicarme.

Los minutos pasan y nada sucede. Me tumbo en el suelo y me concentro en averiguar si el ácido está trabajando —si mi cuerpo parece diferente, si mi percepción ha cambiado, si mis pensamientos se tuercen. “¿Sientes ya algo?”, llega una voz, respirando enferma y húmedamente en mi oído. Abro los ojos para ver la sonrisa masoquista de Nancy a través de su cabello negro.

“No, todavía no”, digo rápidamente, tratando de deshacerme de ella, especialmente porque mi novia anda por ahí.

“Necesito hablar contigo”, ella insiste.

“Bien”.

“Es sólo que comienzo a darme cuenta de algunas cosas. Sobre nosotros. Quiero decir, Teresa es mi amiga y Carl, ya no me importa Carl. Pero debemos decirles lo que sentimos el uno por el otro. Porque yo te amo. Y se que tú me amas, aunque no lo sepas. No tiene que ser para siempre. Sé como eres con esas cosas. No quiero que esto nos cause problemas con la banda” —nuestra banda— “y con la química que tenemos en el escenario. Pero podemos intentarlo. Quiero decir, amor...”.

En cuanto dice amor esa última vez, su cara aparece iluminada contra el fondo verde, como un anuncio luminoso que anuncia autoengaño. La palabra amor parece

colgar suspendida en el aire por un momento, opacando al resto de la oración. Todo es muy sutil. Pero me doy cuenta de que estoy a punto de tener un viaje y ya no hay marcha atrás.

“¿Sentiste eso, esa diferencia?”, pregunto confundido.

“Sí, por supuesto”, dice ella con entusiasmo, como si estuviéramos en la misma frecuencia. Y yo de hecho necesito a alguien que esté en la misma frecuencia que yo porque pienso que estoy a punto de perder la cordura. Pero no quiero que sea ella. Oh, dios, no quiero que sea ella.

Me pongo de pie y comienzo a buscar a Teresa, caminando por la casa ligeramente desorientado. Todos están en las esquinas hablando en pequeños grupos, cada concentración de gente sonriéndome e invitándome a unirme a ellos. Sigo caminando. La casa parece no tener fin. Reviso cerca de cien habitaciones, sin estar seguro si son la misma o no, antes de rendirme, teniendo la seguridad de que mi novia lo está pasando bien en algún lugar en el que yo no estoy. Regreso al patio. Pero no es el mismo patio. Está oscuro, está vacío y algo parece estar mal. No estoy seguro de cuánto tiempo estuve dentro.

Camino hacia fuera y doy una vuelta. Diseños intrincados, como dibujos a lápiz, aparecen en el aire, tan solo para ser borrados momentos después. Me concentro en ellos por un momento antes de darme cuenta de que está lloviendo. No importa en realidad. Me siento tan ligero e incorpóreo que la lluvia parece caer a través de mí, penetrando las capas de luz que mi cuerpo emana. Nancy se acerca a mí y trata de tocarme y comprender. Ahora definitivamente estoy perdiendo la cordura.

Con Nancy guiándome, llenando el aire con su esencia de flores muertas, camino colina abajo hasta un pequeño arrollo hecho por el hombre. Por todas partes hay sapos de piel gris, saltando sobre las rocas y sobre el pasto. A cada paso que doy, aplasto a muchos de ellos, haciendo brotar su sangre azul-grisáceo. Sus entrañas se pegan en mis zapatos, descoloridas, muertas y amarillentas como cuchillas de pasto atrapadas bajo los rieles metálicos de la podadora de césped. Me vuelvo loco tratando de no matar estas cosas, quienes tienen hijos y padres que los esperan en casa. Nancy trata de decirme algo y yo trato de fingir que presto atención. Pero todo en lo que puedo pensar son los sapos muertos. Tengo la seguridad de que eso es sentir un mal viaje, porque si éste es un buen viaje, entonces Timothy Leary tiene mucho que explicar.

Me siento en una roca y trato de recobrar la cordura, de decirme que tan sólo es una droga pensando por mí, que el Marilyn Manson verdadero regresará dentro de un momento. ¿O es este el Marilyn Manson verdadero y el otro es tan sólo una representación hueca?

Mi mente gira como la rueda de una máquina tragaperras alrededor de mi conciencia. Reconozco algunas de las imágenes —las temibles escaleras de mi viejo cuarto en el sótano, Nancy fingiendo estar muerta dentro de una jaula, las tarjetas de Ms. Price— un sonriente oficial de policía con una gorra de la iglesia bautista,

fotografías de una vagina cubierta de sangre, una mujer cubierta de costras atada dolorosamente. Un montón de chicos desgarrando una bandera americana. De repente la rueda se detiene en una imagen. Se balancea hacia arriba y hacia abajo en mi mente antes de que pueda distinguirla. Es un rostro, largo e inexpresivo. Su piel es pálida y amarillenta, como si hubiera padecido hepatitis. Sus labios están completamente negros, y alrededor de cada ojo una gruesa figura de color negro, como una runa, ha sido dibujada. Lentamente, me doy cuenta de que ese rostro es el mío.

Mi rostro yace sobre una mesa cerca de la cama. Me acerco a tocarla y noto que mis brazos están cubiertos con los tatuajes que había estado pensando en hacerme. Mi rostro es papel, está en la portada de una grande e importante revista, y es por eso que el teléfono suena. Descuelgo, y noto que no estoy en ningún lugar que reconozca. Alguien que se identifica como Traci trata de decirme que vio la revista con mi rostro y que eso la excita. Se supone que yo conozco a esta persona, porque se está disculpando por no haberme llamado en mucho tiempo. Quiere verme actuar esta noche en un gran auditorio sobre el cual nunca he oído. Le digo que me encargaré de eso porque estoy contento de que quiera venir pero decepcionado de que sea sólo porque vio mi rostro de papel. Entonces me doy la vuelta en la cama que no es mía y me echo a dormir.

“¡La policía esta aquí!”.

Alguien me está gritando, y abro los ojos. Espero que sea de día y que todo haya acabado, pero aún estoy sentado sobre una roca rodeado de sapos muertos, Nancy y un tipo gritando que la policía terminó la fiesta. No puedo decidir cuál de todas estas cosas es peor.

Siempre he sido paranoico con la policía, porque aún cuando no estoy haciendo nada ilegal siempre estoy pensando en hacer algo ilegal. Así que siempre que estoy cerca de un oficial, me pongo incómodo y nervioso, preocupado de que diré algo malo o de que me sentiré tan culpable que me arrestarán de todas formas. El estar completamente fuera de mí a causa de las drogas no ayuda a mejorar la situación.

Comenzamos a correr. La lluvia ha parado y todo está húmedo y suave bajo mis pies, así que siento que me hundo en la tierra en vez de correr. Con gran ayuda del ácido, la situación crece a proporciones enormes dentro de mi mente, y siento que estoy corriendo por mi vida. Todo mi futuro depende de no ser capturado. Llegamos y nos paramos en seco frente a un Chevrolet cubierto totalmente de sangre fresca. Ya estoy demasiado profundo.

“¿Qué diablos está pasando?”. Le pregunto a todos a mi alrededor. “¿Qué es esto? ¿Qué pasa? ¡Alguien!”.

Nancy me agarra, y yo la empujo y busco a Teresa. Ella me introduce en su coche —oscuro, con olor a fábrica y claustrofóbico— y trata de acariciarme, diciéndome que el otro coche sólo está pintado de rojo, y que parece como sangre por la lluvia. Pero yo estoy completamente paranoico: sapos muertos, policías, un coche ensangrentado. Veo la relación. Todos están en mi contra. Puedo oírme gritar, pero no

sé lo que estoy diciendo. Trato de salir del coche. Doy un puñetazo al parabrisas, atravesando con mi puño el vidrio supuestamente a prueba de roturas. El vidrio cuarteado forma una telaraña alrededor de mi mano, y mis nudillos sangrantes parecen una fila de alcantarillas abiertas emanando suciedad.

Entonces nos sentamos, y Teresa me susurra cosas al oído y me dice que ella sabe lo que estoy sintiendo. Le creo, y pienso que ella también cree lo que está diciendo. Ambos entramos en ese estado inducido por el ácido en el cual no tenemos que hablar más para saber lo que el otro está pensando, y comienzo a calmarme.

Regresamos a la fiesta. Aún hay gente ahí, aunque hay menos, y no hay ninguna evidencia de que la policía haya estado ahí. Justo cuando estoy comenzando a cruzar la frontera entre una mala experiencia con drogas a una tolerable, alguien, sin darse cuenta de que estoy a la mitad de un viaje, trata de lanzarme a la alberca como una broma. No se necesita ser un experto en matemáticas para saber que ácido más alberca es igual a una muerte segura. Así que entro en pánico y comienzo a agitarme. Pronto estamos enfrascados en una pelea a puñetazos, y trato de destrozarlo como si fuera una muñeca. Le golpeo en la cara con mis nudillos sin piel y ni siquiera siento el dolor.

Cuando se aleja, me doy cuenta de que todos me están mirando como la boca abierta. “Escuchad, mejor vamos a mi casa”, le digo a la gente que me rodea. Nos metemos en el coche, somos yo, mi novia, Nancy y su novio, los cuatro ingredientes necesarios en una receta de miseria personal. Una vez en la casa de campo de mis padres, nos dirigimos a mi cuarto, donde encontramos a Stephen, mi teclista sin teclado, yaciendo en mi cama como gasolina en espera de una cerilla. Trata de interesarnos en el video que está viendo, *Matadero 5*, precisamente el tipo de película extraña en la cual no quieres pensar cuando estás bajo el efecto del ácido.

Carl es instantáneamente absorbido por la película, y el brillo de la televisión juega sobre su quijada babeante. Sin decir una palabra, Nancy se pone de pie rápidamente —fastidiosamente— y se va al baño. Yo estoy sentado en la cama con mi novia, mi mente flashea en la misma forma en que la televisión parpadea sobre Carl. Stephen balbucea sobre cómo fueron hechos los efectos especiales. Desde el baño, oigo un sonido convulsivo de rasguños, como las garras de cientos de ratas rascando en la bañera. En un extraño momento de lucidez, me doy cuenta de que el sonido es el de un lápiz escribiendo furiosamente sobre papel. El sonido se hace más y más fuerte, ahogando a la televisión, a Stephen y a todo lo demás que hay en el cuarto, y sé que Nancy está escribiendo algo que me va a hacer completamente miserable y que va a arruinar mi vida. Mientras más fuerte se hace el sonido, más locas y extrañas me imagino las palabras que escribe.



Nancy emerge del baño y me da la nota. Nadie más parece darse cuenta. Esto es entre nosotros. Miro hacia la televisión para reunir mi fuerza. La veo con tanta fuerza que ya ni siquiera me puedo concentrar en la película. De hecho, ni siquiera se parece a un televisor. Parece una luz estroboscópica. Vuelvo la vista para ver a Nancy. Pero ya no veo a Nancy. Veo a una hermosa mujer de cabello largo y rubio y con una camiseta de Alien Sex Fiend escondiendo sus curvas. Debe ser la mujer del teléfono... Traci.

En lugar de los rasguños del lápiz, escucho a David Bowie: «I. I will be king. And you. You will be queen».

Tengo los dedos de Traci en una mano y una botella de Jack Daniel's en la otra. Estamos de pie en un balcón en una fiesta que parece ser en mi honor. “No sabía que eras así”, ronronea, disculpándose por algo en el pasado que yo desconozco. “Creí que eras diferente”.

Hay luces y *flashes*, Bowie está cantando, «We could be heros just for one day», y todos nos sonríen aduladoramente. Ella parece ser tan famosa como aparentemente yo lo soy.

“Yo solía masturbarme viendo a esa zorrита”, me dice riendo un *roadie* —¿mío?
—.

“¿Quién?”, pregunto.

“Ésa”.

“¿Quién es ésa?”.

“Traci Lords, bastardo con suerte”.

En el piso de abajo hay un hombre alto y jorobado de pelo largo negro y la cara pintada de blanco. Lleva botas de plataforma, medias de red rotas, pantalones cortos de cuero y una camiseta negra hecha pedazos. Se parece a mí, o como una parodia de mí. Me pregunto si él soy yo.

Una chica gorda con la mitad de la cara cubierta de aros y la otra mitad pintada con lápiz de labios se da cuenta de que observo al hombre alto. Sube por las escaleras, empuja a un guardaespaldas —¿mío?— y, al mismo tiempo que su cara parpadea grotescamente, me dice, “¿Quieres saber quién es ese tipo? Nadie sabe su nombre. No tiene casa. Gana dinero prostituyéndose y después lo gasta todo tratando de parecerse a ti. Siempre viene aquí y baila con tus discos”.

Escucho la música de nuevo. El DJ ha puesto *Sweet Dreams* de Eurythmics. Pero suena más lenta, más oscura, más ruda. Y la voz que canta es la mía. Necesito escapar de esta escena irreal, de toda esta gente que me trata como si yo fuera una estrella de la cual pueden obtener un poco de brillo. Traci toma mi mano y me lleva afuera, moviéndonos como mercurio a través de las adulantes ruinas. Caminamos detrás de una cortina blanca y entramos a un cuarto privado lleno de *sandwiches* intactos y nos sentamos. Hay algo en mi mano... un pedazo de papel. Trato de concentrarme en las gruesas y borrosas líneas. “Querido Brian”, comienza. “Quiero dejar a mi novio y que tú te vengas conmigo. Dijiste que no estabas feliz con la forma en que iban las cosas con Teresa” —diablos, es de Nancy—. “Yo te haré muy feliz. Sé que puedo. Nadie te cuidará como yo. Nadie te follará como yo. Tengo tantas cosas que darte”.

La dejo. No puedo lidiar con eso ahora, no mientras estoy en este viaje. ¿Alguna vez terminará este viaje? Nancy está de pie en la puerta del baño mirándome, su vientre desnudo ligeramente inflamado bajo su ajustada camisa marinera. Su pulgar está metido dentro de la cintura de su pantalón y se está mordiendo el labio inferior. No es *sexy*. Está extraña y fuera de lugar, como una fotografía de Joel-Peter Witkin. Me pongo de pie y camino hacia ella. Teresa y Carl están sentados en mi cama viendo la película, completamente ajenos a nosotros y a la extraña charla de Stephen.

La brisa entra fresca y lógica a través de la ventana de mi baño, la cual está pintada de negro. Aunque las luces en mi cabeza aún parpadean. Busco a tientas el borde de porcelana de la bañera y me siento, tratando de aquietar mi cabeza y de recordar lo que iba a decirle a Nancy. Puedo escuchar la música ahora, demasiado grande y ruidosa para mi baño. Siento que me voy a desmayar y lucho por evitarlo.

La música se hace más ruidosa dentro de mi cabeza. «This is not my beautiful house! This is not my beautiful wife!».

La música ya no está sólo dentro de mi cabeza. Son los Talking Heads, *Once in a Lifetime*, y está completamente sobre mí, vibrando contra mi espalda. Estoy tendido en el suelo, parpadeando y tratando de estar consciente.

«And you may ask yourself, “Well, how did I get here?”».

Ella —Traci— se inclina sobre mí, quitándome la camiseta sobre laceraciones que no sabía que tenía. Su otra mano trabaja en los botones de mi pantalón. Su boca es cálida y dulce, y puedo saborear cigarrillos y Jack Daniel's. Comienza a hacer cosas con esa boca y con esas pequeñas manos y uñas color rojo que millones de hombres han visto en videos durante años —películas en las cuales nunca estuve interesado, a pesar de mi fascinación por su vida—. Me baja los pantalones y, con los brazos perfectamente cruzados, se quita la blusa. Se levanta la falda, no para quitársela sino para mostrarme que no lleva ropa interior. Estoy petrificado. No se ve sucia, como si estuviera interpretando un papel en una película porno, aunque me está dando sexo oral. Es delicada, protectora y angelical, una pluma suspendida en el aire sobre un infierno de degradación y carnalidad. Estoy borracho, y por ese medio segundo, también estoy enamorado. A través de la delgada cortina que separa nuestro nudo de lengua, uñas y carne del resto del club, puedo ver la silueta del guardaespaldas contra la luz estroboscópica, cuidando la entrada como San Pedro.

«Once in a lifetime...».

Ahora la estoy penetrando, y ella grita. Le tiro del pelo, pero en lugar de largos mechones rubios, agarro algo corto, enredado y rígido que se deshace en mi mano. Mis brazos están libres de tatuajes, y los gemidos, ahogados por mi mano, reverberan entre el silencio. Mierda, estoy follándome a Nancy. ¿Qué estoy haciendo? Éste no es la clase de error del cual te puedes librar. Tirarte a una psicótica es igual que matarla. Hay consecuencias, repercusiones, precios que pagar. En *flashes* veo el rostro de Nancy mirándome sentada en la bañera, sus piernas abriendo y apretando, espumando como las fauces de un perro rabioso. Con cada *flash*, su cara se vuelve más y más distorsionada, más retorcida, más inhumana, más... demoníaca. Ésa es la palabra correcta. Mi cuerpo sigue moviéndose, follándola con fuerza, pero mi mente grita que me detenga.

Es el fin. Estoy acabado. Estoy follando con el diablo. He vendido mi alma.

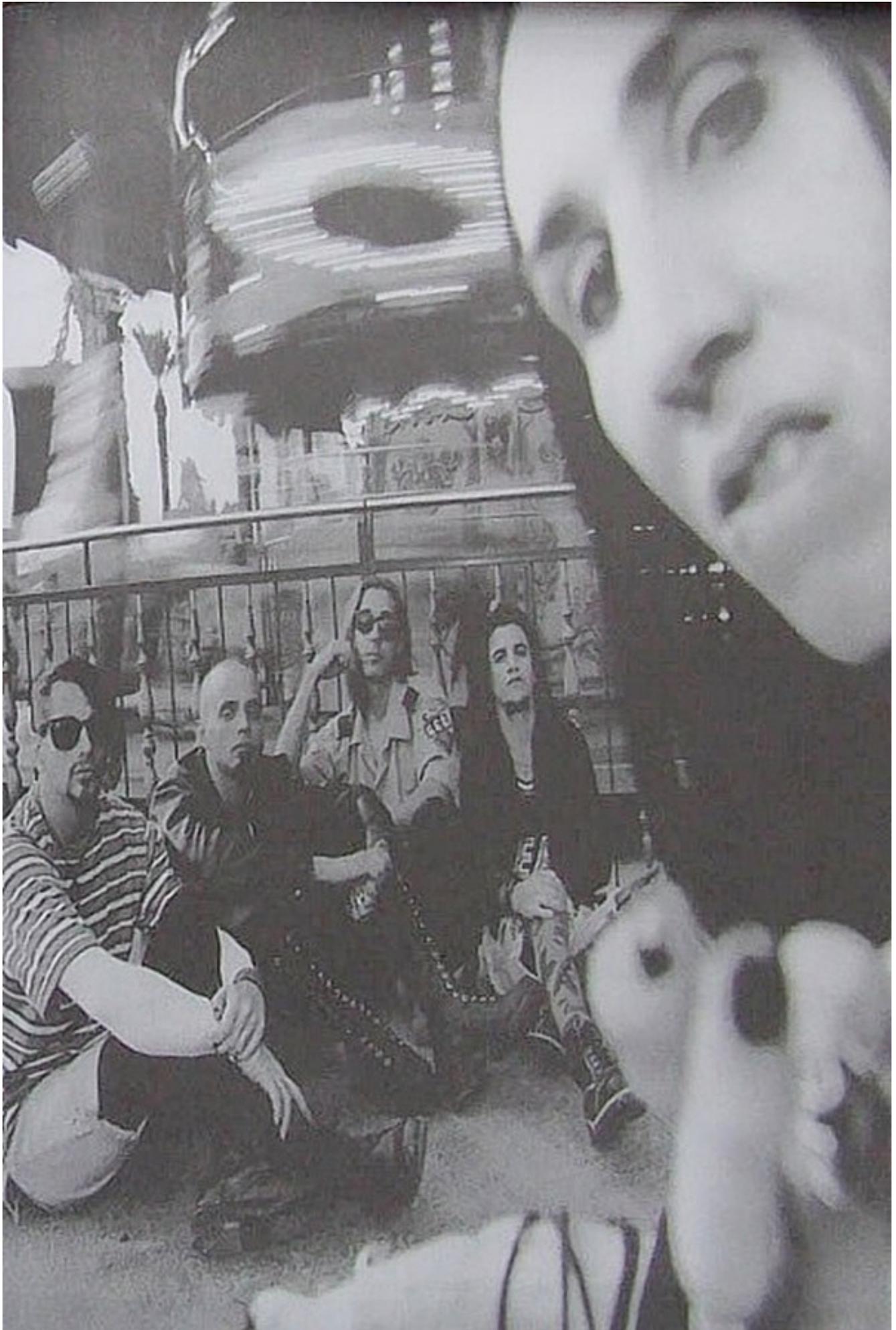
CÍRCULO SIETE: VIOLENCIA –CONTRA DIOS–

«And you may ask yourself, “Where does that highway go?”».

Alguien muerde el cartílago de mi oreja. Creo que es Traci, porque me gusta. Me agarra por el cuello de la camisa y empuja mi cabeza hacia la suya. Su aliento, cálido y húmedo en mi oído, susurra: «Quiero que te corras dentro de mí».

La música para, los *flashes* paran y me corro dentro de Nancy como un ramo de lirios blancos explotando dentro de una fosa fúnebre. Su rostro está muerto e inexpresivo. Sus ojos son como focos fundidos. ¿Es de ahí de donde venían los *flashes*?

«And you may ask yourself, “Am I right? Am I wrong?”. And you may tell yourself, “My God! What have I done?”».



Para toda la gente que no murió

«Maldodor fue virtuoso durante sus primeros años, virtuoso y feliz. Después se dio cuenta de que había nacido con maldad. ¡Extraña fatalidad! Escondió su carácter lo mejor que pudo por muchos años; pero al final, como tal concentración era inusual para él, todos los días la sangre se le subía a la cabeza hasta que la tensión alcanzó un punto en que ya no pudo soportar vivir esa vida y se rindió a una carrera de maldad... ¡Qué dulce atmósfera! Quien se habría dado cuenta de que cuando abrazaba a un niño pequeño de mejillas rosadas deseaba cortar esas mejillas con una navaja, y de que lo había hecho muchas veces de no haber sido contenido por el pensamiento de la justicia con su larga procesión fúnebre de castigos».

—Conde de Lautréamont, *Maldodor*.

Varias semanas después del viaje, estuve deprimido y aterrorizado, fui acechado y exitosamente atrapado por Nancy. La dejé tomar decisiones creativas para la banda y, aún peor, teníamos sexo todo el tiempo a espaldas de Teresa. El sexo era bueno, pero yo no lo quería. De alguna forma, en cualquier dirección que girara, ella estaba ahí. Y cada vez que estaba ahí, quería desnudarse. Estaba completamente poseído. Ella me hacía hacer cosas que sabía que no debía hacer, como tomar ácido de nuevo. Esta vez fue antes de un *show*.

Recibí una llamada de Bob Slade, un DJ *punk-rock* de Miami que tenía un corte de hongo al estilo de los Monkees. No teníamos *manager* por entonces, por lo tanto yo hacía un desorden con nuestros negocios.

“Mira”, dijo con su nasal voz radiofónica. “Os necesitamos para que abráis para Nine Inch Nails en el Club Nu”. El Club Nu era un bar de Miami que todos odiábamos.

Aunque sólo teníamos siete canciones, Brad aún estaba aprendiendo a tocar el bajo y Stephen aún no se había comprado su teclado, acepté. Era una oportunidad demasiado buena para dejarla pasar tan sólo porque apestábamos. Antes del *show*, Nancy me dio una tableta de ácido. Como si el cuatro de julio sólo hubiera sido un mal sueño que no tuvo nada que ver con drogas, la puse debajo de mi lengua sin pensarlo dos veces —hasta después.

En el escenario, usé un vestido corto color naranja y arrastré a Nancy con su correa de siempre. Por alguna razón, no perdí la cordura con al ácido: Nancy sí lo hizo. Lloró y gritó durante todo el *show*, rogándome que la golpeará más y más fuerte, hasta que le salieron ampollas en su anémica y pálida espalda. Yo estaba asustado por lo que me vi hacer, pero también emocionado, principalmente porque la multitud parecía disfrutar mucho nuestro drama psicodélico sadomasoquista.

Después del *show*, el cual dudo que Trent Reznor haya visto, me lo encontré detrás del escenario.

“¿Me recuerdas?”, pregunté, tratando de fingir que no estaba drogado, aunque mis ojos ultradilatados probablemente me delataron. “Yo te entrevisté para *25th Parallel*”.

Él educadamente fingió recordarme, y yo le di una cinta y me fui rápidamente antes de poder decir algo demasiado estúpido. Fuera de mí a causa de las drogas y aún bajo el hechizo de Nancy, me tambaleé hasta el área de descanso —lo más probable es que fuera el vestidor de Nine Inch Nails— donde la encontré esperándome. Tuvimos sexo, y vi al diablo en sus ojos de nuevo. Pero no tenía miedo. Ya nos conocíamos bastante bien por entonces.

Cuando terminamos bajamos nuestros vestidos y fuimos hacia el pasillo, donde nos encontramos al novio de Nancy, Carl, y a mi novia Teresa. Era un extraño momento de reconocimiento que pareció congelado en el tiempo. Los miramos y nos parecieron culpables. Ellos nos miraron y les parecimos culpables. Nadie dijo nada. Todos sabíamos, o creíamos que sabíamos.

De todos modos algo sobre Teresa había estado molestándome. Desde el comienzo de nuestra relación, hubo un elemento de misterio, como si tuviera un esqueleto encerrado en el oscuro armario de su mente. Vivía en una pequeña casa con su madre, quien dormía en un sofá en la sala, y su hermano, era una contradicción andante. Era un camionero borracho y racista que le gustaba el *hip-hop*. Teóricamente, eso significaba que debía darse una paliza él mismo.

Nunca fue muy divertido dormir en casa de Teresa, porque su hermano solía ponerse violento y hacer hoyos en la puerta a puñetazos, y su perro tenía pulgas así que me pasaba la mitad de la noche rascándome. Aunque habría sido mejor para ambos si tan sólo hubiéramos terminado, yo era demasiado inseguro y estaba demasiado asustado de tenerme por mí mismo sin usarla como muleta. No se trataba de sexo, se trataba de apoyo —ella pagaba por todo, me daba consejos, me trataba como un niño y toleraba mi abuso mental. Ella era dulce, simple y maternal, que era lo que yo estaba buscando después de mi experiencia con Rachele, que era fría, hermosa y manipuladora.

Pero cuando visité a Teresa en su casa el día de la madres, sus ojos, usualmente rodeados de oscuridad, parecían más negros y más nublados de lo normal. Le pregunté qué andaba mal, y, después de intentar evitar la pregunta, admitió que había quedado embarazada en preparatoria, que había tenido al niño y después lo había

dado en adopción. Después de decirme esto, comencé a verla de forma diferente, notando las marcas que tenía en sus caderas y la forma maternal en que trataba a todo el mundo. Sentía que me estaba follando a mi propia madre cuando me acostaba con ella. Aunque yo la estaba engañando con Nancy, no pude evitar ser hipócrita y sentir rencor por la forma en que, como cada mujer con la que había salido hasta ese momento —desde la pretenciosa Asia hasta la infiel Rachelle— Teresa me había mentido y me había traicionado. Hasta el día de hoy tengo el complejo de que cada mujer que conozco tiene un hijo o va a tratar de tener un hijo conmigo. Usualmente tengo razón.

También comencé a notar que Teresa y Nancy estaban conectadas por algún tipo de balance que mantenía su peso colectivo en equilibrio. Mientras Teresa engordaba, Nancy se volvía más delgada. Una de las razones por las que caí bajo la influencia del hechizo de Nancy fue que ella vio los agujeros que se formaban en mi armadura y se metió por ahí como el óxido corrosivo que era.

Cuando desapareció el efecto del ácido esa mañana después del *show* de Nine Inch Nails, también terminó el efecto del hechizo de Nancy. Fue como si hubiera estado en un largo viaje desde el cuatro de julio. Me fui a la cama molesto y confundido, tratando de averiguar qué había hecho mal los meses anteriores. Me llamó esa tarde —justo después de despertar con el coro de la peor canción que escribiría, «She's not my girlfriend / I'm not who you think I am», en mi cabeza— y me dio su habitual discurso sobre echar a Carl y mudarme con ella. Pero esta vez no lo creí.

“No, de ninguna manera”, exploté. “Sabes que son gilipolleces. En primer lugar, todo esto de la banda no va a funcionar. Te quiero fuera”.

“Pero es mi banda también”, ella insistió.

“No, es mi banda. Nunca fue tu banda. Ni siquiera estás en la banda. Eres un extra, un mueble, y aprecio lo que has hecho por nosotros en el escenario, pero es hora de que avancemos”.

“¿Pero y qué hay de nosotros? Digo, nosotros aún...”.

“No, eso también terminó. Cualquier cosa que hayamos tenido, todo fue un error y quiero que termine ahora mismo. Teresa aún es mi novia. Lo siento si sueno como un patán, sólo trato de ser terminante con esto”.

Ahí fue cuando se volvió loca, peor que cuando estaba drogada la noche anterior. Gritó y lloró hasta quedarse ronca, amenazándome con todo lo que tenía. La conversación terminó conmigo tratando de convencerla de que no le dijera a Teresa o a Carl sobre lo nuestro. Ella accedió. Pero horas después, Teresa llamó.

“Escucha esto”, dijo, poniendo el teléfono junto a su máquina contestadora. Había un mensaje de Nancy, pero gritaba tan frenéticamente que era difícil entender todo lo que decía. Decía algo como: “Maldita perra... qué diablos... te lo dije... nunca... voy matarte... si te veo... coja... voy a regar... tu horrible... sangre sobre las paredes (clic)”.

En ese momento el infierno se desató. Nancy llamó a los clubs y canceló los *shows* de Marilyn Manson and the Spooky Kids; iba a nuestros conciertos, amenazaba a la gente del público, y hasta se subió al escenario y atacó a la chica que la reemplazó, Missi. Llamó a cada persona que me conocía y les decía la clase de idiota que yo era, y comenzó a dejarme mensajes obscenos y paquetes. Una mañana encontré un collar que le había prestado tirado frente a mi puerta. Pero había sido cortado en pedacitos, cubierto con algo que parecía sangre y sellado ritualmente en un jarrón estilo masón con algún tipo de cabello. Era el tipo de maldición que el hermano de John Crowell habría hecho.

Nunca nadie en mi vida me había hecho enojar tan violentamente. Arruinaba mi vida cuando nos acostábamos juntos, y ahora que ya no lo hacíamos, la estaba destruyendo aún más. Cada vez que llegaba a casa había una nueva amenaza de muerte esperándome. Yo ya tenía muchos sentimientos fuertes por Nancy: repugnancia, miedo, deseo, fastidio, exasperación y el conocimiento de que cualquier chica que yo le guste debe estar loca. Pero ahora todo eso había sido suprimido por profundo, oscuro y amargo odio, el cual palpitaba ardientemente por mis venas cada vez que mencionaban su nombre. Finalmente la llamé y se lo dije claramente: “No sólo no te quiero más en la banda, si no te largas del pueblo voy a hacer que te maten”. No estaba exagerando. Estaba furioso, no tenía nada que perder y estaba tan envuelto emocionalmente en la situación que perdí la perspectiva. No era sólo Nancy la que era como John Crowell, era yo, porque estaba perdiendo mi propia identidad en el odio por la gente que yo creía intentaba destruirla.

Mi respeto por la vida humana se había marchitado hacía tiempo. Había notado esto algunas semanas antes cuando iba saliendo del Reunion Room y presencié un choque de frente mientras cruzaba la calle. Un hombre de mediana edad salió tambaleándose del coche, un Chevrolet Celebrity azul, con la mano sobre la frente gritando ayuda. Dio tumbos por la calle, desorientado y en *shock*. Y después soltó su frente. El trozo de piel que cubría la parte superior de su cabeza cayó sobre su rostro, y se colapsó en un charco creciente de su propia sangre, temblando y convulsionándose mientras la muerte se acercaba y finalmente lo puso quieto. Cuando crucé al otro lado de la calle, donde el otro coche se había estrellado, había una mujer con el cráneo partido en dos. Claramente sentía dolor, pero estaba calmada y lúcida, como si hubiera aceptado el hecho de que su mundo estaba a punto de terminar. Cuando pasé a su lado, volvió su cabeza hacia mí y me imploró que la abrazara. “Por favor, alguien, abráceme”, suplicó temblando. “¿Dónde estoy? No le digan a mi hermana... que alguien, por favor, me abrace”. Pude ver la desesperación y la humanidad en sus ojos color café. Tan sólo quería un poco de contacto físico mientras moría. Pero yo seguí caminando. Yo no era parte de eso y no quería ser parte de eso. Me sentí desconectado, como si estuviera viendo una película. Sabía que estaba siendo un idiota, pero me pregunté, ¿se habría ella —o cualquier otro— detenido por mí?, ¿o habrían estado demasiado preocupados por ellos mismos —

preocupados por que sangrara sobre sus ropas, que los hiciera llegar tarde a una cita o que los infectara de SIDA, hepatitis o algo peor?

Con Nancy, aunque no creyera que fuera correcto tomar una vida humana, tampoco creía que fuera correcto negarme la oportunidad de causar la muerte de alguien, especialmente alguien cuya existencia significaba tan poco para el mundo y para ella misma. Por entonces, quitar la vida de alguien parecía como una experiencia educativa necesaria, como perder tu virginidad o tener un hijo. Empecé a pensar en diferentes formas de llevar a cabo mi amenaza con el menor riesgo posible para mí. ¿Habría alguien tan desesperado que la matara por cincuenta dólares? ¿O podría hacerlo yo mismo, tal vez empujándola a un lago y fingir que había sido un accidente? ¿Tal vez podría meterme en su apartamento y envenenar su comida? Ésta era la primera vez que consideraba el asesinato seriamente. No estaba seguro de qué hacer. Así que llamé a la única persona que conocía que sabía que era un experto: Stephen, nuestro teclista, a quien para entonces habíamos comenzado a llamar Pogo, ya que ni Madonna ni Gacy parecían encajar con su personalidad, y Pogo era el nombre de payaso de John Wayne Gacy.

Le pregunté a Pogo todo lo que había que saber sobre el asesinato y la disposición de los cadáveres. Yo no iba a aceptar ninguna otra alternativa. Ella tenía que morir. En mi mente, la convertí en un símbolo, una representación de todas las personas que habían tratado de poseerme o controlar mi vida, ya fuera a través del sexo o del cristianismo, y yo quería venganza —compensación— para el chico que habían torcido y destruido. Pogo y yo nos enfrascamos en esta tarea meticulosamente. Planeamos el asesinato perfecto, no sólo sin evidencia de que estábamos involucrados sino también sin evidencia de que hubiera existido un asesinato. La seguimos, vigilamos su casa y descubrimos su rutina antes de llegar a la solución: incendio.



POGO

La noche de ese martes, Pogo y yo nos vestimos completamente de negro (lo cual no era muy diferente de cómo usualmente nos vestíamos); llenamos una mochila con keroseno, cerillas y trapos; y bebimos algo de valor en Squeeze. Antes de salir del club, telefoneé a Nancy para asegurarme de que estuviera en casa. Tan pronto como contestó, colgué. Estábamos en camino.

Ella vivía en un área del pueblo llamada New River, debajo de un puente que albergaba a la mayor parte de la población indigente de Fort Lauderdale. Cuando Pogo y yo nos acercamos a su casa, un negro indigente nos persiguió. “¿Hey, qué es esto? ¿Halloween?”, gritó al acercárenos, su fétido aliento señaló su llegada. Llevaba un gran anillo dorado sobre sus nudillos que decía su nombre, Hollywood, y nos hablaba de las drogas que vendía. El hecho de que se parecía a Frog, el chico que me golpeó en la pista de patinaje, tan sólo sirvió para aumentar el odio que sentía en ese momento y se sumó a mi determinación de matar a esta chica.

Pero Hollywood continuó siguiéndonos, todo el camino hasta la puerta de Nancy. Pogo y yo nos miramos el uno al otro. No habíamos anticipado la presencia de testigos en esta colonia desierta. La mirada que nos dimos el uno al otro era un signo de interrogación: ¿Le matamos también?, ¿o abandonamos el plan por esta noche?

Decidimos dar la vuelta a la manzana y fingir que el edificio de Nancy no era

nuestro destino. Pero él continuaba siguiéndonos y tratando de hacernos comprar *crack*. De haberlo sabido, habría aceptado su oferta.

Cuando nos cercamos a la casa de Nancy por segunda vez, oímos sirenas. Dos coches de bomberos pasaron, seguidos de una patrulla y una ambulancia. Estábamos tan involucrados que huimos en dirección contraria, dejando a Hollywood, Nancy y New River vivos e intactos.

Siempre me pregunto si Hollywood era algún tipo de mensajero, un portento de las cosas mejores que vendrían. Porque después de esa noche, me volví demasiado paranoico para matar a Nancy, demasiado asustado de ser atrapado y enviado a prisión. Me di cuenta de que le había hablado a demasiada gente acerca de mi odio por ella, y que aún el mejor plan que Pogo y yo pudiéramos trazar no era lo suficientemente bueno para protegernos de eventos fortuitos como el que pasara alguna patrulla. Así que me dispuse a dañar a Nancy en una forma que no pudiera ser involucrado directamente. En cada momento del día visualizaba su destrucción, su miseria, su desaparición de Fort Lauderdale y de mi vida. Caminé por las calles envuelto en una nube de odio. Para hacer una maldición, Satanás y el *Necronomicón* no eran necesarios; el poder estaba dentro de mí. Y la tarde siguiente, después de decirle a Carl (el único amigo que le quedaba) que ella iba a terminar con él, Nancy desapareció.

En lugar de desquitarse conmigo, Carl comenzó a imitarme. Tal vez esa era su forma de negar el que yo había dormido con su novia. Teresa me perdonó estúpidamente porque sabía lo loca que estaba Nancy. Habría sido un final feliz, pero comencé a sentirme incomodo porque Carl y Teresa pasaban mucho tiempo juntos.

Una tarde le mostré a Teresa la portada de una *demo* que yo había diseñado con un árbol retorcido que parecía sacado del *El mago de Oz*. Días después, un anuncio de un concierto que Carl dibujó para otra banda apareció pegado por toda la ciudad con exactamente el mismo árbol.

Estaba furioso con Teresa por haberle dado mi idea a Carl (agravado por el hecho de que en general estaba aburrido de ella), y asqueado por la conducta adulatora de Carl. Me aseguré de que ambos estuvieran en nuestro próximo concierto y tocamos una canción sobre Carl, *Thingmaker*, un largo discurso sobre cómo yo estaba harto de que me robara. Pero el robo no terminó ahí, porque él y Teresa pronto comenzaron a salir juntos, una abominación que continúa hasta el día de hoy. Frustrado y traicionado en mi cumpleaños veintiuno, fui a hacerme mis primeros tatuajes —una cabeza de chivo en un brazo y, en el otro, el mismo árbol que él me había robado, fue mi forma de registrarlo.

Aunque había oído rumores acerca de Nancy, no la volví a ver hasta cuatro años después en Squeeze. Al principio, pensé hacer las paces con ella. Estaba sola, y cada vez que pasaba junto a mí, lanzaba su cuerpo contra el mío sin decir una palabra. Mi celosa novia, quien probablemente estaba en la escuela elemental cuando pasó lo de Nancy, se enojó. “Voy a patearle el trasero si hace eso de nuevo”, dijo después de que

Nancy me embistiera por cuarta vez esa noche.

Cuando Nancy pasó a nuestro lado de nuevo, mi novia le bloqueó el camino y le gritó a la cara, “¿Cuál es tu maldito problema, zorra?”. Nancy tomó una botella y se la rompió en la cabeza. Mi novia debió haber tenido experiencia en esas cosas, porque sin inmutarse me quitó mi anillo de garra y golpeó a Nancy cinco veces en la cara con él, provocándole tanto daño que me sorprendería que no le hubiera quedado algún daño permanente. Como para entonces ya tenía algo de poder, los de seguridad sacaron a Nancy del club. El viejo odio surgió de nuevo, y quería hacerle algo peor y más permanente, pero no pude averiguar donde vivía.

La sustituta de Nancy, Missi, no sólo llenó el vacío que Nancy había dejado en el escenario, sino también el vacío que Nancy quería llenar en mi vida. Conocí a Missi en mitad del psicodrama de Nancy, a la salida de un concierto de Amboog-A-Lard en Button South, un palacio del *Heavy Metal* donde probablemente aún es *cool* el que te guste Slaughter o Skid Row. Brad y yo estábamos repartiendo volantes para promover uno de nuestros *shows*. Era una buena forma de conocer chicas, porque si les gustabas, ya sabían donde encontrarte. Pero eso no fue lo que pasó con Missi. Intercambiamos números telefónicos en ese momento, y dos días después estábamos sentados en la playa bebiendo Colt 45. Le hablé de mis planes para la banda. Ella escuchó pacientemente, al igual que lo haría en los años siguientes.



MISSI

Al principio me sentía demasiado inseguro para terminar con Teresa, y Missi y yo nos hicimos amigos. Yo no tenía coche, ni trabajo, ni vida, así que ella me recogía en casa e íbamos a ver una película mientras Teresa aún estaba en el restaurante en el que trabajaba.

Cuando nuestra amistad comenzó a convertirse en una relación ese invierno, la pregunté a Missi si quería estar en uno de nuestros *shows*. Desde nuestros primeros conciertos, habíamos bautizado la parte trasera del escenario como Pogo's Playhouse y ahí él tenía toda clase de aparatos caseros e instrumentos de tortura —el más notorio era una jaula para leones que usaba como base para el teclado que había aprendido a tocar en menos tiempo del que le había llevado en ahorrar para comprarlo. Para el debut de Missi, la pusimos en la jaula y la llenamos con pollos vivos. Estaba estupenda: una pálida chica de dieciocho años con braguitas blancas camufladas por las plumas de media docena de pollos.

<p>CÍRCULO OCHO: FRAUDE –ALCAHUETES Y SEDUCTORES–</p>

Cuando la gente se dio de cuenta de que Nancy había dejado la banda, fenómenos de todo Florida querían formar parte del acto. Así que los dejamos. A veces los enlistábamos tan sólo para ser parte de un provocativo (y con suerte incómodo) espectáculo, como cuando, inspirados por la película de John Waters, *Pink Flamingos*, pusimos a dos chicas gordas acariciándose en un corral. Otras veces nos asegurábamos de que el espectáculo trajera consigo una idea. Durante un concierto tuvimos a una chica con tubos en la cabeza y una almohada debajo de la camiseta para hacerla parecer embarazada. Estaba de pie frente a una tabla de planchar y mientras cantábamos ella le quitaba las arrugas a una bandera Nazi. A medida que el *show* avanzaba, se sentó con las piernas abiertas sobre la tabla de planchar y fingió practicarse un aborto. Después envolvió el feto falso con la bandera y lo ofreció ritualmente a un televisor encendido que estaba frente a ella. Si no volvimos a casa habiendo señalado nuestro punto de vista acerca del fascismo de la televisión y sobre la forma en que el núcleo familiar americano sacrifica sus hijos a esta barata niñera entorpecedora de mentes, al menos nos sentimos bien intentándolo.

No todos los *shows* salieron como habían sido planeados. Para una de nuestras primeras actuaciones en Tampa, compramos una lata gigante llena de aproximadamente 500 grillos con los que quería cubrirme. Pero cuando abrí la lata, todos habían muerto. La peste era una de las cosas más asquerosas que había olido jamás, y el olor se me adhirió a las manos tan fuertemente como el olor de la vagina

de Tina Potts. Vomité al instante, y en respuesta media docena de personas del público, incluyendo a nuestro futuro bajista, Jeordie White, vomitaron también. Aún si había comenzado el concierto sin un mensaje en la cabeza, terminé con uno: el asco es contagioso.

Los activistas de los derechos animales nos persiguieron tan incesantemente como lo hacen ahora, pero, fuera de esa masacre accidental de grillos, nunca matamos ningún animal —sólo efigies de animales. En uno de nuestros momentos más caricaturescos, pasamos una semana construyendo una vaca de tamaño natural de papel maché y alambre. En un cruce de *Willy Wonka*, *Apocalypse Now* y una de las revistas de bestialismo de mi abuelo, metí mi puño en el trasero de la vaca y saqué litros de jarabe de chocolate, cubriendo a la audiencia con él mientras Pogo tocaba un *sample* de Marlon Brando, de *El último tango en París*, «Hasta que entras por el culo de la muerte, justo por el ano, es cuando encuentras la matriz del miedo. Y entonces, tal vez...». Para antagonizar aún más a los tipos de derechos animales, comprábamos gatos y cerdos mecánicos que se movían en respuesta al sonido y colgamos bolsas de basura llenas de intestinos sobre el escenario, para que una vez que los juguetes comenzaran a moverse convulsivamente en respuesta a la música y las tripas cayeran, los activistas creyeran que estábamos cometiendo actos de crueldad contra los animales cuando, de hecho, estábamos cometiendo actos de crueldad contra los mismos activistas. Sólo los derechos humanos fueron violados durante nuestros *shows* —contra nosotros mismos, contra las chicas que enjaulábamos, y contra los *fans*— pero a nadie pareció importarles eso.

Cada concierto era una nueva aventura en el arte del *performance*. Como a los clubs les gustaba contratarnos en días festivos, siempre tratábamos de hacer algo especial esas noches. Para la primera parte de nuestra presentación en la víspera de año nuevo, use *smoking* y sombrero de copa. Para la segunda parte, una chica llamada Terri se disfrazó de mí, usando una peluca negra, *smoking*, sombrero de copa y un *dildo* que parecía real. Cuando entró al escenario, todos creyeron que era yo con mi pene colgando fuera de mis pantalones, lo cual no era nada nuevo para ese entonces. Mientras la banda comenzaba a interpretar *Cake and Sodomy*, yo me arrastré a su alrededor y le di sexo oral, para que pareciera que estaba chupando mi propio pene. Tal vez ahí es donde comenzó el rumor de que me había quitado quirúrgicamente alguna costilla para poder practicarle felación yo mismo.

El 14 de Febrero, Missi y yo tratamos de ser arrestados en un club local para poder pasar el día de San Valentín en la cárcel juntos. El club era de un mafioso que siempre andaba jorobado por el peso de sus cadenas de oro y cuyos empleados tenían antecedentes policiales mucho más largos que nuestro repertorio. Había policías por todo el club esa noche, así que saqué a Missi en *topless* y con máscara. Esta vez, yo recibí el sexo oral. Provoqué a los policías, retándolos a que me arrestaran, ya que ella estaba violando varias leyes de Florida. Pero no fuimos arrestados.

Fuera del escenario, Missi continuó siendo la colaboradora perfecta. (Ella se

convertiría en la chica que golpeó a Nancy en Squeeze.) Habíamos comenzado a salir en diciembre, y yo estaba determinado a cambiar y ser fiel por primera vez, especialmente porque, a diferencia de cualquier otra relación que hubiera tenido hasta ese momento, ésta comenzó con una sólida base de amistad. Además, yo era mayor que ella y me sentía obligado a educarla y moldearla como si fuera mi protegida.

Nuestra relación comenzó por el tiempo de los asesinatos de Gainesville, cuando ocho universitarios fueron apuñalados, así que tomé muchas fotos de Missi desnuda y cubierta de sangre, como si hubiera sido acuchillada brutalmente. Tomamos fotos de sus senos, su vagina, su boca —todas rasguñadas y bañadas en sangre. A veces cubría su rostro con una bolsa de plástico para que pareciera que había sido asfixiada, o tapaba su cabeza con una tela negra y ponía maquillaje sangriento en su cuello para que pareciera decapitada. Dejábamos nuestras fotos en restaurantes y autobuses donde la gente pudiera encontrarlas y hacer lo que sus conciencias les dictaran.

El único problema es que nunca pudimos ver el resultado de nuestro arduo trabajo. Así que se me ocurrió una nueva broma cuando vi que la gente ponía nacimientos en sus patios frontales para Navidad. A pesar de mi enemistad con la religión organizada, siempre me ha gustado la Navidad, probablemente porque mis padres me criaron en un ambiente muy secular (la cosa más religiosa que jamás hicieron fue enviarme a la escuela cristiana) y nunca asocié la Navidad con el nacimiento de Cristo. Tan sólo significaba colgar basura en un árbol, obtener regalos y ver el caos en las calles con las luces y la decoración. Pero el hecho de que me gustara esa festividad no significaba que dejara que se interpusiera en una buena broma.

Varios días antes de Navidad, Missi y yo fuimos a la tienda de Albertson's, la cual entre la una y las tres de la mañana era frecuentada por adolescentes en busca de provisiones para diversas bromas. Aunque podía pagar todo lo que yo quisiera, de todas formas robaba cosas porque sentía la necesidad de mostrar mi superioridad sobre los idiotas que trabajaban ahí. Además, siempre he creído que robar en centros comerciales debería ser castigado con la pena de muerte, porque es tan fácil que si eres tan estúpido como para que te atrapen, entonces mereces morir.

Esa noche robamos un puñado de clips y *flashes* para cámara fotográfica. En el coche de Missi, dimos vueltas por el vecindario, deteniéndonos en cada casa que tuviera un nacimiento y robábamos dos cosas: el niño Jesús y el Rey Mago negro. Nuestra intención era sabotear tantos nacimientos en el mismo vecindario para que la gente creyera que era una conspiración. Después planeamos enviar una nota de rescate de parte de un falso grupo militar negro a cada casa, que decía, «Sentimos que América ha iluminado y plastificado falsamente la sabiduría del hombre de raza negra con su propaganda racista sobre su mentada “Blanca Navidad”». El único fallo de nuestro plan fue que nadie le prestó atención. No hubo ni una palabra sobre ello en los periódicos.

La Navidad siguiente decidimos hacer algo más blasfemo y compramos varios

jamones salados en Albertson's. Desafortunadamente, eran demasiado grandes para robarlos, pero yo siempre he estado preparado para pagar el precio por mi arte. Los desenvolvimos y regresamos a las mismas casas, remplazando al niño Jesús con la carne putrefacta. Resulto en una escena hermosa, especialmente cuando, con nuestros jamones sobrantes, saboteamos nacimientos en las iglesias locales, y como un simbólico tiro de gracia, dejamos carne de puerco en el pesebre del recinto de la estación de policía.

Pocas empresas de South Florida se libraron de nuestras bromas, especialmente lugares frecuentados por niños, como Toys R' Us y Disney World. Un día, Missi, Jeordie y yo fuimos a Disney World con unos juguetes nuevos que habíamos comprado en una tienda de magia, un lanzador de fuego que lanzaba llamas de las palmas de nuestras manos y una navaja pegada a un tubo lleno de sangre para que pudiéramos crear heridas falsas. Todos habíamos tomado ácido y alucinábamos que toda la gente en el parque de diversiones estaba afiliada al Servicio Secreto. Todos parecían hablar con sus relojes, reportando cada uno de nuestros movimientos a sus cuarteles generales, aunque en realidad lo más probable es que estuvieran tratando de alejar a sus hijos de nosotros. Estábamos convencidos de que todos sabían que habíamos tomado LSD, lo cual fue confirmado (en nuestras mentes) cuando entramos la casa embrujada y, a la mitad, el carrito se detuvo y una voz anunció, «Por favor, asegúrense de que no haya ningún fantasma en su carrito», una referencia aparente a la canción de Marilyn Manson and the Spooky Kids, *Dune Buggy*. Cuando el carrito se sacudió y echó a andar de nuevo, dijeron, o nosotros imaginamos que dijeron, «Disfruten el resto de su viaje». Después, nos detuvimos en el zoológico donde puedes acariciar a los animales y, mientras Jeordie trataba de comunicarse con los pollos, yo observé fascinado durante una hora completa la vagina palpitante de una cerda, no muy diferente a la que montaría años más tarde en el *videoclip* de *Sweet Dreams*.

En uno de los fantásticos mundos plásticos del parque, había una docena de familias sentadas en unas mesas de *picnic*, felices y satisfechos al tiempo que devoraban muslos gigantes de pavo. Era una celebración barbárica de la carnicería con un toque irónico dado el hecho de que había pichones y gaviotas volando sobre sus cabezas, ajenas a la masacre perpetrada contra sus parientes. No soy vegetariano, pero ese espectáculo alegremente brutal me pareció incorrecto y asqueroso. Entonces caminé hacia donde se encontraban unos gemelos que estaban vestidos de forma idéntica, y que parecían salidos de *El pueblo de los malditos*. Mientras estaban ahí sentados desgarrando sus huesos de pavo, me detuve delante de ellos, me levanté las gafas oscuras para revelar mis ojos desiguales, les mostré la sonrisa más molesta que pude hacer en mi estado, y saqué mi navaja y rebané mi brazo. Dejé que la sangre corriera por mi muñeca y que goteara sobre los restos de papeles y palomitas de maíz que estaban en el suelo. Ellos dejaron caer su comida y corrieron gritando mientras yo caminaba contento por mi éxito, porque no hay nada como el sentimiento de saber

que has hecho algo diferente en la vida de alguien más, aún si esa diferencia es una vida de pesadillas y una fortuna en terapias.

De regreso a Fort Lauderdale el día siguiente, pasamos por el Reunion Room y, en la misma esquina en la que había visto el choque, estaba un manifestante de Provida, un tipo delgado de cabello gris, con una camisa de manga corta y camiseta debajo de ésta y pantalones azules de trabajo. Todas las tardes marchaba alrededor de la manzana como un obrero en huelga, pero en lugar de llevar una pancarta pidiendo un mejor plan de salud, la suya estaba decorada con fotos de fetos abortados. Cualquiera que lo escuchara, recibía un largo sermón sobre cómo vamos a ir al infierno por matar a los nonatos.

Aún llenos de maldad y viéndonos como repugnantes cadáveres pálidos y sucios, estacionamos cerca de él y le llamamos desde el coche. Emocionado por haber encontrado a alguien con quien discutir sus opiniones acerca de la condenación, se acercó a nosotros. Cuando estaba lo suficientemente cerca para ver claramente a través de la ventanilla, saqué mi mano. «He hablado hoy con el Diablo y me ha dicho que te dijera hola», gruñí, disparándole fuego en el rostro. Explotó en su cara, y dejó escapar un grito impío, lanzó su pancarta y corrió. Ya no lo vi más en esa esquina después de eso. Pero creo que en realidad le hice un favor ya que probablemente se convirtió en un héroe en su iglesia; todos saben que, como Job, debes ser muy santo y justo para merecer la atención del Diablo.

Jeordie y yo ya teníamos una amistad muy cercana entonces, aunque él aún no era miembro de la banda. El lazo que nos unía era la música, el amor por el caos y una obsesión por los juguetes antiguos para niños, particularmente parafernalia de *Star Wars*, *Los ángeles de Charlie* y Kiss. Ya había hablado algunas veces antes con Jeordie en el centro comercial, pero nos hicimos amigos cuando me encontraba en un concierto con Pogo. Yo llevaba una de las fiambreras metálicas de mi colección, y Jeordie corrió hacia mí y dijo, “Conozco a alguien que tiene más de éstas. Si quieres te llevaré con él. Tiene toneladas de fiambreras”. Intercambiamos números telefónicos, y el día siguiente me llevó a la tienda de un matón corpulento llamado John Jacobas. Era un paraíso de figuras de *Star Wars*, muñecos de Muhammad Ali, monos oxidados con platillos en sus manos, y, en particular, parafernalia nazi de la Segunda Guerra Mundial, lo cual probablemente era de donde sacaba más dinero. Tan sólo te miraba, medía el grado de desesperación en tus ojos y te daba el precio más alto que sabía que aceptarías. Era un profesional, y siempre me hacía volver a la tienda con la promesa de que traería su tesoro de fiambreras, las cuales, como el final del arco iris, nunca pudo encontrar, si es que acaso existió.

Jeordie y yo también descubrimos que nos atraía la misma chica, una morena cachonda que parecía el tipo de persona que estaría trabajando en el centro comercial. Y, de hecho, así era —en un local donde hacen perforaciones. Pero ella no notaba nuestra humanidad, sin importar qué parte de nuestro cuerpo le pidiéramos perforar. Así que volví a mi usual forma desviada de atraer la atención de las chicas: la

conducta asesina. Todos los días durante casi un mes, Jeordie y yo nos encontrábamos en un teléfono público cerca de su local, donde podíamos verla pero ella a nosotros no. Al principio, las llamadas eran inofensivas. Pero rápidamente se volvieron más rudas. “Te estamos observando”, la amenazábamos al nivel de nuestro deseo disfrazado de odio. “Más vale que no salgas del trabajo esta noche, porque vamos a violarte en el aparcamiento y después vamos a aplastarte con tu propio coche”. Sé cómo debió haberse sentido, porque Nancy solía dejar mensajes similares para mí.

CÍRCULO OCHO: FRAUDE –HIPÓCRITAS–

Jeordie era miserable con Amboog-A-Lard porque era el único de la banda con presencia en el escenario y ambición de ser algo más que sólo una versión más pesada de Metallica. Siempre le dije que quería que fuera un *Spooky Kid*, y él decía que le gustaba más lo que hacía mi banda que lo que hacía la suya. Pero yo tenía todos los músicos que necesitaba y él estaba atrapado en Amboog-A-Lard, cuyos miembros comenzaban a ponerse en contra suya porque se parecía demasiado a nosotros. Así que tuvimos que contentarnos con proyectos alternativos como Satan on Fire, una falsa banda de *Death Metal* cristiano con canciones como *Mosh for Jesus*. Nuestra meta era infiltrarnos en la comunidad cristiana (fantasía que aún conservo) pero el club cristiano local nunca nos contrató.

Tal vez por el hecho de que no podía estar en Marilyn Manson and the Spooky Kids, Jeordie terminó incitando el desorden en nuestros *shows* más notorios. Tocamos en un club llamado Weekends en Boca Raton, el equivalente en Florida de Beverly Hills, y el *show* estaba repleto de chicas ricas de Boca, atletas conservadores y un grupo rebelde de surfistas. Cuando estábamos tocando, Jeordie subió al escenario y se bajó los pantalones, lo cual era una conducta normal para él. Aunque no le importaba que toda su vida la gente le había dicho que parecía una chica, a veces sentía la necesidad de probar que no lo era. Lo extraño fue que no trató de prender fuego a su vello púbico, como usualmente hace cuando se baja los pantalones en público y no está teniendo sexo. Como estaba junto a mí y yo tenía una mano libre, comencé a masturbarle. Los *snoobs* de Boca estaban sorprendidos, y desde ese día comenzó el rumor de que éramos amantes gay. Un rumor que nosotros nos esforzamos por fomentar y extender.

Jeordie trajo a su hermano de diez años a otro de los *shows*, y, para poder meterlo al club, pretendimos que era parte de la banda y lo metimos en la jaula de Pogo. Detrás de él, Missi estaba atada a una cruz, usando solamente una máscara y una pinta de sangre. Yo imaginé la escena como una pintura representando la idea de que era sólo a través de tal horror y brutalidad que la humanidad puede nacer con alguna esperanza de inocencia y redención. La crucifixión cristiana no parecía diferente del

sacrificio pagano, en el cual la gente pensaba que podía mejorar su propia condición derramando la sangre de alguien más, un concepto que me atraía particularmente como consecuencia de mi deseo de matar a Nancy. Al final del *show*, el hermano de Jeordie estaba tan lleno de deseo de hacer su propia *performance* que salió corriendo de la jaula y mostró su trasero desnudo al público. Ese *show* comenzó otro rumor que ha permanecido hasta el día de hoy, el de que tenemos niños desnudos en el escenario.

En un día más productivo, Jeordie nos presentó a nuestro primer *manager*, John Tovar, que también representaba a Amboog-A-Lard. Era un cubano robusto y sudoroso eternamente vestido de traje y corbata negra que escondía su peste con colonia barata. Parecía una cruce entre Fidel Castro y Jabba the Hutt. Como si la naturaleza no lo hubiera limitado bastante ya, también era narcoléptico y se quedaba dormido durante el *soundcheck* directamente frente al amplificador. Nosotros aprovechamos la oportunidad de realizar valiosas investigaciones médicas y experimentamos con diferentes palabras para despertarlo, gritándole en la oreja que era un trozo de mierda o que el edificio estaba en llamas. Pero no dejaba de roncar e hinchar su monumental tripa. Sólo la frase “Malteada de vainilla” y “Lou Gramm” lograban despertarlo, y entonces abría sus gruesos y venosos párpados, giraba lentamente sus globos oculares hacia el cielo y volvía a la normalidad. Entonces normalmente me llevaba a un lado y me susurraba algún consejo bienintencionado, como, “necesitáis, tú ya sabes, bajar un poco el tono para que podamos tocar en los Slammy Awards. Y tal vez puedas montar tu *show* con Amboog-A-Lard”. (Los Slammies eran los premios al *rock* de Florida.)

La más cercano a satisfacer sus deseos que hicimos fue acortar nuestro nombre a Marilyn Manson, retirar nuestra caja de ritmos y hacer audiciones para un baterista humano. La única persona que se presentó fue un tipo cojo llamado Freddy Streithorst, y nuestro guitarrista, Scott Putesky, insistió en que lo contratáramos ya que habían tocado juntos en una afeminada banda de *pop* llamada India Loves You. Como casi todos en la banda, Freddy tenía muchos apodos. En el escenario, era conocido como Sara Lee Lucas. Pero le llamábamos Freddy the Wheel. El nombre vino de una de nuestras primeras *groupies*, Jessica, quien después formó Jack and Jill, una banda que yo rebauticé como Jack Off Jill y tomé bajo mi protección brevemente. Cuando Freddy era adolescente, tuvo un accidente y, mientras estaba en el hospital, los músculos de su pierna se atrofiaron hasta el punto de que su extremidad se deformó. Como parte de su rehabilitación, aprendió a tocar la batería.

Freddy era un buen tipo y yo nunca lo traté de forma diferente a los demás. Pero siempre me sentía mal presionándolo para que tocara mejor —era un pésimo baterista y todos lo sabían menos Scott. Sin embargo Jessica, no sentía remordimientos por burlarse de él. Decidió que Freddy tenía una rueda en vez de pierna y por lo tanto debía ser conocido como Freddy the Wheel. Ella se dio cuenta de esto, claro, después de haber tenido sexo con él, así que no estaba en posición de burlarse de nadie porque

se había inclinado ante la rueda y, de hecho, había quedado atrapada debajo de ella.

Al final, Freddy terminó saliendo con Shana, una imitadora de Siouxsie Sioux con la que yo había salido brevemente antes de conocer a Teresa. Nuestra relación no duró mucho porque yo estaba resfriado, y ella venía a cuidarme y teníamos sexo. El día no era un buen momento para intimar con ella porque ella era de los muchos practicantes del engaño gótico de South Florida. No fue solamente porque el maquillaje que cubría los agujeros de sus rostro se resquebrajaba con la luz del sol, también noté un misterioso anillo blanco alrededor de su vagina. Nunca pude decidir si era una enfermedad venérea, algún tipo de mucosidad, algún hongo, pudín o restos de algún pastelito glaseado que alguien hubiera dejado ahí accidentalmente después de tener relaciones. El descubrirlo fue una experiencia tan terrible y perturbadora como mi cita infantil con el moco de Lisa, y dejé de verla. Scott Putesky, un buitre en busca de vaginas, que ya había tratado de atrapar a Teresa, terminó enamorándose de ella, pero fracasó cuando Freddy se la robó como un pequeño Hobbit y en realidad se convirtió en el Señor del Anillo.

Igual que un coche usado que sigue descomponiéndose de algo nuevo cada vez que le arreglan algo, la banda comenzaba a funcionar cuando empezamos a tener problemas con nuestro bajista, Brad. Mientras más tocaba con nosotros, más gente me decía, “Ese tipo es un maldito drogadicto”. Yo siempre le defendía porque era completamente ingenuo y nunca había tomado más droga que pastillas, marihuana, ácido y tal vez pegamento. Para empezar Brad era inseguro y siempre trataba de impresionar a la gente. Así que cada vez que él mencionaba las drogas yo creía que sólo trataba de ser *cool*.

Brad era estúpido y, a diferencia de Scott, lo sabía. Me agradaba, así que casi siempre terminaba prestándole dinero y cuidándolo. Durante un tiempo, encontré a alguien más que lo cuidara, una rica abogada llamada Janine. Yo había dormido con ella unas cuantas veces y, aún cuando ella me compraba todo lo que yo quería, decidí que Brad la necesitaba más que yo.

En dos meses, ya estaban viviendo juntos. Pero cada vez que pasaba a visitarle por la tarde mientras Janine estaba trabajando, él parecía nervioso, como si no me quisiera allí. Una tarde actuaba más extraño de lo normal, tratando de sacarme del apartamento. Naturalmente, yo no quería irme porque tenía curiosidad por lo que estaba escondiendo. Después de pasar quince minutos viéndole jugar incómodamente con sus trencitas verdes y moradas, dos chicas negras emergieron riendo del armario envueltas en una nube de humo y cargando pequeños tubos de vidrio. Mientras hablaban, me di cuenta de que los tubos eran pipas para fumar *crack*, que las chicas eran prostitutas y que Brad era un drogadicto. He aquí otra persona que yo creía conocer y que después supe que tenía una vida secreta.

Una vez sabido que era adicto a la heroína, las señales fueron obvias. Tenía un aspecto terrible, pasaba por violentos cambios de ánimo, era increíblemente paranoico, bebía demasiado, faltaba a los *shows*, perdía peso cada día, llegaba tarde a

los ensayos, nunca tenía energía, y siempre pedía dinero prestado. Él y su novia anterior, Trish, pensaban que eran Sid y Nancy, pero nunca pensé que su tributo llegara tan lejos. Ahora, cada vez que lo veía, lo único que sentía era odio y asco. Mi mensaje completo y todo por lo que intentaba ser como persona iban en dirección totalmente opuesta a Brad. Yo quería ser fuerte e independiente, pensar por mí mismo y ayudar a otras personas a pensar por sí mismas. No podía (y aún no puedo) tolerar a un debilucho que vive de una cuchara y una aguja.

Una noche Janine me llamó y me despertó. “¡Brad está muerto!”, gritaba. “Debí haberle detenido. ¡Está muerto! Finalmente lo logré. ¡Está muerto! ¿Qué hago? ¡Ayúdame!”.

Corrí a su casa, pero ya era demasiado tarde. Una ambulancia ya estaba saliendo. Janine estaba hablando por teléfono con sus abogados porque cuando alguien tiene una sobredosis y los paramédicos encuentran jeringas hipodérmicas y otra parafernalia de drogas, están obligados a llamar a la policía. Me quedé con Janine esa noche hasta que supimos que Brad había sido resucitado y arrestado inmediatamente después. Hablamos durante horas sobre ello. Me sentía mal por Brad porque él era un tipo creativo y bueno por naturaleza y me encantaba escribir canciones con él. Pero también era un adicto. Una parte de mí deseaba que en realidad hubiera muerto por la sobredosis, por su propia paz mental. Para entonces su vida era la heroína. Tocar el bajo sólo era una forma de matar el tiempo entre cada chute.

Cuando volví a ver a Brad, me senté con él y, por primera vez, me di cuenta de lo importante que era realmente esta banda para mí y que no toleraría que nadie la arruinara. Ya no era un juego. “Escucha”, le dije. “Es tu última oportunidad. O te limpias o estás fuera de la banda”.

Brad rompió en lágrimas, disculpándose en sollozos por su conducta y prometiendo no volver a inyectarse droga nunca más. Como yo no había tenido ninguna experiencia previa con drogadictos, le creí. Le creí la segunda y tercera vez también. Había tocado el único punto débil que aún quedaba en mi negro y frío corazón: compasión, una palabra que en el duro año por venir sería extirpada de mi vocabulario.

Meses después fuimos a Orlando a dar un importante *show* para varias compañías discográficas interesadas en contratarnos. La noche anterior había recibido una llamada de Janine, asustada porque Brad se había inyectado heroína otra vez y había chupado el pene de otro tipo esa noche. Confronté a Brad y negaba haber usado drogas pero no dejaba de hablar de cómo había hecho realidad su fantasía de chupar el pene de otro tipo, un tipo promiscuo que lavaba el pelo en el salón donde Brad se teñía el suyo (lo cual era irónico ya que las trenzas de Brad siempre estaban sucias y apestosas).

En el escenario, Brad parecía fuera de sí, pero yo tenía cosas más importantes en la cabeza que sus brazos marcados. Después del *show*, desapareció, pero de nuevo yo tenía cosas más importantes que pensar porque íbamos a quedarnos con unas chicas

muy simpáticas. Normalmente me habría importado, pero estaba harto de ser su niñera.

A las tres de la mañana, llegó a casa con tres *strippers* a las que ninguno de nosotros conocía. Aún vestía la misma ropa —una camiseta morada sin mangas con estrellas plateadas, pantalones cortos de mujer sobre medias rojas y botas militares— y estaba más que ebrio. Sus ojos se movían de lado a lado tan rápidamente que eran un borrón y jugueteaba maniáticamente con el arete de su labio mientras balbuceaba incoherentemente algo que parecía importante para él. Mirándolas de cerca, las *strippers* tenían las piernas, brazos y cuello lastimados y descoloridos, como si se les estuvieran acabando las venas donde inyectarse. Sus dientes estaban rotos y torcidos como velas derretidas en un pastel. Al tiempo que se tambaleaban salvajemente por la habitación, ofreciendo a todos heroína, valiums y cualquier cosa que estuviera recolectando pelusa en sus bolsillos, Brad parecía colapsarse, se retorció en el sofá y estaba tan desorientado que no recordaba su propio nombre. El sudor corría por su rostro y goteaba sobre su ropa. Por un segundo, pareció recobrar el sentido. Me miró a los ojos, después cayó al suelo, inconsciente. Su rostro estaba verde pálido a causa del tinte que le había escurrido a la frente junto con el sudor y sus uñas sin pintura ahora estaban azules y moradas.

Las *strippers*, probablemente acostumbradas a estas situaciones, huyeron de la casa. Al principio, intentaba despertar a Brad, ayudando a todos a darle la vuelta, darle bofetadas y vaciando cubos de agua fría sobre él. Pero lo que en realidad quería hacer era patearle las costillas. Yo estaba abrumado por mi odio hacia él y por el cliché en que se había convertido su vida. Alguna vez había amado a Brad como a un hermano menor, lo cual me hacía más fácil el odiarlo. No sólo el amor y el odio son emociones estrechamente relacionadas, sino que es más fácil odiar a alguien que alguna vez te importó que a alguien que no.

Nos alejamos de su cuerpo inerte y hablamos, no sobre cómo podíamos ayudarlo, sino de cómo podíamos lastimarlo. Yo sugerí voltearlo y dejar que se ahogara en su propio vómito. Si los investigadores no se daban cuenta de que había sido movido, la muerte de Brad habría sido atribuida a su propia estupidez. Nos sentamos a debatir si seríamos arrestados y con cargos por asesinato. Aunque aún sentía un poco de compasión, pensé en su muerte como un suicidio con ayuda, me sentía como si él ya hubiera cometido suicidio, porque el Brad que conocí en el Kitchen Club cuando concebí la banda por primera vez años atrás estaba muerto, era un extraño para ambos.

Pero no quería que él arriesgara a la banda con su muerte como lo había hecho en vida. Al final, fue sólo el miedo de ser atrapados lo que evitó que le matáramos. Era una forma de pensar monstruosa, pero no pude evitarlo. Me estaba convirtiendo en el monstruo frío y carente de sentimientos que siempre había querido ser, y no estaba tan seguro de que me gustara. Pero era demasiado tarde. La metamorfosis ya había avanzado demasiado.

Al día siguiente llamé al estudio donde Jeordie estaba trabajando en el primer álbum independiente de Amboog-A-Lard. Era un gran progreso para Jeordie, porque estaba tocando la guitarra y el bajo y produciendo al mismo tiempo. Pero también sabía que quería unirse a Marilyn Manson tanto que se había hecho amigo de Brad y lo llevaba a beber y a tomar drogas después de advertirle que se limpiara. Siempre me pregunté si éste había sido un acto deliberado de sabotaje por parte de Jeordie. Si así fue, fue muy astuto.

“¿Quieres estar en nuestra banda?”, le pregunté.

“Bueno, estoy en mitad de este disco”, suspiró Jeordie.

“Siempre has pertenecido a nuestra banda”.

“Si, ya lo sé”.

“Y tu banda te odia y quiere darte una paliza”.

“Después te llamo”, dijo, y supe que ya lo tenía.

CÍRCULO OCHO: FRAUDE –LADRONES–
--

Brad era tan bueno como si estuviera muerto, Nancy era tan buena como si estuviera muerta y mi moral era tan buena como si estuviera muerta. Marilyn Manson por fin estaba convirtiéndose en la banda que yo quería.

Las Reglas

«Haz lo que quieras será la única ley».

Aleister Crowley, —*Diary of a Drug Fiend*.

<p>CÍRCULO OCHO: FRAUDE –CONSEJEROS FRAUDULENTOS–</p>
--

La gente siempre quiere saber sobre mis creencias religiosas y filosóficas. Pero poca gente me pregunta sobre mi ética diaria, las reglas que uso cuando lidio con la sociedad actual. Aquí están algunas pocas. Siéntete libre de recortarlas y pegarlas sobre la nevera de tu madre como referencia rápida.

Drogas

Existe un estereotipo entre la gente que nunca se ha drogado de cualquiera que alguna vez haya usado drogas, sin importar qué droga sea, es un adicto. La verdad es que la adicción tiene poco que ver con las drogas que uses o la frecuencia con que lo hagas. Hay otros factores, como cuánto dejas que gobierne tu vida o tu capacidad de funcionar sin ellas. Yo no guardo en secreto mi uso de las drogas. Pero al mismo tiempo no siento más que desprecio por alguien que es adicto a las drogas. Es la gente que abusa de las drogas la que hace que la gente que las usa quede mal. Aquí están algunas reglas simples para ayudarte a determinar si usas o abusas de la cocaína, marihuana y otras sustancias. Considérate un adicto si...

- 1 ...pagas por las drogas.
- 2 ...usas un tubito en lugar de un billete enrollado.

- 3 ...usas la palabra «esnifar».
- 4...eres hombre y estás en el *backstage* en un concierto de Marilyn Manson (a menos que seas un proveedor o un oficial de policía).
- 5...tienes más de un disco de Pink Floyd.
- 6...aspiras cocaína durante un *show*. (Si lo haces después del *show* está bien. Si es antes, estás cruzando la línea.)
- 7...la sola mención de la cocaína te hace soltar gases o el verla te hace querer defecar.
- 8...si has escrito más de dos canciones que hablen de drogas.
- 9...te echan de una banda por ser adicto.
- 10...eres amigo de alguna modelo.
- 11...vives en Nueva Orleans.
- 12...pagas la compra con billetes enrollados.
- 13...si alguna vez te ha gustado Dr. Hook o sabes la letra de alguna canción de Dr. Hook.
- 14...los números de tu tarjeta de crédito, particularmente los ceros, nueves y seises, están llenos de un misterioso polvo blanco.
- 15...estás solo en tu habitación de hotel y tomas drogas.
- 16...tomas drogas desde antes de las 6 pm a después de las 6 am.
- 17...odias a todos. (Si amas a todos, tomaste Éxtasis y estoy contra ti.)
- 18...conoces el nombre del pedazo de piel entre tu dedo índice y pulgar.
- 19...alguna vez has dicho, «Ésta es mi última raya» o, de lo contrario, “¿Qué raya es más grande?”.
- 20...invitas gente a quedarse en tu casa mientras estás drogado.
- 21...le cuentas a alguien sobre tu infancia mientras estás drogado.
- 22...no estás pensando en tetas en este momento.
- 23...dices, «Sólo lo hago cuando estoy contigo».
- 24...haces que tu guardaespaldas vigile la puerta cuando vas al baño.
- 25...eres hombre y hablas con una chica que tiene novio por más de cinco minutos sólo porque tiene drogas.
- 26...eres un niño actor.
- 27...si juegas con este libro y aspiras una línea cada vez que las drogas son mencionadas, entonces no sólo eres adicto sino que debes estar muerto ahora.

—Reglas que he roto: 1, 4 (pero ésa no cuenta), 5, 6 (y regresé al escenario con el billete colgando de mi nariz), 7, 8 (he escrito docenas), 12, 13, 14 (a menos que la haya limpiado porque voy a cruzar una frontera), 15, 16, 17, 19, 20, 21 (pero sólo para este libro), 24, 25.

Homosexualidad

Mi filosofía sobre la sexualidad es que no tengo ningún problema con nada que cualquiera haga en cualquier forma. Lo único que pido es que conozcas las reglas. Le he chupado el pene a varios hombres, algo que muchos tipos heterosexuales no admitirían haber hecho o querer hacer. Pero al igual que besar a una chica no la hace quedar embarazada, chuparle el pene a un hombre no te hace gay (a menos que rompas la regla #3). No es que esté en contra de ser gay, tan sólo quiero aclarar qué es lo que te hace gay. Por favor, nótese que esta lista es sólo para hombres: todas las mujeres son lesbianas por naturaleza. Así que aclaremos las cosas, si alguna de las siguientes condiciones concuerda contigo, eres gay.

1 Si te cae esperma de alguien más.

2 Si alguna vez has tenido un álbum de los Smiths.

3 Si tienes una erección al chupar el pene de otro hombre. Si no es así, eres heterosexual, a menos que te caiga esperma encima.

4 Si Michael Stipe está en la misma habitación donde estás teniendo sexo con una mujer, eres bisexual.

5 Si estás en un bar gay, no eres gay. Pero si estás en un bar heterosexual y hablas con un hombre mas tiempo del que hablas con una mujer, eres gay.

6 Si mueves los pies al ritmo de una canción de los Smiths.

7 Si discutes sobre arte más de 45 minutos.

8 Si alguna vez has usado una boina.

9 Si besas a un hombre y él tiene una erección.

10 Si tienes cualquier tipo de relación sexual —con un hombre o una mujer— mientras escuchas una canción de los Smiths, eres gay.

11 Si tu único propósito en la vida es embarazar chicas para que puedan tener más chicas para tener sexo lésbico.

12 Si te masturbas y te cae esperma.

13 Si tienes una erección mientras ves *Gilligan's Island*.

14 Si no tienes una erección viendo *Bewitched*.

15 Si están tocando una canción de los Smiths en un bar y tú estás en el baño con tu pene en la mano.

16 Si tu nombre es Richard y te llaman Dick.

17 Si eres amigo de alguien llamado Dick.

18 Si no le eres infiel a tu novia, sólo la estás usando para que la gente no crea que eres gay.

19 Si eres amigo de una modelo.

20 Si follas con una chica que le gusten los Smiths.

21 Si no comes carne porque el álbum de los Smiths, *Meat is Murder*, tuvo impacto en tu vida.

22 Si haces algo “espiritual”.

23 Si coged una chica embarazada y ella va a tener un niño, eres gay. Si el esperma toca el saco amniótico, el chico también será gay cuando crezca.

24 Si alguna vez has tenido un peinado como el de Morrissey.

25 Si alguna vez te han cortado el pelo mientras tocaban un álbum de los Smiths.

26 Si alguna vez has hablado sobre o tenido un cristal.

27 Si alguna vez te pusiste tiritas en los pezones por moda.

28 Si algunas vez has pasado más de una semana en South Beach.

29 Si no estás pensando en tetas en este momento.

30 Si aún te siguen gustando Judas Priest después de haber escuchado el rumor de que Rob Halford era gay.

31 Si tienes una erección mientras defecas.

32 Si sabes cómo sabe el esperma (especialmente si es el tuyo).

33 Si besas a una chica con lengua después de que ella tragara tu esperma.

34 Si tienes una erección al leer la regla anterior.

35 Si conoces el nombre de cualquiera que haya estado en los Smiths además de Morrissey y Johnny Marr.

36 Si eres un modelo hombre.

37 Si se te hace un nudo en la garganta al oír *Boys Don't Cry* de The Cure.

38 Si eres diseñador de ropa.

39 Si tu primer, segundo, medio o único nombre es Morrissey.

—Reglas que he roto. 1, 2, 12 (esta última probablemente nos hace a todos gay), 20 (lo más probable es que haya sido sin intención), 26, 30, 33, 38 (yo diseño mi ropa).

Infidelidad

Aunque tenemos reputación de saqueadores flagrantes de todos los senos caros y baratos que viene con el ser una estrella de *rock*, la verdad es que somos completamente fieles a nuestras novias. Y puedo decir honestamente que nunca he sido infiel a mi novia. Y eso es porque juego según las reglas, las cuales estás listadas abajo para tu instrucción.

1 Puedes apretar tetas falsas porque no son reales, así que no estás siendo infiel.

2 Si no recuerdas su nombre no cuenta.

3 Si no la llamas después no cuenta.

4 El sexo oral no cuenta, es como los saludos y los autógrafos.

5 Si se acarician, estás siendo infiel.

6 Si estás en un huso horario adelantado al huso horario de la zona en que se encuentra tu novia, usa la siguiente ecuación para saber si has sido infiel o no: Sea X la diferencia de horas entre los dos países y sea Y el número de horas que han pasado desde que te acostaste con otra mujer. Si hablas con tu novia y $Y < X$, no has sido infiel porque aún no ha pasado. Si $Y > X$, has sido infiel.

7 Si estás en Europa, Canadá, Sudamérica o Japón, tu licencia de matrimonio no es válida. Así que puedes acostarte con quien quieras.

8 Si follas con alguien la noche antes de ver a tu novia, está bien porque sólo es práctica para asegurarte de que no eyacularás prematuramente con tu novia.

9 Si fue parte de un acto público, no cuenta.

10 Si lo haces para impulsar tu carrera, no cuenta. Pero si ella piensa que tú puedes impulsar su carrera, estás siendo infiel.

11 Si recuerdas el nombre de la chica con la que alguien pasó sólo una noche, entonces estás siendo infiel porque pensaste más tiempo en ello que la persona que tuvo sexo. Si no tienes novia, esto sólo te hace desesperado y cuenta como una infidelidad contra tu futura novia.

12 Si es el cumpleaños de alguien, no cuenta (especialmente si es el tuyo.)

13 Si la chica tiene un tatuaje con tu nombre, sólo es por cortesía tener sexo con ella.

14 Si tienes sexo anal con alguien no cuenta porque no es coito (a menos que estés saliendo con Morrissey).

15 Si tiene el mismo nombre que tu novia no es infidelidad, o si la primera letra de su nombre es la misma. Si ninguna de las dos cosas se aplica, rocíala con el perfume favorito de tu novia antes de tener sexo y estará bien.

16 Si por la mañana le dices que la respetas y es en serio, eres gay.

—Reglas que he roto: ninguna.

Todo para nada

«Vi que era un genio del sufrimiento, y que en el sentido de muchos axiomas de Nietzsche, él había creado dentro de sí mismo con genio positivo una capacidad para el dolor ilimitada y espeluznante. Vi al mismo tiempo que la raíz de su pesimismo no era el desprecio por el mundo sino el desprecio por sí mismo; Sin importar que tan inmisericordemente aniquilara instituciones y personas con su discurso, nunca se excluía él mismo. Era él primera y principalmente a quien dirigía el golpe, era él mismo a quien odiaba y despreciaba primera y principalmente».

—Herman Hesse, *El lobo estepario*.

El Rey de la Suciedad se limpia:

Parte Uno de una Historia de Dos Partes
Por Sarah Fim

Empyrean Magazine, 1995

(Esta serie de artículos fue originalmente escrita para *Empyrean Magazine*, Vol. 7 n.º 2 y 3, con fecha de mayo y junio de 1995. Nunca fue publicada debido a objeciones por el contenido de parte de la distribuidora de la revista, *Centaur Enterprises*, que pensaba que la revista había seguido procedimientos poco éticos de entrevista para extraer información de Mr. Manson. La revista quebró poco después.)

Imágenes de niños desnudos y cuerpos putrefactos parpadean en la pantalla del televisor del cuarto de hotel de Marilyn Manson mientras él se quita sus gafas de sol y se acomoda en el sofá. Hay fotografías, ropa y papeles tirados por el suelo, los restos de un año ocupado para Manson, el controvertido líder de la banda de *shock-rock* del mismo nombre. Prácticamente de la noche a la mañana, el quinteto ha pasado de ser una banda local de Florida a tocar en estadios gracias a un contrato con Nothing Records, el sello discográfico de Trent Reznor de Nine Inch Nails. Desde entonces, Manson, cuyo nombre real es Brian Warner, ha sido arrestado, prohibido y golpeado. Ha sido acusado de torturar mujeres, matar animales y prender fuego a su baterista. Hoy, por primera vez, ha aceptado hablar abiertamente sobre los eventos de los dos años anteriores. Para asegurarnos de que no se arrepienta de su promesa, lo hemos traído alcohol y drogas y hemos alquilado una de sus películas favoritas, el alucinógeno *spaghetti western* de Alejandro Jodorowsky, *El Topo*.

Sobre la mesa de vidrio frente a él se encuentra el CD de Judas Priest, *British Steel*, el de la cuchilla en la portada. Es una imagen apropiada porque alineada sobre él se encuentra la cocaína más fina que los editores de *Empyrean* pudieron pagar. Manson enrolla un billete de 20 dólares y aspira media raya por su fosa nasal derecha. Echa la cabeza para atrás y sacude su largo pelo negro, entonces baja la cabeza e inhala el resto de la línea por la otra fosa. En la música, como en la vida, Marilyn Manson no tiene favoritos. Le gusta destruir todo en igual medida.

Empyrean: Pareces exhausto.

Manson: Sí. Me he levantado a las siete de la mañana y he estado tratando de encontrar a alguien a quien expresar mis ideas pero no he podido. Estuve dando vueltas como un loco. Entonces llamé a Missi (su novia). Debe haber algo mal con cualquiera a quien yo le guste porque no soy una persona agradable.

Tal vez debas esnifar una raya.

Podría hacer eso, y después...

¿... ver si necesitas otra?

Bueno, en primer lugar nunca necesitas una.

Pero siempre necesitas otra.

Sí, porque una vez que has inhalado esa, necesitas las demás para mantenerte.

Hablemos de cómo salisteis finalmente de Fort Lauderdale.

Bien, lo que pasó fue que por entonces acerté el nombre de la banda a Marilyn Manson, que era como todos nos llamabas de todas formas. La banda se había vuelto menos caricaturesca y había tomado un tono más serio. Muchas compañías de discos estaban interesadas en nosotros. Epic Records nos había hecho ir a Nueva York para que tocáramos para ellos. Estábamos siendo perseguidos por este tipo, Michael Goldstone, quien entonces acababa de contratar a Pearl Jam. Su álbum no había salido aún y yo tuve oportunidad de oírlo, y pensé que era bastante mediocre. En ese tiempo yo era idealista acerca de nuestra música y el éxito. Así que no fue muy bueno para mi ego cuando no les gustamos a los de Epic. Fue una gran desilusión porque gastamos cerca de tres mil dólares de nuestro propio dinero para ir a Nueva York.

¿Y cómo acabasteis trabajando para Trent Reznor?

Comenzó cuando regresamos a casa prácticamente quebrados. Missi y yo fuimos a la tienda de discos donde solía trabajar y compramos *Broken* de Nine Inch Nails, que acababa de salir a la venta ese mismo día. Yo estaba pensando en que no había oído de Trent en algún tiempo porque de vez en cuando llamaba para saludar y mantener el contacto. Mientras escuchaba el disco recibí una llamada del *manager* de Trent pidiendo una copia de nuestra *demo*. (Este tipo de coincidencias siempre me ocurre, y me han hecho pensar que todo pasa por una razón.) Yo no sabía para qué quería una copia de nuestra cinta. Tal vez sólo quería escucharla.

Unos días después recibí una llamada: “Hey, soy Trent”.

Y yo dije, “Hey, ¿qué pasa?”.

Y él dijo, “Bueno, no vas a creer dónde estoy. Estoy viviendo en la casa de Sharon Tate”. Fue gracioso porque la primera vez que le conocí le dije que unos de mis sueños era grabar *My Monkey*, nuestra versión de una canción de Charles Manson, en la casa donde Sharon Tate había vivido. Me gustaba la ironía. Y dicho y hecho, Trent estaba ahí ahora.

Él dijo, “¿Porque no vienes? Estamos grabando un video para una de mis canciones, y quiero que toques la guitarra en él”.

Yo le dije, “Bueno, en realidad yo no toco la guitarra”. Pero fui de todas formas y fingí tocar la guitarra en un video que nunca fue lanzado en realidad. Era una canción llamada *Gave Up*.

¿Entonces te contrató para Nothing?

En realidad aún no sabía que Trent estaba creando un sello discográfico. Tan sólo pasamos tiempo juntos y nos divertimos, y ahí fue cuando realmente nos acercamos y establecimos nuestra amistad.

¿Puedes recordar algo más específico sobre esa época?

Recuerdo una noche que Trent rompió con su novia, una perra adolescente que se había obsesionado tanto de él que se tatuó sus iniciales en el culo, y fuimos a un bar en LA llamado Smalls, donde conocimos a unas chicas a las que hoy día ni siquiera dejaría sacar mi basura. Pero en aquel momento parecían personas que valían la pena de tratar de follármelas porque no conocía nada mejor.

En realidad no estábamos interesados en el sexo. Estábamos más interesados en divertirnos porque teníamos esta nueva amistad. Así que invitamos a estos terribles individuos a casa de Trent, y recuerdo que uno de sus nombres era Kelly, algo que encontré interesante porque, al igual que su cara, podía pertenecer a un hombre o a una mujer. Lo que pasó fue que hicimos un video que ya perdí. Pero era conocido simplemente como Kelly's Cornhole. Puedes imaginarte el porqué.

No, no puedo. Por favor continúa.

Bueno, lo que hicimos fue que inventamos un truco por el cual me he vuelto muy famoso. Se trata de servir un gran vaso de tequila a tu adversario, o tu víctima, y después servir un gran vaso de cerveza para ti y fingir que el tuyo también es tequila. Los convences de beber el vaso de un trago hasta que vomiten y se desmayen y entonces quedan listos para ser atormentados. Me hicieron un truco similar siendo yo joven.

El truco funcionó, como siempre pasa, y Kelly y su amiga terminaron corriendo borrachas por el césped donde Sharon Tate y sus amigas habían sido asesinadas. Saltaron a la piscina y de alguna forma me convencieron de que las acompañara. Eso es algo que no me gusta hacer porque no sé nadar. Así que estaba en la alberca con esta ballena, como supongo que la llamarías. Por el olor dirías que era una marsopa, y a la vista parecía un mastodonte marino. Tratando de crear algo de entretenimiento para todos, dije, “¿Por qué no jugamos a ‘Adivina quién está tocándote’? Te vendamos los ojos y tratas de adivinar de quién son las manos que estén sobre ti”. Así que Trent y yo llevamos a esta ballena de vuelta al salón. La otra chica había quedado

inconsciente hacía algún tiempo y con suerte se había ahogado en su propio vómito.

Vendamos los ojos de la criatura marina. No, creo que sólo enredamos una toalla alrededor de su cabeza, lo cual también tapó su cara y nos hizo sentir mejor a ambos. No es que su cuerpo fuera mejor que su cara. Todo era terrible. Me avergüenzo de mí mismo ahora que hablamos sobre esto.

Así que comenzamos a pellizcarle los pezones y a tocar alrededor de sus genitales. Estábamos riendo porque ambos estábamos ebrios, aunque no tanto como ella. De fondo sonaba un álbum de Ween, *Push the little daisies and make'em come up...* mientras yo y el joven Trent Reznor metíamos nuestros dedos en la cavidad anal de una extraña mujer pez en busca de algún tipo de caviar. Pero lo que encontramos fue un misterioso nódulo —tal vez era pelusa o un trozo de maíz— que ella tenía en la región exterior del recto. Eso nos horrorizó y nos miramos el uno al otro con sorpresa y asco. Pero sabíamos que debíamos continuar humillando a esta pobre e ingenua persona. Así que encontré un encendedor y comencé a quemarle el vello púbico. Aunque eso no la lastimó, tampoco ayudó a mejorar el olor.

Desafortunadamente, esta historia no tiene en realidad otro clímax excepto que yo creo que ella quería acostarse con alguien y ambos corrimos.

¿Te atrapó?

Tengo el presentimiento de que Trent terminó tirándosela ya que él siente debilidad por las mujeres feas. No es que los demás no tengamos una debilidad por acoger chicas feas bajo nuestras alas con la esperanza de que mejoren por la mañana. Pero siempre están peores.

Entonces me fui a dormir esperando que todo terminaría. Así fue la mañana siguiente y nosotros nos sentíamos más cercanos por supuesto. Él me dijo que estaba creando su propio sello discográfico a través de Interscope Records llamado Nothing, y que quería que Marilyn Manson fuera su primera banda. Pensé que este era el mejor sello donde estar porque Trent estaba tan molesto por sus experiencias con su sello anterior, TVT, que una de sus metas más grandes era nunca engañar o tratar mal a las bandas de Nothing.

Trent dijo que estaba particularmente impresionado por la *demo* que habíamos sacado recientemente, llamado *Live as Hell*. Fue grabado en una estación de radio de Tampa Bay y sonaba terrible. Era con nuestro entonces batería, Freddy the Wheel (Sara Lee Lucas), cuya habilidad para mantener el tempo era casi tan impresionante como el ano de Kelly.

Cuéntame sobre la grabación del primer álbum, *Portrait of an American*

***Family*, fue número uno en la encuesta a nuestros lectores el año pasado.**

Al principio fue un desastre. Fuimos a grabar a Hollywood, Florida, en los Criteria Studios, propiedad de los Bee Gees. El tipo con el que estuvimos trabajando era Roli Mossiman, quien tenía un carácter extraño. No me acuerdo si era suizo o alemán —de algún país donde no conocen la pasta dental. Tenía seis, tal vez ocho dientes en la boca. Y mientras estábamos grabando en el estudio perdió dos de ellos. Tan sólo se le caían de la boca, podridos, y fumaba todo el rato. ¿Sabes lo que pienso de eso?

Tu *manager* me dijo que lo desprecias.

Correcto, y Roli llegaba al estudio fumando a las dos en punto y quería irse unas cuantas horas después, pasaba todo el tiempo hablando de cuando estaba en The Swans, una de las razones por las que le escogimos. Pero sólo trabajaba cinco o seis minutos al día.

Cuando finalmente terminamos, Roli había hecho lo opuesto de lo que yo esperaba. Pensé que iba a traer algún elemento oscuro. Pero él estaba tratando de pulir cada borde y haciéndonos más una banda de *pop* que una banda de *rock*, y eso entonces no me interesaba. Pensaba que el disco que hicimos con él había quedado insípido y sin vida. Trent pensó lo mismo y se ofreció para ayudarnos a reparar lo que había sido dañado.

¿Entonces la banda fue para Los Angeles?

No, al principio fui yo solo para tratar de arreglar las mezclas que pensaba que aún eran salvables. Algo gracioso ocurrió cuando terminé. Llamé a casa para hablar con Daisy (Berkowitz, guitarrista) y terminé hablando con Pogo (el teclista Madonna Wayne Gacy). Me dijo que habían estado en Squeeze y que se habían puesto muy mal. Daisy no podía con tanto alcohol, y de repente se desmayó mientras caminaba y aterrizó con la cara. Se rompió el mentón y perdió la memoria. No sabía quién era cuando despertó y sólo preguntaba, “¿Dónde está mi coche? ¿Dónde está mi coche?”. Pensaba que había tenido un accidente de coche. Lo llamé y sonaba como otra persona. No podía comunicarme con él. No entendía nada de lo que trataba de decirle y probablemente ni siquiera sabía quién era yo. Los médicos le dijeron que tenía una burbuja en el cerebro.

¿Había tensión u hostilidad en la banda en ese momento?

De Trent había obtenido la impresión de que había problemas con la banda. Él y todos con los que trabajaba sabían que Freddy the Wheel era un eslabón débil. Y Brad Stewart (el anterior bajista, Gidget Gein) aún estaba en la banda, y yo sabía que era un eslabón aún más débil porque ya había sufrido tres o cuatro sobredosis. Estaba a punto de echarle y remplazarlo por Twiggy Ramírez.

También de mucha gente había obtenido la impresión de que Daisy no sólo era desagradable como persona sino que nadie estaba particularmente impresionado con su forma de tocar la guitarra, aunque yo pensaba que estaba bien y no tenía ningún problema en lidiar con él. Sabía que teníamos un pie en la puerta pero no estaba satisfecho. Marilyn Manson no era la banda que podía haber sido. Sabía que tenía que atravesar el infierno para llevar a la banda a donde quería. Y aún estoy atravesando el infierno. Ya sabes, la única forma de salir es atravesarlo todo, desde el fondo.

Lo siento, toma otra raya.

¿Esnifar polvo? Está bien. ¿Dónde estábamos?

Estábamos con Daisy.

Cuando Daisy salió del hospital, le dijimos, “Toma un avión. Ven a oír las mezclas. Trabajemos en arreglar estas otras canciones”. El día que supuestamente debía salir, perdió el vuelo y llegó tarde. Entró al estudio, y Trent nunca antes lo había visto. Trent le dijo hola y Daisy fue algo rudo. Él siempre parecía como si se hubiera cubierto la cara y el pelo con aceite para bebé. El tipo necesitaba algo de Stridex. Entonces entró un tipo enfadado y granoso con cigarros saliendo de cada orificio de su cuerpo, y Trent le dice, “¿Quieres oír las mezclas?”.

Y Daisy dice, “No, quiero fumar un cigarro”. Fue un idiota desde el principio y me incomodó porque yo tuve que defenderle. Cuando Daisy escuchó los mezclas, ni siquiera puso atención o hizo algún comentario. Tan sólo fanfarroneaba sobre lo que podía hacer con su guitarra.

Pasamos el mes siguiente tratando de regrabar las canciones y arreglar las cosas, y todos pronto supieron que Daisy no era alguien con quien fuera fácil trabajar. Era necio y nunca tenía una canción o el álbum en mente. Tan sólo tenía su plan personal como músico. Quería mostrar su idea de lo que era su talento. Algunas veces era frustrante hacer ese disco. Pero la mayor parte del tiempo fue divertido. Era algo nuevo. La vida aún parecía algo para disfrutar.

Mientras trabajábamos en *Portrait*, Trent estaba empezando su álbum *The*

Downward Spiral, y tuvimos buenos momentos trabajando juntos. Yo pensaba que eso era de lo que se trataba al hacer música. Todos estábamos sobrios excepto tal vez por algunas bebidas al terminar la noche, y no recuerdo a nadie tomando drogas excepto Brad Stewart inconsciente por la heroína. Lo único que me molestaba era el resto del mundo, las cosas que no eran parte de mi mundo, la forma en que veía la vida de los demás. Todavía estaba bien el ser un idealista. Aún no había sido marcado por el mal sexo, drogas y la gira que siguió.



CON TRENT REZNOR

¿Puedes recordar algo de esos buenos momentos?

Bueno, el estudio tenía una gran ventana desde donde podías ver la sala de grabación, y una noche queríamos que alguien nos entretuviera a los demás. Así que pegamos 150 dólares con cinta adhesiva detrás de la puerta del estudio, Trent y yo pusimos 75 dólares cada uno. Para conseguir ese dinero y nuestra gracia, el reto era salir del estudio, el cual estaba en Santa Monica Boulevard donde las prostitutas transexuales y travestis salen de la oscuridad como pequeñas cucarachas hermafroditas, y levantar alguna y traerla al estudio.

Al principio, todos salimos y dimos una vuelta. Había mucha gente que pasaba en coche y parecían levantar a esta gente fácilmente. Pero las prostitutas claramente tenían miedo de nosotros, regresamos frustrados y cenamos.

Pogo era un *skinhead* con larga barba de candado, entró al baño y se rasuró la cabeza. Siempre llevaba consigo maquillaje de payaso porque de repente le daban ganas de salir vestido de payaso. Se maquilló como Gene Simmons y salió por su cuenta. Estábamos comenzando a grabar algunos *tracks* cuando de repente Pogo entra con un travesti y lo lleva a la sala de grabación. Todo lo que tuvimos que hacer fue encender los micrófonos con los que estábamos grabando la batería y pudimos oír su conversación. Aparentemente el nombre de esta persona era Marie, y de lejos parecía una mujer, y no tan fea, por lo menos para ser prostituta. Pero viéndola de cerca pudimos ver que debajo de sus medias había algunas heridas abiertas en sus piernas que parecían como si hubieran sido hechas por un cigarro gigante o las primeras etapas de alguna enfermedad de la cual no queríamos saber nada.

Lo que pasó al final fue que ella era más lista de lo que pensábamos. Sabía que la estábamos observando y quería cobrar extra. Nosotros no estábamos tan interesados y, hasta donde sabemos, Pogo se masturbó con las tetas de un hombre, y no estoy seguro de en qué lo convierte eso, además de depravado, claro.

¿Os dio miedo trabajar en la casa de Sharon Tate?

Una cosa extraña pasó cuando estábamos grabando la canción *Wrapped in Plastic*, que habla sobre cómo la típica familia americana forra sus sillones en plástico y la cuestión es, «¿Mantiene la suciedad afuera o la mantiene dentro?». A veces la gente que parece más limpia es en realidad la más sucia. Estábamos usando una computadora porque teníamos muchos *samples* y secuencias. Mientras trabajábamos en esa canción los *samples* de Charles Manson de la canción *My Monkey* comenzaron a aparecer en la mezcla. De repente oíamos en la canción, «¿Por qué un niño se levanta y mata a su padre y a su madre?». Y no pudimos averiguar qué fue lo que pasó. Los coros de *Wrapped in Plastic* es, «Come into our home/ hope you stay?». Estábamos en la casa de Sharon Tate, sólo yo y Sean Beavan (el asistente de producción del álbum.) Nos dio mucho miedo y dijimos, “Terminemos por hoy”. Regresamos al día siguiente y todo estaba bien. Los *samples* de Charles Manson ya no

estaban en la cinta. En realidad no hay una explicación lógica o tecnológica de porqué aparecieron. Fue un momento verdaderamente sobrenatural que me dio mucho miedo.

¿Porqué crees que se ha puesto de moda que los músicos hagan referencias Charles Manson en su música?

Eso me molesta. Axl Rose tuvo problemas porque grabó una canción de Manson, y en un momento te diré cómo fue que tuvo esa idea. Entonces Trent estaba viviendo en la casa de Sharon Tate, así que yo terminé viéndome como “Soy Marilyn Manson y estoy en el tren de Trent Reznor”, lo cual fue un poco gracioso. Pero nunca me afectó realmente. Yo no le di importancia porque de otra forma no habría podido grabar y dormir ahí, y ser asustado por los fantasmas de ahí.

Esa es una buena actitud, ¿por qué no tomas otra raya?

Bien, pero esta es la última.

Entonces lo que pasó con Guns'n'Roses fue que Trent me llevó a un concierto de U2 una noche y conocí a Axl Rose en el *backstage*. Él era bastante neurótico y estaba contándome todo sobre sus problemas psicológicos, sus personalidades múltiples, y yo pensaba, «Este tipo está totalmente loco». Siendo yo del tipo apasionado, comencé a contarle sobre mi banda de todas formas. Y le dije, “¿Sabes?, nosotros tocamos esta canción, *My Monkey*, una adaptación de una canción de Charles Manson de su disco *Lie*”.

Y él dijo, “Nunca lo he escuchado”.

Le dije, “Deberías hacerlo, es bueno”. Y dicho y hecho seis meses después Guns'n'Roses sacaron *Spaghetti Incident* con una versión de *Look at your game, Girl*, del álbum *Lie*”.

Fue entonces cuando recibió todas esas quejas de la hermana de Sharon Tate y todos los demás. Cuando nuestro álbum estuvo terminado después de eso, contenía la canción *My Monkey* pero hicimos que un niño de cinco años, Robert Pierce, cantara en ella. Esa era la gran ironía: Aquí está un niño cantando una canción que para él es una inocente canción de cuna, pero para todos los demás era una cosa horrible.

Después de enviar el álbum, recibí una llamada de Trent y John Malm, *manager* de Trent y quien lleva Nothing Records. Y dijeron, “Mira, ¿estás dispuesto a sacar el álbum sin la canción *My Monkey*?”.

Yo pregunté, “¿Por qué?”.

Y ellos dijeron, “Bueno, Interscope tiene problemas por lo que le pasó a Axl Rose. Tiene que donar las ganancias de la canción a las familias de las víctimas”.

Yo dije, “Bueno, no tengo problemas con eso. Sólo dime que es lo que va a pasar”. (No toda la canción era de Charles Manson. Sólo tomé un trozo de la letra y el resto era mío.)

Al final Interscope insistió en que sacáramos la canción. Yo dije, “No”. Entonces nos dijeron que no iban a sacar el álbum.

Súbitamente pasamos de ser la nueva esperanza de South Florida a ser la única banda que saldría de ahí, una banda local sin contrato de nuevo. Y eso apestaba. Fue el periodo más decepcionante de mi vida porque teníamos un álbum preparado y todos esperaban verlo en las tiendas. Mientras tanto mi bajista original (Brian Tutunick alias Olivia Newton Bundy), había formado su propia banda llamada Collapsing Lungs y habían firmado un contrato con Atlantic y nos odiaban porque pensaban que iban a ser grandes estrellas de *rock*. Y ahora su reemplazo, Brad, estaba tan afectado por la heroína que tuvimos que sacarlo de la banda porque pasábamos mas tiempo cuidándole que ensayando. Así que hubo un periodo en el que me sentía derrotado. Quería rendirme. Creía que todo estaba terminado y que mis ideas eran demasiado fuertes para la gente. Pensé intentarlo por otros medio, pero en mi cabeza sabía que un año o dos después sería un tiempo mejor para mi música.

¿Cómo fue que los de Interscope volvieron arrastrándose?

Mientras todo estaba en el aire, Trent nos apoyó. Nos dijo que no nos preocupáramos porque él tenía la opción de sacar un disco con otro sello como parte de su contrato con Interscope, aún cuando Nothing técnicamente era propiedad de Interscope. Así que trajimos a Guy Oseary de Maverick Records (el sello de Madonna) para vernos y trajo consigo a Freddy DeMann, el *manager* de Madonna. Lo gracioso de estos tipos fue que lo primero que nos preguntaron cuando terminó el *show* fue, “¿No sois judíos?”. Y nuestro teclista dijo, “Sí, yo soy judío pero no soy religioso, no lo practico”. Y ellos dijeron, “Sí, que bien, está bien. Nos mantendremos juntos”.

Entonces regresaron a Nueva York y nuestro *manager* recibió una llamada dos días después. Dijeron, “No tenemos ningún problema con la imagen de Manson, los tatuajes, la asociación con lo oculto y el satanismo. Pero hay algo que necesitamos saber: ¿Tiene Manson alguna swástica tatuada sobre su cuerpo?”. Y él dice, “No. ¿De qué están hablando?”.

Ellos dijeron, “Bueno, sólo queríamos estar seguros porque si hay algún tipo de mensaje antisemita entonces no queremos tener nada que ver con ello”. Todo lo que yo hacía era ponerme del lado de los débiles, por eso no

pude entender cómo pudieron malinterpretar tanto lo que yo hacía. Fue muy raro. Después de revisar lo de mis tatuajes, fue cuando realmente nos ofrecieron un contrato. Eso debió haber despertado a Interscope porque de repente regresaron y dijeron, “Mirad, estamos dispuestos a sacar el disco e incluso pagaremos por él”. Nosotros aceptamos porque siempre habíamos querido a Interscope desde el principio, tenía fe en ese sello. Aún la tengo. Ellos tenían un contrato con Time Warner, los que nos daban problemas.

¿Así que Interscope os dejó poner de nuevo *My Monkey* en el álbum?

Sí, pero seguimos teniendo otros problemas. Yo quería usar una foto mía en el libreto, desnudo en un sillón de cuando era niño. Cuando le muestras algo a la gente normalmente lo que ven es lo que hay dentro de ellos. Y eso fue lo que pasó porque los abogados de Interscope dijeron, “Primero, esa foto va a ser considerada pornografía infantil, y no sólo las tiendas no van a vender el álbum, sino que además estamos sujetos a retribuciones legales”. Dijeron que si un juez la veía, la ley establece que quien fotografíe a un menor obtiene placer sexual entonces se considera pornografía. Yo dije, “Ese es mi punto vista exactamente. Esta fotografía fue tomada por mi madre, y es extremadamente inocente y muy normal. Pero si ustedes lo ven como pornografía, ¿por qué soy yo el culpable? Ustedes fueron los que tuvieron la erección. ¿Por qué no les castigan a ustedes?”. Eso es aún lo que quiero resaltar. La moral de la gente es ridícula: si les excita, entonces es malo.

(Manson busca entre sus bolsas y saca el libreto original del álbum, con el rostro un payaso en la portada, sin texto.)

Mira, también tenía una pintura que hizo John Wayne Gacy en la portada, y mira la otra fotografía de dentro. Es una de mis fotos favoritas y nunca he podido usarla. Es una foto de una de esas muñecas de los 60's de la que tiras de una cuerda en su espalda y sus ojos se hacen muy grandes y cambian de color. Alrededor se encuentran estos dientes, y maíz acaramelado, y pimientos y fotografías de una chica completamente mutilada. Pero fue algo que yo falsifiqué. No era real, pero lo parecía. Entonces llamaron de nuevo y dijeron, “Mirad, en primer lugar no vamos a imprimir esa foto, y en segundo no podríamos hacerlo porque a menos que nos dieras el nombre y el consentimiento escrito de la persona de la fotografía vamos a ser arrestados por distribuirla”. Ellos aún pensaban que era real. Siempre hemos intentado no comprometernos pero debes conocer tus límites y hacer lo mejor que puedas dentro de esos límites.

¿Entonces no estás amargado por tu experiencia con Interscope?

Bueno, siempre hemos tenido la espina de que el álbum no tuvo tanto apoyo por parte de la discográfica como merecía. Lo único que hicimos fue salir de gira largo tiempo. Estuvimos de gira dos años, abriendo para Nine Inch Nails un año y después haciendo nuestra propia gira de clubs. Todo fue cuestión de perseverancia.

Y recordando todo eso, ¿estás feliz con el álbum?

Bueno, de lo que se trataba el álbum era de decir muchas cosas que he dicho en entrevistas. Pero ahora siento que me quedé corto, como que no lo dije bien. Tal vez fui demasiado vago o tal vez las canciones no fueron tan buenas, o lo que sea. Pero quería mostrar la hipocresía de América, cómo la moral se usa como una medalla para hacerte quedar bien y sobre cómo es más fácil hablar de tus creencias que vivir de acuerdo a ellas.

Estaba muy envuelto en el concepto de que mientras crecíamos, muchas de las cosas que nos mostraban tenían un significado mucho más profundo de lo que nuestros padres queríamos que viéramos, como Willy Wonka y los hermanos Grimm. Así que lo que trataba de señalar es que cuando nuestros padres nos ocultan la verdad es mucho más dañino que si nos expusieran a cosas como Marilyn Manson desde el principio. Mi opinión es que de esta forma soy un antihéroe. Creo que podré decirlo mejor en el próximo álbum.



América, conoce a Marilyn Manson:

Parte Dos de una Historia de Dos Partes
Por Sarah Fim

Empyrean Magazine, 1995.

La última vez que dejamos a Marilyn Manson estaba en su cuarto de hotel tomando cocaína y dándole a *Empyrean* la exclusiva sobre el remolino de eventos del año pasado. Ahora son las 4 AM de esa misma noche y se está preparando para contarnos las horribles historias de su gira con Nine Inch Nails (con el Jim Rose

Circus Sideshow, y después, Hole como actos de apertura), alguien llama a la puerta. Él esconde su CD de Judas Priest cubierto de droga detrás de una caja de cartón y se pone de pie, arreglando su camiseta de Adam Ant. Mira cuidadosamente por la mirilla de la puerta, como esperando ver a los vagos psicóticos que le persiguen a cada momento y duermen con su equipo (y ocasionalmente con un miembro de la banda desesperado) para enterarse de las últimas noticias.

Pero la vista que encuentra cuando abre la puerta es mucho más horrible: es Twiggy Ramirez, el bajista de la banda, con una botella de vino en la mano y una expresión de horror puro. Se queja de lo miserable que se siente por haber inhalado demasiada cocaína. Entonces esnifa una raya más y se sienta en un sillón en la esquina de la habitación, encogiéndose las rodillas. En vez de hacerle hablar, la cocaína le ha deprimido. A cada pregunta que le hacen, todo lo que responde es «whisky y anfetaminas».

Me pregunto si su presencia evitará que Manson se abra y sea honesto, pero Manson me dice que no me preocupe mientras se sirve un vaso de vino.

Empyrean: Inhala un poco más de eso y comenzamos de nuevo.

Manson: Éste es un buen polvo de la verdad. Eek, (Asustado por una escena del video que muestra gente invalida siendo masacrada.)

¿Cuándo comenzaste a tomar cocaína?

No hace mucho. La primera vez fue en la gira con Nine Inch Nails. Habíamos tocado en Chicago y uno de los *roadies* nos llamó a mí y a Twiggy al camerino de Trent. Ahí estaba él con alguien más de la banda. La habitación estaba destrozada. Había comida por todas partes. Mierda aplastada en el suelo. Ropa sucia tirada por doquier. Y todo estaba cubierto de harina porque estos tipos solían echarse harina encima.

En medio del caos había un extraño *hippie* canoso que había entrado sobornando a alguien con drogas y puso cerca de treinta rayas en una cacerola de acero inoxidable en el baño. Era una cantidad ridícula de drogas, como una onza. Dijo, “¿Queréis un poco?”. Y nosotros dijimos, “Nunca hemos hecho eso”. Y él dijo, “Probadla”. Así que lo hicimos, y salimos de nuestras mentes. Estuvimos esnifando rayas como locos.

Yo llevaba ropa interior de látex con una abertura para el pene; la usé todo el tiempo durante esa gira. Y estaban estas chicas que estaban en el *backstage*. Una era rubia y la otra pelirroja, y las dos eran muy guapas. Una estaba estudiando psiquiatría, la otra simplemente era una puta. Recuerdo que estaba muy drogado y confundido y aún tenía los pantalones puestos porque nunca

me los quitaba hasta que me iba a dormir. Me las estaba follando a las dos en la sala trasera con esta ropa interior como si fuera una versión degradada de Superman. Mi piel nunca las tocó. Fue como usar un condón de cuerpo entero.

¿No tenías miedo de que tu corazón se detuviera por la cocaína?

En realidad no me importaba en ese momento. En realidad nos parecía gracioso porque era un cliché. Sólo la gente estúpida se deja llevar por las drogas. Como John Belushi y Corey Feldman.

Esa gira debió haber sido asombrosa. ¡Repentinamente pasasteis de ser nada a vivir una vida de estrellas de *rock*!

Nadie había oído de nosotros, y nuestro álbum ni siquiera había salido. Tan sólo había rumores sobre nosotros provenientes de los pocos espacios en la prensa que nuestra publicista, Sioux Z, nos había conseguido. Ella estaba muy emocionada por hacerse cargo de este proyecto aunque tal vez no lo entendía, yo siempre quería más. Ése era mi problema; siempre quería más. Y cada vez que me encontraba a mi publicista, a mi compañía discográfica o a mi productor siempre me decían que tuviera paciencia y que no esperara demasiado. Incluso Trent y su *manager*, cuando nos contrataron nos dijeron, “creo que algún día podréis vender tantos discos como Ministry”.

Eso es como 200.000 discos.

Exactamente. Y en mi cabeza eso sonaba mediocre. Yo quería ser más grande que KISS. Yo no quiero ser algo desechable. Probablemente no debería decir esto, pero qué diablos, nadie lee tu revista. (Prepara una raya y esnifa la mitad.)

De todas formas, sentía que había competencia desde el principio. No de mi parte sino de la de ellos. Eso me hizo sentir derrotado porque yo siempre estaba delante de mí mismo. Yo siempre pensaba en grande, y nadie más lo hacía. Era muy desilusionante todo el tiempo. Lo que nadie entendía es esto: la única forma de lograr lo que quieres y cumplir tus sueños y ser grande es pedir ese tipo de atención. Tú tienes que hacer que suceda. Y creo que entonces nadie veía eso excepto yo y mi banda, o al menos el corazón de la banda, que éramos Pogo, Twiggy y yo.

Volvamos a lo del *tour*.

Sí, de acuerdo. Nos pasaron muchas cosas interesantes con Jim Rose (líder del

circo ambulante de fenómenos y contorsionistas llamados Jim Rose Circus Sideshow). Siempre era emocionante estar cerca de él porque creaba varias escenas interesantes. Había una chica que nos había seguido a la mayoría de las ciudades, y estaba un poco pasada de peso pero era bonita, como un koala con ubres, supongo. De alguna forma una noche le pidieron que se desnudara y que se agachara para que todos se turnaran tratando de escupir en su ano, un juego que incluso yo encontré demasiado rudo y me negué a tomar parte en él.

Sólo dices eso por mi bien.

No, es verdad. Por un momento pensé, “Bueno, tal vez”. Pero me sentí incómodo porque sentía un poco de pena por ella. Parecía el tipo de persona que sólo quería ser aceptada. Básicamente estaba siendo explotada por su ansiedad y su necesidad, y yo tengo una debilidad por gente así porque estoy tan acostumbrado a querer ser aceptado que he dejado a algunas personas explotarme. En realidad hay algunas líneas que no quiero cruzar. No trato de justificarme; me pareció entretenido. Sólo que no participé.

Aunque hubo cosas en las que sí tomé parte. La más memorable fue casi al final de la participación de Jim Rose en el *tour* cuando realmente nos estábamos volviendo muy desordenados. Lo que pasó fue que Jim Rose había reunido una gran variedad de gente esta vez. En realidad había hecho un gran trabajo. Tenía como a diez chicas en edad de merecer y listas para ser folladas. Desafortunadamente, eso no fue lo que ocurrió. Estoy seguro de que todas se decepcionaron.

En vez de eso, organizó un concurso para ver quien podía recibir un enema y contenerlo el mayor tiempo posible. La persona que defecara primero perdía. Tres chicas aceptaron competir, y todas eran más bien atractivas para el tipo de gente que participaría en ese tipo de juego. Yo terminé suministrando los enemas, y también sosteniendo un plato de cereales debajo de sus traseros. La primera chica disparó enseguida, dejó escapar agua café que ni siquiera era excremento. Era como un líquido color chocolate. Y Mr. Lifo, el hombre fuerte en el *show* de Jim Rose excepto que usa su pene en vez de sus bíceps, se comió el plato de cereales. La chica que ganó ni siquiera defecó.

¿Y fue premiada?

Fue premiada con nuestro respeto y admiración.

¿Sentiste que te habías vengado al regresar a Fort Lauderdale como una

estrella de rock?

En realidad, nuestro primer *show* importante al regresar fue en Miami, y todo mundo estaba entre el público. Mis padres, todas las chicas con las que me había acostado, todas las chicas con la que había querido acostarme, y todos a los que había echado de la banda. Pero lo que pasó fue que mientras estábamos tocando, Robin (Fink), el guitarrista de Nine Inch Nails, salió corriendo al escenario en tanga con una sustancia polvorienta que por alguna razón quería vaciar sobre mí. A la mitad de su intento de sabotaje, lo agarré y le bajé los calzoncillos y coloqué su salado pene en mi boca y como que, uh, lo mantuve entre los dientes por algunos momentos, pero no lo suficiente para ser considerado sexo oral. Debe ser resaltado que yo no tuve una erección, lo cual me excusa de todas las acusaciones de ser gay. Después, salió corriendo del escenario avergonzado y yo tuve que huir de la policía cuando el *show* terminó. Ellos entraron al *backstage* a buscarme, y yo me escondí en el baño donde, convenientemente, algunas drogas habían sido almacenadas. Afortunadamente, nunca expidieron una orden de arresto en mi contra ni me persiguieron por ese incidente en particular.

Escenificamos un *encore* privado varios días después del incidente original. Estábamos contando la anécdota por vigésima vez en una fiesta después de un concierto de Nine Inch Nails que estaba repleta de personajes que Jim Rose había escogido en persona —chicas atractivas que parecían lo bastante tontas como para hacer cualquier cosa que les sugiriera. Y me pidieron que repitiera mi actuación, así que lo hice de nuevo para probar que no era sólo por arte, sino también por placer. Esta vez hice un mejor trabajo pero de nuevo no tuve una erección, aunque creo que él pudo haber tenido una.

¿Qué mas pasó en esa gira?

Creo que mi primera experiencia real en el mundo del *rock'n'roll* ocurrió en Cleveland el día que Hole se unió a la gira. El programa era en realidad, Marilyn Manson, Hole y Nine Inch Nails. Courtney llegó tarde. Había llegado en avión y era una ruina total. Fue tal vez una de las peores actuaciones de su vida, y estoy seguro de que ella lo admitiría. Se quitó la blusa, dijo algo sarcástico acerca de si Trent Reznor era bueno o malo para molestar al público, y después se lanzó a la multitud. Mucha gente trataba de sobarle las tetas y arrancarle el resto de la ropa.

Cuando terminó, decidió venir a nuestro vestidor porque teníamos camerinos adyacentes. Venía prácticamente en bragas y sujetador, y se tumbó

por ahí, ebria o drogada, no estoy seguro de cuál de las dos cosas, tal vez una combinación de ambas. Yo estaba confundido por la situación porque — además de Trent— era de las primeras personas famosas que había conocido. Así que mantuve mi distancia. No estoy seguro si tenía miedo de ella o si sólo no quería involucrarme.

Ella estaba probándose la ropa de todos, y recuerdo que Daisy estaba haciéndome enfadar porque, con particular mal gusto, trataba de darle su ropa para conseguir que ella le mandara una de las guitarras de Kurt Cobain. Ella fue muy comprensiva al respecto y no se ofendió.

¿Quieres más vino?

Claro. Necesitaré ir a dormir en un rato. (Llena su vaso de nuevo.)

Bueno, Courtney siempre ha dicho que tuvo algún tipo de relación con Trent, pero Trent siempre lo ha negado. ¿Cuál es la verdad?

Tal vez no debería hablar de eso, todo lo que diré es que Trent escogió a Hole como parte de la gira un poco por novedad. A él parecía no agradarle mucho ella, y creo que la quería en su gira para hacerla quedar como una tonta o para estudiarla. Pero al tiempo que la gira avanzó noté que Trent y Courtney pasaban mucho tiempo juntos, y hubo una parte de la gira en que él no hablaba mucho con nosotros. Se había sumergido en su propio mundo —o en el de ella.



¿Entonces nunca supiste si se acostaban juntos?

Bueno, las cosas se pusieron algo extrañas en los últimos meses de la gira. Courtney llegó al *bungalow* de Trent para derribar la puerta e hizo algunas otras cosas que ya olvidé porque estaba ebrio. Pero era una especie de rabia que sólo sale de una chica con la que tienes sexo. Así que pude deducir que había algo que Trent no nos había dicho, especialmente porque él merodeaba por la habitación de hotel de ella a ciertas horas de la noche que eran muy sospechosas. Hasta el día de hoy él no nos ha dicho que pasó. Así que puedes sacar tus conclusiones.

Creí que esta entrevista era para decir la verdad sobre lo que ocurrió el año pasado.

Estoy diciendo la verdad, pero tal vez Twiggy pueda decirte más porque él tuvo una relación no documentada con ella después de eso.



¿Es verdad eso, Twiggy?

Twiggy: Es verdad que necesito whisky y anfetaminas.

Manson: Lo que pasó fue que después de terminar la parte de la gira con Hole, por alguna razón siempre encontrábamos a Courtney. Siempre que aparecía, le causaba gran cantidad de *stress* a Trent. Él es del tipo de persona que no confronta las cosas, así que en vez de lidiar con eso dejó que lo atormentara.

Hubo una noche en que todos estábamos de fiesta. Creo que fue en Houston, y Trent estaba trabajando en el *soundtrack* de *Asesinos natos*. Twiggy y yo salimos a un bar y un tipo nos dio drogas. Tuvimos una de nuestras primeras noches de terror en las que pensé que iba a morir, y quería llamar a todos los que conocía y decirles que los amaba y que tenía miedo. En mitad de mi pánico, Twiggy desapareció porque había recibido una llamada telefónica frenética en mitad de la noche. Aparentemente Courtney estaba en la ciudad y le dijo, “¡Ven, me estoy volviendo loca!”.

Él no regresó hasta las siete de la mañana del día siguiente. Le pregunté qué había sucedido, y se quitó la camisa y tenía unos grandes rasguños en la espalda. Obedientemente admitió haber realizado actos sexuales muy gráficos y obscenos. Muy emocionante. Lo dejaré a la imaginación.

Así que continuaron con esta relación secreta, probablemente porque Twiggy no era lo suficientemente famoso entonces como para que Courtney admitiera haber tenido sexo con él.

¿Crees que ella le manipulaba para llegar a Trent?

No lo sé, pero Trent parecía creer que sí. Porque no mucho después recibimos una llamada de John Malm, el presidente de Nothing. Durante la gira, habíamos despedido a nuestro *manager* de Florida, muy ocupado cuidando a esa banda de *country* llamada The Mavericks, y dejamos que Nothing se hiciera cargo. Entonces John Malm, nuestro nuevo representante, nos dijo, “Mirad, no podéis andar con Courtney porque está tratando de averiguar donde está Trent y os va a utilizar para conseguirlo”.

¿Y tú qué escogiste, Twiggy, la paz mental de Trent o tu naciente relación con Courtney?

Twiggy: Whisky y anfetaminas.

Manson: Él siguió viéndola, pero no para rebelarse contra nadie. Tan sólo estaba enamorado. Creo que también estaba encantado por Courtney porque él nunca había tenido una relación con alguien de su estatura. Entonces yo no entendía a Courtney y estaba del lado de Trent. Simpatiqué con él y creí su lado de la historia. Sentía que Courtney era algo malo y no quería ser parte de eso. (Twiggy se pone de pie súbitamente, ligeramente ruborizado.)

Twiggy: Todos me acusaban de haber sido utilizado cuando entonces era algo genuino. Significó algo. Aprendí mucho de esa relación, más que de cualquier otra. Pero mientras más nos acercábamos, más presión había para que nos apartáramos. Creo que al principio también estaba la idea de que yo desacreditaba el trofeo de Trent. (Se colapsa de nuevo en su silla.) Creo que el momento no fue el adecuado.

¿Hay algo más que quieras agregar, Twiggy?

Twiggy: Whisky y anfetaminas.

Manson: Yo en realidad nunca tuve una conversación con Courtney hasta muy recientemente, cuando descubrí que es una persona muy inteligente y mucho más controlada de lo que la mayoría de la gente piensa. Estábamos tocando en algún lugar de la costa oeste y alguien llamó a la puerta del autobús. Oí una voz rasposa y ebria gritando, “¡Jeordie! ¡Jeordie! ¿Dónde diablos está

Jeordie?”. Y Courtney entró cojeando al autobús porque aparentemente la noche anterior se había caído y se había lastimado la pierna. Vio a una chica sentada ahí e inmediatamente comenzó a gritarle, “Tú no necesitas estar en este autobús. Deberías comprarte un teclado y comenzar tu propia banda. Entonces estos tipos estarán en tu autobús”.

Entonces nos miró y dijo, “¿Tenéis donuts?”. Yo había conseguido una docena de donuts glaseados, ella cogió cuatro y los devoró antes de que pudiera verla abrir la boca. Entonces se quitó la venda y se la lanzó a nuestro *manager*, que se asustó porque el llenarse de sangre, fuera de alguien famoso o no, no estaba en su contrato. Cuando Twiggy salió de la parte trasera del autobús, sin duda escondiendo a las muchas chicas adolescentes que tenía ahí detrás, se veía mitad avergonzado y mitad gracioso por la situación. Fue en ese punto cuando Courtney comenzó a agradarme y gané un extraño respeto por ella porque me hizo reír y pensé que era *cool*.

Me dijeron que la última noche de la gira Nine Inch Nails se vengó de vosotros. ¿Es verdad?

No fue venganza exactamente. Tradicionalmente la última noche de la gira, el grupo telonero espera que los del grupo principal les hagan algo. Así que en el último *show* en Filadelfia yo estaba saliendo del baño antes de la actuación cuando vi a dos chicas desnudas besándose y tocándose. Junto a ellas había un extraño tipo bisexual desnudo. Todos los de mi banda y los de Nine Inch Nails estaban ahí mirando. Entonces el tipo se acerca a mí, “He oído que dices que si alguien tiene el valor, le meterías el puño por el culo. Me gustaría saber si puedo tomarte la palabra”.

Los de Nine Inch Nails pensaron que iban a atraparme porque yo tenía el hábito de decir en el escenario, “¿Quién quiere venir ahí atrás y dejar que le meta mi puño por el culo?”. Ellos pensaron, “Oh, ya verás. Vamos a traer a alguien y se acobardará”. Pero, más para destruir sus planes que para evitar ser un hipócrita, dije, “Bien. No hay problema”. Me puse un guante de látex que me llegaba hasta la muñeca, y no había ningún lubricante excepto margarina. Así que la unté por todo mi puño y después intenté meter mi mano, sólo llegó hasta los nudillos, dentro del recto palpitante de este tipo.

Creí que eso había sido todo. Pero cinco minutos después cuando íbamos a salir al escenario, los de Nine Inch Nails nos emboscaron y nos cubrieron con todas las sustancias asquerosas que encontraron en el *backstage* —harina, salsa, vaselina, guacamole, salsa de tomate, talco para bebé. Así que tuvimos que salir al escenario cubiertos con toda esta mierda, y mientras estábamos tocando cinco *strippers* masculinos salieron al escenario y comenzaron a bailar. Yo sentí que esto había ido demasiado lejos porque ahora estaban

arruinando nuestra actuación, y yo no quería que la multitud pensara que yo era responsable de algo tan estúpido.

Salimos del escenario dispuestos a darle una paliza a Trent y así vengarnos por una broma que había ido demasiado lejos, pero aún no había terminado. Yo sólo llevaba calzoncillos de cuero y calcetines mojados y estábamos todos cubiertos de cerveza, sudor, lápiz de labios y cualquier condimento imaginable. Antes de que pudiéramos alcanzar la seguridad de nuestro vestidor, fuimos emboscados de nuevo y cubiertos de crema batida. Un montón de guardias de seguridad nos agarraron y nos esposaron, nos llevaron a la puerta trasera y nos echaron en una camioneta.

Cerraron las puertas y arrancaron, en este punto ya no era una broma. En retrospectiva, estoy impresionado por la planeación. Pero entonces estaba muy asustado porque condujeron durante media hora. Terminamos en el centro de Filadelfia, donde nos sacaron de la camioneta y tiraron las llaves de las esposas en un bote de basura. Enrollaron un billete de un dólar, lo tiraron al suelo y dijeron riendo, “Eso es para que volváis al concierto”.

La temperatura era de alrededor 4° y estábamos prácticamente desnudos y congelados, especialmente porque estábamos húmedos por toda esa porquería. Estábamos tan espeluznantes, patéticos y degenerados que nadie caminaba del mismo lado de la acera que nosotros. Terminamos rogándole a unos chicos universitarios para que nos llevaran de nuevo al estadio.

¿Sentiste algún resentimiento?

No. Tengo que estar preparado para aceptarlo. No estaba tan calmado en ese momento, pero ahora lo veo como una buena broma, definitivamente más elaborada y cruel que cualquier cosa que yo pudiera haber ideado. Eso simbolizó el final de nuestra etapa de novatos por así decirlo. Nos graduamos al siguiente nivel.

Pero no sin haber dejado un rastro de sangre, como tu baterista y varios pollos, ¿verdad?

Bueno, más vale que aclare esto. Algunas personas piensan que maté un pollo en un *show* en Texas; algunas personas dicen que no murió. La verdad es que cuando terminamos la gira con Nine Inch Nails, hicimos algunos *shows* por nuestra cuenta antes de venir a Nueva Orleans a trabajar en el EP que estamos haciendo, *Smells Like Children*. Como una broma dije que debíamos tener un pollo vivo. Creo que Texas es un lugar muy común para tener pollos corriendo por ahí porque en medio del *backstage* en uno de nuestros *shows*,

encontramos un pollo en una jaula. Lo llamé Jebediah, y estaba particularmente apegado a él. Yo no quería matarlo. Pero nuestro escenario parecía una extraña mezcla entre *Ziggy Stardust* y *La matanza de Texas*, y pensé que visualmente el pollo añadía algo a lo que tratábamos de presentar. Así que lo dejamos ir de gira con nosotros, y algunas veces incluso le ponía el micrófono y lo dejaba cantar conmigo. Pero en un *show* en Trees en Dallas, de alguna forma la jaula se abrió y el pollo voló hasta el público. Lo lanzaron por todos lados, pero no murió. Regresó a la granja, aunque para ahora probablemente es McNuggets de pollo. Dios no permita que yo mate un pollo, pero Ronald McDonald si puede.

Queda una línea más. ¿Quién la quiere?

Creo que me iré a dormir pronto. Lo que necesito en realidad es un Valium. (Abre un compartimento secreto de un anillo de su mano derecha y saca una píldora azul, la cual pasa con un trago de vino.)

Antes de que te deje ir a dormir, ¿qué pasó con Freddy?

El último día de esa gira, íbamos a tocar en un bar gay de South Carolina. No había mucha gente en el público así que pensamos que haríamos algo diferente. Twiggy se puso un traje, y yo me puse un sombrero vaquero negro, un largo abrigo negro, y me pinté una línea negra desde la frente hasta el pene. Pogo iba sin camisa y usando mi ropa interior de látex con el agujero para el pene y un cinturón de cuero que decía *hate* con letras rojas. Parecía un gran bebé peludo con cabeza calva como un feto, un gran pecho peludo, un cinturón de luchador olímpico, un pene flácido envuelto en vinilo y botas de soldado. Definitivamente era la persona más gay de aquel sitio. Traté de convencer a Daisy de hacer algo diferente, y dijo algo ridículo como (hablando con voz lenta y tono estúpido), “Oh, entiendo. Debería interpretar más el papel de Daisy Berkowitz”.

Todos sabían que Freddy iba a ser despedido excepto Freddy porque justo una semana antes, mientras Freddy the Wheel pulía sus rines, audicionamos a un batería de Las Vegas llamado Kenny Wilson y le pedimos que se uniera a la banda como Ginger Fish. En realidad él nos acompañó en la gira una noche y le dijimos a Freddy que era un amigo de nuestro *manager*. Él se lo creyó.

No queríamos ser crueles con Freddy porque nos agradaba como persona. Sólo que nos sentimos obligados a hacer que su último *show* con la banda fuera memorable, Twiggy y yo nos habíamos rasurado las cejas, pero él aún tenía las suyas al igual que su barba y su peinado con pelo al frente y el resto

de la cabeza rasurada. Creo que comenzó a hacer eso porque ese estaba quedando calvo por la parte de atrás. Era muy consciente de sí mismo. Pero de alguna forma le convencimos de rasurarse toda la cabeza y el rostro, terminó pareciendo una versión cancerosa de Fétido de la familia Adams. Nosotros pensamos que nunca había estado mejor, y por un segundo deseamos que aún estuviera en la banda.

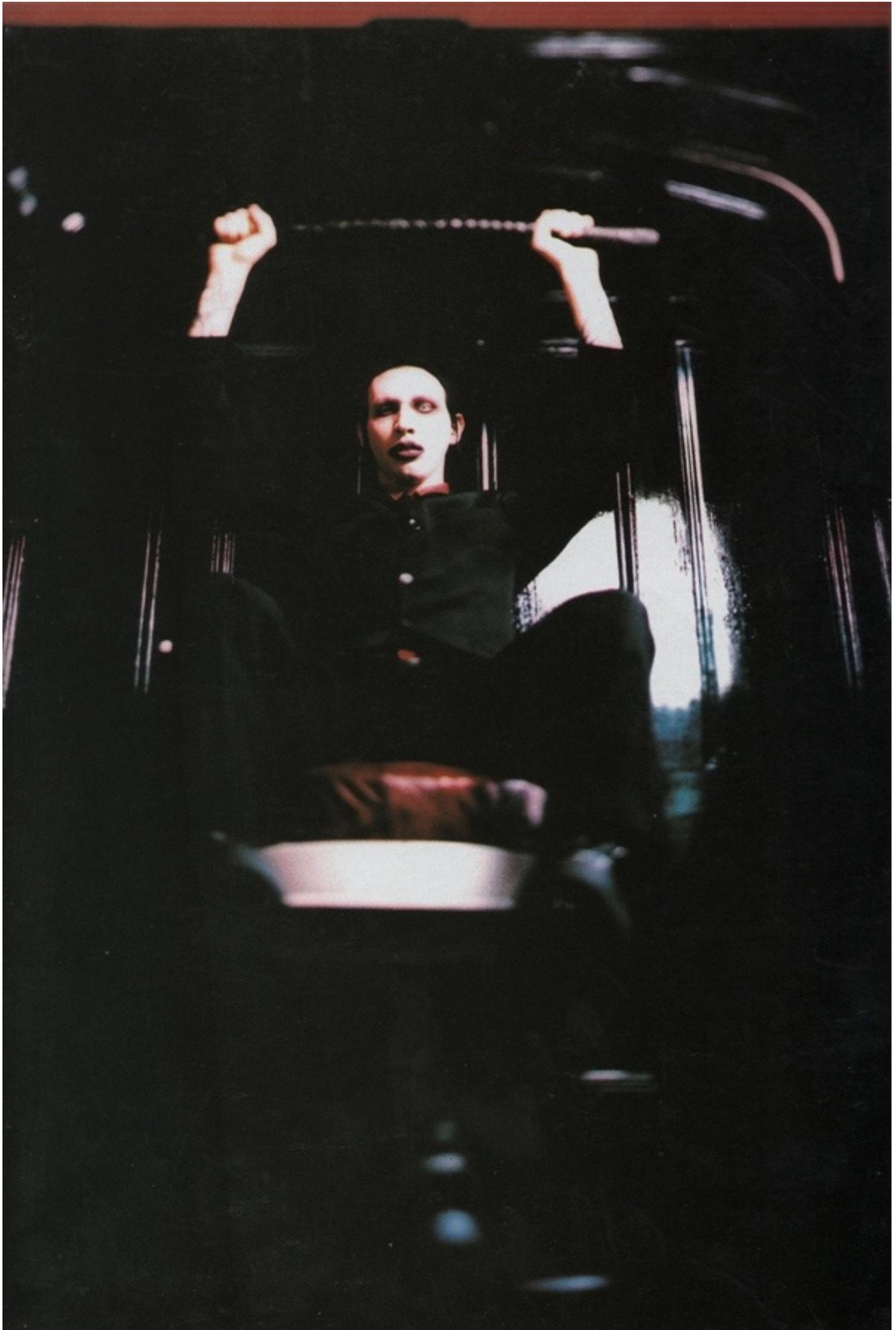
Así que salimos al escenario e inmediatamente tuvimos problemas porque la tripulación decidió que, para terminar la gira con una broma memorable, iban a poner patas de pollo por todo el escenario. Así que me resbalé y caí sobre una botella de cerveza que se rompió. Yo estaba tan molesto que la cogí y me corté el pecho de un lado a otro, y ése fue mi primer acto de automutilación en público. Sacrificamos a Freddy prendiendo fuego a su bombo, pero la batería completa estalló en llamas, seguida por Freddy. Mientras Freddy escapaba hacia el *backstage* para encontrar un extintor nosotros comenzamos a romperlo todo. Así que ese último día de la gira fue el principio de un nuevo estado de desarrollo para nosotros, como un desangrado ritual seguido por un sacrificio a lo que nos estábamos convirtiendo, algo que ahora no puedo explicar completamente porque ni yo mismo lo entiendo.

¿En realidad Freddy nunca fue despedido?

No. Nunca le dijimos que había sido despedido y él nunca nos dijo que renunciaba. Creo que sabía que había sido sacrificado porque al día siguiente tomó un avión y regresó a casa. Nunca pude decirle adiós, y no he hablado con él desde entonces. Fue muy pacífico al respecto, y lo respeto por eso. Así que si ahora me demanda, le partiré las rodillas.

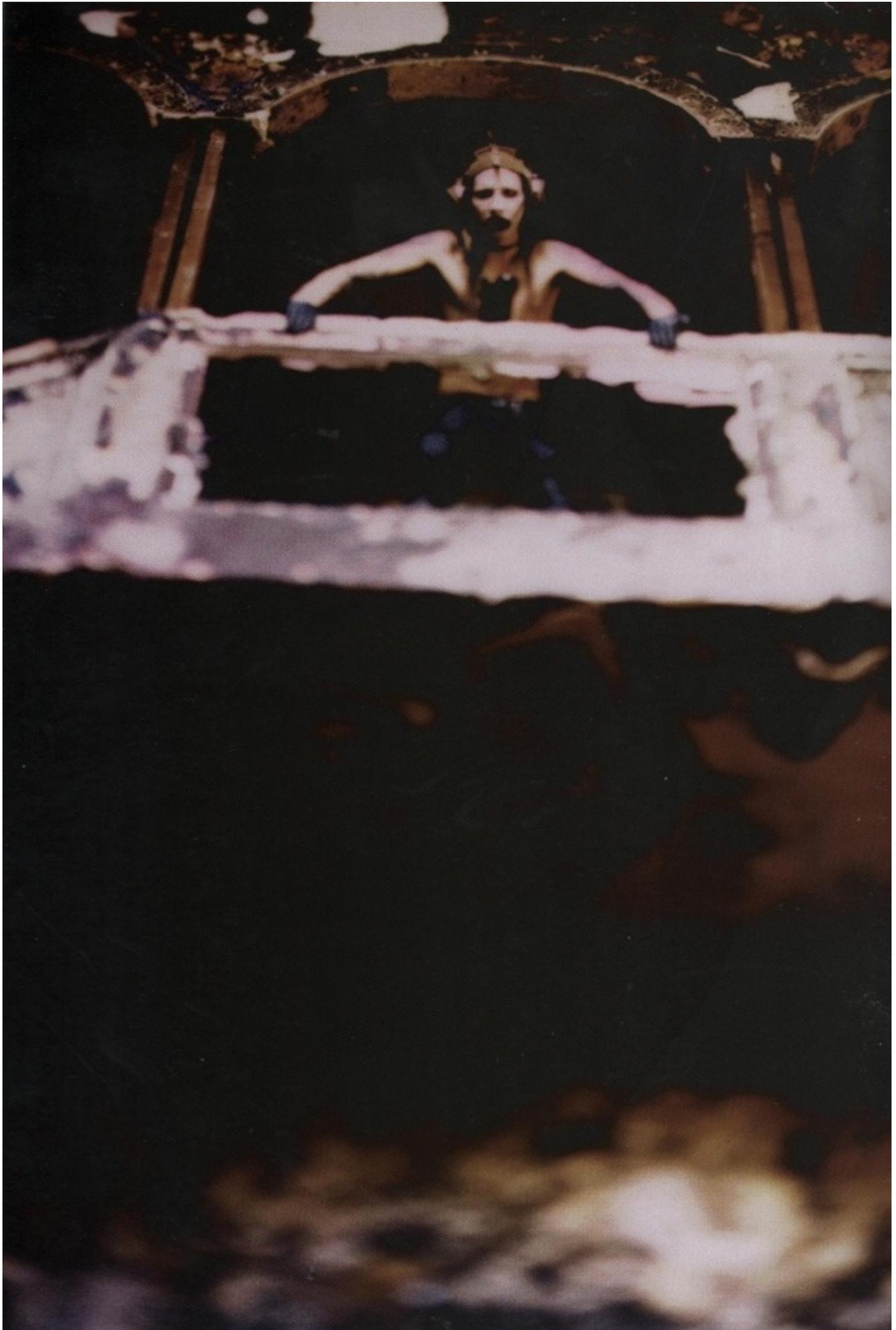






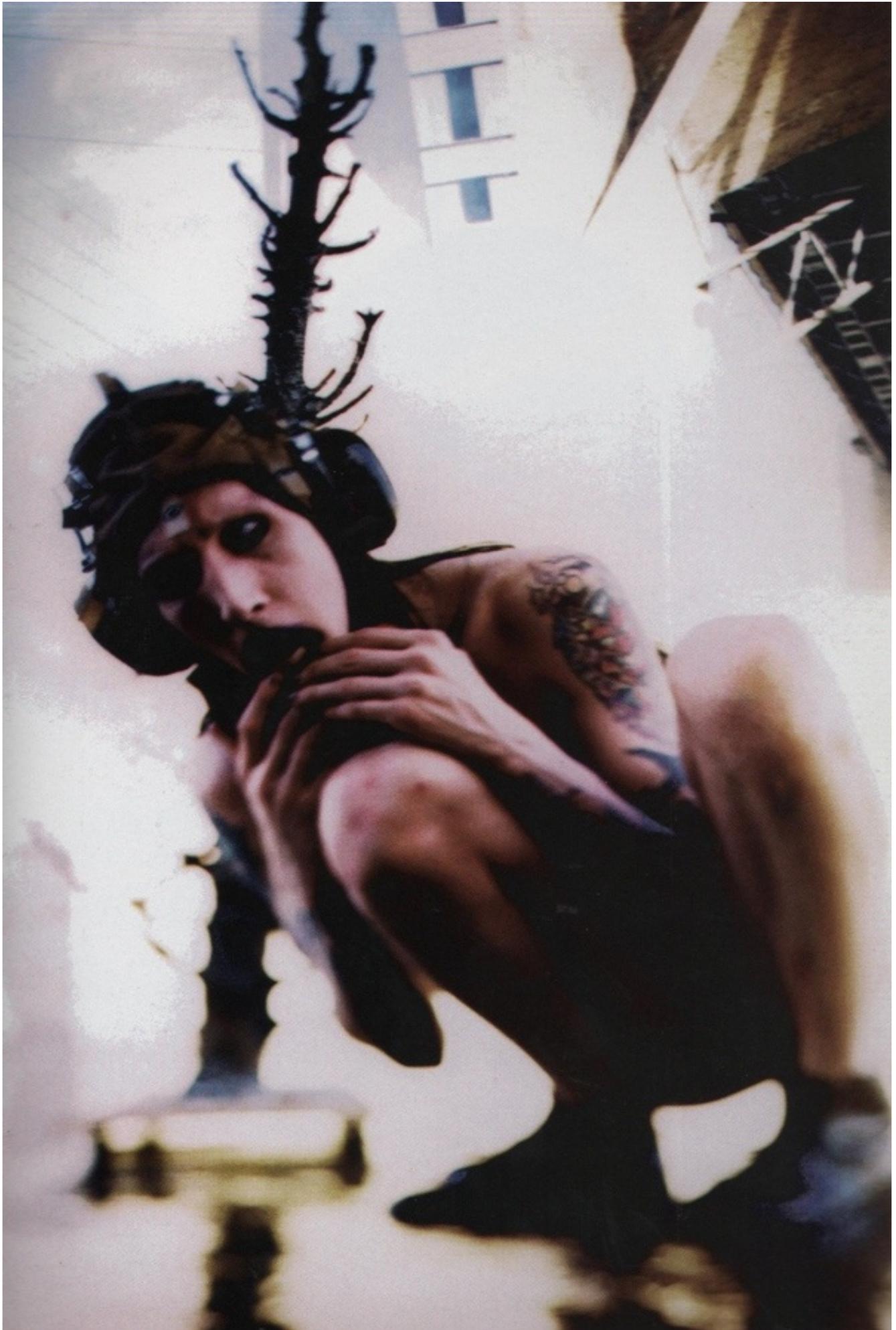


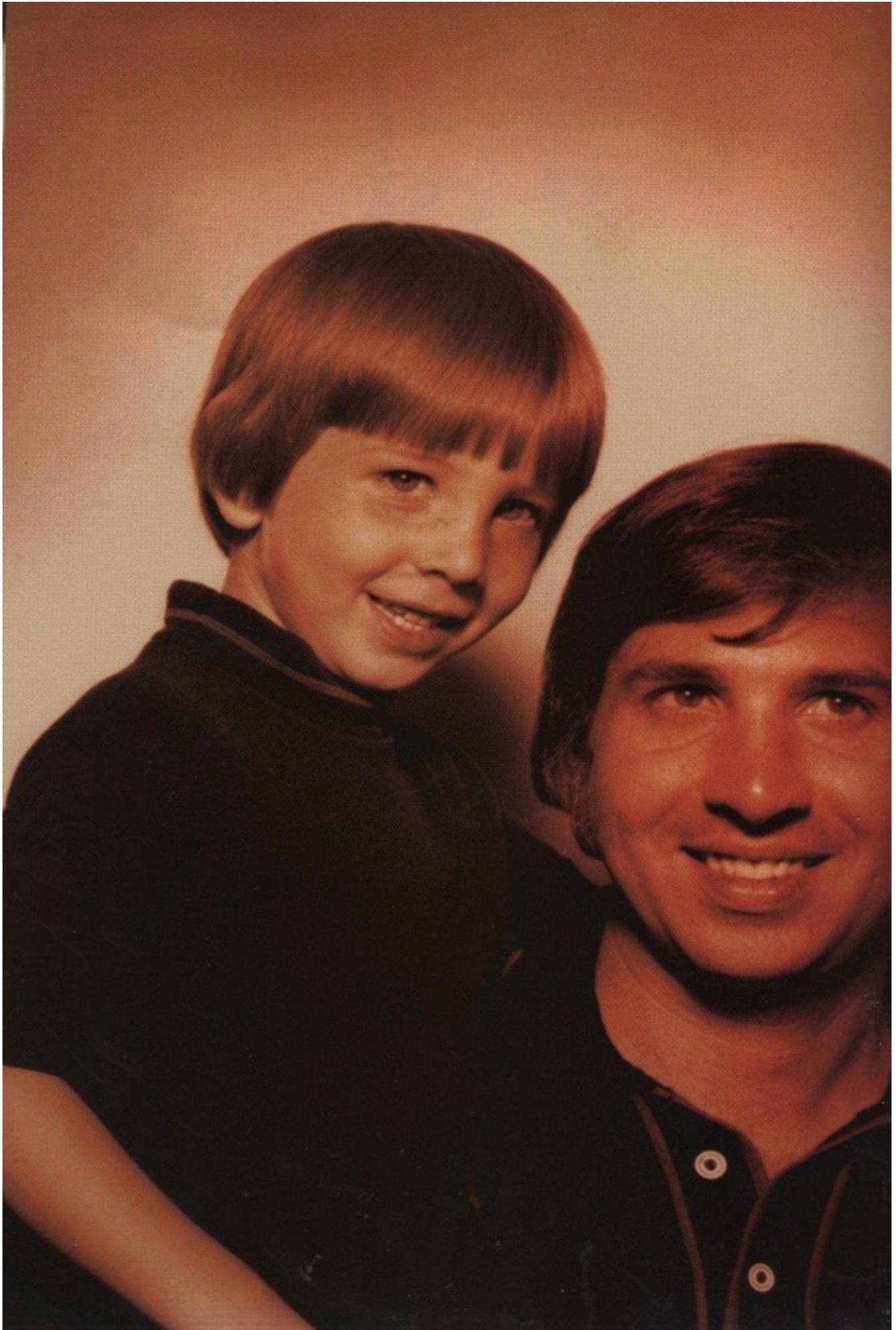








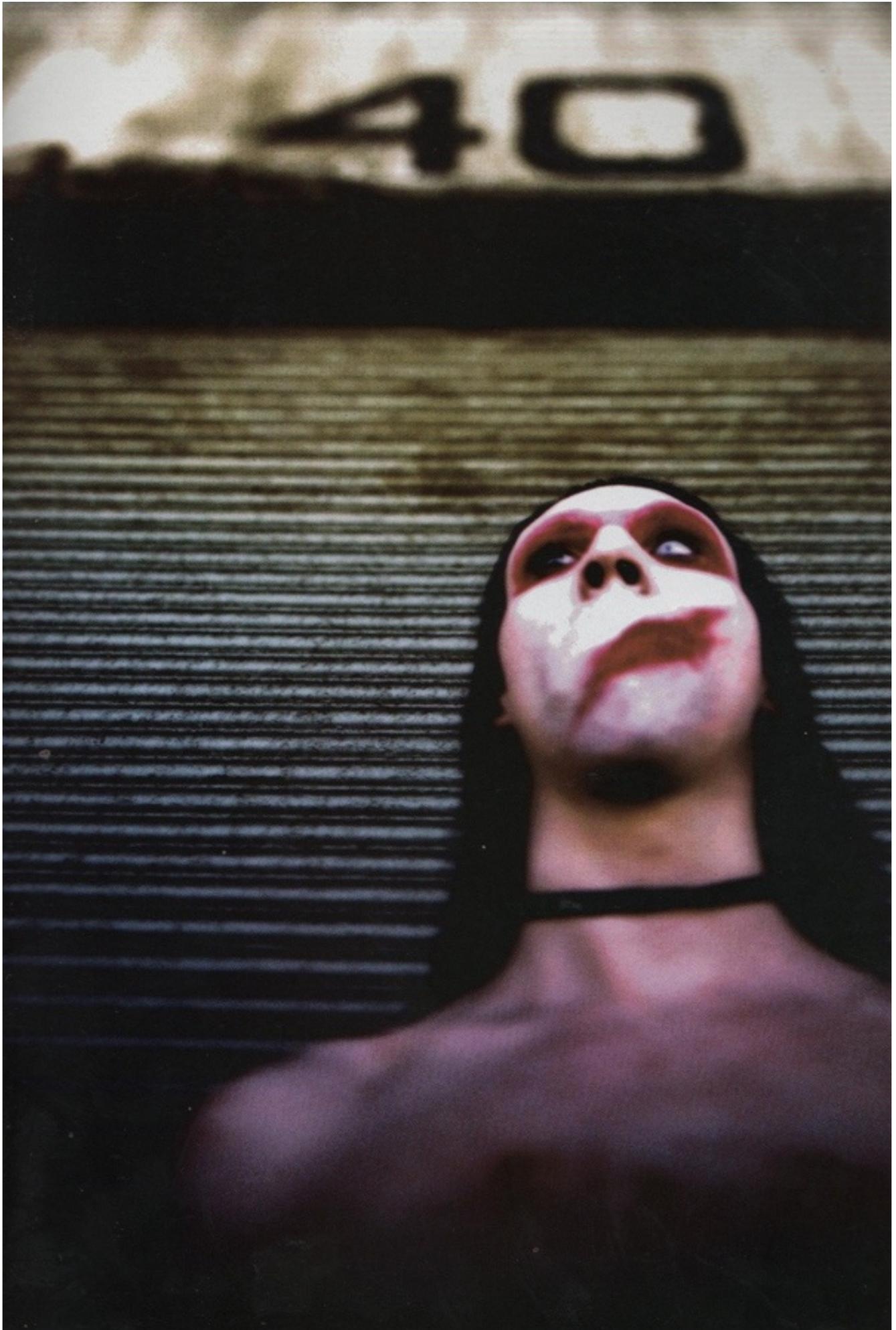


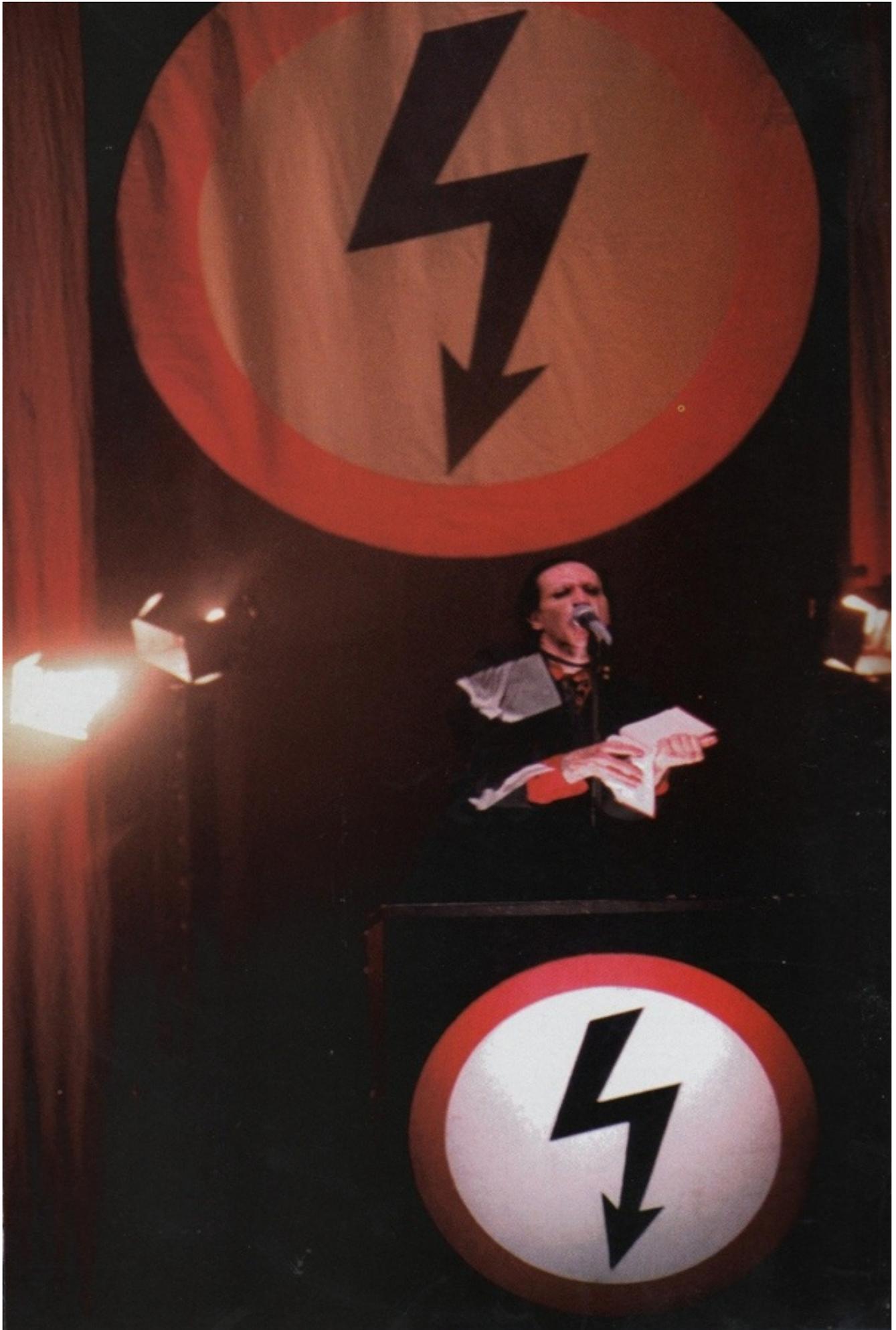












Vamos a ver al Mago

Hasta donde yo sé, no hay una sola palabra en las oraciones que pida inteligencia.

—Bertrand Russell, *Has Religion Made Useful Contributions to Civilization?*

Había escrito, había llamado, había suplicado. Finalmente, me concedió una cita durante un descanso en la gira de Nine Inch Nails de 1994, el teléfono del hotel sonó.

“El doctor quiere conocerte”, dijo la voz de una mujer, firme y ronca.

Le pregunté si al doctor le gustaría ver nuestro *show* la noche siguiente. Yo sabía todo lo que había que saber sobre el doctor pero él sabía muy poco sobre mí.

“El doctor nunca sale de su casa”, replicó fríamente.

“Bien, ¿cuándo quiere que vaya? Estaré en la ciudad poco tiempo”.

“El doctor de verdad quiere conocerte”, contestó. “¿Puedes venir esta noche entre la una y las dos?”.

No importaba a que hora me llamara el doctor ni a qué lugar me invocara, yo planeaba estar ahí. Yo le admiraba y respetaba. Teníamos muchas cosas en común: ambos teníamos experiencia como artistas extravagantes, habíamos echado maldiciones exitosamente a otras personas, estudiamos criminología y a los asesinos en serie, encontramos un espíritu similar en los escritos de Nietzsche, y habíamos construido una filosofía en contra de la represión y a favor del no conformismo. En pocas palabras, ambos habíamos dedicado gran parte de nuestras vidas a echar abajo el cristianismo con el peso de su propia hipocresía, y como resultado habíamos sido usados de chivos expiatorios para justificar la existencia del cristianismo.

“Oh”, añadió la mujer antes de colgar. “Asegúrate de venir solo”.

El doctor era el nombre preferido de Anton Szandor LaVey, fundador y alto sacerdote de la Iglesia de Satán. Lo que casi todos en mi vida —desde John Crowell hasta Ms. Price— habían malentendido acerca del satanismo es que no se trata de sacrificios rituales, profanar tumbas o adorar al diablo. El diablo no existe. El satanismo se trata de adorarte a ti mismo, porque tú eres responsable de tu propio bien y mal. La guerra del cristianismo contra el demonio siempre ha sido una guerra del hombre contra sus instintos más naturales —el sexo, la violencia, la autogratificación— y la negación de la pertenencia del hombre al reino animal. La idea del cielo es tan sólo la forma cristiana de crear un infierno en la Tierra.

No soy y nunca he sido un portavoz del satanismo. Es simplemente una parte de mis creencias, junto con el Dr. Seuss, Dr. Hook, Nietzsche y la Biblia, en la cual

también creo. Sólo que tengo mi propia interpretación.

Esa noche en San Francisco, no le dije a nadie adónde iba. Tomé un taxi hasta la casa de LaVey en una de las calles más transitadas de la ciudad. Vivía en un edificio negro común y corriente rodeado por una elevada pared de alambre de púas. Después de pagar al taxista caminé hasta la puerta y noté que no había timbre. Mientras consideraba darme la vuelta y regresar, la puerta se abrió con un rechinado. Estaba tan nervioso como emocionado, porque, a diferencia de la mayoría de las experiencias en las que conoces a alguien que idolatras, yo sabía que ésta no me defraudaría.

Tímidamente entré a la casa y no vi a nadie hasta que estaba a mitad de las escaleras. Un hombre gordo de traje con un mechón de pelo negro grasoso cubriéndole la calva estaba de pie en la parte superior. Sin decir una palabra me hizo un ademán para que le siguiera. Todas la veces que visité la casa de LaVey, el hombre gordo nunca se presentó ni habló.

Me condujo por un pasillo y cerró tras de sí una pesada puerta que bloqueaba la luz completamente. Ni siquiera podía ver al hombre gordo para seguirle. Cuando comenzaba a sentir pánico me tomó del brazo y me arrastró el resto del camino. Cuando girábamos por el corredor mi cadera chocó con la manivela de una puerta haciendo que girara brevemente. Furioso, el hombre gordo me alejó de ella de un tirón. Cualquier cosa que se hubiera tras ella estaba prohibida para las visitas.

Finalmente abrió una puerta y me dejó solo en un estudio apenas iluminado. Junto a la puerta había un retrato generosamente detallado de LaVey de pie junto al león que tenía como mascota. La pared opuesta estaba cubierta de libros —una mezcla de biografías de Hitler y Stalin, horror de Bram Stoker y Mary Shelley, filosofía de Nietzsche y Hegel y manuales de hipnosis y control mental. La mayoría del espacio estaba ocupado por un sofá, sobre el cual colgaban varias pinturas macabras que parecían haber sido tomadas de *Night Gallery* de Rod Serling. Las cosas más extrañas en la habitación eran la cuna gigante en la esquina y un televisor que parecía estar fuera de lugar, un artículo de consumismo desechable en un mundo de meditación y desprecio.

A algunas personas les parecería cursi. Para otras sería atemorizante. Para mí era emocionante. Varios años atrás había leído la biografía de LaVey escrita por Blanche Barton y me impresionó lo inteligente que parecía. (En retrospectiva, creo que el libro pudo haber sido un poco predispuesto ya que la autora también es la madre de uno de sus hijos.) Todo el poder que LaVey tenía lo había ganado gracias al miedo —el miedo del público a una palabra: Satanás. Al decir a la gente que era satanista, LaVey se convirtió en Satanás a sus ojos— lo cual no es muy diferente a mi actitud al convertirme en una estrella de *rock*. “Uno odia lo que teme”, había escrito LaVey. “He adquirido poder sin ningún esfuerzo consciente, sólo siendo quien soy”. Esas líneas pudieron fácilmente haber sido algo que yo hubiera escrito. Igual de importante, el humor, el cual no tiene cabida en el cristianismo, es esencial en el satanismo como una reacción válida a un mundo grotesco y deformado dominado por

una raza de cretinos.



LaVey había sido acusado de nazi y de racista, pero de lo que se trataba en realidad era de elitismo, principio básico detrás de la misantropía. De alguna forma su elitismo intelectual (y el mío) es en realidad políticamente correcto porque no juzga a la gente por su raza o credo sino por el alcanzable criterio de la inteligencia. El pecado más grande en el satanismo no es el asesinato ni la amabilidad. Es la estupidez. Originalmente le había escrito a LaVey no para discutir sobre la naturaleza humana sino para pedirle que tocara el theremin en *Portrait of an American Family*, porque había oído que era el único intérprete registrado de theremin en América. Nunca respondió la petición directamente.

Después de estar solo en la habitación varios minutos, entró una mujer con un llamativo delineador azul, un peinado poco natural de cabello decolorado secado con pistola, y lápiz de labios color rosa embarrado como el dibujo de un niño que colorea por fuera de las líneas en un libro para dibujar. Llevaba un ajustado suéter de cachemira azul pastel, minifalda y medias color natural con un cinturón elástico de los años cuarenta y tacones altos. Detrás de ella venía un niño pequeño, Xerxes Satan LaVey, quien corrió hacia mí y trató de quitarme mis anillos.

“Espero que se encuentre bien”, dijo Blanche incomoda y formalmente. “Soy Blanche, la mujer con quien habló por teléfono. Salve Satán”.

Sabía que debía responder con algún tipo de frase formal que terminara con «Salve Satán», pero no pude obligarme a hacerlo. Parecía tan vacío y ritualista como usar uniforme en la escuela cristiana. En vez de eso, sólo miré al chico y dije, “Tiene los ojos de su padre”, una frase de *La semilla del diablo* que estoy seguro ella conocía.

Al tiempo que salía, sin duda desilusionada por mis modales, Blanche me informó, “El Doctor vendrá en un minuto”.

Las formalidades que había visto hasta ahora, combinadas con todo lo que sabía sobre el pasado de LaVey —como entrenador de animales en un circo, asistente de mago, fotógrafo policíaco, pianista de *cabaret* y demás— me hicieron esperar una gran entrada. No me desilusionó. LaVey no entró a la habitación, simplemente apareció. Lo único que faltó fue el sonido de una explosión y una nube de humo. Llevaba una gorra de marinero negra, traje negro y gafas oscuras, aún cuando estaba dentro de su casa a las 2:30 a. m. Caminó hacia mí, me dio la mano y dijo inmediatamente con su ronca voz, “Aprecio el nombre Marilyn Manson porque junta dos extremos diferentes, al igual que el satanismo. Pero no puedo llamarte Marilyn. ¿Puedo llamarte Brian?”.

“Claro. Como se sienta más cómodo”, repliqué.

“Debido a mis relaciones con Marilyn en los sesenta, me siento incómodo porque ella tiene un lugar especial en mi corazón”, dijo LaVey, cerrando los ojos gentilmente mientras hablaba. Siguió hablando sobre la relación sexual que tuvo con Monroe que comenzó cuando él era el organista en un club en el que ella era *stripper*. Durante la conversación insinuó que su relación con él fue lo que hizo que su carrera floreciera —tomar crédito por tales cosas era el estilo de LaVey pero nunca lo hacía con arrogancia. Siempre lo hacía con naturalidad, como si fuera un hecho bien conocido.

Se quitó las gafas oscuras de su cabeza de gárgola, conocida por miles de adolescentes de la contraportada de *La Biblia Satánica*, e instantáneamente nos enredamos en una conversación intensa. Acababa de conocer a Traci Lords en el *backstage* después de un *show* en el Universal Amphitheater de Los Angeles, y ella me había invitado a una fiesta la noche siguiente. No pasó nada sexual, pero fue una experiencia abrumadora porque ella era como una versión femenina de mí —muy mandona y constantemente jugando juegos mentales. Ya que LaVey había tenido una relación con otro símbolo sexual, pensé que tal vez podía darme algún consejo sobre qué hacer con Traci, por la cual estaba al mismo tiempo confundido y cautivado.

El consejo que obtuve fue muy críptico, sin duda otra forma de mantener su poder. Mientras menos te entienda le gente más inteligente piensan que eres. “Siento que ambos se pertenecen el uno al otro y que algo muy importante está a punto de pasar con vuestra relación”, concluyó él. Sonaba más como el resultado de gastar cincuenta dólares y cinco minutos llamando a Psychic Friends Network que algo que esperarías que LaVey dijera. Pero fingí estar agradecido e impresionado, porque LaVey no era alguien a quien pudieras criticar.

CÍRCULO OCHO: FRAUDE –ADULADORES–
--

Continuó compartiendo sórdidos detalles de su vida sexual con Jane Mansfied y

dijo que después de todo este tiempo aún se sentía culpable por su muerte en un choque automovilístico porque él había echado una maldición sobre su novio y *manager*, Sam Brody, después de una disputa con él. Desafortunadamente para Jane Mansfield, ella estaba con él esa noche en Nueva Orleans cuando ese bote de insecticida contra mosquitos chocó contra su coche, matando a ambos brutalmente. Aunque sospechaba de algunas de las declaraciones de LaVey, su retórica y su seguridad eran convincentes. Tenía una voz hipnotizadora, tal vez debido a su experiencia como hipnotista.

La cosa más valiosa que hizo ese día fue ayudarme a comprender y aceptar el sentimiento de la muerte, la dureza y la apatía que sentía por mí mismo y por el mundo que me rodeaba, explicándome que todo era necesario, que era una etapa intermedia en la evolución de niño inocente a un ser inteligente y poderoso capaz de dejar una marca en el mundo.

Un aspecto de la personalidad de LaVey es que le gustaba compararse con estrellas como Jane Mansfield, Sammy Davis Jr. y Tina Louise de *Gilligan's Island*, miembros todos de la Iglesia de Satán. Así que no sorprendió que al irme él me animo a traer a Traci de visita.

El día siguiente, casualmente Traci voló desde Los Angeles para ver nuestro *show* en Oakland. Yo estaba golpeado y herido después del concierto, así que ella vino al hotel, me dio un baño y me cuidó. Pero, de nuevo, no me acosté con ella porque aún estaba determinado a permanecer fiel a Missi, aunque Traci era la primera persona que había conocido que era capaz de derretir mi voluntad. Le conté sobre mi reunión con LaVey y ella me dio todo un discurso sobre el destino, la resurrección y la vida después de la muerte. No parecía comprender de qué le estaba hablando, así que traté de darle una pista mientras me sumía en un sueño sin descanso: “Este tipo tiene un punto de vista interesante, deberías escucharle”.

Cuando la llevé a casa de LaVey al día siguiente ella se portó más cínica y soberbia de lo que yo me había portado —al principio. Entró con la idea de que él era un farsante y un mentiroso, así que debatía con él cada vez que no estaba de acuerdo con algo. Pero cuando él decía que un piojo tiene mas derecho de vivir que un humano o que los desastres naturales son buenos para la humanidad o que el concepto de la igualdad es una tontería, estaba preparado para respaldarlo inteligentemente. Ella salió de la casa en silencio con docenas de ideas nuevas girando en su cabeza.

En esa visita, LaVey me mostró un poco más de la casa —el baño estaba cubierto con telarañas reales o falsas, y la cocina, infestada de serpientes, aparatos eléctricos y tazas para café con pentagramas. Como cualquier buen *showman*, LaVey sólo te dejaba saber sobre él en pequeños trozos y revelaciones, y mientras más información te daba más te dabas cuenta de lo poco que sabías de él. Casi al terminar nuestra visita, él me dijo, “Quiero hacerte reverendo”, y me dio una tarjeta roja certificándome como ministro de la Iglesia de Satán. Qué sabía yo que el aceptar esa

tarjeta iba a ser una de las cosas más controvertidas que había hecho hasta ese momento, entonces me parecía (y aún es así) que mi ordenación fue simplemente un gesto de respeto. Fue como un grado honorario de una universidad.

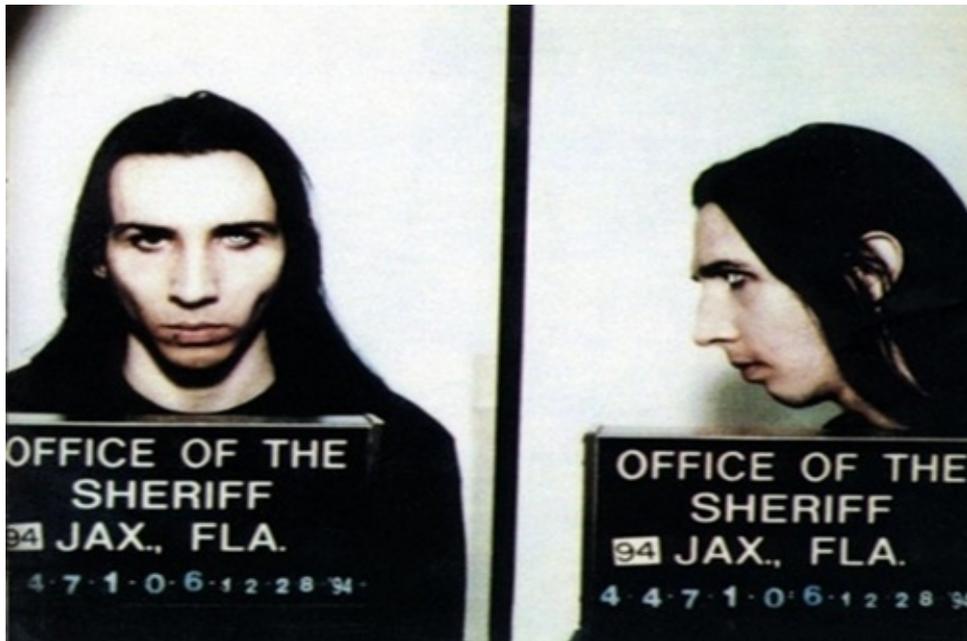
También fue la forma de LaVey de pasar la antorcha, porque él estaba semirretirado y cansado de pasar tantos años defendiendo el mismo argumento. Ningún músico de *rock* famoso ha defendido el satanismo de forma tan clara, inteligente y accesible desde tal vez los Rolling Stones, quienes en *Monkey Man* inventaron una frase que podría haber sido mi credo, «Well I hope we're not too messianic/ or a trifle too satanic». Cuando me iba, LaVey puso su mano huesuda sobre mi hombro, y, mientras yacía ahí fríamente, me dijo, “Tú vas a dar una gran bocado. Vas a dejar una gran huella en el mundo”.

Las profecías y predicciones de LaVey pronto se hicieron realidad. Algo importante pasó en mi relación con Traci, y comencé a dejar una huella más grande en el mundo.

Resultó que el día en que me convertí en satanista fue también el día en que las fuerzas cristianas y conservadoras se aliaron y comenzaron a movilizarse en mi contra. Justo después de nuestra reunión me dijeron que el Delta Center, donde íbamos a tocar en Salt Lake City, no nos permitiría tocar con Nine Inch Nails. Nos ofrecieron, por primera vez pero no la última, dinero por no tocar, en este caso 10.000 dólares. Aunque fuimos descartados del programa, Trent Reznor me invitó al escenario, y resumí mi acto entero en una simple acción, repetir «me quiere, no me quiere» mientras arrancaba páginas de la Biblia mormona.

Desde que la humanidad creó las primeras leyes y códigos de conducta social, aquéllos que osaran quebrantarlas sólo tenían una técnica de evasión. Correr. Y eso fue lo que hice después del *show*, escapando hasta el autobús de la gira y escapando de una noche encerrado en la penitenciaría de Salt Lake City. Nunca recibimos nuestros 10.000 dólares, pero mi acto me pareció más valioso que el dinero.

Nos habíamos dado a la fuga de forma similar anteriormente en una de las ciudades más conservadoras de Florida, Jacksonville, donde los bautistas que gobernaban la ciudad habían amenazado con arrestarme después del concierto. Pero cuando regresamos a actuar a Jacksonville en nuestras primeras fechas como grupo principal después del *tour* con Nine Inch Nails, no tuve tanta suerte.



Debajo de los pantalones llevaba mi ropa interior de látex con el agujero para el pene, que para entonces ya había reunido gran cantidad de manchas de sangre, saliva y semen. Como siempre, a mitad del *show* me quité la ropa hasta quedarme con la ropa interior de látex, me bañé de agua y me convulsioné violentamente agitando el pelo y mi cuerpo hacia atrás y adelante y enviando gotitas de agua a volar por todo el escenario. Ninguna parte inapropiada de mi cuerpo estuvo jamás expuesta porque mi pene estaba guardado seguramente dentro de su envoltura de látex. Pero el escuadrón anti-vicio, estacionado en cada salida del Club Five, vio lo que quería ver, a mí masturbando un consolador (el cual nunca tuve) y meando sobre el público.

Al final de nuestros *shows* solía embarrar mi cara con lápiz de labios y, si había chicas cerca del escenario a las que quisiera conocer, me acercaba y las besaba, dejando sobre sus rostros la marca de la bestia, como un billete de entrada para el infierno que es y siempre será el *backstage*.

Después de nuestra actuación, caminé hacia fuera del escenario y subí las escaleras que llevaban a los vestidores. Corriendo detrás de mí, sin embargo, venía Frankie, nuestro *manager* de la gira. Parecía Vince Neil de Mötley Crüe, sólo que con ojeras más grandes.

“La policía está aquí”, dijo con pánico. “¡Y vienen a arrestarte!”.

Corrí hacia arriba e inútilmente intenté parecer respetable, lo que significaba quitarme mi ropa interior de látex y ponerme un par de *jeans* y una camiseta negra de manga larga. Había una gran conmoción en el vestíbulo, y dos policías encubiertos entraron y gritaron “Estás bajo arresto por violar el código de entretenimiento para adultos”. Me esposaron por detrás de la espalda, me escoltaron hacia fuera del club y me llevaron a la comisaría de policía. No estaba preocupado porque no parecían tener ningún resentimiento o algún sentimiento malévolo contra mí, tan sólo estaban haciendo su trabajo. Pero todo eso cambió en cuanto llegamos a la comisaría, y me presentaron a varios grandullones vestidos de policías con pinta de querer hacer algo

más que sólo su trabajo.

Uno en particular, con un grueso bigote negro, corpulento y con una gorra que decía «Primera Iglesia Bautista de Jacksonville», parecía tener algo en mi contra. Él y sus amigos policías hicieron numerosas bromas ignorantes a mis costillas, y después posaron junto a mí para varias fotografías, probablemente para que pudieran mostrar a sus esposas el mono con el que habían jugado en el trabajo. Era una noche lenta, y claramente yo era su diversión.

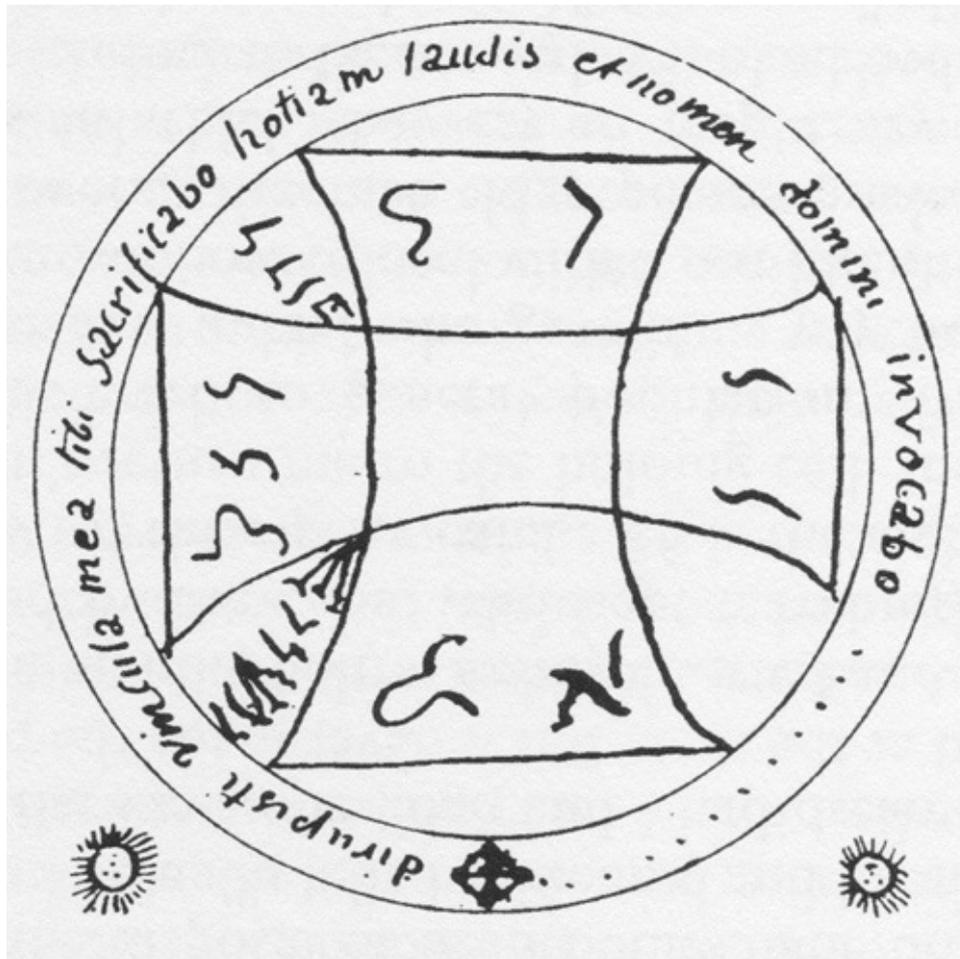
Aún no tenía ninguna queja. Después de todo entretengo a la gente. Pero entonces entró un coloso negro, posiblemente la persona más grande que haya visto en mi vida. Sus manos parecían hacer sombra sobre todo mi cuerpo y cada vena que palpitaba en su cuello era tal vez tan grande como mi propio cuello. Él me empujó hasta una pequeña celda con un misterioso artefacto de acero inoxidable que supuestamente era una combinación de retrete, lavabo y bebedero. Mientras trataba de adivinar qué parte era el lavabo y cuál el retrete, el coloso me ordenó quitarme el maquillaje. Todo lo que tenía era agua y toallas de papel que poco servían. Después de verme batallar, abrió la puerta y me dijo, “Usa esto”, lanzando una botella de plástico para limpiar suelos color rosa.

Con el rostro irritado y rosado, me senté en la celda desmoralizado y abandonado, esperando ayuda del mundo exterior. El coloso regresó azotando la puerta tras de sí. “Muy bien”, me ordenó con una voz que sacudió la habitación. “Vas a tener que quitarte toda la ropa”.

No importa lo exhibicionista que seas, cuando estás desnudo frente a alguien que mide varias veces tu tamaño con el poder de hacerte cualquier cosa y salirse con la suya, repentinamente aprendes a apreciar el rayón, el algodón, el poliéster y todas esas maravillosas telas que protegen tu cuerpo del contacto físico directo. Lentamente, cuidadosamente y con la constante amenaza de muerte en sus rudas y callosas manos, me revisó por arriba, por abajo y por dentro.

Cuando se fue, una discusión comenzó al otro lado de la puerta de mi celda. El coloso estaba discutiendo con otros dos oficiales. En mi mente yo trataba de imaginar lo que estaban discutiendo porque sabía que el resultado de su discusión determinaría mi suerte en la cárcel. Finalmente decidí o que alguien quería soltarme por falta de evidencia o que alguien quería ser mi nuevo novio.

La discusión terminó y el coloso regresó y me preguntó tan cortésmente como pudo, aunque pude notar que en realidad se sentía avergonzado, “¿Dónde está el masturbador?”. Antes de que pudiera contener mis instintos de sabelotodo, respondí coquetamente, “¿Para qué quieres un masturbador?”. Y fue ahí cuando el infierno se desató.



TALISMÁN PARA LIBRARSE DE PRISIÓN

Su rostro se puso rojo como si hubiera sido quemado con una plancha, su pecho se expandió como el del Increíble Hulk, y lanzó mi cuerpo pálido, desnudo y tembloroso contra la pared. El otro policía, el golpeador bautista, presionó su rostro contra el mío y, enviando su tibio aliento de cerdo por mi garganta, me interrogó. Tuvimos una discusión tan larga como el concierto sobre la existencia del *dildo* con el que supuestamente había cometido actos lujuriosos y obscenos. Después de un rato parecieron ceder, y una vez más discutieron entre ellos tratando de averiguar si habían cometido un error.

Cuando terminaron, el coloso me ordenó vestirme y me lanzó a otra celda con media docena de gente que ni siquiera se sentaba en la misma banca que yo porque mi apariencia los asustaba. Mi único compañero era un tipo con el rostro y la capacidad mental de un chico de ocho años y el cuerpo de un solitario y obeso abusador de niños. Se parecía a como yo imaginaba a Lennie en la película *De ratones y hombres*. Me dijo que su madre, con la que aún vivía, le había denunciado por falsificar un cheque con su nombre. Quería preguntarle si le habían pillado al tratar de pasar el cheque en una tienda de donuts, pero esta vez mi autocontrol y mi buen sentido me hicieron comportarme. Nuestra conversación me recordó la primera vez que conocí a Pogo, ya que Lennie comenzó a darme consejos sobre cómo ahorrar

tiempo al deshacerte de cadáveres. La única diferencia es que este tipo en realidad había matado a alguien, y su método fue el mismo que Pogo y yo habíamos ideado para Nancy: fuego.

Durante las siguientes nueve horas, Lennie me cortejó, regularmente interrumpido por los policías, quienes seguían paseándome por toda la comisaría para presumir de su presa. Después del octavo desfile de la noche, no me devolvieron a la celda de los detenidos. En vez de eso me dijeron que me iban a transferir con la población general. En el camino, me llevaron con una enfermera que me aplicó un examen psicológico. Cualquier psicópata inteligente sabe cómo lidiar con un examen como éste: Hay repuestas para personas normales, respuestas para personas dementes y también hay preguntas capciosas en las cuales tratan de atrapar a la gente desquiciada para ver si tan sólo fingen ser normales. Miré las preguntas —“¿Qué siente con respecto a la autoridad? ¿Cree usted en Dios? ¿Está bien lastimar a alguien si te lastima primero?”— y les di las respuestas que querían, evitando así unas cortas vacaciones en el ala de psiquiatría.

**CÍRCULO OCHO: FRAUDE –FALSIFICADORES DE
METALES, PERSONAS, MONEDAS, PALABRAS–**

Después de haber pasado como normal, me llevaron con un médico para un examen físico. Lo primero que hizo fue sacar unas pinzas. “Vas tener que quitarte eso”, dijo, señalando el arete de mi labio.

“En realidad no puedo quitármelo”.

“Si no te lo quitamos, alguien te lo arrancará cuando te mandemos con la población común”, dijo con tono mesurado, y las comisuras de su boca se arrastraron hacia arriba convirtiéndola en una sonrisa sádica que apenas podía contener.

Cortaron mi arete y me llevaron a un corredor. Había dos rutas para llegar con la población común: una era pasando una manada de inmensos hombres que hacían pesas y que buscaban a alguien de pelo largo a quien sodomizar. La otra era pasando por la escoria de la sociedad —borrachos, vagos y drogadictos. Por alguna razón, los policías que me llevaron ahí rompieron su silencioso código sádico y me llevaron por el camino fácil. Nadie trató de violarme y, aliviado, me dormí instantáneamente.

Me desperté después de un lapso de tiempo indeterminado y encontré un plato de lechuga bañada en vinagre, una pieza de pan duro, y de postre, la noticia de que alguien había pagado mi fianza. Me dijeron que había pasado dieciséis horas en prisión. La peor parte es que mi *manager* había pagado la fianza en el momento en que me encarcelaron. Pero ese tipo de información viaja despacio cuando eres alguien a quien la policía odia. Normalmente, la parte mala de un evento como éste sería después recompensada por la publicidad gratuita, algo que en entonces necesitábamos desesperadamente. Pero nunca llegó a los diarios porque, como precaución, el juez

llegó a un acuerdo con mis abogados de que si hablaba con la prensa o hacía público el incidente me iría peor. Como la policía no tenía evidencia, los cargos eventualmente desaparecieron.

La siguiente vez que me encontré con LaVey, un año y medio después, durante nuestro *tour Antichrist Superstar* en 1996, teníamos mucho que discutir. Había visto a los enemigos a los que enfrentaba, y no sólo eran capaces de detener *shows* y hacer demandas irracionales sobre nuestras actuaciones, sino que eran capaces de, sin ninguna razón, robar la única cosa que LaVey y yo apoyamos: libertad personal. Al igual que LaVey, yo también había descubierto lo que ocurre cuando dices algo poderoso que hace pensar a la gente. Te tienen miedo, y neutralizan tu mensaje al ponerte una etiqueta que no está abierta a interpretaciones, como fascista, adorador del demonio o defensor de la violación y la violencia.

En esta visita a la casa de LaVey, traje a Twiggy conmigo. Nos permitió entrar a uno de los únicos cuartos de su casa en el que no había estado. Estaba detrás de la puerta de la que su gordo mayordomo me había alejado la primera vez que visité la casa. El cuarto era un museo privado de antigüedades. La entrada era un sarcófago egipcio gigante que había sido empotrado en la puerta. Había una silla mecedora que supuestamente había pertenecido a Rasputín, la pipa de Aleister Crowley, un altar satánico con un pentagrama gigante sobre él, y un sofá forrado con la piel de algún animal en peligro de extinción. Nos sentamos en una vieja mesa de madera (probablemente la que Aleister Crowley usaba para esnifar cocaína) y comimos carne.

Hablamos de religión y sobre la mera costumbre que preserva códigos prácticos de salud, moral y justicia que ya no son necesarios para la supervivencia de un grupo (como el no comer animales con pezuñas). Tiene mucho más sentido seguir la Biblia Satánica, escrita teniendo en cuenta a la humanidad del siglo veinte, que un libro que fue escrito como compañero de una cultura muerta hace bastante tiempo. Quién dice que dentro de cien años algún idiota no va a encontrar una camiseta de Marilyn Manson —o una gorra de Collapsing Lungs, en todo caso— y va a clavarla a una pared y rezarle.

Mientras discutíamos esto, cada diez minutos LaVey salía del cuarto. Tenía el presentimiento de que nos miraba a través de los ojos de uno de sus cuadros, así que conscientemente me quedaba callado cada vez que él no estaba ahí.

También charlamos sobre Traci Lords porque LaVey me preguntó qué había pasado con ella. Le dije que me había botado y que su predicción optimista acerca de nuestra relación estaba equivocada. Pero después de nuestro *show* del día siguiente me encontré con que ella había tratado de encontrarme todo el tiempo. Como para entonces yo tenía un álbum en el *top ten* y había estado en la portada de *Rolling Stone*, nuestra relación había girado sobre su eje, como LaVey dijo que pasaría. Cuando conocí a Traci por primera vez y ser ella una estrella la hacía parecer distante e inalcanzable. Me aplastó, lo cual me hizo más fuerte, llenándome del deseo —la

necesidad— de convertirme más en una estrella de *rock*. Ahora me había convertido en una. Esta vez yo estaba a cargo y ya no importó más porque sólo la quería cuando no podía tenerla.

Al año siguiente, unos días después de Halloween, recibí una llamada a las cuatro de la mañana diciéndome que LaVey había muerto. Me sorprendió lo triste que me sentí, porque él realmente se había convertido en una figura paterna para mí y nunca pude decirle adiós o siquiera agradecerle por su inspiración. Pero al mismo tiempo sabía que aunque la Tierra había perdido un gran filósofo, el infierno había ganado un nuevo líder.

Abuso, parte 1 y 2

«Encuentro terrible la noción de que otros puedan hacerme lo que yo les hago a ellos».

Duran Duran, *Barbarella*.

Abuso: Cometido

Ciento noventa y cuatro libras de carne abusada, músculos atrofiados y duros huesos, Tony Wiggins era una aspiradora de pecado. Sus ojos azules brillaban con la luz de una fiesta perpetua y sus labios se enrollaban y desenrollaban con amenazadora atracción. Sólo su encanto, que manaba de su cola de caballo rubia y su barba al estilo del Coronel Sanders, señalaban algún rastro de modales, decencia y moral. No importaba dónde estuviera ni a qué hora —mientras más pequeña fuera la ciudad y menos propicio el momento, mejor— Tony Wiggins lograba succionar la suciedad, corrupción y decadencia de las calles y atraerla hacia nosotros.

Conocimos a Tony Wiggins en el momento justo, cuando estábamos débiles y vulnerables. Ese primer año de gira había cobrado su cuota, no sólo en cuanto a nuestra salud y cordura sino también en cuanto a nuestra amistad y nuestras relaciones. En ese entonces, todos nuestros sencillos habían fallado, nuestra música no sonaba en la radio y nadie nos conocía excepto un pequeño grupo de seguidores de Nine Inch Nails y unos cuantos fenómenos. Teníamos un nuevo batería, Ginger Fish, y estábamos listos para regresar al estudio, intentarlo una vez más y, si nuestros próximos sencillos fallaban, ver si *Collapsing Lungs* necesitaba coristas. No queríamos ser una banda *underground* toda la vida. Sabíamos que éramos mejor que eso.

Pero, justo cuando estábamos preparándonos para grabar nuevas canciones en Nueva Orleans, fuimos invitados a unirnos al *tour Spring 1995* de Danzing como grupo telonero. Era una invitación que no pudimos rehusar porque el sello

discográfico consideró que era una gran oportunidad para promover *Portrait of an American Family*, un álbum que, hasta donde nos importaba, estaba muerto. Así que comenzamos la gira de mala gana, resentidos y molestos. El hecho de que en nuestro *show* de práctica una chica me dio *crack* (diciéndome que era cocaína) no ayudó en lo más mínimo. Vomité durante el concierto y no pude dormir durante todo el viaje en autobús hacia nuestro primer *show* con Danzing en San Francisco.

Salí al escenario esa noche con una bata de hospital mental, un suspensorio negro y botas. Mis ojos estaban rojos y vidriosos a causa de tres noches sin dormir. Inmediatamente, sentí algo duro y frío golpear mi rostro. Pensé que era el micrófono, pero cayó al suelo y se rompió, enviando astillas de vidrio que se clavaron en mi pierna. Era una botella que venía del público. Para la segunda canción había botellas y basura sobre todo el escenario y un musculoso tipo con tatuajes me retaba a una pelea. Estaba tan furioso en ese momento que tomé una botella de cerveza del suelo, la estrellé en la batería y detuve la canción. “Si quieres pelear conmigo sube al escenario, capullo”, grité. Entonces cogí la botella rota y la clavé en un lado de mi pecho, arrastrándola a través de mi piel hasta que llegó al otro lado creando una de las más profundas y grandes cicatrices sobre la telaraña que ahora es mi torso.

Escuriendo de sangre, me lancé entre el público y aterricé sobre el tipo musculoso. Cuando los de seguridad me devolvieron al escenario, estaba completamente desnudo y casi todos en primera fila estaban manchados de mi sangre. Tomé el pedestal del micrófono y lo lancé atravesando el bombo de Ginger, destruyéndolo. Él me miró, molesto y confundido —era su segundo concierto con nosotros desde que había remplazado a Freddy the Wheel— pero rápidamente comprendió, atravesando la caja de un puñetazo. Twiggy levantó el bajo sobre su cabeza y lo estrelló en el monitor. Daisy levantó su guitarra y la dejó caer sobre su pie. Destruimos todo lo que había en el escenario excepto a nosotros mismos.

Cuando salíamos después de una actuación de catorce minutos, pasamos junto a Glenn Danzing, que mide casi la mitad de mi tamaño (aunque con diez veces mi masa muscular). Le sonreí maliciosamente, como diciendo, “tú nos trajiste, ahora vas a pagar por ello”.

No queríamos estar en el escenario tocando música. Así que no lo hicimos ninguna noche. Los *shows* continuaron siendo pequeñas demostraciones de brutalidad y nihilismo, y el mapa en mi pecho comenzaba a expandirse con cicatrices, rasguños y ampollas. Todos éramos miserables, exhaustos, contenedores vacíos, autómatas pasados de vuelta. Pero justo cuando incluso nuestra propia violencia comenzaba a aburrirnos y yo estaba sumido en la cueva de la tristeza porque Missi había llamado y dijo que quería terminar nuestra relación —la primera relación que había significado algo para mí— porque yo nunca estaba ahí, conocimos a Tony Wiggins.

Emergió del autobús de Danzing vestido con *jeans* negros, camiseta negra y gafas oscuros. Parecía alguien que te golpearía sin piedad y luego te pediría disculpas. Le hice un cumplido por sus gafas. Se los quitó, y sin siquiera dudarlo, dijo, “Toma, son

tuyas”.

Desde ese día, ya no estábamos de gira con Danzing. Estábamos de gira con Tony Wiggins, su chófer. Cada mañana tocaba la puerta de nuestro autobús o de nuestra habitación de hotel y nos despertaba con una botella de Jagermeister y un puñado de drogas. Cuando su pelo estaba sujeto con una coleta, cosa rara, significaba que estaba haciendo su trabajo llevando el autobús de Danzing. Cuando su pelo estaba suelto, estaba con nosotros, asegurándose de que nuestra autodestrucción no se limitara al escenario. Una noche en un hotel barato y decrepito de Norfolk, Virginia, entró al cuarto, puso unas cuantas rayas en el suelo cubierto de suciedad y polvo para matar cucarachas y las inhaló. “Súbete a mi espalda”, ordenó. Twiggy tomó una botella de Jack Daniel’s del suelo y obedeció. Yo los ignoré porque estaba ocupado escribiendo la letra de una canción llamada *The Beautiful People*. Salieron tambaleándose por la puerta, una ebria bestia de dos culos que de aquí en adelante será llamada Twiggins, y se dirigieron hacia la escalera. De repente hubo ruido y obscenidades. En el fondo de las escaleras encontré a Twiggy boca abajo en un charco de lluvia y sangre. Lo llevamos de emergencia al hospital, pero teníamos tal pinta de locos —escurriendo maquillaje, agua y sangre— que nos ignoraron. En vez de quejarse, Wiggins sólo tomó una bandeja metálica y puso varias rayas más. Así es como las noches con Wiggins terminaban normalmente. Enredaba las cosas y no se detenía hasta que alguien estuviera muerto, en el hospital o inconsciente entre su propio vómito. Y si ese alguien no era él, no se detenía hasta que lo fuera.

Al poco tiempo, Wiggins, Twiggy y yo nos dimos cuenta de que había otras formas para sacar mayor provecho a nuestra situación y tratar de educarnos y acumular valioso conocimiento durante la gira. Empezamos a realizar varios experimentos psicológicos, como acercarnos a una pareja y darle sólo a la chica un pase para los camerinos para probar su relación.

<p>CÍRCULO OCHO: FRAUDE –SEMBRADORES DE ESCÁNDALOS Y CISMAS–</p>

Gradualmente, el estado de la gira comenzó a cambiar de miserable a memorable. En el *tour* con Nine Inch Nails y Jim Rose, me había abstenido de algunos de los trucos humanos más estúpidos a los que se habían entregado los demás, pero ahora ya no me importaba. Mientras estábamos sentados en la cima de una torre de acero de 35 metros fuera de un club llamado Sloss Furnaces en Biloxi, Mississippi, calentando para un *show* con Jagermeister y drogas, Wiggins, Twiggy y yo juramos dejar de explotar a las chicas en el *backstage*. En lugar de eso, decidimos prestarles un servicio terapéutico. Para llevar a cabo nuestros planes, todo lo que necesitábamos era una cámara de video y algunas chicas dispuestas a confesar sus pecados más graves. Poco sabíamos acerca de lo oscuras y perturbadoras que eran en realidad las

vidas de nuestros *fans*.

Mientras actuábamos esa noche, Wiggins hizo el trabajo preparatorio. Debajo del club encontró una red de oscuras catacumbas con rejas de metal, goteras y la atmósfera general de una escena de *Pesadilla en Elm Street*. Corrí para encontrarme con él ahí después del *show*, no sólo por estar emocionado sino también porque necesitaba esconderme de la policía, que quería arrestarme por exposición indecente. Mientras nuestro *manager* del tour los retrasaba, Wiggins nos llevó a las catacumbas, donde tenía a dos pacientes esperando. No sabíamos si nuestro plan para extraerles confesiones iba a funcionar en realidad, y en ese momento en realidad no sabíamos lo que es cargar con el peso de los secretos más oscuros de alguien. Una persona no necesariamente se confiesa con otra para quitarse un peso de encima. Quieren algo: reafirmación, un regalo que es difícil dar con convencimiento.

Bajo una lluvia de preguntas de Wiggins, la primera chica se echó a llorar y nos reveló que cuando tenía once años, varios chicos vecinos la molestaban regularmente. Una noche se despertó con la ventana abierta y a cuatro de ellos de pie en su habitación. Sin decir una palabra, le arrancaron las sábanas, desgarraron su pijama y la violaron uno tras otro. Cuando se lo dijo a su padre el día siguiente, la ignoró. En menos de un año, él también la molestaba sexualmente. Al tiempo que nos decía esto, estaba de rodillas mirando el suelo húmedo. Cuando terminó, me miró a los ojos ansiosamente, con las huellas de sus lágrimas tatuadas en su cara por el rimel negro. Se supone que yo debía hacer algo, decir algo, ayudarla de alguna forma. Con mi música y mis entrevistas, nunca tuve problemas diciéndole a la gente sobre la clase de vida que debían llevar y la independencia que debían demandar. Pero eso era cuando le hablaba a una congregación, a una masa, a un grupo indefinido de gente. Ahora que estaba uno a uno y que en realidad tenía la oportunidad de cambiar la vida de alguien, me quedé congelado por un momento. Entonces le dije que el estar aquí y poder hablar de ello probaba que era lo suficientemente fuerte para sobrevivir a eso y aceptarlo.

Aún me pregunto si algo de lo que dije significó algo para ella, y si tan sólo eran los mismos clichés que había escuchado durante toda su vida. Me dijo que quería cambiar ropa conmigo y se quitó su camiseta, adornada con el *slogan* de Nietzsche «Dios está muerto» seguido por la respuesta de Dios, «Nietzsche está muerto». Aún llevo esa camiseta conmigo a donde quiera que voy.

La primera historia fue tan perturbadora que aún no puedo recordar lo que la segunda chica confesó. Todo lo que recuerdo es que era una bella chica rubia con la palabra «fracaso» grabada en su brazo.

Con cada *show*, Wiggins refinó su metodología inquisitoria. Su arte era brutal y sofisticado, y, como dirían algunos en el campo de la psicología, poco ético. Llegó a un punto tan avanzado que para proceder con su trabajo, tuvo que inventar su propio aparato de investigación. Nos lo reveló después de un concierto en Indiana.

En el *backstage* después de la presentación de Danzing, descubrimos a nuestra

tripulación grabando en video a una chica pequeña de cabello blanco y piel pálida. Un chico que parecía ser su hermano o su novio, de aproximadamente diecinueve años delgado y afeminado, pelirrojo y corte de hongo, y una cicatriz descolorida en la mejilla, estaba de pie a su lado, jugueteando nerviosamente con un cigarrillo. Había en el aire un olor a espuma de afeitar, ya que habían persuadido a la chica de afeitarse y cometer otros actos inmencionables. Parecía la clásica explotación que Wiggins y yo tratábamos de evitar.

Tan pronto como me vieron, ambos se arrodillaron. “Los dioses han escuchado nuestras plegarias”, gritó ella.

“Tan sólo quería conocerte”, me dijo él. “Por eso estamos aquí”. Así que, naturalmente, Wiggins y yo les preguntamos si tenían algo que confesar, además de las atrocidades en las que la chica había tomado parte con nuestra tripulación. Instantáneamente, la chica miró al chico y él bajó la cabeza avergonzado y triste. Sabíamos que habíamos encontrado a la persona perfecta para probar la nueva invención de Wiggins.

Wiggins le preguntó al chico si le incomodaba estar atado e inmóvil, y lo trajo al cuarto trasero del área de vestidores, pidiendo varios minutos para prepararse. Cuando entré estaba atado con las manos detrás de la espalda en un aparato que lo obligaba a tener la piernas abiertas en un ángulo de noventa grados y las manos detrás de la espalda. El aparato había sido diseñado para mujeres, pero era más perturbador el ver a un chico desnudo abierto de piernas ahí. Si movía cualquiera de sus miembros en esa posición, la cuerda alrededor de su cuello se apretaría y comenzaría a ahogarlo. Para evitar estrangularse, tenía que esforzarse por mantenerse en esta incómoda y vulnerable posición. Tony se puso de pie junto a él con una videocámara, capturando su lucha desde cada ángulo.

“¿Hay algo que quieras confesar?”. Comenzó Wiggins con elegante acento sureño con un deje de amenaza. Afuera, *Master of Puppets* de Metallica proveía el *soundtrack* para nuestro experimento.

Él dudó, y trató de ponerse en una posición cómoda, lo cual era imposible. Con su mano libre, Tony levantó la barbilla hacia la videocámara, y él comenzó a hablar. “Mi hermana y yo, escapamos de casa hace como dos años...”. Sus palabras se acortaban y se fragmentaban mientras luchaba con las cuerdas.

“¿Ésa de afuera es tu hermana?”, preguntó Wiggins. Nunca dejó que nadie hablara vagamente.

“No. Sólo una amiga. Ella pide dinero en las calles conmigo”.

“¿Por qué os escapasteis?”.

“Abuso, de verdad. Sólo abuso. Nuestro padrastro principalmente. Necesitábamos dinero para las entradas. Para ver el concierto. Y para otras cosas. Así que hicimos *auto-stop* hasta una parada de camiones. Yo quería venderla. Su cuerpo”.

“¿Qué ropa llevaba?”, quiso saber la mente inquisidora de Wiggins.

“Sólo unos zapatos de tacón que encontramos. Una blusa ajustada. Jeans. Algo de

maquillaje que robamos. Pero no era por sexo. Sólo sexo oral”.

“¿Era la primera vez que la vendías?”.

“Algo así”.

“¿Sí o no?”, Wiggins era un maestro.

“Por dinero sí”.

“¿Y qué pasó?”.

“Un camionero”. El chico rompió a llorar, y su rostro se puso rojo por una mezcla de emoción y porque la cuerda le apretaba alrededor del cuello. Flexionó sus muslos para evitar ahogarse. “Este camionero, la llevó dentro. Su camión. Y yo la oí gritar, así que me subí. Hasta la ventana. Pero antes de que pudiera...”. Se ahogó por un momento, después recuperó el equilibrio. “Me golpeó. Me golpeó y...”. Estaba llorando y sus piernas temblaban. “Y no sé donde está...”.

“¿Quieres decir que se la llevó con él?”, preguntó Wiggins incrédulamente. Ya ni siquiera le prestaba atención la cámara. Nunca lo había visto sorprendido por nada antes y no le he visto así desde entonces. Ambos sabíamos que estábamos metidos hasta el cuello y teníamos miedo de que el chico no pudiera resistir más contra las cuerdas.

Repentinamente, la música de afuera de detuvo y oímos varias voces dando órdenes. Abrí la puerta un poco para ver hacia los vestidores, donde dos policías revisaban nuestras bolsas de maquillaje y revisaban las licencias de conducir de varias chicas. Cerré la puerta, puse el seguro y miré a mi alrededor con pánico. Tenía drogas en mi bolsa, un chico desnudo fugado de casa atado a un aparato de tortura y una videocámara grabando todo como evidencia. Lo desatamos rápidamente, y rodó hacia un lado, enrollándose en posición fetal. Mientras recuperaba el aliento, silenciosa e incómodamente le pusimos el resto de su ropa. Escuché por la puerta, la gente reía de nuevo, un signo seguro de que la policía se había ido. Por suerte no sabían que había un cuarto trasero. Estaban buscando a la hija de un prominente político local. El chico parecía necesitar nuestra ayuda pero, como la policía aún estaba en el club, le aconsejamos a nuestro nuevo amigo que los buscara y les contara su historia, la cual aún me acosa.

Comparado con muchos de mis *fans*, yo he tenido una vida fácil. Una persona que me ayudó a darme cuenta de eso fue Zepp, a quien conocimos en una de nuestras primeras noches en Philadelphia. Mientras nos dirigíamos al camión después del *show*, un tipo bajo y fornido de cabello largo de barbilla cuadrada y perilla al estilo LaVey nos hizo señas desde fuera del aparcamiento, prometiendo darnos un tanque de óxido nitroso si le autografiábamos algo. Como yo nunca había inhalado gas de la risa antes, acepté. Se presentó como Zepp, llamado así por un viejo tatuaje de Led Zeppelin en su hombro derecho. En nuestra siguiente docena de *shows*, Zepp se aparecía en le *backstage* con óxido nitroso, *pizza* o fotografías de chicas adolescentes. Casualmente, decidimos que como pasaba mucho tiempo con nosotros, también podría trabajar para nosotros. Le di una cámara, le pagué y salió de gira con nosotros.

Supe que encajaría el día que abrí la puerta de la parte trasera del autobús de la gira y le encontré filmando a Twiggy y a Pogo fornicando con una muñeca inflable que yo había comprado como una broma. Pogo metía su polla en el trasero, Twiggy tenía la suya en la boca, y olvidé ver si Zepp lo tenía en su mano.

Gradualmente, supimos que Zepp no sólo era un chico normal de Pennsylvania. Decía haberse tirado a trescientas chicas en su pueblo, y un día abrimos el compartimiento de equipaje para encontrarle sobre la chica número trescientos uno. Solía inyectarse heroína con su tía, y nos contó algunas historias exóticas sobre cómo en el delirio de su adicción se habían inyectado agua sucia de un charco y whisky. Era un milagro que aún estuviera vivo, y uno muy afortunado, ya que Zepp fue quien nos presentó a las *slashers*, dos chicas que nos seguían por todo el país. Me recordaban a las chicas Manson de 1969, porque ambas parecían las clásicas adolescentes americanas suburbanas con las que algo había salido ligeramente mal. En este caso, lo que había salido mal era que a una, una chica de apariencia inocente con cejas blancas llamada Jeannette, le gustaba grabar con una navaja la palabra «Marilyn» en su pecho antes de cada *show* y a la otra, una chica callada de pelo castaño largo y media docena de aretes en los labios llamada Alison, le gustaba grabar la palabra «Manson» sobre su pecho, con la S invertida. En casi cada *show* desde entonces las he visto cantando en primera fila con heridas frescas llenando de sangre sus vestidos o blusas.

Entre Zepp, Tony Wiggins y mi propia locura rebelde, esa gira se convirtió en uno de los periodos más caóticos turbulentos y decadentes de mi vida. Uno de los incidentes más perturbadores tuvo lugar después de una actuación en Boston. Yo estaba en el vestidor bebiendo Jack Daniel's con el resto de la banda cuando Wiggins me hizo señas desde la puerta.



TONY WIGGINS

“Tengo alguien que quiere decirte algo”, susurró maliciosamente.

Me condujo hasta un cuarto donde una chica en ropa interior blanca y calcetines rosas me esperaba, atada a la máquina aspiradora de pecados de Wiggins. Habría sido atractiva, pero sobre todo su cuerpo, particularmente en la nuca y la parte trasera de sus piernas, había manchas rojas con islas de carne blanca en el centro. Era una vista incómoda porque, aún antes de que confesara una palabra, yo ya sentía lástima por ella. A pesar de esto, también estaba un poco excitado porque parecía una bella doncella que había sido atacada por una bestia. Y pocas cosas son más excitantes que la belleza desfigurada. Lo más extraño es que me parecía familiar, como si la hubiera visto en otro lugar antes.

“¿Qué te ocurrió?”, pregunté. Era mi turno para interrogar.

“Tengo una enfermedad en la piel. Nada contagioso”.

“¿Es eso lo que tienes que confesar?”.

“No”, dijo ella, deteniéndose para reunir fuerza para lo que estaba a punto de decir. “Lo que tengo que confesar tiene que ver contigo”.

“Las fantasías no cuentan”.

“No. Es de cuando te conocí en persona. Hace un año. Cuando estabas de gira con Nine Inch Nails”. Se detuvo y luchó con el aparato. Ella era pequeña y débil.

“Adelante”, dije, sabiendo que si yo le hubiera hecho algo malo definitivamente recordaría esas manchas.

“Estaba en el *backstage* y me dijiste hola. Yo era la chica que fue con Trent al hotel esa noche”.

“Bien, lo recuerdo”, dije, y así era.

“Lo que pasó es que en entonces salía con alguien, y él estaba molesto conmigo porque yo quería ir al *backstage* y acostarme con Trent. Pero lo hice de todas formas”.

“¿Y él rompió contigo?”.

“Sí. Pero eso no es lo que... lo que intento decir. Al día siguiente me empezó a doler el estómago y a tener estos dolores. Fui al médico y me dijo que estaba embarazada de varios meses. Pero...”, —y se echó a llorar—, “no tuve al bebé. Había abortado por haber practicado sexo”.

No sé si creí lo que había dicho, pero ella parecía creerlo. Su última palabra, “sexo” escapó de su garganta como un dardo de un a cerbatana. El recuerdo la había abrumado tanto que dejó de hacer presión en sus brazos y piernas y dejó que la máquina de Wiggins le apretara el cuello con fuerza. Su cabeza golpeo el suelo, inconsciente. Aún asombrado por su confesión, me agaché y comencé a luchar con los nudos y la soga, sin poder hacer nada mientras su cara pasaba de roja a morada. Wiggins sacó una navaja de su bolsillo y cortó la cuerda alrededor de su cuello, liberando la presión. Pero ella no despertó. La abofeteamos, le gritamos, le derramamos agua encima. Nada funcionaba. Esto no era bueno. No quería ser la primera estrella del *rock* en matar realmente a una chica en el *backstage* debido a su hedonismo.

Después de tres minutos, gimió y abrió los ojos. Tal vez fuera ésa la última vez que quiso entrar al *backstage*.

Abuso: Recibido

Cuando regresamos a Nueva Orleans para grabar después de la gira, pensamos que todo regresaría a la normalidad. Pero al igual que Wiggins nos había enseñado el verdadero significado del placer, una palabra que hasta entonces creíamos entender, Nueva Orleans nos enseñó el odio, la depresión y la frustración. La gente piensa que el odio y la misantropía son escudos protectores contra el mundo. Pero en mi caso no provenían de la dureza sino del vacío, del hecho de que mi humanidad se me estaba escapando como sangre por todas las heridas que había infligido en mí mismo. Para

poder sentir algo —placer o dolor— tenía que perseguir experiencias que eran más que normales y más que humanas. Nueva Orleans, donde la única cosa que se podía hacer era reírse de lo deprimente que era, era el peor lugar posible para buscar significado o humanidad. Era como encontrar calidez en el abrazo de una puta. Si la gira había extinguido lo poco que quedaba de mi moral, Nueva Orleans devoró mi alma.

Mientras más tiempo permanecías en Nueva Orleans más feo te volvías. Y las personas con las que nosotros nos juntábamos eran los más feos. Eran vendedores de drogas, minusválidos y vagos. Las únicas personas atractivas en la ciudad venían del aeropuerto o iban camino a él. Nuestros escondites eran bares como The Vault, un bar gótico industrial del tamaño de una habitación de hotel. El suelo estaba cubierto de una sustancia formada por orina cuajada, cerveza y una condensación generalizada a causa del clima húmedo y fétido de la ciudad. Solamente usados para la ingestión de sustancias de clase uno, los baños ni siquiera tenían retretes. Pasamos muchas noches en el club inhalando drogas con el DJ y convenciéndole de poner *Number of the Beast* de Iron Maiden en su totalidad para que pudiéramos ver a los chicos góticos tratando de bailarla. Al atardecer regresamos a casa, un miserable apartamento de dos habitaciones en una colonia de mierda donde dos policías habían sido asesinados de un tiro en la cara. Todos dormíamos en el mismo cuarto, inhalando la peste de ropa sucia y los desechos de ratas y bichos. Cuando fue demasiado, contratamos una sirvienta guatemalteca para que limpiara el desorden por diez dólares la hora.

Todos nos trataban como mierda en Nueva Orleans, y a cambio nosotros los despreciábamos tratábamos como mierda también. Una chica nos seguía tratando de entrevistarnos para su *fanzine* y una noche me harté, cogí su *minicassette* y la traje a la habitación preguntando a la gente que pensaban de Iron Maiden. Después meé sobre la grabadora y se la lancé. Cada vez más, nuestras noches se convertían en largas cadenas de actos nihilistas.

Otra chica que nos perseguía era una que Trent me había presentado cuando estábamos de gira con él. Era conocida como Big Darla, y le pegaba el nombre. Pertenece a la clase de vampiros que revolotean a mi alrededor en bares, esperando hacer contacto visual para así poder venir a chuparme la vida. En nuestra primera noche en Nueva Orleans, se acercó a la puerta llevando una vieja camiseta de Marilyn Manson y con una caja de bocadillos de Nueva Orleans que tenían pinta de excremento de vaca aplastada cubierta de aceitunas, mostaza y orina de gato. Durante toda nuestra estancia en Nueva Orleans, ella y sus *sandwiches* nos siguieron a todos lados, una molestia constante.

En el cumpleaños de Trent Reznor, caminábamos por la orilla del río Mississippi pensando en qué regalarle, ya que lo tiene todo y de normal lanza los regalos a un rincón y nunca los vuelve a mirar, cuando vi un tipo con sólo una pierna y se me ocurrió la idea de obtener su prótesis como regalo. Mientras trataba de convencerle para que me la diera, una hermosa chica pasó por ahí, y comencé a hablarle. Le

pregunté si conocía la música de Nine Inch Nails, y dijo que sí. Entonces me enseñó un corte que tenía en el brazo, como si yo pudiera encontrar la relación.

“Hoy es el cumpleaños de Trent Reznor”, le dije. “¿Quieres venir con nosotros y preparar una sorpresa?”.

Parecía tener diez años, aunque debía ser mucho mayor. Resultó que era *stripper*, y pensé en tener sexo con ella cuando la trajimos al apartamento para cambiarnos para la cena. Pero ella comenzó a hablar de *crack* y prostitución y me asustó. Así que la llevamos a Brennan's, uno de los restaurantes más caros de la ciudad. Trent asumió que ella era mi cita y no dijimos una palabra sobre su cumpleaños. Después de la cena, mientras Trent hablaba, se subió a la mesa, se quitó toda la ropa quebrando todas las reglas de este restaurante de clase alta. Parecía Brooke Shields en *La pequeña*, y nos avergonzó a todos ya que nos hizo parecer un grupo de pornógrafos infantiles. Eso hizo que las bromas comenzaran, y nos emborrachamos, nos drogamos, y hablamos con gente con la que nunca hablaríamos a menos que estuviéramos borrachos y drogados. Como apropiado final para nuestra desastrosa noche, regresamos a casa y abrimos la puerta tan sólo para toparnos con la ancha espalda desnuda de Big Darla. Debajo de ella había dos delgadas piernas apuntando hacia la puerta. Eran las de Scott, y él parecía más avergonzado de haber sido descubierto de lo que estaba en realidad. Como chicos de preparatoria que han descubierto a un compañero masturbándose en el baño, Trent y yo nos reímos del espectáculo, añadiendo el recuerdo a nuestra creciente lista de bromas privadas, aunque Trent se rehusaba a burlarse de Scott o Big Darla, ya que por alguna razón sentía cierta debilidad por ellos.

En el estudio, la vida no era menos bizarra. El caos de la gira con Tony Wiggins y la corrupción de Nueva Orleans nos sumergió en un periodo creativo, y Twiggy y yo escribimos trece canciones, trabajando tan cercana y sincronizadamente que ni siquiera teníamos que hablar para comunicarnos las ideas. Cuando pusimos todas las canciones juntas en una cinta *demo*, vimos que habíamos creado una metáfora gigante para nuestro presente, nuestro pasado y nuestro futuro. Trataba sobre la evolución de una oscura, retorcida y dañada criatura de una infancia transcurrida viviendo con temor hasta una madurez dedicada a sembrar miedo, de un debilucho a un megalomaniaco... de un gusano al destructor del mundo. Teníamos una visión, teníamos un concepto y, aún si nadie más creía en la música, sabíamos que al menos teníamos varias de nuestras mejores canciones. Estábamos listos para empezar a sintetizar nuestras vidas en un solo disco.

Pero cuando le mostramos los *demos* a Trent para preguntarle su opinión, él sólo pareció preocupado porque Scott no tocaba la guitarra en la grabación. “Escucha”, le dije. “Ni siquiera sabemos si podemos seguir trabajando con este tipo. Él no entiende para nada la dirección que estamos tomando”.

“Él es la columna vertebral de Marilyn Manson”, nos advirtió Trent. “Marilyn Manson es conocido por el estilo de sus guitarras”, acordó John Malm, nuestro

manager.

Una ola de frustración recorrió mi cuerpo. Me clavé una uña en un costado para mantenerla bajo control. “He leído cientos de artículos y nadie ha mencionado las guitarras”, dije, molesto. “De hecho, nadie habla siquiera sobre las canciones. Yo quiero escribir canciones buenas sobre las que la gente hable”.

Les ofrecí mostrarles las letras, pulir las canciones, añadir melodías extra, pero nadie tenía fe en el proyecto. Además, todos pensaban que aún debíamos estar promocionando *Portrait of an American Family*. En muchas formas, yo era mi peor enemigo porque aún no confiaba en mí mismo. Era tan nuevo en esto que le creía a los publicistas, abogados y ejecutivos de la compañía. Seguía sus instintos en lugar de los míos, así que me olvidé de las canciones que habíamos escrito y, por primera y última vez, me comprometí. Comenzamos a trabajar en un EP de remezclas, versiones y experimentos de audio que encapsularan nuestro estado mental de entonces, oscuro, caótico e influenciado por las drogas.

Cualquier fallo que haya encontrado en *Portrait* palidecía en comparación a lo que resultó ser este EP. Fue como coser un elaborado disfraz para una fiesta y tropezar con algo al salir de casa y sin poder hacer nada al ver cómo se descose y desbarata. Ese algo, en este caso, fue Time Warner, la compañía madre de Interscope/Nothing.

El álbum que entregamos a la compañía comenzaba con una de las grabaciones más perturbadoras que hubiera hecho jamás. Naturalmente, Tony Wiggins estaba involucrado. Era de una chica que habíamos metido al *backstage* en los inicios de la gira con Danzing. Ella suplicó ser humillada y abusada. Wiggins comenzó felizmente, cortándole el vello púbico, azotándola ligeramente y enredando una cadena alrededor del cuello. Pero ella seguía pidiendo más y más abuso hasta que, finalmente, gritó que su vida era inútil y suplicó que la matáramos ahí mismo. La grabación mostraba a Wiggins preocupándose de haber ido demasiado lejos. “¿Estás bien, verdad?”, preguntaba mientras ella dejaba escapar una ola de alaridos que no podían ser diferenciados entre placer y dolor. “Sabes que no voy a matarte”, el trató de confortarla.

“No me importa”, le dijo ella. “Esto es magnífico”. Fue la única vez que vi a Wiggins tratar de contenerse.

En el álbum, justo cuando decía que su vida no importaba y suplicaba ser asesinada había un fuerte y ambiguo impacto cataclísmico y después el bajo de *Diary of a Dope Fiend* entraba lentamente. Era el prefacio perfecto para un álbum sobre el abuso: abuso sexual, abuso doméstico, abuso de drogas, abuso psicológico. A la mitad del disco incluíamos una grabación de las confesiones que habíamos coleccionado, de una chica que había abusado sexualmente de su primo de siete años. Subrayaba la historia secundaria del álbum, sobre el blanco más común del abuso: la inocencia. Siempre me gustó la idea de *Peter Pan* de ser un niño mentalmente aunque no lo fueras físicamente, y *Smells Like Children* era supuestamente un disco infantil

para alguien que ya no es un niño, alguien que, al igual que yo, quiere recuperar su inocencia ahora que está lo suficientemente corrompido para apreciarla. Habiendo sido nuestra inocencia recientemente abusada por nuestro *manager* de la gira, Frankie, a quien despedimos cuando descubrimos que había incurrido en gastos por 20.000 dólares que no pudo justificar, nos sentimos justificados a añadir una canción sobre él llamada *Fuck Frankie*.

El pegamento que mantenía todo esto unido eran diálogos de *Willy Wonka y la Fábrica de Chocolate* sacados de contexto para que tuvieran un doble sentido sexual. Y la pieza central era nuestra versión de *Sweet Dreams* de Eurythmics, la que ya habíamos interpretado en vivo. En un solo verso, resumía no sólo el álbum sino también la mentalidad de todos a quienes había conocido desde que había formado la banda: «Some of them want to abuse you/ Some of them want to be abused». La compañía de discos caía en la primera categoría de abuso. Hicieron que quitáramos los *samples* de Willy Wonka porque no creían que pudiéramos conseguir el permiso para usarlos y —ya debía haber aprendido mi lección para ese entonces— debíamos tener el permiso escrito de las personas en las grabaciones de Tony Wiggins. La mayoría de las discográficas probablemente habrían llegado a la misma conclusión, una de las razones por las que el arte y el comercio son en esencia incompatibles.

Pero entonces, de la nada, Nothing llegó a una decisión que iba estrictamente en contra de el instinto comercial. No querían sacar *Sweet Dreams* como sencillo, aunque yo sabía que sería una canción que le gustaría incluso a la gente que no le gustaba nuestra banda. La compañía quería lanzar nuestra versión de *I Put a Spell on You* de Screamin' Jay Hawkins, demasiado oscura, incoherente y esotérica incluso para algunos de nuestros *fans* más fieles. Esta vez combatimos a la compañía, y aprendimos que podíamos ganar. La otra cosa que aprendí fue el apegarme a mis instintos, ya que usualmente terminaban sirviéndome mejor que los de cualquiera. Fue una experiencia desalentadora pero no dolió ni la mitad de lo que dolió el que nadie de la compañía nos haya felicitado por el éxito de la canción. Lo que comenzó como un álbum perturbador se había convertido en un álbum que sólo me perturbaba a mí.

El único consuelo fue que a través de un desafortunado error alguien de la planta impresora de discos hizo varios cientos de copias de nuestra versión original del álbum pensando que era el nuevo. Sin siquiera escucharlos, la compañía los envió como copias promocionales a estaciones de radio y periodistas antes de darse cuenta del error. Ahora, están disponibles para cualquiera que quiera oírlos en Internet. Aunque alguien en la discográfica en realidad me acusó de haberlo planeado, ya desearía yo tener tales recursos. Dios, sin importar lo irrelevante que sea para mí, trabaja de forma misteriosa.

Otra bendición fue que, a pesar de tener que eliminar las grabaciones que hicimos durante la gira, pudimos incluir a Tony Wiggins en la versión aprobada del álbum. El resultado fue uno de los momentos más irónicos y sorprendentes del disco, una

versión acústica de *Cake and Sodomy*. Como la canción critica a la basura blanca sureña y cristiana, pensamos que no había mejor manera de remezclarla que poner a Wiggins a tocar una versión así.

Durante toda nuestra estancia en Nueva Orleans tan sólo tuvimos un momento divertido. Y tuvimos que agradecer a Wiggins por eso.

Los narcóticos eran tan abundantes ahí que nos aburrimos de tomar drogas. Para entretenernos, tuvimos que añadir juegos especiales, rituales y escenarios para experimentar con drogas. En el cumpleaños de Twiggy, un *barman* que trabajaba en un basurero del French Quarter vino con un amigo, un músico que tocaba *slap* en el bajo con un garfio. Ya que su fuente primaria de ingresos era vender drogas, trajo una cantidad considerable de cocaína. Pero nosotros no sólo queríamos drogas. Queríamos la combinación de drogas, rituales y las situaciones en las que Wiggins era capaz de meternos.

En un cuaderno Twiggy y yo dibujamos a Wiggins con lápiz y crayón rojo, presentándolo muriendo como Cristo en la cruz, presidiendo sobre una Última Cena de gusanos y sangre, y descendiendo a la Tierra disfrazado del Ángel de la Muerte. En una bandeja en el suelo, pusimos varias rayas de coca junto a varias copas de Jaggermeister y pollo en pan (para representar el supuesto asesinato de pollos y la confirmada incineración de nuestro batería en el escenario). Detrás de ellos, pusimos un muñeco maltratado de Huggy Bear, el proxeneta de *Starsky y Hutch*, al cual le faltaba una pierna. Dentro de ese agujero de plástico fue donde guardamos nuestras drogas durante la gira con Tony Wiggins. Cada vez que ingeríamos el contenido de ese agujero extra, nos referíamos a ello en clave como “bailar con el proxeneta de una pierna”. Y la noche del cumpleaños de Twiggy lo hicimos. Yo estaba desnudo con una peluca rubia, una máscara de pollo con ojos vidriosos y una corona roja de papel hecha en casa. Twiggy llevaba puesto un vestido azul que parecía un mantel, medias, una peluca pelirroja y un sombrero vaquero. Parecía una mujer zombi de Texas.

Llamamos a Wiggins a su teléfono portátil y, tan pronto como contestó, condujo nuestra comunión, intentando transustanciar la sangre y cuerpo de Tony Wiggins en nuestra merienda tóxica. Esnifamos una línea, lamimos la cabeza de Huggy Bear, sumergimos el muñeco en los restos de cocaína y la restregamos en nuestras encías. Después tomamos un trago de Jaggermeister, y pusimos la hostia de pollo en nuestras bocas. No llevó más de cuarenta y cinco minutos para que Twiggy y yo completáramos esta sagrada carrera de obstáculos. Wiggins nos reconoció al instante.

<p>CÍRCULO OCHO: FRAUDE –ADIVINOS, ASTRÓLOGOS Y MAGOS–</p>

Como habiendo comido la fruta del conocimiento, me di cuenta de que debía cubrir mi desnudez. Así que tomé el tubo de cartón de un rollo de papel y lo pegué

alrededor de mi pene con cinta adhesiva. En un intento por convertirlo en un rudimentario suspensorio, ebriamente arranqué el televisor de la pared y até el cable alrededor de mi cintura como un cinturón. Tratamos de hacer que Pogo hiciera o usara algo que nos divirtiera, pero nuestros esfuerzos fueron en vano. Observamos durante una hora cómo una chica borracha con costras en las piernas se inclinaba con las bragas por las rodillas, tratando de recobrase de su pánico escénico y dejar cayera orina sobre su ansiosa boca. Después retamos a Pogo a cortarse las venas con un cuchillo, cosa que hizo varias veces, y roció EZ-Cheese sobre sus genitales y se masturbó, también nosotros, pero falló tanto en levantar nuestro interés como en excitarse. Fue una noche típica: Nos habíamos drogado demasiado y comenzábamos a volvernos locos de los nervios hasta mucho después de haber salido el sol. Twiggy cogió su guitarra y le metió una *minicassette* puesta en alta velocidad, causando que el instrumento emitiera extraños sonidos como de ardilla. Como no era muy gracioso sin un público (o para nadie que no estuviera drogado), corrimos gritando a las calles vestidos con nuestros conjuntos caseros, topándonos con un indigente durmiendo en la acera. “Oye, amigo, ¿qué diablos haces?”, preguntó Twiggy, tratando de ser amistoso. Pero el tipo estaba o demasiado asustado para responder o tan sólo quería que le dejáramos en paz. Sabiendo que los tóxicos son el camino más rápido al corazón de un hombre le dimos una botella de vodka. Ahora que estábamos en la misma onda, pensamos que tal vez él se uniría a nuestro circo ambulante. Así que le invitamos a ponerse una peluca, a bailar y cantar canciones con nosotros. Nos sentimos como si tuviéramos cuatro años de nuevo, y fue muy divertido. «Hey Joe...», cantó Twiggy para apurar al caballero. «Hey, Joe, ¿qué vas a hacer hoy? ¿Crees que podrías venir con nosotros?». Pero Joe no bailó ni fue a ningún sitio. Se meó encima mojando nuestros pies desnudos. Estábamos tan sorprendidos por esta inesperada *performance* artística que no notamos las sirenas detrás de nosotros. Alguien debió haber llamado a la policía. En la gira con Danzing tuve un encuentro tolerable con la policía cuando me arrestaron por exponer mi trasero en el escenario y, en vez de humillarme en la comisaría, me pusieron una multa, me pidieron disculpas y después uno me preguntó si podía hacerse una foto conmigo porque era mi *fan*. Pero sabía que había sido sólo suerte, no una costumbre. No sentía ganas de probar mi suerte en Nueva Orleans, especialmente al no llevar más que una cubierta para penes de cartón. “Dejen lo que están haciendo y pongan sus manos contra la pared”, tronó un altavoz desde la parte de arriba de una de las patrullas. Miré a Twiggy. Twiggy miró a Pogo. Pogo miró a Joe. Joe mojó sus pantalones de nuevo. Entonces hicimos lo que todo ciudadano respetable hace cuando se enfrenta a una autoridad superior. Corrimos, y no miramos atrás. Después de una breve pausa que consistió en que todos perdimos el conocimiento durante varias horas, seguimos con nuestra aventura. Junto a una pareja tatuada y perforada en exceso, condujimos hasta un cementerio fuera de la ciudad donde nos dijeron que los huesos brotaban del suelo como flores. En lugar de las estatuas, sepulcros y lápidas que esperábamos ver, el

lugar parecía un vertedero de cadáveres del siglo XIX. Había dientes mezclados con la tierra y piedras y huesos rotos expuestos al aire. Vagamos por ahí durante media hora llenando una bolsa de plástico con huesos. Supongo que pensamos que serían buenos regalos para nuestras amistades para el siguiente cumpleaños de Twiggy. Twiggy, ebrio de nuevo, quería llevarse también algunas lápidas pero no se lo permití. No por respeto a los muertos —había perdido la habilidad de respetar a los vivos, ya no digamos a los muertos— sino porque eran demasiado pesadas para cargarlas. Trajimos los huesos al apartamento y los guardamos en el cuarto de escobas en el pasillo. Eso probablemente tuvo algo que ver con la conducta extraña de la señora de la limpieza al día siguiente, quien renunció misteriosamente, dejando su rosario colgando de la manivela de la puerta del cuarto de escobas.



Durante la gira *Smells Like Children*, Twiggy arrastró los huesos de ciudad en ciudad, diciendo a todos los que preguntaban que eran los restos de nuestro batería anterior, Freddy, a quien habíamos quemado vivo. Freddy, como ahora se llamaba la bolsa de huesos, terminó de nuevo quemado en Los Angeles. Como siempre, Tony Wiggins estaba involucrado.

Cuando nos complacíamos a nosotros mismos, normalmente era en tributo a Tony Wiggins, porque él nos había enseñado que no hay límites. Y a menudo, oía nuestra llamada y, cuando estábamos más tristes y aburridos venía volando a nosotros como

un fantasma. Cuando la gira estaba punto de terminar se materializó en el *backstage* antes de un concierto en el Palace de Los Angeles. Estaba borracho e irritado por alguna clase de droga. Probando que podía recibir el abuso tan bien como lo daba, insistió en que le cortara. Como nunca había usado el cuerpo de nadie más que el mío como lienzo para hacer cicatrices antes, accedí, haciéndole un tatuaje temporal en forma de estrella. Pasó la totalidad del *show* a un lado del escenario, sangrando y tratando de poner whisky en nuestras gargantas cada vez que pasábamos. Era el tipo de conducta que esperaríamos de él.

Después fuimos a una fiesta en la habitación de hotel de Wiggins en Sunset Boulevard. Todo el asiento del baño estaba cubierto de cocaína y el cuarto estaba lleno de pretenciosos tipos de Los Angeles que entraban diciendo que conocían a alguien famoso. Al mismo tiempo tomaban nota para después entrar a otra fiesta otra noche diciendo que conocían a Marilyn Manson.

Se nos terminó la cerveza y resultó en una infructífera expedición al supermercado de Ralph que tuvo algo que ver con Wiggins ofreciendo quinientos dólares a varios policías para que le compraran cerveza. De regreso al hotel le donó el dinero a Twiggy y todo estuvo bien de nuevo —hasta que se nos terminaron las drogas. Toda la noche, Twiggy y yo no habíamos querido nada más que hacer que estos tipos ricos de L. A. se fumaran los huesos de Freddy como si fueran la última marca de cigarrillos franceses. Ahora era nuestra oportunidad. Tomamos una de las costillas de Freddy, le cortamos algunos pedazos y lo pusimos en una pipa. La encendimos y cada uno dio una calada, dejando que nuestros pulmones se llenaran de los humos de un cadáver desconocido. Aunque el cuarto pronto se llenó de las peste de un cadáver quemado, convencimos a dos chicas molestas que probaran. Ambas vomitaron y salieron de la habitación, que era lo que queríamos en primer lugar. Twiggy terminó su noche vomitando en el baño; yo terminé la mía soñando que era poseído por un viejo sacerdote bautista de la Louisiana de fin de siglo.

En retrospectiva, la experiencia no fue ni cercanamente tan mala como algunas experiencias que había tenido con drogas normales. Cuando estábamos con Nine Inch Nails, un poco antes del incidente de fumar huesos, me ofrecieron uno de los pocos narcóticos que nunca antes había probado: hongos. Pogo, Twiggy, la mayor parte de Nine Inch Nails y yo ingerimos varios y salimos a un lugar llamado Mars Bar. Se supone que estaba cerca, pero el viaje duró una hora. De camino bebimos varias latas de Budwiser. Pero sin importar cuantas bebiéramos, no pudimos vaciar una sola lata. O alguien en Budwiser era un genio o los hongos estaban haciendo efecto.

Mars Bar era exactamente el lugar incorrecto para estar en nuestro estado mental. Era un siniestro centro comercial abandonado cerca del río, y la única forma de llegar ahí era tomar un tambaleante ascensor inundado de luz negra. A alguien se le ocurrió la terrible idea de jugar «a ser molécula», y comenzó a girar y a chocar con todos. Uno de los que estaba era Bill Kennedy, un notable productor de *heavy metal*, y al momento de chocar conmigo se convirtió en un demonio con cabello llameante,

cáscaras de maíz en vez de dientes y serpientes enredadas alrededor de su cintura. Cuando reía, colillas de cigarro volaban hacia dentro y hacia fuera de su boca como palomitas rebotando en una olla. Era una pesadilla, y me recordó demasiado tarde porqué no debo tomar drogas psicodélicas.

Cuando la puerta del ascensor finalmente se abrió lo hizo en un cuarto lleno de esqueletos color café. Todo mundo era delgado y bronceado y, bajo las luces negras, parecían de un color café sobrenatural. Todos los muebles eran demasiado pequeños como salidos de *Alicia en el país de las maravillas*. Y la música seguía cambiando. Las canciones que ponían tenían nuevas secciones que yo nunca había oído, o todo lo que yo podía oír era el platillo de contratiempo. Fuimos llevados por el personal del club hacia una mezcla de jaula y zoológico para acariciar, donde todos podían vernos y meter sus manos y tocarnos. No había nada que hacer ahí mas que sentarse y ser observado. Me estaba volviendo loco. Miré a Pogo y tenía una luz roja brillando justo sobre él como si estuviera a punto de ser abducido por extraterrestres. “¿Estás bien?”, pregunté. Él sólo sonrió y respondió, “Voy a matar a alguien”. Y lo dijo en serio, lo cual me aterrizó.

Una salida me fue conveniente y temporalmente suministrada cuando un tipo de apariencia amistosa se acercó y dijo que me conocía. Lo recordé vagamente como barman en el Reunion Room, donde habíamos tocado algunos de nuestros primeros *shows*. “Éste es mi local”, dijo. “Soy el dueño de este lugar”.

“Grandioso”, contesté. “¿Hay algún lugar al que puedas llevarme para sacarme de aquí? Me estoy volviendo loco”.

Me llevó a la parte trasera del club y abrió la puerta de un cuarto gigante. Entré y me siguió, cerrando la puerta detrás de él. “Sabes”, dijo, “tú salías con una de mis ex novias”.

Fue algo cruel para una persona en mi precario estado mental. Me sentí acorralado. Traté de apagarlo y miré en las escaleras, desde las cuales grotescas gárgolas me miraban amenazadoramente. Traté de pensar en algo más, y todo lo que pude imaginar fue que probablemente Pogo estaba matando a alguien en ese momento y que yo iba a tener que hablar con la policía. No me importaba a quién estaba matando ni si lo iban a freír por eso; tan sólo no quería enfrentar a la policía mientras estaba bajo el efecto de los hongos.

De pronto, la puerta se abrió y una docena de personas que me habían estado buscando por todo el club entraron. “¿Estás bien?”, preguntó alguien preocupado. Yo no podía hablar. Estaba asustado, estaba confundido, tenía que mear, tenía que cagar, tenía que hacer algo. Twiggy estaba con ellos, pero todo lo que podía hacer era balbucear acerca de robar un bote salvavidas y escapar hacia el puerto.

Huí hacia otra habitación y encontré un cuarto bajo las escaleras que, por alguna razón, estaba llena de almohadas. Me recosté sobre ellas y disfruté la soledad. Podía oír a todo el mundo fuera, particularmente a Twiggy tratando de saltar al agua en busca de un bote salvavidas. Me preocupaba que se ahogara y tener que hablar con la

policía. Ésa era mi mayor preocupación. No me importaba quién muriera, tan sólo no quería lidiar con la policía y tener que decirles que estaba drogado.

Cuando el sol salió comencé a recobrar la lucidez. Salí hacia la húmeda y cálida mañana y unos catorce de nosotros nos amontonamos en una *minivan* construida para diez personas. De camino a casa, Trent sugirió parar en McDonald's, donde ordenó suficientes McMuffins, patatas, zumo de naranja, refrescos, cafés y salsas para alimentar a toda la penitenciaría de Jacksonville.

Antes de que tuviéramos tiempo de comer, Trent, quien como yo es un revoltoso, le lanzó una patata masticada a Twiggy. Limpiándose la patata de la cara, Twiggy tomó un McMuffin de huevo, lo hizo pedazos y se lo lanzó a Trent trozo a trozo. Pronto, carne, huevos, pan, salsa y trozos de comida en varios estados de digestión estaban siendo lanzados y escupidos por todo el vehículo. Era una McGuerra total, pero con *ketchup* en lugar de sangre por todos lados. Mientras tanto la camioneta cambiaba incesantemente de carril a carril ya que nuestro conductor, que estaba sobrio, trataba de evitar salirse del camino.

Si Trent busca problemas, Twiggy los incrementa, siempre añadiendo una capa extra de malicia, imprudencia o decadencia a una situación. Vomitó sobre su regazo varias veces. Robin, el guitarrista de Nine Inch Nails a quien yo se la había chupado en el escenario, estaba sentado junto a él. Hizo lo que cualquiera en su situación habría hecho: tomó el vómito y me lo lanzó. Yo lo lancé a alguien más, y pronto ya no estábamos en mitad de una guerra de comida, sino en una de postcomida. Twiggy en este punto estaba realmente vomitando en las manos de Robin, quien compartía su riqueza con el resto de nosotros. Para cuando regresamos al hotel, aquellos de nosotros que no habían vomitado estaban listos para hacerlo. En gran parte a costa de los *royalties* de *Head Like a Hole*, dejamos que el contenido de la camioneta se cocinara y seicara bajo el sol.

La primera cosa que vimos al bajar fue un *drag queen* saliendo de un club, un Mr. Clean negro, calvo, con tutú y guantes dorados. "Hola, Mr. Queen", dijo alguien, y le invitó a nuestra habitación a tomar drogas con nosotros.

Una vez dentro lo primero que hice fue llamar a Missi porque había decidido salir conmigo de nuevo. Las relaciones nunca terminan limpiamente. Como un jarrón caro, se rompen y son pegadas de nuevo, rotos y pegados, rotos y pegados hasta que las piezas no vuelven a encajar. Estaba cubierto de patatas y vómito, tenía una bolsa de huesos bajo la cama, tenía un muñeco de Huggy Bear sobre la mesa lleno de coca, y acababa de llegar a la conclusión de que no me importaba si alguien a quien conociera moría mientras que yo no tuviera que lidiar con ello. Encima de todo eso, había un travesti con tutú fumando *crack* sobre la cama junto a mí. No le dije a Missi todo eso. Sólo le dije que me estaba volviendo loco.

"¿Sabes qué?", respondió. "Debes reflexionar sobre la forma en que estás viviendo tu vida".

Ésa era la última cosa que quería oír en ese momento en particular.

Conociendo a los fans

«El filete es el corazón de la carne, es la carne en su estado puro; y cualquiera que lo ingiera asimila una fuerza como la de un toro. El prestigio de la carne evidentemente se deriva de su cuasicrudeza. En él, la sangre es visible, natural, densa y compacta. Uno puede bien imaginar la ambrosía de los antiguos como esta especie de sustancia pesada la cual desaparece bajo los dientes en tal forma que hace a uno consciente al mismo tiempo de su fuerza original y de su aptitud para fluir en la sangre misma del hombre».

—Roland Barthes, *Mythologies*.

Trascripción Cinta Siete, lado uno, 8/9/97

P: ¿Quieres hablar sobre el incidente de la carne hoy?

R: Ok. La primera vez que conocí a Alyssa fue en el último *show* en que tocó Brad Stewart y fue la exhibición que hicimos para Freddy DeMann en Maverick Records. Ella vino al *backstage*; era una chica rubia de baja estatura. Guapa. Tenía una cara bonita, pero lo más notable eran sus tetas grandes. Eran enormes. Una chica que probablemente encontrarías en un concierto de Warrant por la forma en que vestía y la forma en que actuaba. Inmediatamente me di cuenta de que era sorda por la forma en que sonaba su voz. Me dijo que podía sentir la música cuando está cerca del escenario y así es como la disfruta. Y ella se me acercó y creo que quería tener sexo conmigo o algo.

Pero entonces no estaba interesado realmente. Creo que probablemente porque mi novia estaba al otro lado de la puerta. Tal vez si ella no hubiera estado ahí, me habría interesado.

Un año después cuando fuimos a grabar el lado B del sencillo de

Lunchbox, estábamos en los South Beach Studios en Miami. Estábamos yo y la banda, Trent, Sean Beavan (nuestro productor asistente) y Jonathan, que había sido contratado por Nine Inch Nails para grabarlos en video. Creo que yo me convertí en el revoltoso o director de fotografía. O el Ejecutivo en Jefe del Departamento de Suciedad.

Salí para traer algo de comer y me encontré con Alyssa. Así que le dije, “ven al estudio”. Pensé que sería divertido presentarla a los demás. Y era irónico porque justo ese día Pogo dijo que una de sus fantasías era tener sexo con una chica sorda porque así podría decir cualquier cosa que quisiera sin molestarla o sentirse apenada. Así que la traje al estudio y se la presenté a todos. Para romper el hielo, normalmente digo lo que se me ocurre con la esperanza de que todos se rían o que alguien lo tome en serio. Así que dije, “¿Por qué no te quietas la ropa?”. Ella rió y se quitó la ropa, sólo se quedó con las botas. Todos estábamos sorprendidos de tener tanto poder sexual y de que había una chica sorda desnuda en el estudio.

P: ¿Cómo podía entender lo que estabas diciendo?

R: Ella leía los labios, una habilidad que obviamente había desarrollado tras años en la primera fila de los conciertos de *heavy metal* aprendiendo las letras de malas canciones como *Fuck Like a Beast*, lo cual me recuerda que estaba con el autor de la reciente frase metálica, «quiero follarte como un animal».

Ese mismo día habíamos comprado una gran variedad de carne. Grandes piezas redondas de carne con hueso en el centro, salchichas, salchichas con queso, salami, tocino, patas de cerdo, muslos de pollo, pechugas, alas. Todo crudo. Así que construimos un casco de carne con un gran jamón y trozos de tocino, salchichas y cosas así suspendidas de él. Un móvil de carne. La coronamos con el casco de carne, y tomé un poco de pastel de pimiento para cubrir sus pezones. Y pusimos varias rebanadas de *bologna* en su espalda. Ese día definitivamente todos conseguimos boletos para el infierno.

Antes de que todo esto comenzara, me había puesto guantes amarillos de látex, básicamente porque no quería tocar el salami. No había otra razón.

Tuvimos media hora de pura diversión con carne. Manejo de carne. Trabajo con carne. Caricias a la carne. Bromas con la carne.

P: Podríamos llamar a este capítulo «Conociendo a los fans».

R: Yo estaba pensando en «Carne de bienvenida».

P: Ése es bueno. Continúa.

R: Documentamos esto en todas las formas posibles. Dibujo a lápiz, fotos, video, todo lo que pudimos para capturar este gran momento en la historia del arte. En este punto, no pensaba que fuera muy sexual. Era más bien una escultura viviente de carne. Lo que pasó a continuación fue resultado de que yo siempre trato de llevar todo al siguiente nivel. Le pedí a Twiggy y a Pogo que se pegaran sus pollas con cinta adhesiva para ver si ella podía metérselas en la boca al mismo tiempo. Pero resultó que no podían ponerse uno al lado del otro para crear eso, así que tuvieron que poner sus pollas cara a cara. Ella lamió una especie de harmónica hecha de penes. Ahí fue cuando empezó el problema. Porque decidimos que Pogo podría hacer realidad su fantasía y tener sexo con la chica sorda.

Entonces, se puso un condón...

P: Espera, ¿cómo se separó de Twiggy?

A: Se zafó de la cinta adhesiva como una rata en busca de un trozo de queso. Entonces Pogo se puso un condón y comenzó a follársela por detrás, lo cual fue apropiado porque ella llevaba una correa de perro en ese momento y él sostenía la cadena. Así que le grita todas estas obscenidades...

Debería mencionar que yo no siento que ella estuviera siendo explotada en ninguna forma porque, a pesar de la cantidad de cámaras, músicos, y dibujantes que estaban en el cuarto aplaudiendo y bailando al ritmo de Slayer o cualquier cosa que estuviera sonando en ese momento, estaba muy emocionada de formar parte de ello. Creo que también pensaba que era arte y se estaba divirtiendo. Todos nos estábamos divirtiendo, excepto los tipos de Nine Inch Nails que mantenían su distancia.

Mientras todo esto pasaba, Pogo dijo algo, y tal vez no queramos mencionarlo porque es muy ofensivo.

P: Adelante. Podemos quitarlo después si queremos.

R: Gritó, “¡voy a correrme en tu inservible canal auditivo!”, y pareció reverberar en toda la habitación como una de las cosas más oscuras que jamás hayamos escuchado. En ese momento sentí que lo que yo había hecho con los niñitos Jesús palidecía en comparación.

Entonces lo que pasó fue que Alyssa quería darse una ducha porque estaba cubierta de carne y diversos fluidos corporales de aquel acto sucio. Como de todas formas iba a ducharse, le pregunté, “¿Podemos mear sobre ti?”. Lo que

dijo a continuación fue probablemente más oscuro y profundo que lo que Pogo había dicho. Dijo, “pero no en mis botas”. Y todos nos miramos los unos a los otros, justo como acabas de mirarme tú: “Wow”. Al menos tenía algo de moral. Después, para añadir aún más azúcar al pastel —o salsa a la carne, en este caso— nos dijo, “y no me salpiquéis en los ojos. Quema”. Obviamente tenía experiencia en estos asuntos.

Se metió al baño, y los camarógrafos grabaron mientras Twiggy y yo poníamos una pie sobre el retrete y la rociábamos de orina. Ella sólo se sentó ahí tan contenta, moviendo las tetas mientras pedazos de carne caían por la presión de la orina.

Entonces lo que pasó fue que la puntería de Twiggy falló y le dio en la cara, y ahí fue cuando todos los demás callaron completamente y notaron que las cosas habían ido demasiado lejos.

<p style="text-align: center;">CÍRCULO NUEVE: ENGAÑO –TRAIDORES A LOS INVITADOS–</p>

Sean Beavan dijo algo que capturó completamente el momento. Lo seguíamos repitiendo todo el tiempo después de eso. Pero ahora no puedo recordar que era. Tal vez Twiggy lo sepa.

(Levanta el teléfono, marca, espera.)

No está. Me llamará después.

Ahora, mientras la orina escurría por su mentón, el Conserje Sexual (Daisy Berkowitz) entró y preguntó, “¿Qué pasa? ¿Qué hacéis?”.

Y nosotros dijimos, “Alyssa se está bañando”. No sentimos la necesidad de decirle todo lo que había pasado antes porque él era el Conserje Sexual y pensamos que sería divertido. Entonces, dijimos “Alyssa se está bañando y le gustaría que entraras con ella”.

Creo que el hecho de tener muy poca experiencia con mujeres, guapas o feas, le hizo entrar en la ducha. Así que Daisy se quitó la ropa justo frente a nosotros —ni siquiera le importó— y entró a la ducha con ella. El agua aún no la había mojado, y él comenzó a besarla justo donde la orina había estado. Y nosotros estábamos asombrados. Claro, él pensó que estábamos asombrados porque pensábamos que era un tarado sexual y estábamos impresionados por el tamaño de su pene. Si hubiera sabido que ella estaba cubierta de orina, tal vez no le habría importado de todas formas.

Terminamos ese pequeño episodio tomando la última pieza de carne que

no había encajado en todo el programa —un gran salmón crudo con cabeza, escamas, ojos y todo— lanzándolo a la ducha y trabando la puerta. Ése fue el fin.

P: ¿Ya recuerdas lo que Dijo Sean Beavan?

R: Sí, dijo, “Esto está muy mal”. Asegúrate de remarcar el «muy» con muchas ‘úes’.

Parte III
Cómo obtuve mis alas



EL DIOS REFLECTANTE (SUEÑOS)

«Mientras caminaba entre el salvaje mundo, noté cierto lugar, en el que había una cabaña; y me acosté en ese lugar para dormir: y mientras dormía soñé un sueño. Soñé, y ante mí vi a un hombre vestido con harapos, parado en cierto lugar, con el rostro de su propio hogar, un libro en la mano, y un gran peso sobre su espalda. Miré, y lo vi abrir el libro, y leyó ahí; y mientras leía, sollozaba y temblaba: y sin poder contenerse más, rompió en llanto con un triste lamento; que decía, “¿Qué debo hacer?”».

—John Bunyan, *The Pilgrims Progress*.

«¡Éste no soy yo! ¡Soy alguien más! ¡No soy yo!».

—Marilyn Manson a su guardaespaldas, Aaron Dilks,
durante un desmayo a causa del alcohol
camino de Leipzig a Berlín.

Hay algo que nunca le he dicho a nadie. No lo recordaba hasta hace poco, cuando fui al quiropráctico y giró mi cuello haciéndome perder el conocimiento por menos de un segundo. En ese tiempo, mi mente retrocedió en el tiempo a Canton, Ohio. Iba conduciendo por la calle treinta y cinco en mi vieja barrio y había cientos de cadáveres putrefactos en la carretera tratando de detenerme. Su piel era amarilla y el viento movía sus flojos dientes hacia atrás y adelante dentro de sus bocas. Yo seguía atropellándolos, y en el instante en que el coche los tocaba, se convertían en polvo. Missi estaba en el coche y yo trataba de salvarla porque los cadáveres trataban de quitármela. Detuve el coche y bajé para tratar de ayudarla, pero había grandes y fuertes perros moteados por todas partes, saltando hacia mí a cámara lenta con las fauces abiertas. Al final de la calle vi a un grupo moviéndose hacia mí, como una tribu. Su líder era Traci Lords. Su piel era aún más amarilla que la de los cadáveres y tenía una cruz color rosa neón pintada en el rostro. Sus movimientos parecían los de un robot. Sus ojos se movían mecánicamente hacia atrás y hacia adelante dentro de sus cuencas y su boca se abría y cerraba como un muñeco de ventrilocuo.

En mis sueños siempre regreso a Canton, Ohio. Normalmente estoy en mi cuarto

del sótano, que al igual que el sótano de mi abuelo, me daba miedo. Excepto que el horror no era nada tangible, sino que estaba en mi mente. De niño solía asustarme ahí sin ninguna razón específica y corría escaleras arriba, no sólo de noche sino también a mitad del día. Nunca me sentí cómodo solo en mi cuarto y siempre dormía con la televisión encendida para cubrir los sonidos que imaginaba oír. Si hay algún fantasma en mi pasado, un esqueleto aún en el armario que nunca he podido sacar, involucra a ese viejo sótano. Por la noche mi mente lucha desesperadamente por llevarme de vuelta, para hacerme sentir como si nunca hubiera salido de ahí, como si toda mi vida se hubiera desarrollado en ese viejo sótano. Pone ahí a gente que he conocido desde entonces y gente que conoceré en el futuro, y una vez ahí, se tuercen y distorsionan, se vuelven monstruosos y malévolos. Entonces mi mente bloquea la salida haciendo la torcida escalera de madera insalvable. Trato de correr escaleras arriba pero nunca llego arriba porque manos detienen mis piernas a través de los espacios entre los escalones.

En otro sueño recurrente, no puedo salir del sótano porque algún tipo de fuerza o persona invisible me empuja contra la pared y trata de atraparme ahí. O porque mi gato, O. J., un gato callejero que encontré en los escalones de la escuela cristiana, me ataca cada vez que trato de escapar. Hay otro sueño que tengo a menudo en el cual el foco del sótano se funde y yo trato de cambiarlo lo más rápido posible porque tengo miedo de estar ahí solo a oscuras. Pero cada foco nuevo que pongo se funde, y estoy atrapado para siempre corriendo a cambiarlo para evitar que el cuarto se quede a oscuras para siempre.

Hay explicaciones psicológicas simples para estos sueños, pero ninguna de ellas me satisface. En sólo un sueño puedo recordar haber llegado a la cima de las escaleras. Esta vez el suelo del sótano no está alfombrado, como usualmente lo está, con los pedazos de alfombra verde que mi padre trajo del trabajo. Es de cemento y camino hacia el lado del que siempre tenía miedo cuando era niño, donde la lavadora y la secadora descansan bajo la sombra del techo más bajo. Busco entre cajas viejas y polvorientas que contienen mis viejas pertenencias, y tengo miedo de que algún tipo de animal —una araña, una rata, una víbora o incluso un león, porque parece que todo puede pasar— vaya a mordirme. En una caja pequeña, encuentro un muñeco de Curious George. Pero cuando trato de levantarlo, algo se mueve por la habitación — un indescriptible e incorpóreo peso tibio que se siente blanco por alguna razón. Me coloca contra la pared mientras el muñeco cobra vida y corre por todos lados tirando las cosas de las repisas y prendiendo fuego a una de las cajas. Trato de sacarla, y como no puedo, corro. Trato de escapar por la escaleras pero el peso me detiene. Yo intento más y más fuerte, y finalmente llego arriba. Rompo la puerta y hay una mujer en la cima. Ella se parece en parte a mi madre y en parte a la chica que me pegó ladillas en la preparatoria. Ella tiene cosas escritas sobre los brazos con lápiz de labios, pintura o tinta, y yo trato de leerlas pero no puedo.

En otro sueño estoy en el sótano y mi madre y yo encontramos una caja y abrimos

un poco la tapa. Dentro hay docenas de diferentes tipos de insectos, pero no puedo saber de que tipo hay más. Quitamos la tapa completamente y una mantis religiosa salta volando sobre mi cabeza. Miramos dentro de la caja de nuevo y vemos una araña hecha de cristal. Es completamente transparente: sus patas son como hielo y todos sus órganos son visibles. Le pido a mi madre que consiga insecticida para matarla antes de que salte y me ataque. Pero mientras la rocío se convierte en una mujer. Está vestida toda de negro y me persigue por toda la habitación hasta una playa cubierta de rocas. Dentro de cada roca hay una araña diferente tratando de salir.

Esa misma noche —a menudo tengo largas cadenas de pesadillas, las cuales espero tanto como las temo— veo a mi abuela, de parte de mi madre, en mi cuarto. Está acostada en una cama de hospital cubierta de tubos que salen casi de cada parte de su cuerpo atravesado con alambres sostenidos con cinta adhesiva. Un recipiente redondo flexible a un lado de la cama le suministra aire y el equipo que la mantiene con vida emite rechinidos e impulsos electrónicos. Oigo un golpe en el armario y la puerta se abre para revelar a mi padre recostado en una cama. Tan sólo tiene treinta años, su cabello está despeinado y parece haberse vuelto loco. Hablo con mi abuela y ella sigue diciéndome que todo está bien, que fui bueno en vida y que no está molesta conmigo. Ella tiene una gran venda sobre el ojo, y se abre. Dentro hay pus amarilla que corre por su rostro hasta la almohada, manchándola de amarillo. Me inclino para ver que no tiene ojo.



Yo creo en los sueños. Creo que cada noche sobre la Tierra todo lo que es, fue y puede ser es un sueño. Creo que lo que pasa en los sueños no es diferente ni menos

importante que lo que pasa en el mundo consciente. Creo que los sueños son lo más cercano que tiene la humanidad de hoy día al viaje en el tiempo. Creo que puedes visitar el pasado, el presente y el futuro en sueños. Creo que he sonado la mitad de mi vida que aún no ha pasado.

No creo en casualidades o coincidencias. Creo que las cosas que digo y pienso cambian el mundo a mi alrededor y resultan en eventos que parecen ser coincidencias. Creo que mi vida es tan importante que afecta las vidas de todos los demás. Creo que soy Dios. Creo que todos son su propio dios. Soñé que era el Anticristo, y lo creo.

<p>CÍRCULO NUEVE: ENGAÑO –TRAIDORES A LA PATRIA–</p>

He pensado en el Anticristo desde que el mundo me fue mostrado en la escuela cristiana. En la Biblia, la palabra “anticristo” sólo es usada como descripción de la gente que no cree en las enseñanzas de Jesús de Nazareth. No es descrito como una entidad satánica —como la bestia de la Revelación que mucha gente piensa— sino como una persona que se desvía del cristianismo ortodoxo. Pero a través de años de crear mitos y sembrar miedos, el cristianismo metamorfoseó a los anticristos en un solo Anticristo, un villano apocalíptico y un “coco” cristiano usado para asustar personas casi como Santa Claus es usado para regular la conducta de los niños. Después de años de estudiar el concepto, comencé a darme cuenta de que el Anticristo es un personaje —una metáfora— que existe en casi todas las religiones bajo nombres diferentes, y tal vez hay algo de verdad en ello, la necesidad por tal persona. Pero desde otra perspectiva, esta persona puede no ser vista como un villano sino como una héroe que salve a la gente de su propia ignorancia. El Apocalipsis no tiene que ser fuego y rocas. Podría pasar a un nivel personal. Si tú crees que eres el centro de tu propio universo y quieres ver el universo destruido, sólo necesitas una bala.

Cuando mis sueños sobre el Anticristo comenzaron a ocurrir más frecuentemente en mi vida, sabía que yo era esa figura cuando soñé de niño que actuaría frente a miles de personas, parecía tan improbable por aquel entonces. Ahora no dudo de nada. Después de todo, las bestias y dragones de Apocalipsis nacieron de un sueño, un sueño de Juan el Apóstol ahora conocido como la Revelación y enseñado como un hecho. En una de mis propias revelaciones —todos las tenemos— era el último día sobre la Tierra, el Día del Juicio, y había un gran desfile en Nueva York. Excepto que en vez de papel la gente lanzaba vegetales y carne podrida. Yo estaba en un crucifijo gigante pegado a un gran salvavidas hecho de piel humana y animal. Nos acercábamos a Times Square, el cielo era negro con largas líneas anaranjadas, amarillo, rojo y morado, y todos lo estaban celebrando. Estaban felices porque

finalmente iban a morir.

Otro tuvo lugar en el futuro en Florida. La mayor parte de la raza humana había sido convertida en zombis para diversión de una pequeña élite. Había un *strip club* en el cual habían reanimado cuerpos femeninos y los hacían bailar desnudas en jaulas hechas de gruesas barras de metal. Su carne estaba cubierta de úlceras y venas torcidas, y sus cabellos caían en montones. Sus barbillas habían sido atadas con alambre para evitar que arrancaran a mordiscos los penes de los tipos masturbándose a su alrededor. El mundo había degenerado a un estado tal de pecado como el de Sodoma y Gomorra que parecía claro que la aparición del Anticristo y la Segunda Llegada eran inminentes.

Soñé con niñas pequeñas bailando desnudas mientras niños pequeños (o enanos) las golpeaban con víboras de plástico, camiones de juguete y paletas de caramelo en vez de lanzarles dinero. Y soñé que con mi propio pelo y dientes, guardados de cuando era pequeño, y a modo de ritual, creaba una compañera artificial con ellos. Y todas estas cosas se convirtieron en el álbum *Antichrist Superstar*. Ahora ya no puedo decir qué es más real: mis sueños o mi música.

Os dejaré con un sueño más, el de anoche. Era con las *slashers*, las *fans* que se cortan la piel del pecho con el nombre de la banda. En mi pesadilla, estoy en la cama con Jeannette, la de apariencia angelical. Tiene la palabra «Marilyn» escrita en ella, y cada letra gotea como pintura fresca sobre sus tetas, manchando su blusa color blanco. La estoy follando y ambos reímos porque parece algo que no deberíamos estar haciendo. Su amiga, Alison, está sentada junto a ella, con la palabra «Manson» sangrando sobre su pecho. Una de sus cejas está pintada de blanco, los aretes de sus labios chocan uno contra otro, y lleva puesto un vestido negro, mallas negras, y botas negras hasta las rodillas. Parece enojada conmigo porque no debería estar haciendo esto con su amiga y está molesta con ella por reírse.

Cuando terminamos, quieren llevarme a comer. Bajamos las escaleras hacia un húmedo lugar cavernoso con paredes de piedra, como un calabozo. Podría ser el viejo sótano de mis padres, pero también es un restaurante. Cae agua del techo aunque hay un agujero sobre nuestras cabezas que deja pasar la luz del sol. El camarero es alto, delgado, de tipo ario gay. Nos trae platos hondos de metal negro y cada uno tiene un pájaro vivo en él. Parecen cuervos, pero no lo son. Tan sólo son pájaros negros cubiertos de una brillante película de grasa. Otro tipo rubio viene a la mesa y coge un par de pinzas gigantes, como las que se usan para cortar cadenas, y les corta la cabeza y estira la piel hacia abajo y así todo lo que queda es carne en un esqueleto. Los pájaros, sin embargo, aún están vivos. El tipo toma una de las cabezas y bebe la sangre, entonces me dice que pruebe la piel. Yo no quiero porque tengo miedo de contraer alguna extraña enfermedad, pero lo hago de todas formas. Bebo toda la sangre del pájaro. Cuando termino, siento un dolor en la nuca. Me giro, y el camarero está tratando de usar las pinzas en mí para una mesa de clientes sentados en altas sillas detrás de mí, excepto que ya no parecen pinzas. Son como un cruce de pico de

pájaro y mandíbulas de cocodrilo. Yo intento protestar, y me doy cuenta de que es inútil, porque estoy viendo todo de boca abajo mientras que uno de ellos pone mi cuello en su boca y bebe mi sangre.

He visto mi propia muerte en sueños así y me ha ayudado a apreciar más la vida. También he visto mi vida en sueños y me ha ayudado a apreciar más la muerte.



ANTICHRIST SUPERSTAR

«En mi opinión el Apocalipsis... debe ser primariamente un evento espiritual e interno y sólo en una forma secundaria una catástrofe externa. Las puertas de los Guardianes... son construcciones mentales. Cuando sean abiertas, admitirán (a Satanás) no en el mundo físico sino en nuestras mentes subconscientes... el Apocalipsis es una transformación mental que ocurrirá, o que ocurre actualmente, dentro del inconsciente colectivo de la raza humana».

—Donald Tyson, *The Enochian Apocalypse*.

“Este hombre está muerto”.

Una voz masculina hablaba en algún lugar por encima de mi cuerpo. Sus palabras eran los primeros sonidos que había oído en horas, tal vez días. No sabía cuánto tiempo había estado recostado ahí. Ni siquiera sabía dónde estaba, o si estaba vivo. Luché por moverme, pero no pude. Mi brazo izquierdo hormigueaba. Todo lo demás estaba adormecido e impotente, como prótesis colgando de las cuerdas cortas de una marioneta tirada a la basura. Traté de abrir los ojos, de ordenarles que se levantaran, pero no respondían. Necesitaba despertar, decirles que no estaba muerto. Aún estaba vivo. No era mi hora de morir. Tenía muchas cosas más que hacer.

Mis párpados se abrieron con esfuerzo. Dejando tras de sí una película grasosa y borrosa que me obstruía la visión. Todo lo que pude distinguir fue una cegadora luz blanca brillando sobre mí, penetrando en mi ser, o lo que quedaba de él. No era mi hora de morir. Yo lo sabía.

El dorso de una mano, huesuda y varicosa, me frotó la frente. Me pregunté si había estado ahí todo el tiempo. Una sombra horripilante, vieja y corpulenta y con olor a queso rancio y madera mojada, bloqueó la luz. Habló: “Dios aún te ama”. La que hablaba era una mujer, que tosió dentro de su mano y sacudió su arrugado hábito de monja y después continuó frotando mi frente con el dorso de la mano en la que había escupido un momento antes.

Podía sentir mi pecho ahora. Estaba apretado y comprimido, presionando mi corazón. Hubo una pequeña conmoción cerca. Un hombre viejo y delgado con el cuerpo cubierto de llagas, ya fueran por el colchón, la vejez o sus huesos presionando contra su piel, había fallecido en la cama contigua a la mía.

Una mano más suave tomó mi quijada y me abrió la boca. “Esto te dará dolor de cabeza, pero hará que tu corazón se sienta mejor”. Colocó algo bajo mi lengua, que burbujeó y cosquilleó, después apagó las brillantes luces sobre mi cama. Mi cuerpo se hundió más en la cama, y una tibia y envolvente ola de sangre corrió hasta mi cabeza y me arrulló.

Cuando desperté de nuevo, estaba oscuro y el cuarto estaba vacío. Mis sienes palpitaban contra mi piel y mi brazo izquierdo aún estaba dormido, pero mi fuerza parecía regresar. Sólo estaba usando una bata de hospital verde. Mis ropas estaban en una pila negra en el suelo y en la mesa junto a la cama había una bolsa amarilla de plástico para basura. Traté de recordar que me había traído aquí.

Alcancé la mesa, y una ola de dolor atravesó mi tórax. Dentro de la bolsa había un cepillo de dientes, pasta dental, una pluma, una cajita de maquillaje y una libreta negra —mi diario.

Lo abrí por la primera página y traté de enfocar mis ojos en las ondulantes líneas azules y la borrosa tinta negra.

«Ni siquiera puedo soportar ver a la gente en los restaurantes riendo, divirtiéndose, disfrutando de la vida. Su patética felicidad me da asco. Y en la televisión, ¿en realidad la gente vive de esa forma? ¿Criamos a nuestros hijos para creer en *Los vigilantes de la playa*, en las risas grabadas, Jenny Jones? ¿En estúpidas esposas blancas comprimiendo sus flácidas piernas con el Tightmaster de Suzanne Summers? Ella ayudó a crear el estereotipo de la rubia estúpida y ahora es una maldita heroína de un infomercial anunciando un inútil invento que suena como una película porno o una canción de Aerosmith. Al diablo el consumismo estúpido. La estúpida gente merece lo que le pasa. Comprarían camisetas que dicen “soy un maldito estúpido” si Cindy Crawford les dijera que son *cool*. Me gustaría matarlos a todos, pero les estaría haciendo una favor. El peor castigo que puedo darles es dejarles despertar cada mañana y dejarles vivir sus estúpidas vidas, dejarlos criar a sus estúpidos hijos en sus estúpidas casas, y, por supuesto, hacer un disco llamado *Antichrist Superstar*, que molestará y destruirá a cada uno de ellos. Vete al diablo América. Al diablo conmigo. El mundo se abre de piernas para recibir a otra maldita estrella...».

Había escrito esas palabras el día que llegué a Nueva Orleans, hace cuatro meses. Lo recordaba como si fuera ayer, porque cada día desde entonces las cosas habían empeorado constantemente, hasta que, devastado por las drogas, el cansancio, la paranoia y la depresión, mi cuerpo finalmente me había traicionado, haciéndome aterrizar aquí en este fétido hospital de paredes blancas. Yo me sentía optimista después de haber cumplido con mi obligación de promover *Smells Like Children*. Pensé que me había deshecho de mi piel de dudar de mí mismo, que la había visto

caerse trozo a trozo a lo largo de dos años de gira. Lo que pareció emerger de ese capullo era duro y desalmado, delicado y atemorizante, adormecido y cubierto de cicatrices, una gárgola maléfica que estaba a punto de desplegar sus escabrosas alas. Mi plan entonces era grabar un álbum sobre la transformación que había sufrido durante mis veintisiete años, pero no tenía idea de que iba a vivir la más dolorosa cuando escribía mi diario en el coche de Missi mientras giraba en Decatur Street en una húmeda tarde de febrero.

En el asiento trasero estaba nuestra única “hija”, un cruce de dálmata y bóxer llamada Lidia. Ladró de emoción o de miedo cuando bajé del coche y le di un beso de despedida a Missi.

“No me esperes despierta”, le aseguré. “Será un día largo”.

Abrí la puerta de acero, toqué el timbre y esperé a que el *manager* del estudio me dejara entrar. Lo primero que me dio la bienvenida —que le daba la bienvenida a todos los que llegaban al estudio— fue la jauría de perros del dueño del estudio, Trent Reznor. Ladraron, saltando y peleando el uno con el otro, y después decidieron qué romper a continuación o dónde defecar.

“Parece que este verano todos tienen un perro”, pensé. “Tal vez es porque ellos saben nuestros secretos y, a pesar de eso, no nos juzgan”.

Me senté en un sofá de cuero negro en el vestíbulo. Una gran pantalla de televisión llenaba el cuarto con la luz y el ruido del videojuego *Alien Trilogy* ante el cual Dave Ogilvie, el ingeniero contratado para coproducir el álbum con Trent Reznor, estaba hincado, como si rezara ante la pantalla. Era un canadiense de baja estatura y gafas, el tipo que parecía haber sido golpeado mucho en la escuela, algo parecido a Corey Haim en la película *Lucas*, pero él también era infantil de una forma que yo encontraba agradable. Mientras matábamos el tiempo esperando a Trent —siempre era el último en llegar— silencié de mi mente los extraterrestres y los perros ladrando, y pensé por qué estaba aquí y en lo que estaba a punto de embarcarme. Mis pesadillas aún no se habían ido. De hecho, la mudanza a Nueva Orleans sólo había incrementado su intensidad, una reacción violenta a la oscura y secreta historia que se arrastraba por el estómago de la ciudad como una lombriz. La vida era succionada y se pudría. Nada parecía crecer aquí.

Había llegado a aceptar el hecho de que la adquisición de demasiado conocimiento me había llevado a usar drogas, pero fue a través de ese mismo uso de las drogas que había adquirido mi conocimiento. Como banda, habíamos coincidido en que había terminado la fiesta. No perseguiríamos más drogas, mujeres o aventuras. Estábamos en Nueva Orleans para trabajar. Quería enfocar mi odio y afilar mi desprecio, incluso si esos dos sentimientos eran principalmente hacia mí mismo.

Un BMW negro rechinó las llantas en el garage y una puerta se cerró con fuerza, anunciando la llegada de Trent, que entró en la habitación, saludando con la cabeza a mí y a Dave como hacen los hombres en los centros comerciales o en los semáforos mientras entraba en la cocina. El resto de la banda pronto llegó al estudio y

comenzaron a preparar el equipo: Twiggy Ramirez, un niño travieso e incansable en el cuerpo de un psicópata silencioso; Daisy Berkowitz, un proveedor de sobras de comida, equipo y chicas; Ginger Fish, el más callado y peligroso de todos nosotros, una bomba de relojería cautelosamente esperando una explosión cataclísmica; y Pogo, un genio demasiado loco para usar su inteligencia de forma constructiva. Siempre me recordó al profesor de *La isla de Gilligan*: era suficientemente inteligente como para construir un televisor a partir de cocos, pero nunca pudo arreglar el bote para llevar a todos a casa. Si le retábamos, Pogo hacía todo alegremente, incluso beber su propia orina; sin embargo, caía herido de muerte si alguien hacía algo tan minúsculo como poner mayonesa en su comida.

Mientras Trent y Dave jugaban con los videojuegos, nos sentamos a mirarnos el uno al otro. Teníamos tantas ideas, y tanto en riesgo, que no sabíamos dónde comenzar. Sólo Daisy habló. Estaba emocionado y agitado porque pensaba que finalmente había entendido el álbum, como un musical sobre Jesucristo yendo en una gira de *rock*. Incluso trajo una cinta *demo* con seis canciones que había grabado, pero su concepto no podía estar más lejos de la terrible verdad. El escucharlo sólo nos deprimió más.

Salí del cuarto y subí la escalera de caracol —lo suficientemente espaciosa para poder subir los ataúdes que una vez fueron transportados en esta antigua casa de embalsamadores— hacia la oficina y levanté el teléfono. Sabía el número de Casey de memoria: lo había marcado tanto la última vez que estuvimos en Nueva Orleans. Antes de tener tiempo de enrollar un billete de veinte dólares, Casey ya había llegado, una sanguijuela que vendía drogas, no para obtener ganancias sino porque quería andar con músicos y celebridades. Algunas personas se vuelven *roadies* o escritores para lograr esta misma meta: Casey simplemente se había vuelto traficante. Las paredes del apartamento de Casey estaban decoradas con discos de platino y de oro, cada uno testamento de la adicción y desesperación de una estrella de *rock* diferente que había cambiado su trofeo por narcóticos.

Casey cortó una larga línea sobre el escritorio de imitación de madera de la oficina y me invitó a servirme por mí mismo. Llamé a Twiggy para que se me uniera. No iba a hacer esto solo, y sentía que tal vez deberíamos celebrar nuestra reunión en Nueva Orleans. El inhalarla también parecía una forma de contrarrestar la inseguridad y la intimidación de embarcarse en un gran proyecto, una excusa que serviría para racionalizar el consumo de drogas en los meses venideros tan a menudo como la excusa de la reunión surgiera.

Regresamos al estudio y nos preparamos para grabar la canción que daba título al disco. Sin embargo, Dave ya había regresado a su *Playstation*, envuelto en la trilogía *Alien*. Por respeto, ya que él era prácticamente miembro de Skinny Puppy, una banda mucho más vieja que nosotros, esperamos a que muriera. Para cuando se nos unió, Twiggy había desaparecido escaleras arriba para esnifar otra raya. Después Pogo tuvo que salir a tomar el aire, por haber sustituido la cocaína por su dotación personal de

hierba exótica que fumaba en una lata aplastada de Coca Cola con agujeros en un lado. Después Daisy desapareció para tocar la guitarra en su grabadora. Cuando finalmente estuvimos juntos de nuevo, Dave nos había abandonado para ver el juego de hockey de los Maple Leafs de Toronto que estaba esperando. Habíamos terminado por esa noche.

Los días pasaron, las semanas pasaron, y el entusiasmo se convirtió en molestia cuando comenzamos a darnos cuenta de que nuestro primer día en el estudio no era un ejercicio de calentamiento sino un patrón de inactividad. Cada vez que la inspiración llegaba, nadie estaba cerca o había demasiadas drogas cerca, y, como una chispa sin oxígeno, nuestra inspiración se disipaba cada vez.

Pudo haber sido cualquier noche en los meses que siguieron en que estaba recostado en la cama, completamente despierto por toda la cocaína aún corriendo a través de mi sucia corriente sanguínea. Missi estaba estirada junto a mí, dormida, sin saber que la razón por la cual no habíamos tenido sexo en las semanas anteriores no era porque estaba demasiado ocupado pensando en el trabajo sino porque estaba drogado. Como casi todos los demás de la banda, pasaba más tiempo drogándome y hablando de hacer música que haciendo música.

Salí de la cama lo más silenciosamente que pude y caminé descalzo por el polvoriento suelo de madera hacia la sala, con cuidado de no tropezar con las latas de pintura roja y negra. Estaba viviendo en una gran casa tradicional del Garden District de Nueva Orleans alquilada a través de la agente de bienes raíces de Trent, una mujer severa y regañona. Recientemente había obtenido su permiso para repintar la monótona sala. Pero siempre desde que había comenzado a trabajar en ello, el teléfono comenzaba a sonar —con ejecutivos, representantes y agentes de bienes raíces de la compañía discográfica que me decían que no me estaba permitido alterar la casa. Justo el otro día, había recibido una llamada de Dave, un carpintero medio gracioso con un ojo caído que había logrado mantenerse en la nómina de Nine Inch Nails aún cuando su gira había terminado hacía más de un año. Aunque el nuevo trabajo de Dave consistía en solicitar a las compañías dar a la banda mercancía gratis —camisetas, zapatos, bongos, videojuegos— sus deberes de trabajo ese día incluyeron el honor de llamarme para decirme que debía pagar a los dueños del edificio cinco mil dólares, para restituir al cuarto su color original.

Cada vez que veía las paredes medio pintadas de rojo oscuro y con las orillas color negro brillante, mi mente se nublaba de odio por todos los que me habían dicho una cosa cuando en realidad querían decir otra, todos los que me habían mentido intencionalmente sabiendo que serían atrapados después, todos los que habían logrado arrastrarse por la vida sin daño alguno dejando tras de sí un camino de duplicidad y traición coagulándose detrás de ellos. Nueva Orleans era una ciudad poblada por hombres de dos caras que eran todo sonrisas en tu presencia y cuchillos y dagas en tu espalda. La mayoría de los problemas del mundo podrían haber sido evitados si la gente hubiera dicho lo que quería decir.

Escalé al asiento de cuero rojo de una silla de peluquero de metal de la sala que servía como capullo, como protección contra un estudio que se había convertido en un enemigo y una ciudad que se había vuelto en mi contra. A menudo imaginaba que era la silla de un piloto sacada de un helicóptero como el que voló mi padre en Vietnam. Cerré los ojos y me concentré en mi corazón latiendo al triple de la velocidad normal en mi pecho. Dejé que el latido, el ritmo, el calor se propagara por mi cuerpo, después me concentré en sacar esa esencia envolvente y cálida de maltratado y abusado contenedor que era mi cuerpo, como había leído en tantos libros sobre proyección astral. Dejé que me llevara hacia arriba, más y más alto entre la noche, hasta que estuve inmerso en un blanco radiante. Me sentí crecer, sentí un cuerpo envolviéndome, alas saliendo de mi espalda, mis costillas atravesando mi piel como cuchillas dentadas, mi rostro deformándose en el monstruo en que sabía me había convertido. Me oí emitiendo una fea risa, mi boca se alargaba en una malévolamente sonrisa lo suficientemente grande para tragar la esfera giratoria que era la Tierra bajo mis pies, un mundo de pequeñas vidas con pequeños problemas y alegrías aún más pequeñas. Podría tragarlo si quisiera, deshacerme de él de una vez por todas. Es por lo que habían estado rezando. Es por lo que yo había estado pecando. “Rezad ahora, hijos de puta”, me oí decir por debajo, y el sonido hizo eco en el firmamento. “Suplicad que vuestra vida haya sido sólo un sueño”. Y entonces la Tierra contestó con un grito que resonó tan fuertemente en mi cabeza que tuve que presionar las palmas de mis manos contra mis sienes para mantener la cordura, o locura.

Era el teléfono sonando. Contesté cansadamente. “Hola, ¿qué tal?”, dijo una voz que no reconocí.

“¿Quién eres?”.

“Soy yo, Chad”. Pareció ofendido de que no lo reconociera —después de todo, éramos primos y una vez fuimos buenos amigos— pero muchas cosas habían pasado desde entonces.

“¿Recibiste mi invitación?”.

“¿Qué invitación, cariño?”.

“Para mi boda. Voy a casarme en septiembre, y significaría mucho para mí si vinieras”.

“Estoy metido en mi álbum en este momento, pero tal vez pueda escaparme. Lo intentaré, ¿ok?”.

“Ok, significaría mucho para mí”.

Me sentí insincero al teléfono, como todos los idiotas sonrientes de dos caras que odié de niño, pero no sabía qué decir. No quería regresar a Canton, Ohio, y ver la vida normal de casado que podría estar llevando ahora. Podría sentirme tentado —porque la vida en Nueva Orleans apestaba.

Cuando Missi despertó, fuimos al estudio. Trabajar ahí había comenzado a parecerse a escapar de una trampa para dedos china: cuanto más duro lo intentábamos, más difícil se volvía. En cuanto entré, Twiggy, quien cada día se

convertía más en una marioneta de Casey, salió planeando del cuarto trasero con una fotografía en un marco de madera en sus manos, gritando, “¡El Capitán Larry Paul está listo para despegar!”. Capitán Larry Paul era el nombre que Twiggy le había dado a un retrato a lápiz de Trent hecho por un fan. Twiggy pensó que era como el tonto gerente para el que trabajó una vez en una tienda de discos de Florida donde, igual que yo, solía robar discos. La fotografía se había convertido en una superficie portátil para cortar y esnifar drogas, ritualmente sacado de su escondite en un viejo armario lleno de tubos de aire acondicionado, calentadores de agua, y un húmedo olor que me recordaba al sótano de mi abuelo.

El encuentro con el Capitán Larry Paul se había convertido en el típico inicio de un día sin trabajar en el estudio. Nunca en una vida de uso de drogas había llenado mis fosas nasales con tanto polvo blanco. Cada día, nos poníamos tan drogados que no podíamos concentrarnos en grabar nada, una situación que se convertiría en nuestra enemiga, tanto que nos volvíamos más paranoicos e inútiles.

Para entonces, todos en el estudio parecían haber olvidado el álbum. Trent comenzaba a sentirse resentido porque necesitaba comenzar a componer y grabar la continuación de *The Downward Spiral*, y Dave nunca parecía estar cuando había trabajo que hacer. Ginger ya casi no era parte de la banda, porque estaba demasiado ocupado tratando de amenizar a un patético harem de nudistas que había recogido cerca del estudio. Y Daisy raramente estaba en la sala de controles. En vez de eso, pasaba la mayor parte del tiempo en el vestíbulo del estudio con los audífonos puestos, tocando gastadas escalas de *hard rock* en su grabadora de cuatro pistas. Él nunca había escuchado *heavy metal* cuando era adolescente, así que constantemente creía que sus clichés eran originales. Usaba una vieja guitarra Jaguar —como la que usaba Kurt Cobain— no porque sonara bien sino porque él mismo la había reconstruido. La guitarra había sido supuestamente destruida durante la filmación del video de *Sweet Dreams*, pero Daisy la había salvado orgullosamente de la pila de la basura. “Qué importa si hace ruido”, explicaba. “Invertí tanto tiempo en reconstruirla que sería un desperdicio no usarla”.

Tan excitado estaba Daisy con el progreso que estaba haciendo en su grabadora de cuatro canales que quería ponerse a trabajar en serio y grabar algunos *riffs* para el álbum, tal vez en *Wormboy*, la canción que más incorpora sus ideas musicales. Entró a la sala de grabación, emocionado de encontrar a Trent ahí. El resto de nosotros permaneció junto a la mezcladora, monitoreando la sala de grabación a través de dos cámaras de televisión de circuito cerrado. En la pantalla, pudimos ver a Daisy presumiendo con entusiasmo de su guitarra reconstruida a Trent, quien en realidad parecía interesado. Observamos mientras Trent tomaba la guitarra, la ponía bajo su brazo, golpeaba las cuerdas algunas cuantas veces y después sin piedad la estrellaba contra el amplificador, confinándola al destino para el que había sido sentenciada medio año antes. Trent salió de la sala como si nada, y Daisy se quedó ahí de pie sorprendido durante varios segundos antes de salir furioso del estudio, dándose el

resto del día libre para tratar de comprender lo que acababa de suceder.

Habíamos alcanzado una nueva frontera en nuestro trabajo en *Antichrist Superstar*. Ahora, no sólo no éramos productivos, éramos destructivos. En los días siguientes, la primera caja de ritmos de la banda sería lanzada por la ventana del segundo piso, las paredes de Trent serían atravesadas a puñetazos, el equipo de Twiggy sería aplastado y la grabadora de cuatro pistas de Daisy sería colocada en un microondas a máxima potencia, friendo sus circuitos más allá de lo reparable.

El 4 de julio, el día en el estudio consistió en que todos se emborracharon mientras Trent y yo encendíamos fuegos artificiales, los lanzábamos a un microondas, y lanzábamos todo ese desastre radioactivo a la calle. Esto fue seguido por la destrucción de mi colección de figuras de Spawn junto con una figura de acción de Venom, un villano de los cómics de Spiderman sacado del mercado porque decía, “quiero comer tu cerebro”, como las drogas que ahora consumíamos casi todos. Lo único que teníamos en común era la constante lluvia de botellas que caía sobre Ginger —no por sana diversión, sino por resentimiento porque había logrado encontrar un poco de felicidad en sus vacías nudistas. La única compañía que el resto de nosotros podía encontrar era la tristeza. Al amanecer, Twiggy estaba buscando malvaviscos para cocinar sobre la consola mezcladora que Trent planeaba incendiar. No sólo era destrucción: era una forma muy violenta de postergación.

El estado de nuestro equipo era muy parecido al estado de la banda: demolido. En pocas semanas, Daisy había dejado el grupo. El marica había actuado como un hombre por primera vez en su vida y había hecho una junta y había renunciado. La reunión salió sorprendentemente bien. De alguna forma, en realidad sentí respeto por mantenerse firme en lo que quería hacer en lugar de permanecer con nosotros. En ese entonces, lo tomé como una broma, diciendo a todos que la única cosa que extrañaría sería ver a Daisy, el Conserje Sexual, levantar condones usados mientras sacudía y trapeaba los desórdenes de la banda, comprando chocolates y flores en un intento por seducir a las chicas con las que todos los demás nos habíamos acostado. Pero la verdad es que me sentí peor que nunca. Todas las personas con las que había formado la banda se habían ido, y todos los que quedaban comenzaban a unirse en mi contra. Yo era el único con novia en Nueva Orleans y el único que parecía querer trabajar. Incluso Twiggy se estaba convirtiendo en un extraño, controlado en parte por las drogas de Casey y en parte por Trent, acercándosele tanto que parecía que estaba más interesado en ser un miembro de Nine Inch Nails que de Marilyn Manson. Él había comenzado a llamarme Arch Deluxe, como la hamburguesa de McDonald's que era sólo para adultos, y todos los demás pronto se le unieron. Constantemente me sentía como la figura paterna, odiado por tratar de hacer que todos los demás hicieran su tarea.

Siempre que quería hablar de los libros que estaba leyendo sobre el Apocalipsis, numerología, el Anticristo, y la cábala, a nadie le importaba. Cuando terminaba de grabar algo, alguien invariablemente lo odiaba y quería hacerlo más ruidoso y duro

—o incluso usar una caja de ritmos en vez de una batería real. ¿Era esto producción o sabotaje? Las únicas veces en que todos estaban de acuerdo conmigo era cuando sugería llamar a Casey.

Fuera del estudio, Nueva Orleans era una alcantarilla. Todos los sitios en los que habíamos pasado el tiempo el verano pasado ahora estaban llenos de turistas góticos. La ciudad había cambiado de un lugar en el que nadie nos conocía a uno en que éramos clichés andantes, parodias de nosotros mismos. Cada noche bebía, tragaba e inhalaba todo lo que podía para escapar. Una noche, Missi y yo terminamos en un bar llamado The Hideout, el cual, el año anterior, había sido un lugar para patinadores con tres o cuatro clientes y una *rockola* donde sonaba Whitesnake y Styx. Nos gustaba beber ahí porque estaba vacío, porque era una broma y porque los baños tenían puertas que cerraban.

Cuando Missi y yo regresamos a The Hideout, el lugar se había convertido en un lugar popular. Todos ahí eran fríos e indiferentes, como si fueran demasiado *cool* para reconocernos, incluso cuando la única razón por la que estaban ahí era porque sabían que nosotros estaríamos. En medio de las ropas negras, el delineador y el tinte de pelo, vi una llama de plata —una esfera disco humana— una chica de cabello castaño cubierta de brillos y sombra y lápiz labial metálicos. Se puso en el centro del local como una gran señal de neón que daba testimonio de mi infidelidad —ella me había dado sexo oral el verano pasado. Cualquiera que sea el radar que tienen las chicas, el de Missi estaba encendido esa noche, e instantáneamente notó la tensión entre yo y la bola disco humana. Mientras más ebrios nos poníamos, más volátil se volvía la situación. Missi seguía preguntándome quien era aquella y si había dormido con ella, y yo seguía negándolo. Mientras tanto, la chica coqueteaba conmigo como si Missi fuera un fantasma, en el que de alguna forma se había convertido.

Cuando me levanté para ir al baño, la chica se metió mientras cerraba la puerta. Yo estaba borracho y mareado, y encerrado con esta sucia chica en esa sucia habitación, que tenía el suelo cubierto de orina coagulada incrustada de vellos púbicos. Lo primero que hizo la chica sucia fue sentarse en el retrete y orinar. Traté de no mirar, pero ella me llamó. “Mira esto”, dijo, señalando un arete en su clítoris y otro en el lugar donde su muslo se junta con su entrepierna. “Me los hice cuando tenía quince años”.

“Qué bien”, dije, asqueado por la enrojecida piel alrededor de ambas perforaciones y por la carne irritada que rodeaba toda su área genital, rasurada recientemente. No sabía si se suponía que debía lamerla, masturbarla o follármela, así que tan sólo me quedé ahí de pie torpemente, diciéndole que me iban a atrapar. En vez de salir, se subió las bragas y buscó en su bolsillo, sacando una pequeña bolsa de plástico con cierre. Siempre me he preguntado quién hace esas minúsculas bolsas con cierre. ¿Qué sándwich va a caber en una de éstas?

“Todos mis novios están muertos o en la cárcel”, me informó mientras cortaba una línea de cocaína en la tapa del tanque del retrete. Tan pronto como la esnifé, mi

nariz comenzó a arder, seguido de mis ojos, que se llenaron de lágrimas. Sus drogas definitivamente estaban rebajadas con anfetaminas, vidrio, dulces o algo. Mientras me senté ahí tambaleándome por las malas drogas y el alcohol, me sujetó la cara y comenzó a besarme, cubriéndome con brillo incriminador. Mis pantalones estaban casi bajados y ella sacó mi pene flácido. Ya no pensaba en ser atrapado; en lo único que podía pensar era en mear. Parecía haber inhalado algo de orina, porque era lo único que podía oler, y aún tenía que mear. La peste llenó mi cabeza e inundó mi cuerpo. Sentí que iba a vomitar. Le metí mano a sus bragas y violentamente tiré del anillo en el clítoris, haciéndola gritar de dolor, placer o sorpresa. Entonces inserté mi pulgar dentro de ella, curvando el dedo medio a su alrededor y metiéndolo en su ano. “¿Por qué estoy haciendo esto?”, pensé. No estaba tratando de excitarla a ella o a mí. Tan sólo trataba de ser sucio. La situación parecía demandarlo. Pude igualmente haber metido la mano en un bote de basura y haber logrado lo mismo.

Saqué mis dedos tan rápido como los había insertado, meé y salí del baño para volver con Missi. Pero ella ya se había ido, sin duda furiosa, dejándome varado con la reina disco y tan molesto con Missi que estaba determinado a hundirme más en la sórdida zanja que yo mismo había cavado. Mientras preguntaba a todos si sabían dónde había ido Missi, una chica gorda de baja estatura con una barriga que colgaba sobre sus *jeans* ajustados y una blusa blanca empapada de sudor que revelaba sus senos colgantes sin sostén caminó directamente hacia mí, puso la cara a escasos centímetros de distancia de la mía y me miró fijamente.



MISSI Y YO

“¿Qué?”, pregunté, molesto e incómodo.

Ella respondió lanzándome su trago a la cara —no sólo el líquido, sino también el vaso. Yo le lancé mi botella de cerveza, y pronto estuve cubierto de manos que trataban de detenerme y sacarme del bar. Ella me siguió afuera y comenzó a gritar algo ininteligible, lo más probable es que hubiera sido algo referente a que me vendí o a queapestaba o a que era demasiado *cool* para ella. Parecía sufrir la ilusión de que su vida era lo suficientemente importante para que yo pretendiera no reconocerlo.

Con la esfera disco aún siguiéndome, corrí mareado hasta un callejón cercano a un lado de una gran iglesia española blanca y me escondí en la esquina. Una casa de oración era probablemente el último lugar en que los policías me buscarían. Había metido la bolsita de plástico en mi caja de maquillaje, así que la saqué y esnifé algunas veces con las llaves de mi casa. No sé porque tomé más de la droga de esa chica además o por qué estaban ahí. Pero tan pronto como lo hice, me arrepentí. Mi corazón comenzó a sentirse como si fuera a explotar. Corrí, dejando atrás a esa chica como a la década a la que parecía pertenecer, y tomé un taxi. El conductor, un animal blanco de camiseta blanca con gran bigote castaño y cabello grasoso, al instante inició una conversación.

“¿Alguna vez has visto *El Planeta de los Simios*?”, preguntó. “¿No es esto igual

que *El Planeta de los Simios*? Todos esos malditos negros por todos lados”.

“¿De qué diablos estás hablando?”.

“Bueno, mira a tu alrededor”.

“Eso forma parte del encanto del Sur”, dije con un aire de asco, evidentemente visible para él.

“¿Eres marica o algo así?”, respondió maliciosamente.

No recuerdo exactamente lo que dije a continuación, pero sin duda contenía algo de lo siguiente —“vete al diablo”, “idiota”, o “cómeme la polla”— porque se detuvo en mitad de la calle, estrelló su puño de simio en mí y me dijo que saliera de su taxi.

Mientras caminaba los 400 metros que faltaban hasta mi casa con la nariz sangrando y el corazón y la cabeza palpitantes, por una combinación de malas drogas y un buen puñetazo, todo en lo que podía pensar era en Charlton Heston diciendo, “Quita tus garras de mí, sucio mono”. Cuando abrí la puerta delantera el infierno se desató. Mis discos estaban tirados por todo el apartamento y con las cubiertas rasgadas, cortesía de Polly, la gata blanca de Missi, que se parecía exactamente como la del hermano de John Crowell, excepto que uno de sus ojos era azul y el otro verde. Puse las llaves en la mesa, y Polly alcanzó mi mano, cortando la carne sobre mi tendón. La agarré violentamente por el cuello. Missi estaba en el teléfono quejándose con una amiga e ignorándome, pero cuando, con el rabillo del ojo, me vio lanzar a su gata contra la pared, colgó violentamente y comenzó a gritarme. Las cosas sólo se pusieron peor cuando vio el brillo, ahora mezclado con sangre, en mi cara.

Todos en casa estaban en mi contra. Incluso la perra había, como de costumbre, encontrado exactamente el libro que estaba leyendo (*Tetragrámaton*) y lo hizo pedazos. Mi corazón seguía acelerando e hinchándose contra mi pecho, corrí hacia el baño y cerré la puerta. Desde afuera, Missi podía oírme vomitar desordenadamente en el retrete, y su ataque se suavizó y se convirtió en la compasión que definitivamente yo no merecía. Olas y olas de pánico me golpeaban porque mientras más te preocupas por no estar demasiado drogado, peor se vuelve tu situación porque el *stress* sólo hace que tu corazón lata más rápido. Para hacer los problemas más grandes, lo único en lo que podía pensar era que, como mi padre, yo tenía el síndrome de Wolf-Parkinson-White —un errático y rápido ritmo cardíaco— y probablemente no sobreviviría la noche sin la ayuda de un médico.

Traté de relajarme, me tumbé en el suelo y bebí agua, pero mi corazón estaba demasiado apretado contra el pecho para permitirme calmarme. Literalmente podía verlo latiendo contra mi pecho lacerado. No me preocupaba morir. Mi abrumadora preocupación era mi usual miedo a ser arrestado o tener que hablar con la policía. Mientras Missi trataba de hacer algún tipo de arreglo para llevarme al hospital sin tener algún incidente con la prensa o la policía, arrojé la bolsa de plástico vacía por el váter y limpié mis tarjetas de crédito. Después me incliné sobre el retrete, y escupí fuertemente antes de abrir la puerta. Caminé hacia mi armario, me puse ropas respetables y le pedí a Missi que me llevara al hospital. Yo estaba separado de mi

cuerpo mientras esto ocurría, como si estuviera viendo a alguien más hacer estos arreglos. Desde esa posición estratégica, me impresionó lo racionalmente que estaba actuando para ser alguien cuya cabeza estaba desvariando por el alcohol y cuyo corazón estaba latiendo tan rápido que un ataque cardíaco parecía inminente.

Me desperté en esa cama de hospital junto a ese hombre muerto, confundido. Recordaba la noche anterior como si fuera una serie de fotografías. Al principio sólo pude ver unas cuantas, pero después comenzaron a multiplicarse hasta que formaron una película con movimiento total. La única parte que faltaba era la llegada al hospital. Recordaba una gorda mujer negra que me admitió, recordaba un tubo de metal succionando mi sangre para los análisis químicos, y recordaba haber pensado, “Ahora sé cómo se sentía Brad Stewart”.

Mientras recobraba el conocimiento en la cama de hospital esa noche, traté de descifrar qué había querido decir con eso. Brad Stewart —no la persona, sino el adicto— me era despreciable, una criatura tan opuesta a lo que yo quería ser. Él era alguien que había dejado que algo más controlara su vida. Yo creía ser diferente, porque yo podía parar. ¿Pero por qué no lo había hecho? ¿Por qué necesitaba drogas para trabajar, para tocar, para ir a dormir, para hacer cualquier cosa? Siempre me había dicho a mí mismo que usar una droga está bien, pero no necesitarla.

Sin embargo, estando recostado sobre la cama logré convencerme de que yo no era Brad Stewart, que yo aún tenía el control: esta sobredosis no sería una epifanía o una alarma para enderezarme. Simplemente era un error. Había tantas cosas que iban mal en mi vida para culpar tan sólo a las drogas. Eso sería demasiado fácil. Las drogas no eran la raíz del problema, eran un síntoma. *Antichrist Superstar* se había vuelto sólo un producto de nuestra imaginación, un cuento de hadas con la única función de asustarnos, como el coco o Corey Feldman. No sólo no hacíamos nada, sino que también todos me decía que era débil, pobremente ejecutado y simplemente una repetición de lo que Trent ya había hecho en *The Downward Spiral*. Y tal vez tenían razón. Tal vez había confiado demasiado en el concepto de *Antichrist Superstar*. Tal vez todos trataban de salvarme de mí mismo.

Pero tal vez ninguno de ellos realmente se había tomado el tiempo de escucharlo y comprender la idea. Tal vez el álbum que ellos tenían en mente para Marilyn Manson no era el que yo tenía en la mía. Parecía como si Trent y yo quisiéramos hacer discos diferentes. Yo veía *Antichrist Superstar* esencialmente como un álbum *pop* —aunque uno inteligente, complejo y oscuro. Quería hacer algo tan clásico como los discos con los que había crecido. Trent parecía tener su corazón puesto en romper barreras como productor y grabar algo experimental, una ambición que a menudo iba en contra de la melodiosidad, coherencia y visión en la que yo insistía. Yo siempre había confiado en la opinión de Trent en el estudio, ¿pero qué se suponía que debía hacer cuando nuestras opiniones diferían? Sin importar lo que nadie dijera, yo sabía que *Antichrist Superstar* no era lo mismo que *The Downward Spiral*, que trataba del descenso de Trent en un mundo profundo de autotortura y desdicha. *Antichrist*

Superstar iba sobre usar tu poder, no tu tristeza, y ver ese poder destruirte y a todos a tu alrededor. Lo que me estaba pasando ahora parecía ser algún tipo de perversa combinación de ambos tipos de autodestrucción. Habían pasado casi cuatro meses — cuatro meses y todo lo que teníamos eran cinco canciones medio terminadas, fosas nasales lastimadas y una cuenta de hospital. Nadie parecía darse cuenta de que la banda estaba desintegrándose.

Al mismo tiempo, Trent parecía distanciarse más como amigo y como productor cada día, tal vez porque usamos mucho de su tiempo en un proyecto en el que todos perdían la fe rápidamente. Había dicho distraídamente en una conversación cuando comenzamos a grabar que era imposible hacer un gran álbum sin perder algunos amigos, y no le presté mucha atención entonces. Ahora era todo en lo que podía pensar, porque estaba perdiendo a las tres personas que me importaban más: Missi, Trent y Twiggy. Todo lo que me quedaba era mi familia.

Después de salir del hospital, reservé un vuelo a Canton, Ohio, para ir a la boda de Chad. Siempre me sentí responsable por Chad, como si de alguna forma yo hubiera truncado su camino para convertirse en actor o comediante. No había una razón específica para que pensara esto, excepto tal vez la culpa de que yo había escapado de Ohio mientras que su vida se estaba estancando ahí. Se condenó a sí mismo al ataúd americano: había ido a la universidad, había embarazado a su novia, y ahora iba a casarse y ser miserable o, peor aún, feliz.

Hablando con Chad, cuyo rostro con dientes de conejo no había cambiado excepto por la barba, no puede relacionarme con él más. ¿Cómo podría él entender lo que es estar en el escenario frente a miles de personas gritando tu nombre? ¿Permanecer despierto tres noches seguidas tomando drogas y mirando a las personas mear, cagar, golpearse con látigos y follar sólo por diversión? ¿Tratar de ir a dormir por la noche con el pecho aún sangrante y una herida en la cabeza hecha por la base de un micrófono? Sólo podíamos hablar a un nivel superficial, discutiendo lo extraño que era que se casara, el vestido de novia de su esposa y el incomprensible concepto de tener niños.

La boda fue la primera vez que había estado en una iglesia desde que era niño, y me sentí incómodo durante todo el servicio. Usé mi traje negro con una camisa roja, corbata negra y gafas de sol. Todos parecían mirarme con desaprobación. No sólo el sacerdote me dirigía miradas sucias, sino todo el resto de mi familia. Mientras ellos piamente recitaban sus oraciones y cantaban himno tras himno, estudié a cada uno de ellos fríamente. Me imaginé caminando por el pasillo en lugar de Chad, pero casándome con una mujer negra o un homosexual y mirando la confusión resultante. Imaginé respondiendo a la pregunta del sacerdote, “¿Tomas a esta mujer como tu esposa hasta que la muerte os separe?”, bañándome de gasolina y encendiéndome. No pude descubrir por qué había salido diferente a todos los demás. Yo tuve la misma educación, las mismas ventajas, las mismas desventajas. Fue entonces cuando encontré las palabras que terminarían el álbum, “El niño que amabas es el hombre

que temes”.

Después, caminé hacia el hermano y la madre de Chad, quienes me dijeron que estaban molestos porque había mencionado a mi abuelo en una entrevista. “¿Por qué tienes que revelar los secretos de la familia?”, me regañó su madre.

“De todas formas nadie cree lo que yo digo”, repliqué cortésmente. Mi abuelo había muerto el día de Acción de gracias anterior, y el hecho de decidir no asistir al funeral pareció dar como resultado un pacto tácito entre mis parientes para incomunicarme.

**CÍRCULO NUEVE: ENGAÑO –TRAIDORES A LA
SANGRE–**

Todos con los que hablé me preguntaron si era gay, drogadicto o adorador del demonio. Nadie tenía nada agradable que decir, y nadie entendía nada sobre mí. Ya no era Brian Warner, era algún tipo de poso repulsivo e inexplicable que había escapado de una coladera y ensuciado sus perfectas vidas. Chad parecía demasiado joven y demasiado inteligente para caer en esta trampa, y lo único en lo que podía pensar era en que yo no quería crecer y tener que tolerar esta vida que todos piensan que deben vivir. Por otra parte, mi vida no era mejor. Tenía que haber algo más.

Después de la recepción, condujimos de vuelta a la casa de mi abuela. Mientras todos se sentaban en la sala bebiendo vino, comiendo galletas y luchando por decir algo interesante, yo me escabullí y bajé las escaleras hacia el sótano de mi abuelo. Estaba casi exactamente igual, pero los trenes y la pera para enemas habían desaparecido y alguien había vaciado el gabinete de medicinas. Miré detrás del espejo del techo, y la pornografía había sido quitada. Abrí una de las latas de pintura, y las películas de 16 milímetros aún estaban ahí. Levanté la de encima y la sostuve contra un polvoriento rayo de luz amarillenta que entraba por la ventana, revelando a un hombre negro montándose con una rubia gorda. Tomé otro carrete de película, y metí los dos en la cintura de mis pantalones.

Ya no me sentía pequeño ni asustado en el sótano. De hecho, me sentí en casa por primera vez desde que había regresado a Canton. Tenía mucho más en común con mi abuelo ahora que con el niño inocente que solía explorar su sótano, toda una revelación molesta a la luz del hecho de que hace unos momentos había estado sentado en la iglesia prometiéndome a mí mismo que nunca maduraría. Incluso usaba lencería de mujer, como hacía mi abuelo, y había participado en actos sexuales mucho más perversos que los de sus revistas *Watersports* y *Anal Only*. Mi abuelo había sido la figura más fea, oscura y depravada en mi vida, más animal que humano, y yo me había convertido en él, encerrado en el sótano con mis secretos mientras el resto de la familia disfrutaba en la insignificante y ordinaria superficie. Aquí abajo, vi mi negro y antiguo núcleo expuesto, como una cangrejo sacado de su concha —sucio,

vulnerable, y obsceno. Por primera vez en mi vida, estaba verdaderamente solo.

Las primeras semanas de regreso en Nueva Orleans sirvieron para probar que la situación era aún peor de lo que había imaginado. Tomar un descanso había terminado con el último apoyo que pensaba que aún tenía detrás de mí, y regresar para encontrarme exactamente en la misma situación autodestructiva e insignificante que había dejado sólo agravó todo. Tuve rachas con drogas que duraban días y que resultaron en pérdidas de conocimiento, peleas y la destrucción de casi todo lo que tenía y solía amar. Mi vida se hacía pedazos, la banda se hacía pedazos y el álbum se hacía pedazos. Era un cliché del *rock'n'roll* y ni siquiera había tenido éxito todavía.

Sentado en el estudio con Twiggy preparándonos para grabar *The Minute of Decay*, sentí cómo el peso de la inutilidad de este proyecto me aplastaba. Había pensado que en mi ausencia, todo se arreglaría de alguna forma. Pero el hecho era que nos habíamos convencido de hacer un gran álbum, pero habíamos grabado uno terrible. Me estaba preparando para cantar a través de un amplificador para guitarra, usar una caja de ritmos, y dejar que Twiggy tocara el bajo con un amplificador barato. La cosa más cara en la habitación era la medio diezmada pila de cocaína frente a nosotros. Como una mosca en un anzuelo, sin importar cuánto aleteara, me retorciera y luchara, no había forma de escapar. Estaba atado a una cuerda que no tenía forma de cortar. Había trabajado tan duro los últimos años sólo para estar atrapado aquí, dudando de mi propia capacidad artística y de mi propia existencia. Al menos sabía —siempre había sabido— que había una salida. Pero no quería pensar en eso. La verdad es que era demasiado egoísta para matarme y dejar que ellos —no sólo todos los del estudio, sino mi familia, mis maestros, mis enemigos, el mundo— supieran que habían ganado.

Comencé a cantar. «No queda mucho que amar». Reflexivamente inhalé un poco de la cocaína frente a mi rostro. «Hoy estoy demasiado cansado para odiar». La droga ya ni siquiera me afectaba. «Siento el vacío». Algo húmedo cayó en medio de la pila de polvo blanco. «Siento el momento de la caída». Era una lágrima. «Estoy cayendo ahora». Estaba llorando. «Me gustaría llevarte conmigo». Ni siquiera recordaba la última vez que había llorado, o incluso sentido algo así. «Estoy cayendo ahora». Rompí en lágrimas completamente.

“¿Podrías venir a la sala de control?”, dijo una voz a través del sistema de sonido.

“Muy bien”, dijo Trent cuando llegué, “creemos que estás sobreactuando”.

“Creo que abusas un poco de tus emociones”, añadió Dave. “Te dejaremos hacerlo una vez más, pero deja el teatro. Esto no es Shakespeare”.

“No creo que vosotros...”, comencé a decir pero me detuve. No creí lograr nada diciéndoles que si eran mis amigos, como había pensado alguna vez, podrían haber entendido que mi desconsuelo era real.

Debí haberme ido directo a casa —me diría eso mismo mil veces después— pero no lo hice. En lugar de eso, me castigué con todo el licor, píldoras y drogas que tenía con mayor frecuencia y en mayor cantidad desde que regresé de Canton. Pero esta

noche fue diferente. Un rastro de humanidad regresó a mí en el estudio, y me daba miedo. Era algo extraño y traté de deshacerme de él. Cerca del amanecer, Trent me llevó a casa y entré, con miedo de despertar a Missi. Pero las luces de la mesita estaban encendidas, y Missi estaba acostada de espaldas sobre la cama, destapada. Estaba temblando, su piel estaba empapada de sudor, y había humedecido las sábanas a su alrededor. Ni siquiera se dio cuenta de mi presencia; sus ojos se habían ido hacia atrás.

La agité y le hablé, poniendo una mano sobre su frente ardiente. Pero ella no mostró ningún signo de conciencia. Me maldije por no haber regresado a casa antes, por no haber puesto atención antes cuando Missi dijo que se sentía mal, por ni siquiera haber traído a casa la medicina que quería, por todas las veces que había peleado con ella y maldecido su existencia en los pasados seis meses. Y después me pregunté si mi indulgencia egocéntrica era lo que la había matado.

Ella era la única persona que quedaba por la que era capaz de sentir amor, y el perderla destruiría mi única oportunidad de regresar al mundo normal humano de los sentimientos, sensaciones y pasiones —destruiría, en esencia, a mí mismo.

Entré en pánico. No sólo estaba demasiado drogado para conducir sino que incluso si quería hacerlo, no podía porque el coche de Missi tenía las marchas trabadas. A pesar de nuestras diferencias recientes, Trent era aún la única persona con la que podía contar en Nueva Orleans. Le llamé a su teléfono móvil y, juntos, llevamos a Missi al hospital, al mismo que ella me había llevado cuando había tenido la sobredosis. Las enfermeras la llevaron en silla de ruedas al cuarto de emergencias y le inyectaron adrenalina para mantenerla con vida, su temperatura era de casi 42°, suficientemente alta para freír el cerebro de la mayoría de las personas. Muchas horas después, cuando el sol se levantaba para anunciar otro terrible día, dos médicos trajeron a Missi a la sala de espera, donde yo estaba sentado aún con Trent a mi lado. Trent no necesitaba estar ahí: no era su responsabilidad. Pero ahí estaba. Tal vez mi opinión sobre la amistad de Trent había estado equivocada. Después de todo, en muchas formas, durante los tres años anteriores Trent se había convertido en el hermano que nunca tuve.

Los médicos explicaron que Missi estaba embarazada de tres meses y, si decidía practicarse un aborto, tenía que esperar hasta que su resfriado se fuera. Sabía que durante el curso de nuestra larga relación yo había deformado su personalidad para acomodarse a la mía. Ahora me daba cuenta de que también había deformado su cuerpo.

La noche siguiente, mientras estaba sentado solo en el cuarto de control del estudio, toqué las mezclas que habíamos grabado de *Tourniquet*, una canción inspirada por una de mis muchas pesadillas apocalípticas. Pensaba que estaba escuchándola para tratar de determinar si debía ser grabada de nuevo, pero en realidad estaba tratando de encontrarme a mí mismo en la canción, para ver si podía encontrar alguna pista, alguna respuesta, alguna solución, alguna salida del desastre

en que se habían convertido mi vida y mi carrera. La escuché una y otra vez hasta que me volví insensible a ella, sin poder decir más si la canción era buena o mala, o incluso si era mía o de alguien más. Aturdido, levanté el micrófono que estaba conectado a la computadora, comenzando a sentir una de las pérdidas de conocimiento que había estado experimentando más frecuentemente. Muy lenta y firmemente tamborileé la mesa con mi mano izquierda como si estuviera pidiendo ayuda por telégrafo y susurré al micrófono: «Este... es... mi... momento... más... vulnerable...», cambié la grabación de dirección, para que quedara al revés, y lo añadí al inicio de la canción, una llamada de auxilio que nadie podía oír excepto yo.

Me colapsé en la silla giratoria y traté de aclarar mi cabeza. Las palabras venían de una lugar dentro de mí tan rosado y sensible como la cabeza de un recién nacido. Me pregunté si la humillada, desmoralizada y degradada monstruosidad en que me había convertido estaba muriendo (o siendo asesinada), dando lugar, como Anton LaVey había predicho más de un año antes, a algo nuevo, algo confiable, algo emocional, algo terrible y hermoso y poderoso, el «Anticristo Superestrella» —un redentor del mundo al que nadie permitiría nacer. Lo que ni yo ni nadie a mi alrededor habíamos notado era que el mismo corrosivo que me había quitado mi humanidad era también responsable por tratar de matar al Anticristo Superestrella en la matriz: la traición. Era una palabra que hacía eco en mi mente como una hoja de lata oxidada cada vez que algo salía mal. Desde mis abuelos hasta Chad y mis maestros en la escuela cristiana y hasta mis primeras novias, nadie se había mantenido fiel al rol que interpretaba en público. Gastaban sus vidas tratando de vivir las mentiras que habían creado para sí mismos. Sólo en privado eran capaces de ser los demonios, hipócritas y pecadores que eran en realidad, y ay de aquellos que los atraparan en su juego, porque lo único peor que una mentira es una mentira descubierta. Pensé que había aprendido a protegerme de la traición al no confiar en nadie. Pero en las semanas que siguieron, iba a experimentar más traición en menos tiempo de lo que pensé posible. Cada una era como un martillo haciendo un agujero más y más profundo en mi pecho.

Comenzó con mi decisión de hacer algo sobre el predicamento en que estábamos. Convoqué una reunión con la banda, Trent y John Malm, y discutimos lo que podía hacerse para salvar el álbum y a nosotros mismos. Al final, fue acordado que necesitábamos alguien que no fuera Dave para ayudar a producir el álbum, algo que Trent había tratado de decirnos durante más de un mes. Necesitábamos alguien que nos ayudara a trabajar, y Dave parecía haber sido hechizado por nuestra autodestrucción letárgica. Como todos los demás, él tan sólo quería salir del paso con lo referente al álbum; pero no quería dejar de jugar a videojuegos o ver el hockey para lograr esta meta. Al final, acordamos que todos nos reuniríamos con Dave la tarde siguiente y lo dejaríamos ir.

Pero el día siguiente cuando me presenté en el estudio para la junta, me encontré yo solo con Dave. Nadie más había venido. Estaba acostumbrado a verme como un

villano ante padres y cristianos, pero no ante músicos a los que solía respetar, especialmente cuando ese músico técnicamente no trabajaba para mí. La reunión, la cual tuvo lugar en la oficina, salió tan mal como lo esperaba y terminó con Dave saliendo furioso de la habitación, y con sus palabras finales, “Esto no me sorprende —así es como operan todos en este negocio”, haciendo eco en las paredes. Había sido dejado solo para verme como un idiota, y así fue.

No regresé al estudio hasta días después, dándome gusto en una temeraria racha de drogas que hizo ver todo lo demás que había hecho en Nueva Orleans como un ensayo. Experimenté con varias drogas que sólo se dan con receta —sulfato de morfina, Percocets, Lorcets— y metí agujas bajo mis uñas para probar mi umbral de dolor porque el emocional ya había sido cruzado. El tiempo en que Twiggy y yo habíamos estado tan cercanos que ni siquiera teníamos que hablar para escribir — juntos— la mejor música que hayamos hecho parecía tan distante e inalcanzable. Traté de recordar como era el sonido de esa música y que le había pasado.

En un raro momento de sobriedad, que debió haber sido entre los primeros cinco minutos después de despertar, llamé a Twiggy y le hice esas preguntas, y prometimos regresar al estudio y hacer algo de trabajo. Cuando llegamos ahí la mañana siguiente, encontré a Twiggy fuera, molesto.

“¿Qué pasa?”, pregunté.

“¿Recuerdas que David Lynch quería que colaboráramos con él en la banda sonora de su película?”, dijo.

“¿Para ‘Lost Highway’?”. “Sí”.

“Bueno, ahora está en el estudio con Trent, quien está haciendo el *soundtrack* por sí mismo”.

“Voy a matar a alguien”, dije echando humo.

“Lo habría hecho ya si pudiera”, escupió Twiggy, “pero no se nos permite el paso al estudio”.

“¿No se supone que debemos estar terminando nuestro disco?”.

“Y se pone peor. Dave Ogilvie está ahí dentro, trabajando con Trent”.



Nuestra relación con Lynch había comenzado dos años antes a través de una chica que conocimos llamada Jennifer, que declaraba ser la asistente de Lynch. Por entonces, todos la tomaban por una *groupie* usa-nombres. Pero a la hora de la verdad, su declaración no sólo era verdadera sino que resultó ser un ofrecimiento para colaborar con él en la banda sonora de su nueva película, *Carretera perdida*, así como para aparecer en la película. Ahora, no sólo habíamos sido despojados de nuestra relación con Lynch, sino que su película nos estaba alejando de nuestro álbum. Cuando llamé al resto de la banda, descubrí que incluso Pogo me había traicionado, sin saberlo, y estaba trabajando en efectos de sonido para el *soundtrack* mientras que nosotros estábamos temporalmente desterrados del estudio.

Decidí regresar mas tarde y ver si podía hablar con Lynch sobre todo eso. Tan pronto como empujé las puertas de acero, casi choqué con él.

“¿Qué tal estás?”, le pregunté tan casualmente como pude, tratando de esconder mi enfado. “Me alegro de verte de nuevo”.

“¿Y cuándo vendréis a trabajar?”, preguntó Lynch. Él claramente no tenía idea de que me habían dicho que no entrara al estudio.

“No voy a poder, estamos terminando nuestro álbum”, mentí, mordiéndome la lengua. Trent estaba cerca.

Salí corriendo del estudio, sintiéndome raro, como una novia que descubre a su novio engañándola. Me pregunté si había sido un tonto todo el tiempo. Tomando los

consejos de todos cuando no hay nadie en este mundo en quien confiar mas que uno mismo. Había estado tratando de arreglar todo lo que pensé que estaba mal con *Antichrist Superstar*: Dave Ogilvie, Twiggy, Trent. Pero ni siquiera había considerado que el obstáculo más grande que me detenía era yo mismo. Tal vez era momento de dejar las drogas y tratar de arreglarme a mí mismo.

Me senté en la sala de espera de la clínica para mujeres, imaginando lo que pasaba a sólo tres habitaciones de distancia mientras los médicos ponían una barra del tamaño de una cerilla, con dos hebras en forma de trenzas saliendo de la punta, dentro del útero de Missi. Haciendo que se dilatara antes de arrancar el cerebro de nuestro hijo con un par de fórceps.

“¿Café?”, preguntó una enfermera de pelo canoso mientras cruzaba la habitación hacia un mostrador blanco. Miré y me di cuenta de que la marca que me estaba ofreciendo era Folger’s. Me encogí de hombros, y bajé la cabeza de nuevo, sin responder. Yo no bebía café. Y mi mente retrocedió en el tiempo hacia Canton, Ohio, hacia una época en que solía construir edificios con bloques en el césped cruzando la calle de mi casa, creando casas nuevas como una forma de escapar de la mía. Una tarde encontré una lata metálica de Folger’s con una putrefacta sustancia de color café y rojo dentro. Se la mostré a mi madre, que la tiró diciendo que era carne podrida. Sólo recientemente confesó que en realidad eran los restos de un feto abortado. De pronto me di cuenta de por qué no tomaba café.

Missi había sentido miedo con respecto al aborto —ella estaba ya entrada en el segundo trimestre— y yo también tenía miedo, no sólo por su seguridad sino por mí mismo. Pensé que no había nadie más en el mundo que me entendiera y aceptara tan incondicionalmente como ella, ninguna chica a la que me sentiría tan cercano, nadie más que pudiera compartir mi vida y mi música cuando saliera del estudio. ¿Pero por qué pensaba en tiempo pasado? ¿Estaba progresando más allá de ella? Estaba preocupado por ella y sabía que estaría destrozado si algo malo pasara, pero al mismo tiempo no podía evitar que un pensamiento torcido y degenerado cruzara mi mente. Me preguntaba si ella podría hablar con el doctor sobre conservar el feto abortado.



Esa noche, me quedé en casa con Missi mientras se recuperaba. Había estado haciendo eso mucho últimamente: quedarme en casa. Había dejado las drogas definitivamente, algo que sabía que podía hacer. Había llegado a darme cuenta que es más divertido buscar drogas y recordar lo que hiciste bajo sus efectos que tomarlas. Tal vez nunca antes en mi vida había ejercido el autocontrol, pero, cuando era necesario, tenía la fuerza de voluntad necesaria y la capacidad de autonegación como reserva, facultades tan fuertes al menos como las de cualquiera que haya conocido. También tenía ambición, una ambición tremenda, y las drogas ahora me estorbaban. Una de las dos cosas debía irse.

Cuando Missi cayó dormida, me escabullí de la cama hacia la silla de peluquero, mirando las sombras de las gotas de lluvia jugar en la cabeza blanca de carnero colocada sobre un esqueleto humano de tres metros de alto, una reliquia del altar de la original Process Church de Inglaterra. Detrás de mí había dos cráneos de gorila ennegrecidos, mirándome a través de cuencas vacías como si estuvieran molestos e impacientes. Tenía muchas cosas en qué pensar. Cuando concebí *Antichrist Superstar* por primera vez, me preparé a crear un Apocalipsis. Pero no sabía que iba a ser uno personal. De niño, había sido un debilucho, un gusano, un acompañante, una pequeña sombra tratando de encontrar un lugar en un mundo infinito de luz. Al final, para poder encontrar ese lugar, tuve que sacrificar mi humanidad —si una existencia tan

insegura y guiada por la culpa puede llamarse humanidad. Tuve que quitarme la piel, purgar mis emociones y experimentar cada extremo; tuve que seguir lanzándome sobre las espadas hasta que no sintiera nada.

Pero al intentarlo todo, había descubierto que no necesitaba nada de eso, no había adonde ir excepto a la tumba —o volverme más humano. Después de siete estresantes meses de trabajar (o no trabajar) en el álbum y lidiar con Missi, había comenzado a emerger de ese desalmado capullo de insensibilidad. Al tiempo que las drogas salían de mi sistema, mi humanidad —lágrimas, amor, odio, autorespeto, culpa— regresó a mí, pero no en la misma forma que la recordaba. Mi debilidad se había convertido en mi fuerza, mi fealdad se había convertido en mi belleza, mi apatía hacia el mundo se había convertido en un deseo de salvarlo. Me había convertido en una paradoja. Ahora, más que en ningún otro punto de mi vida, comencé a creer en mí mismo. Siempre había predicado eso en mi música, ¿pero lo había practicado alguna vez desde mi llegada a Nueva Orleans? ¿Lo había practicado alguna vez? ¿Alguna vez había sido verdaderamente capaz hasta ahora?

El día siguiente me reuní Sean Beavan, el ingeniero de sonido que contratamos para coproducir el álbum en lugar de Dave Ogilvie. Habíamos trabajado juntos desde *Portrait of an American Family*, y a pesar de su manía por el café capuchino y el patinaje, teníamos mucho en común en lo referente a música y travestismo. Aunque tuvimos que trabajar en un estudio auxiliar mientras Nine Inch Nails mezclaba *The Perfect Drug* para la película de David Lynch, no nos importó. Estábamos trabajando, y no sólo en lo que pensé que era nuestra mejor canción, sino que era la primera que había grabado desde que dejé las drogas y el alcohol. Había canciones en el álbum que tenían lugar en el pasado y en el futuro, pero ésta era una de las pocas situadas en el presente. «Cortaste todos tus dedos / los cambiaste por billetes de un dólar / ponte algo más de maquillaje para esconder todas esas líneas / levántate y deja de agitarte que sólo pierdes el tiempo». Era lo más recriminante que jamás había sido conmigo mismo. Había sido parte de una epidemia de abuso de drogas, autoabuso e insinceridad que parecían fluir de cada persona que había conocido en Nueva Orleans. Y su lema era: «Seré tu amante, lo seré por siempre, lo seré mañana, soy cualquier cosa cuando estoy drogado».

Cuando tocamos la canción para la compañía de discos, la odiaron. No sólo querían usar las primeras mezclas en su lugar, querían despedir a Sean. “Mira”, me dijeron. “¿Por qué no buscamos alguien más para mezclar el álbum, retrasamos el lanzamiento, y lo sacamos en enero en vez de octubre?”.

“De ninguna forma”, insistí, orgulloso de imponer la ley, mi ley. “Éste es el momento de lanzarlo y lo sabéis”.

Ésa sería la última vez que buscaba la opinión de alguien más sobre mi trabajo.

Cada vez que entraba en el estudio en las semanas que siguieron, me sentía progresivamente más animado —estaba haciendo este álbum por mí mismo, sin mentores, *managers* o sicofantes. Mientras más me acercaba a terminar el álbum, más se convertía en un imán, atrayendo a la banda de nuevo al estudio y la unía de nuevo. Encontramos un reemplazo para Daisy, un engañosamente benigno vegetariano de Chicago con un horrible gusto en mujeres que ahora es conocido como Zim Zum, después de revisar incontables videos de guitarristas metaleros pateando ciervos muertos, comiendo heces humanas, y vistiendo trajes ridículos pensando que a nosotros nos gustaría eso. Incluso encontré una forma de pagar los cinco mil dólares que debía por repintar mi recámara: cargando a Interscope Records cinco mil dólares por un falso estudio fotográfico.

No extrañaba las drogas, y ni siquiera me importaron las traiciones que continuaron hasta y pasado el punto en que entregamos el álbum completo a Interscope Records. Me había acostumbrado a la deserción, al abandono, a la deslealtad, y a la hipocresía, y había llegado a entender que yo era más grande que todo eso. No es que fuera frío e insensible. Finalmente sabía por lo que valía la pena preocuparse. Por primera vez en veintisiete años, ahora me conocía a mí mismo.

Esto era porque había comenzado a ver el mundo con nuevos ojos, y a comprender que el mundo era más grande que un estudio en Nueva Orleans, como era *Antichrist Superstar*. Todo y todos los que habían intentado detener el álbum sólo lo habían hecho más fuerte, más poderoso y más efectivo. El álbum había entrado en el número tres de las listas, y ahora yo era más grande que los clubs de *rock*, la cocaína y el *rock* optimista; más grande que las traiciones, las mentiras y la gente feliz y reluciente; más grande que la ropa interior de látex, Willy Wonka, la carne, *Night Terrors Magazine*, la vagina de Tina Potts y la Primera Iglesia Bautista de Jacksonville; más grande que cualquiera que jamás haya tenido éxito y más grande que la mayoría de los músicos que solía idolatrar. Para algunas personas, incluso era más grande que Satán.

*CINCUENTA MILLONES DE
CRISTIANOS LLORONES NO PUEDEN
ESTAR EQUIVOCADOS*

(Su) música es hecha por idiotas cretinos que cantan obscena y maliciosamente letras simples y sucias. Logra ser la música marcial de cada... delincuente sobre la faz de la Tierra. Es la forma de expresión más brutal, horrible, desesperada y viciosa que he tenido la mala suerte de escuchar.

Frank Sinatra, refiriéndose a Elvis Presley

*PRUEBA A
PROPAGANDA DE OPOSICIÓN*

DECLARACIÓN DE
(nombre retenido)

ESTADO DE OKLAHOMA
CONDADO DE OKLAHOMA

Yo, (nombre retenido), juro aquí:

1. Que soy un hombre de veinte años y resido en (dirección retenida), Ciudad de Oklahoma, Oklahoma (código postal retenido);
2. Que el Jueves, 19 de Diciembre de 1996, personalmente asistí al concierto de Marilyn Manson en Dallas, Texas;
3. Que cuando la banda tomó el escenario, la guitarrista salió totalmente desnuda con bragas transparentes muy delgadas. Se hizo cosas a sí misma con un vibrador y

otras cosas. Manson trajo un perro al escenario y tuvo relaciones con él. La banda le pidió al público tirarse al suelo y tener sexo. Yo los oí decir a la multitud que violaran a niñas y niños pequeños.

4. Que las personas más jóvenes en el público tenían nueve o diez años. Se pasaban drogas constantemente del frente hacia atrás. Los guardias de seguridad del concierto animaban a la gente a hacer lo que Manson les pidiera. Ningún policía estuvo nunca en el área del auditorio. Fueron mantenidos afuera. Temí por mi propia seguridad física cuando la multitud se volvió loca;

5. Que vi a los miembros de la banda tener sexo real y simulado el uno con el otro. Durante una misa satánica Manson habló sobre matar animales como sacrificio, predicó partes de la Biblia Satánica e invitó a aceptar a Satanás como su señor acercándose a un altar. Lanzó alguna sustancia líquida sobre la multitud;

6. Que presencie relaciones y actividades sexuales entre la gente del concierto, no sólo en el escenario, y vi a más de dos docenas de personas ser sacadas del concierto debido a heridas;

7. Que salí antes de que el concierto terminara;

8. Eso es todo.

Ejecutada el día 17 de Enero de 1997.

—Declaración falsa y difamatoria distribuida
por la American Family Association.

Hecho: como creyentes en Jesucristo, siempre hemos tenido y continuaremos teniendo autoridad sobre demonios y espíritus malignos.

Hecho: el grupo de “rock” Marilyn Manson son demonios o espíritus malignos, ya que adoptan creencias heréticas, claman ser anticristos y satanistas, e intentan alejar a los niños del cristianismo a través del pecado.

Parte de la autoridad que Cristo nos ha dado sobre los demonios es el poder para, a través de la oración, atar, contener a inhibir las acciones de los espíritus malignos.

Esta oración atadora ha sido creada en respuesta a una plegaria de ayuda de parte de estudiantes de muchos colegios cristianos de Florida. No intenta dañar en ninguna forma a ninguno de los miembros de Marilyn Manson. Es un ataque solamente a su concierto e intenta echar a estos demonios de la comunidad de Orlando solamente.

Con esta oración, ahora atamos a los demonios y espíritus malignos que rodean la actuación de Marilyn Manson en el día decimoquinto del mes decimoprimer del año de mil novecientos noventa y seis.

Oh, espíritus sucios y malignos que han traído
Al grupo musical Marilyn Manson a Orlando,
Y han consumido y poseído los cuerpos y mentes
De todos aquellos que son parte del grupo o los ayudan en sus

movimientos,

Por el poder que nos fue dado por Jesucristo, y en su Santo Nombre,
Nosotros aquí atamos a los autobuses y los camiones que traerán
A Marilyn Manson y a su música a nuestra comunidad.
Atamos la máquina que hace funcionar al vehículo,
Y a la gasolina que hace funcionar a la máquina.
Atamos las luces y los amplificadores,
Los micrófonos y el equipo musical,
Necesario para su vil y blasfema actuación.
Atamos la boca, las manos y los pies,
De los miembros de Marilyn Manson,
Para que no puedan sembrar mentiras
Ni diseminar el descontento entre nuestra juventud,
O tocar sus instrumentos musicales,
O allanar nuestra comunidad.
En el nombre de Jesucristo atamos a estos demonios,
Y por Su mano sabemos que serán atados.

Nuestra autoridad escrita para esta acción es la siguiente:

Marcos 16:15-18

15 Y les dijo: Id por todo el mundo; predicad el evangelio a toda criatura 16
El que creyere y fuere bautizado, estará a salvo; mas el que no creyere, será
condenado. 17 Y estas señales seguirán a los que creyere: En mi nombre
echarán fuera demonios; hablaran nuevas lenguas; 18 Quitarán serpientes, y si
bebieren cosa mortífera, no les dañará; sobre los enfermos pondrán sus manos
y sanarán.

—Oración distribuida por protestantes ante un concierto
de Marilyn Manson en Orlando, Florida.

Marzo 19, 1997

Para: Comisionados del Mississippi Coast Coliseum
Director Ejecutivo Bill Holmes

Queridos comisionados:

**Les conmino a cancelar la aparición de Marilyn Manson en el
Coliseum.**

**Siento que la aparición de Manson y darle un foro para exponer
su ponzoñosa filosofía no está entre los mejores intereses de la**

comunidad de Mississippi Coast.

Durante la fiesta cristiana más sagrada que celebra la resurrección de Cristo, creo que esta controversia es una afronta a los ciudadanos contribuyentes que construyeron y mantienen el Coliseum.

Hablando por los intereses de unidad y cohesión de la comunidad, ¡le pido que tome acción para cancelar este concierto!

Sinceramente,

(firma)

Ken Combs, Alcalde

¡¡¡Escandaloso!!!!

- «Mata a tus padres» (en camisetas)
- «Cada era debe tener al menos un individuo valiente que haya tratado de terminar con el cristianismo. Nadie ha podido tener éxito aún, pero tal vez a través de la música nosotros podamos».
- «Yo soy el anticristo Americano».
- «Exposición indecente en el escenario, obscenidades más allá de toda descripción, folletos con la leyenda: «Mata a Dios».
- «Letras e ideas demasiado ofensivas incluso para MTV sin censurar... “Totalmente ofensivas” (como fueron descritas por su propio escritor/ cantante)».

¡¡¡¡Estas son citas /acciones/ mercancía de Marilyn Manson y su grupo de rock-metal del mismo nombre, por presentarse en el Fitchburg Civic Center el 21 de Febrero!!!

¿Asqueado como nosotros? Uníos a nosotros.

En una protesta, Civic Center, 15 de Febrero, 5:50 p. m.

En una junta del consejo de Fitchburg City, Jueves, Febrero 18, 7:30 pm Nuestros niños necesitan de su participación

—Publicidad pagada por el Mass State Council, Knights of Columbus

Declaración de: (nombre retenido)
Estado de Oklahoma Condado de Oklahoma

Yo, (nombre retenido), juro aquí:

1. Que soy un hombre de 17 años y residio en (dirección retenida), Oklahoma City, Oklahoma (código postal retenido).

2. Que hace tres años me escapé de casa a los 14 años y me encontré por primera vez con Marilyn Manson (Brian Warner) y fui aceptado dentro de su círculo de amigos o “familia”. Durante el curso de los tres años pasados he pasado tiempo con Marilyn Manson en veinte ocasiones específicas, siendo la más reciente hace dos meses. Le vi brevemente el mes pasado.

3. Que he estado presente en los conciertos tanto como parte de la audiencia como en el *backstage* en muchos conciertos de Marilyn Manson incluyendo en la actual gira de *Antichrist Superstar* seis veces.

4. Que cada concierto comienza un poco diferente pero la mayoría de las veces hay un espectáculo de luces antes de que comience el *show*. Manson sale al escenario por sí solo arrastrando una gran bolsa ya sea justo antes de que la banda comience a tocar, o la banda comienza a tocar y se detiene abruptamente cuando Manson sale al escenario con la gran bolsa. He presenciado como Manson saca de la bolsa pollitos, muchos perritos y gatitos de la bolsa y los lanza a la audiencia. Estos son animales vivos. Lo sé porque yo ayudé a conseguir algunos de esos animales de la perrera para Manson. Manson dice entonces al público que hagan un sacrificio a la música y que no comenzará el *show* hasta que todos los animales estén muertos.

5. Que presencié cómo la multitud despedazaba a los animales, arrancando partes de sus torsos. Éstos se desangraban hasta morir o eran aplastados contra el suelo. Manson me decía que ellos representaban el asesinato de la inocencia. He visto este camión de animales el cual es como una camioneta con una cabina de acampada en la parte trasera con jaulas llenas de diferentes animales para sacrificar en los conciertos. Yo he ido con (nombre retenido), un amigo que se encarga de las luces y el sonido para los conciertos, a conseguir doce cachorros, pero Manson ya tenía muchos animales en el camión. Manson siempre hace que la multitud mate a los cachorros para que tengan sangre inocente en las manos antes de comenzar el concierto.

6. Que los conciertos en los que he estado son fuertemente controlados por los guardias de seguridad de Manson. Nunca se permitió que hubiera ningún policía en el

área del concierto. Si algún oficial de policía pasa junto a un guardia, Manson es instantáneamente notificado por los audífonos que usa. Manson tiene un equipo que él llama sus Santa Claus privados. Ellos se acercan a la multitud desde los lados y lanzan bolsas de marihuana y cocaína entre toda la audiencia desde el frente hacia atrás. Todos los que asisten al concierto están tan drogados que se satura el auditorio. Todos los guardias de seguridad parecen muy formales. Manson siempre llega dando la idea a la prensa y al público general de que será un concierto de *rock* muy inocente.

7. Que vi a Manson sacar sus partes privadas y jugar con ella abiertamente frente a la multitud. Es su pene con lo que juega, no es algo artificial. He presenciado cómo se dirige a su guitarrista mujer, que normalmente está totalmente desnuda, y juega con sus partes privadas frente a la multitud. Manson siempre se exhibe en cada concierto y la mujer siempre está desnuda en cada concierto.

8. He presenciado cómo los miembros de la banda de Manson tienen relaciones anales el uno con el otro en el escenario frente a la multitud.

9. He presenciado cómo varios miembros de la banda se acercan a Manson y le practican sexo oral durante el curso del concierto.

10. He presenciado cómo Manson sube a personas de la multitud al escenario o sus guardias de seguridad traen a miembros del público y les quitan la ropa. Entonces Manson juega con ellos de una forma sexual. Entonces son normalmente llevados al *backstage* donde Manson hace cualquier cosa que le da la gana hacer con ellos. Manson toma tantas chicas del público como puede durante el concierto. He visto algunas chicas que luchaban por evitar que los guardias de seguridad las lleven al escenario. Creo que fue claramente contra su voluntad. Pero la mayoría de las chicas estaban emocionadas de que Manson tuviera sexo con ellas.

11. Presencí cómo Manson traía a un niño pequeño al escenario que celebraba su décimo cumpleaños. Manson le cantó feliz cumpleaños e hizo que el chico permaneciera en el escenario mientras que Manson practicaba actos sexuales, incluyendo sexo oral, mientras le preguntaba al chico si le gustaría hacer esto o si le gustaría hacer aquello.

12. Presencí cómo los guardias de seguridad lanzaban docenas de condones a la multitud mientras Manson les ordenaba tener sexo con cualquiera. He presenciado cómo miembros del público tenían relaciones sexuales y practicaban otros actos sexuales en cada concierto en el que he estado con Manson. Creo que alrededor del treinta por ciento del público del concierto de Manson participa en actos sexuales públicos en un concierto de Manson promedio. He presenciado violaciones en la mayoría de los conciertos. La multitud entra en tal frenesí que las chicas son sostenidas en el suelo contra su voluntad y son violadas muchas veces mientras Manson las golpea.

13. He presenciado cómo los guardias de seguridad de Manson daban éxtasis líquido a niños pequeños y mientras estos niños de nueve, diez, once años eran afectados por la droga del amor, accedían a tener sexo. He presenciado cómo niños

tienen sexo en el público en conciertos de Marilyn Manson.

14. He presenciado cómo Marilyn Manson se masturba en el escenario frente a la multitud y después eyacula sobre ella.

15. He presenciado cómo Manson practica una misa satánica hacia el final del concierto en la cual predica partes de la biblia satánica, y otros libros llamados “Magia Naranja”, “Magia Verde” y “Magia Negra”. La duración de su prédica depende de lo drogado que esté en ese momento. Manson invita a recibir a Satanás en tu vida y una voz hipnótica sale del sistema de sonido diciendo que debes ir hacia el altar. Toda esta área es donde estaba el *mosh pit*. Esta invitación es especialmente potente porque para ese momento el cien por ciento del público está drogado.

16. He presenciado cómo Manson llama a sacrificar a los vírgenes y cómo todos los niños en el área del concierto son empujados hacia el frente por la multitud para ser dedicados a Satanás.

17. He presenciado cómo Manson leía de la Biblia Satánica, pronunciado algunas palabras sobre los que han sido empujados hacia el escenario y después Manson derrama sangre de cerdo sobre todos los que están en ese grupo. Entonces Manson llama a sus “sacerdotes” para predicar a cada persona y tomar sus nombres, direcciones y números telefónicos para tener contacto continuo. Manson reparte biblias satánicas y direcciones de iglesias satánicas a las que deben asistir.

18. Durante el concierto presencié cómo Manson traía a adolescentes menores de edad, catorce, quince, dieciséis, diecisiete, al escenario y los pone en una jaula. Entonces la jaula es puesta entre el público y Manson quiere que la multitud golpee a aquellos que están dentro de la jaula. Estos chicos son parte de la gira de Manson.

19. He estado en el autobús especial de gira de Manson media docena de veces y he visto chicas menores de edad y algunos chicos desnudos y esposados a los asientos del autobús. Cada vez que he estado en el autobús, los rostros son diferentes. He visto algunos de esos rostros en televisión como chicos extraviados.

20. He visto un *videotape* que Manson reprodujo para mí en Noviembre de 1996. Él lo llamó «Baño de Sangre». El video mostraba a Manson tocando la guitarra. Rodeándolo había gente jugando un juego de vampiros en el cual mordían al cuello de los otros. Entonces un hombre salía del grupo y apuñalaba a una chica varias veces. Entonces alrededor de diez personas se acercaron a la chica sangrando y literalmente sacaron sangre de su cuerpo y se bañaron con ella. Cubrieron sus cuerpos con la sangre. Esto fue ofrecido como sacrificio a Satanás. Todos parecían como si estuvieran drogados y la víctima que fue asesinada parecía dispuesta a morir.

21. Esta experiencia con el “Baño de Sangre” hizo temer por mi propia seguridad y me dio tanto miedo que decidí que debía alejarme de estas personas. Me han mandado media docena de pases de camerinos para el concierto de Oklahoma City el 5 de Febrero de 1997. Ellos no saben que he cambiado mi vida y que la he dedicado al señor Jesucristo.

22. He presenciado cómo Marilyn Manson trajo una oveja al escenario, y desde

mi punto de vista, vi a Manson tener relaciones sexuales con la oveja.

23. Eso es todo.

Ejecutada el día 21 de Enero de 1997.

—Declaración falsa y difamatoria distribuida por la American Family Association.

- Marilyn Manson cometerá suicidio en su concierto de Halloween volando el lugar y a todos los que estén allí presentes.

- Marilyn Manson se quitó tres costillas para poder chupar su propio pene.

- He oído que se practica sexo oral a sí mismo en el escenario y luego escupe el esperma sobre la multitud.

- También he escuchado que en un *show* reciente salió al escenario con las dos costillas que supuestamente se quitó y las usó como baquetas. ¿Es eso cierto?

- Oí decir a mi amigo que Manson mató a su esposa porque estaba embarazada, después sacó al bebé, llamado Lucifer Satán Damián (LSD), abortado.

- Manson era Paul de *Aquellos maravillosos años*.

- Manson fue Winnie Cooper en *Aquellos maravillosos años*.

- Manson fue el niño pequeño en *Mr. Belvedere*.

- Oí que Marilyn Manson SÍ FUE el chico en *Aquellos maravillosos años* pero después comenzó el rumor de que no sólo para despistar a la gente.

- Daisy y Zim Zum son la misma persona, pero Manson pensó que le daría más publicidad si “consiguiera otro guitarrista”.

- Marilyn Manson es en realidad el hijo/ hija de Charles Manson y Marilyn Monroe.

- Oí que Marilyn Manson es miembro de un grupo caníbal y que en realidad es negro y blanqueó su piel.

- Marilyn se hizo implantes de pecho —sé que es cierto, lo leí en una revista.

- Manson es en realidad una mujer, se viste como hombre sólo para tener sexo con otras mujeres.

- Marilyn Manson comenzó como un proyecto alternativo de Saigon Kick.

- Marilyn Manson se cortó uno de los dedos del pie para poder inyectarse heroína directamente en la venas.

- Él se tatuó el pene de negro.

- La única razón por la que Trent produjo el primer álbum de Manson es porque Manson da excelente sexo oral.

- Una chica dijo que Manson practicaba sexo con un cerdo en uno de sus videos. Ése nunca lo he visto.

- Gente de mi escuela dicen que Manson se hizo quitar pigmentos del ojo izquierdo para poder ver en blanco y negro.

- Una chica con la que trabajo me dijo que Marilyn Manson vendió su ojo

derecho al Diablo y es por eso que usa maquillaje rojo debajo de él.

- Marilyn Manson hizo que su novia se quitara un ojo para poder follarla por ahí.
- El abuelo de Marilyn Manson solía violarlo cuando era pequeño y cuando se lo dijo a alguien le arrancó el ojo.
- Zim Zum se unió a la banda para poder ir a la cama con Manson.
- Daisy y Manson eran amantes, pero Manson le dejó por Twiggy, porque Twiggy es “anatómicamente superior” a Daisy.
- Una vez oí que el Reverendo después de una entrevista salió al escenario y se sacó una botella de Coca Cola del trasero.
- El Reverendo estaba haciéndose cortes sobre el cuello con un cuchillo y accidentalmente cortó demasiado profundo, dañando su traquea. Twiggy sostuvo su garganta para que pudiera respirar hasta que los médicos llegaron.
- Manson mató o tuvo sexo con un gato. (No recuerdo qué fue. Creo que lo mató.)
- Marilyn Manson también se folló un burro en el escenario, ¡esa misma noche se tragó un gato entero!
- Manson quería presentarse para presidente pero se le pasó algún plazo.
- Le cortó las patas a un hámster.

—Rumores puestos por “fans” en Internet.

«Éste es tal vez el grupo más enfermo jamás promovido por una compañía de discos».

—Senador Joseph Lieberman de Connecticut

«De lo que he aprendido del contenido de sus letras y mensaje así como de su conducta en el escenario, (Marilyn Manson) claramente se inclina por degradar a las mujeres, las religión y la decencia, mientras que promueve la adoración satánica, el abuso a menores y el uso de drogas. Estas personas están vendiendo basura. Es una prueba más de que los valores morales de la sociedad continúan desmoronándose».

—Gobernador Frank Keating de Oklahoma
sobre un concierto en State Fairgrounds

«Creo que es hora de que la gente proteste (contra Marilyn Manson) a lo largo de la nación, esta cosa es lo más degradante, incita a las personas al asesinato, a la violación. El decir que la violación no es gran cosa en una época en que nos preocupamos tanto por el acoso sexual... ¡Es increíble! Aún así llega hasta el tope de las listas y *Rolling Stone* comenta lo creativos que son. ¿Qué clase de creatividad es ésta?».

—Pat Robertson, the 700 Club

«Mucha gente conoce la depravación que Marilyn Manson representa: sodomía, masoquismo, pornografía infantil, satanismo y cosas por el estilo. Es claramente perturbador, amenazante y enfermizo para muchas personas. Como comunidad, merecemos cosas mejores.

»Esperamos que adopte estándares más razonables para los eventos culturales que patrocine en el futuro. Además, creemos que merecemos una disculpa pública por someter a las ciudades gemelas a Marilyn Manson».

—Carta del Minnesota Family Council
a la corporación Best Buy

«Nosotros luchamos por Dios en contra de Satanás».

—Florence Hensell, carta al Utica City Council,
sobre un concierto en el Utica Auditorium

«Normalmente no interfiero con el estilo empresarial libre, pero en este caso no puedo comprender que alguien pague por ver esta porquería».

—Alderman Ray Clark de Calgary
sobre un concierto en el Max Bell Center

«Ni siquiera estaba enterado de la existencia de un grupo llamado Marilyn Manson hasta hace dos o tres semanas cuando de pronto nuestra oficina y mi casa fueron inundadas con llamadas de quejas sobre este concierto que será llevado a cabo esta tarde en el Wings Stadium en Kalamazoo... Su mensaje es matar a Dios, matar a sus padres y después cometer suicidio. Di a todos mis colegas un artículo sobre lo que Mr. Manson confiesa haber hecho hasta ahora en el escenario, desde actos sexuales hasta una gran variedad de cosas vulgares que promueven la violencia en nuestra sociedad, y estoy muy preocupado por ello. Así que tomando eso en cuenta he llegado a una resolución... que cualquier persona de menos de 18 años de edad sean acompañados por sus padres... Hemos recibido casi 10.000 firmas sólo en el área de Kalamazoo que están en contra de este concierto».

—Senador Dale Shugars de Michigan

PRUEBA B: DIARIO DE LA GIRA

Sin fecha

Las personas no escriben diarios para ellos mismos. Los escriben para otras personas, como un secreto que no quieren decir pero que quieren que todos conozcan. El único lugar seguro para tus pensamientos es tu memoria, la cual la gente no puede tomar y leer cuando no estás mirando —al menos aún no. Empiezo a pensar que si la Internet es la radio de onda corta de los noventas, entonces la computadora personal es el estacionamiento del alma, una herramienta peligrosa en manos de idiotas. Eventualmente el fascismo autoimpuesto destruirá al hombre mientras él se convence a sí mismo de que no tiene que pensar más.

Septiembre de 1996, New York City

En primer lugar ninguno de nosotros quería tocar en este concierto de demostración para Nothing Records, y ahora accidentalmente lastimé a mi batería, golpeándolo con la base del micrófono y mandándolo al hospital. Queríamos hacer un *show* de Marilyn Manson para comenzar la gira *Antichrist Superstar*, pero este se convirtió en algún tipo de extraño viaje egocéntrico que sólo nos hizo parecer unos idiotas. Voy a dormir ahora y pretender que esto nunca pasó. Éste no fue el comienzo de la gira, fue un último favor.

Octubre 19, 1996, Cleveland

Tony Ciulla, nuestro nuevo *manager*, se me acercó y me pidió que adivinara en que número apareció *Antichrist Superstar* en los *charts* el día de hoy. Le dije, “tres”, y tuve razón. No podía ser ningún otro número. En la contraportada del disco hay tres de nosotros. Hay tres partes en el disco. Todo es tres. El tres significa algo más, algo que va a pasar en el futuro, algo que va a cambiar al mundo como lo...

Octubre 26, 1996, Toronto

Hoy alguien llamó para amenazarme de muerte. Dijeron que iban a volar el edificio y a sus ocupantes con gas mostaza. ¿Es algún tipo de condimento? Creo que debo darles crédito por ser creativos. Y obviamente aún estoy aquí.

Sin fecha

Esta noche por un momento me sentí como Cristo. Estaba nevando sobre mí, y pude haber estado en cualquier parte —Wichita, Berlín, o el mismo Gólgota. Había un espejo en la pared detrás de la multitud, y me vi a mí mismo como en un cuadro, congelado. La herida en mi costado sangraba y sangraba. Fue tan hermoso que lloré justo allí mismo frente a cinco mil personas. Estaba dejando salir al chico que había muerto sobre su cruz de plástico en la escuela primaria. Escapó por el agujero en mis costillas.

Halloween 1996, New Jersey

Hoy de alguna forma comenzó el rumor de que iba a suicidarme. Pero he muerto demasiado durante este año pasado, dudo que quede algo que matar.

Sin fecha

Me estoy convirtiendo en lo que solía temer. Cuando todo el mundo quiere destruirte, cada día es tu último día y cada actuación es tu última actuación. El anticristo no sólo soy yo, o sólo una persona. Somos todos, un estado mental colectivo que América necesita sea despertado en ella. Yo quiero despertarlo. Ése es el propósito de esta gira, incluso también de mi vida, hacer que los americanos se den cuenta de que no tienen que creer en algo sólo porque se lo han dicho toda la vida. No es posible que alguien que nunca ha tenido sexo o tomado drogas te diga que está mal. Sólo a través de la experiencia puedes determinar tu propia moral. La humanidad no se trata de pedir perdón constantemente por ser humano; se trata de llevar una existencia libre de culpa como individuo. Ése es el Armagedón, porque, para el cristianismo, si rechazas la idea de Dios y crees en ti mismo, el mundo ha terminado.

Noviembre 2, 1996, New Jersey

Hay algo emocionante y terrible acerca de los *shows* en clubs y en teatros, pero los *shows* en los estadios son tan *Antichrist Superstar*. Esta noche el ver a seis mil personas levantar su puño al ritmo de *Beautiful People* fue tan Nerón, tan poderoso, tan fantástico, tan fascista, tan *rock'n'roll*. Es asqueroso y me encanta.

Noviembre 6, 1996, Washington D. C.

Twiggy y yo llamamos a Trent. No hubo respuesta. No sé lo que hice para ser tan

odiado. Si fue por ser yo mismo, entonces creo que es el precio que debo pagar. Ahora ya lo he dejado atrás. No tengo rencores. Sólo desearía que se resolviera la tensión.

Noviembre 15, 1996, Fort Lauderdale

Es gracioso porque durante los dos años pasados Twiggy y yo hemos estado escuchando *Cover of the Rolling Stone* de Dr. Hook a modo de ritual, como si en realidad fuera a ponernos en la revista. Y extrañamente esa entrevista salió hoy. No estoy seguro si el escritor era gay o no, así que hice la mayor parte de la entrevista en la bañera para confundirle o excitarle. Creo que hice las dos cosas. Le informé que éste sería uno de los artículos más importantes que escribiría, y sé que será verdad.

Noviembre 16, 1996, Fort Lauderdale

Nuestro *show* de bienvenida fue mejor de lo que esperaba. Creí que la gente sería negativa y estaría resentida porque sienten que les debo algo o que me conocen. Pero de hecho, nunca tuve muchos amigos aquí porque nadie creía en realidad en lo que trataba de hacer. Las únicas personas a las que siento que les debo algo son mis padres por mantenerme cuando no tenía trabajo. Cualquiera a quien haya utilizado debe estar feliz de que al menos tuvo un uso. Es mejor que ser un inútil.

Noviembre 23, 1996, Sudamérica

Esta noche fuimos a un bar en Santiago y el suelo estaba hecho de plexiglás y había luces extrañas saliendo de ahí y nos pusimos realmente ebrios con vino chileno. Un personaje extraño se nos acercó y me preguntó si me gustaba *Ziggy Stardust*. Le dije que era un gran álbum. Él pareció molestarse y repitió la frase «Ziggy Stardust», haciendo un sonido de inhalación esta vez. Explicó que quería vendernos una gran cantidad de coca sudamericana. Realmente no habíamos consumido el polvo desde que grabamos *Antichrist Superstar*. Pero al país que fueres, haz lo que vieres. Así que pensamos que si estamos en Sudamérica, haremos lo que hagan los sudamericanos, y esnifamos mucha cocaína. Alguien dijo que había muchos polis fuera. En Chile, los policías no son tipos con traje azul y porra. Son un escuadrón en un tanque con metralletas. De alguna forma escapamos. Estuvimos despiertos toda la noche de todas formas, bebiendo vino y haciendo que algunas personas inhalaran un misterioso polvo rosa que un *roadie* compró en un parque a la salida de un concierto de *death metal*. Por supuesto teníamos que volar por la mañana, que es donde estoy escribiendo esto, en el avión. Y me siento mal.

Diciembre 3, 1996, Alemania

Anoche dejé a Twiggy como a las 6:00 am. Aparentemente estuvo despierto hasta el atardecer. Le falta todo el pelo de la frente.

Diciembre 19, 1996,

Día Libre ¿Qué pasaría si algún día la gente tiene mi disco más que la Biblia? ¿Eso me convertirá en Dios sólo porque más gente cree en mí que en él? Porque se trata de popularidad. Hay mucha gente en el mundo que nunca ha oído hablar de Jesús, mientras que en América se da por sentado. La clave para cambiar la forma de pensar de la gente es cambiar lo que es popular. Es por eso que en vez de someterte al *mainstream*, tienes que convertirte en él —y luego sobrepasarlo.

Enero 5, 1997

Hoy es mi cumpleaños. Estoy demasiado cansado para entrar en detalles, pero pueden estar seguros que como *Rolling Stone* salió hoy (irónicamente), esnifamos coca sobre mi cara en la portada de la revista mientras Dr. Hook tocaba a un volumen impío. Os lo dije.

Sin fecha

Hoy traté de llamar a Trent otra vez. Nos dio una excusa barata, del tipo que nos hacía dar a nosotros cuando no quería aceptar llamadas de la gente que odiaba.

Enero 16, 1997,

En una carretera en algún lugar. Hoteles de mierda, drogas de mierda, *shows* de mierda con fiestas de mierda, conversaciones de mierda, sexo oral de mierda, camiones de mierda, viajes de mierda, peleas de mierda, reconciliaciones de mierda, televisión de mierda con *spectravisión* de mierda, bares góticos de mierda, entrevistas de mierda, estudios fotográficos de mierda, cristianos de mierda, ateos de mierda, cintas *demo* de mierda, ánimos de mierda, comida de mierda, mierda de mierda.

Enero 17, 1997, Seattle

Jimmy tiene verrugas.

Enero 27, 1997, 7 am, los Angeles

Esta noche —o esta mañana— no he podido dormir, como siempre, y en realidad me siento feliz. Trent nos sorprendió a todos y se presentó en nuestro *show*. No habíamos hablado con él —o él no había querido hablar con nosotros— desde que terminamos el álbum. Justo después del *show* estaba tomando una ducha y él entró en el cuarto y fue igual que en los viejos tiempos. Nos abrazamos, estuvimos bromeando. Fue una noche de holocausto. Estábamos totalmente drogados e hicimos que Quiet Riot tocara en nuestra fiesta después del concierto en el Dragonfly. Creo que nosotros los reunimos, igual que hicimos con W.A.S.P. Tomamos toda la responsabilidad por el regreso del retro *heavy metal*, y estoy avergonzado.

Pero estoy divagando. Lo que pasó fue que Trent y yo salimos al balcón de la habitación esa noche y le dije, “Lo que pasó, pasó. Dejemos todo atrás. No me importa”. Y entonces dijo, “Bueno, sólo para que quede claro, yo no...”. Él se defendió durante una hora, yo me defendí durante una hora. Entonces nos dijimos el uno al otro, “Mira, no importa, ya pasó, no me importa, ya no importa”. Y fue en serio. Todo lo que pasó fue necesario para el nacimiento de *Antichrist Superstar*. Fue un nacimiento difícil pero valió la pena. Así que supuestamente todo está bien ahora. Espero que así sea.

Enero 29, 1997, San Diego, 7 am

Una noche horrenda. Daniel Ash de Bauhaus y Love and Rockets tocó a mi puerta y quiso pasar el rato con nosotros, cosa extraña ya que nunca hemos hablado antes. Twiggy tenía unas líneas de coca en mi cuarto y Daniel Ash estaba con un séquito de seis personas. Ninguno de ellos tocó las drogas. Tan sólo ponían sus bebidas en la mesa sobre la que estaban las drogas. Yo tenía ganas de vomitar porque estaba besando el trasero de Daniel Ash, diciéndole que su forma de tocar la guitarra había sido una gran influencia para mí, y él estaba besando el mío, diciéndome que quería remezclar una canción de Marilyn Manson. Entonces, sin razón alguna, se puso en mi contra.

Rugió algo como, “No creo en lo que haces y creo que es un montón de mierda. No sé sobre tu música, pero tu mensaje —trabajé con alguien que estuvo contigo un par de días, y me dijeron como eres”. El resto de la banda fue totalmente *cool*, Kevin Haskins, el batería, me pidió un autógrafo y David J. es sólo un extraño y atemorizante hombre lagarto. La novia de Daniel Ash trataba de callarle, pero él no lo hacía. “He estado donde tú estás ahora, y no quiero estar ahí nunca más. Es un gran

viaje al cielo, de eso se trataba mi álbum. Nunca vas a ningún lado”. Creo que tenía la impresión de que nosotros adorábamos al demonio y que defendíamos la violación — probablemente por esas declaraciones falsas— y terminó aprovechándose de nosotros y ordenando servicio de habitaciones durante toda la noche. Un esquizofrénico, y otro ídolo roto para siempre.

Febrero 4, 1997, Lubbock, Texas

Dios de alguna forma ha logrado infiltrarse en el juramento hipocrático porque los médicos de aquí rehusaron tratarme con oxígeno por agotamiento después de nuestra presentación, explicándome que no estaban de acuerdo con mi moral, por lo tanto no merecía sus técnicas de salvamento de vidas. Aparentemente Jesús salva, pero los paramédicos de aquí no.

Febrero 7, 1997, Kansas

No estoy seguro de qué odio más: las amenazas de bomba o a los perros rastreadores que tratan de salvarnos. Porque sucede que esos son los mismos perros que localizan drogas, y no sé si estoy más preocupado por volar en pedazos o por ser arrestado.

Febrero 14, 1997

Hoy perdí la última conexión con mi pasado, Missi. El hecho de que no estuve con ella hoy debió haber simbolizado sus prioridades, y ya no quiere hablar conmigo. Siempre estaremos cerca el uno del otro, porque ella lleva dentro una parte de mí. Pero es una parte de mí que ya no tengo —y, además, era la parte más oscura de mí. Espero que eso no la moleste el resto de su vida.

Febrero 19, 1997, Massachusets

No puedo decidir si odio más a América de lo que ella me odia a mí.

Febrero 21, 1997, Massachusets

Otro *show* de mierda. Ahora no puedo decidir si América me odia más de lo que yo me odio a mí mismo.

Sin fecha

Lo irónico de todo este escándalo cristiano es que en ciertos niveles esta gira palidece comparada con algunas cosas que hemos hecho en el pasado. Los cristianos se quejan por la forma en que los comparo con los nazis. No se quejan de que rompa la Biblia; no se quejan de que me limpie el culo con la bandera norteamericana. No sé que es más ridículo: las historias que han creado o que la gente las crea. Si yo no cometí esos actos, ¿entonces de dónde salió todo eso? De ninguna otra parte más que de la imaginación de mis acusadores. ¿Quién es el pecador ahora?

Marzo, 1997, New York

La otra noche conocí a Fiona Apple en la fiesta de los premios *Grammy*. Es esta pequeña cantante que nadie ha oído. Soy un gran *fan* de su música. Y ella es tan *sexy* y frágil, definitivamente demasiado frágil para mí. Si alguna vez fuera puesto en una circunstancia tal en la que pudiera tener sexo con ella, me negaría porque su vagina es probablemente demasiado preciosa para ser ensuciada por mi sucio pene. Cuando entró a la habitación estaban tocando la canción que hicimos para *Lost Highway*, *Apple of Sodom*, y la letra era «tengo algo que tú no puedes comer». Una coincidencia porque esa canción es sobre obsesiones y cosas que nunca puedes tener y, de una forma distante, fue inspirada por ella.

Ella estaba encogida y parecía muy tímida, casi como un ciervo herido, como si fuera a comenzar a llorar. Le pregunté qué andaba mal, y ella dijo que estaba abrumada y que el negocio del espectáculo era demasiado estresante para una chica de su edad y constitución. Le pedí que se sentara y le dije que le traería algo de comida o un trago, pero ella era vegetariana y —a diferencia de mí— era realmente quisquillosa con las cosas que metía en su cuerpo, lo cual definitivamente significa que nunca nos llevaremos bien aunque me siento atraído por ella en muchos niveles diferentes. Cuando estaba hablando con ella, fui distraído dos segundos por la hija ebria adolescente de alguna celebridad que estaba saltando, cantando y hablando sobre todas las estrellas del *rock* que la habían dejado embarazada. Otra *starfucker* y sicofanta succionándome la vida y distrayéndome de una conversación que quería tener. Cuando me di la vuelta, este tipo extraño se había acercado a Fiona y estaba haciendo trucos de cartas para ella. Realmente patético. En el libro de formas estúpidas para levantar chicas éste era el capítulo uno. Pero creo que funcionó.

Marzo, 1997, New York

Le pedí a Fiona venir conmigo a la *premiere* de *Partes privadas*, de Howard

Stern. Él usa una canción nuestra en la película. De alguna forma creo que Howard Stern y yo somos muy similares porque sólo dice lo que tiene en la mente y molesta a muchas personas pero también las entretiene. Le considero uno de los responsables por el éxito de *Sweet Dreams* porque realmente la apoyó.

Pensé que Fiona iba a negarse porque empezó a decirme la vieja historia sobre la visita de un pariente lejano que yo habría inventado si hubiera querido librarme de hacer algo. Pero me llamó después y va a ir. No sé si esto me hace gay o no, pero creo que sería interesante ser su amigo.

Marzo, 1997, New York

En el verdadero estilo de las estrellas de *rock*, recogí a Fiona para ir a ver *Partes privadas* en una limusina blanca. Y en una forma verdaderamente anti-estrella de *rock*, ella salió sin maquillaje con el pelo despeinado. Éste fue mi primer gran evento como celebridad, y no sabía cómo comportarme. Estaba esa alfombra roja y aparentemente debes caminar por ella y dejar que la gente tome fotos, pero yo estaba confundido. Caminé unos cuantos pasos, pensé que iba por el camino equivocado y regresé al coche. Entonces alguien me dijo que debía caminar por la alfombra roja, así que fui hasta la mitad del camino, entonces me asusté porque no sabía si debía detenerme o no. Mientras tanto, un montón de reporteros acorralaron a Fiona y de pronto se encontró haciendo una entrevista con Flavor Flav. Yo no podía soportarlo más, estaba tan ofendido. No es lo mío el sentarme a charlar con un montón de idiotas que no saben quién eres pero fingen saberlo. Fiona decidió irse y yo ni siquiera me sentí desilusionado porque me sentía mal por lo abrumada que estaba.

Subí las escaleras con Twiggy, que estaba con nosotros, y me encontré a Flavor Flav. Chocamos las manos y bailamos. No podía ver sus ojos, pero si pudiera probablemente me habría estado guiñando como hacen las personas que usan drogas, ya sea real o sólo esté en tu mente. Me impresionó que él no supiera quién era Marilyn Manson, aunque no estoy seguro de que supiera siquiera quién era él mismo porque definitivamente no estaba bien de la cabeza. En ese momento me encontré con Billy Corgan, e inmediatamente le di unos relajantes musculares que tenía en el bolsillo. Decidimos que nos hacían sentir “frutales”, y después decidimos que ese sería un gran nombre para una banda que formaríamos juntos. Así que comenzamos a tener una larga y profunda conversación inspirada por la droga frutal para crear una experiencia frutal llamada Fruity, algo que probablemente nunca pasará porque no recuerdo dónde puse esas píldoras.

Me sorprendió que Billy fuera *cool* porque yo pensaba que sería un completo idiota debido a todo el correo de odio que había recibido de Trent en todos estos años, quien supuestamente desprecia a Billy por un supuesto conflicto con Courtney porque cuando Trent, supuestamente, se follaba a Courtney, cosa que dice nunca hizo, Billy

supuestamente se tiraba a la supuesta novia de Trent, lo cual él supuestamente dice que hizo, o eso me dijeron.

Entonces traté de darle las píldoras frutales a Conan O'Brien, diciéndole que eran Prozac y él parecía necesitarlas. Él sólo sonrió con esa espeluznante cabeza de bebé y se alejó para hablar con un amigo. Le hice una seña obscena, y él sólo rió. Es sorprendente lo que puedes hacer cuando tus ojos parecen extraños, tienes maquillaje terriblemente aplicado y, mides un metro noventa y estás acompañado de un fenómeno con la frente rasurada mitad Gregory Hines y un Klingon bajo los efectos del *crack* que ha sufrido terapia de radiación. (Si estás leyendo esto Twiggy, lo siento). Entonces creo que nos encontramos a Tom Arnold, estaba todo sudoroso y ansioso y acelerado y básicamente parecía estar bajo los efectos de alguna clase de droga. Le pregunté dónde estaban las drogas porque le estaba guiñando del mismo modo que había imaginado haberlo hecho antes con Flavor Flav. Y él sólo dijo en broma, "Shhh", y yo dije, "ok, bueno, llámame".

Mientras trataba de bajar las escaleras, alguien me paró y me dijo, "Ven a hacer esta entrevista". Así que yo, Billy, Twiggy y la novia de Billy nos dirigimos hacia el sofá desde el cual Howard Stern estaba transmitiendo. Joan Rivers estaba de pie frente a nosotros. Todo era ruido y caos y nadie podía oír lo que todos estaban diciendo (excepto nosotros, porque teníamos audífonos puestos). Joan Rivers sostenía un letrero que decía, «Necesito hablar contigo». Entonces me dieron ganas de explicarle a Howard lo que estaba pasando, porque todo estaba siendo filmado para la televisión. Bromeé diciendo que Joan me había dado sexo oral en el baño y que ahora me estaba siguiendo y no podía deshacerme de ella porque quería hacerlo de nuevo. Le hice una seña para que se acercara, y ella vino y se arrodilló frente a mí para rogarme que le concediera una entrevista. Pero pareció que estaba confirmando mi declaración —excepto por esos flácidos senos no está del todo mal para su edad. Como no podía entender lo que estábamos diciendo, continuamos humillándola hasta que nos aburrimos.

Después sólo estábamos ahí de pie cuando de pronto vi caminando hacia mí a una chica rubia —la antítesis de lo que busco en una mujer— con un brillante vestido color amarillo canario que debió haber tenido que usar como algún tipo de castigo kármico por algo que hizo en alguna vida pasada. Aunque no era el tipo de chica con el que quisieras tomar de la mano en público, el hecho de ser atractiva prevaleció. Todo esto pasó frente a mis ojos a los primeros pocos segundos porque yo decido si alguien va a agrardarme incluso antes de que mencionen su nombre. Tengo el mal hábito de no recordar los nombres de las personas cuando lo dicen. Usualmente estoy demasiado ocupado analizándolos —tratando de adivinar sus intenciones y determinar si tratan de follarme o de que me las folle, si quieren drogas o las tienen, si... no se me ocurre nada más que sea importante.

Entonces esta mujer canario me pidió un autógrafo porque es una gran *fan*. Un poco molesto por ser interrumpido, rápidamente garabateé un autógrafo, pero

mientras lo hacía todos me miraban de modo extraño, como si estuviera tirándome a la madre de alguien o defecando en la bebida. Más tarde, un tipo me dijo que esa mujer era Jenna Jameson. Yo le pregunté que quién era Jenna Jameson, y dijo que era la estrella porno más famosa de la actualidad. En el fondo de mi cabeza pensé en mi viaje con ácido en Fort Lauderdale, y en el hecho de que Traci Lords en realidad había actuado en la película de Howard Stern.

Ella me preguntó si podía sentarse conmigo durante la película —parecía realmente inocente, o era muy buena actriz— y caminamos hasta el teatro, asaltados por tantos *flashes* de los paparazzi que por un momento realmente me sentí como si estuviera en ese viaje de ácido en mi baño. Me asusté por un momento, pero las píldoras frutales me calmaron. Cuando me senté, Kevin Bacon estaba sentado frente a mí, detrás de mí estaba Sherman Helmsley, y al otro lado de la sala estaba Corey Feldman, un nombre bajo el cual, irónicamente, uno de mis compañeros de banda se estaba hospedando en el hotel. Siempre me divertía Corey Feldman, actuó muy bien en *Cuenta conmigo*, donde tenía la oreja deforme e iba por todos lados gritando “Jeordie screwed the pooch”. Yo siempre le decía eso a Jeordie, especialmente cuando en verdad se tiraba al perrito, que en algunos casos era Courtney. (Probablemente no debería escribir esto porque, si alguien termina robando este diario y tratando de destruirlo, probablemente será Courtney.)

Corey llevaba un traje al estilo Michael Jackson que le más estúpido que en cualquiera de sus películas, y eso ya es difícil de lograr, especialmente después de *Dream a Little Dream (Part 5)*. Sentí que era mi deber presentar a Corey Feldman con Sherman Helmsley ya que yo había conocido el arte de ambos durante tanto tiempo. Para poder estrechar sus manos, tenían que estirarse por encima de la cabeza de Billy Corgan, así que su calva cabeza se convirtió en el puente sobre el cual dos héroes de mi infancia, Mr. Jefferson y Dorky el cazador de Vampiros, se conocieron.

Continué atormentando a Corey después de eso, poniéndole lápiz de labios y presentándolo a extraños. Ya que mi deber es golpear bajo, le dije que era un gran *fan* de la canción de *rap* que lo había visto interpretar en televisión, entre las peores canciones jamás grabadas aunque aún así no era lo bastante *cool* para ser la peor canción que yo haya escuchado.

Cuando la película comenzó, Jenna Jameson seguía haciendo comentarios como, “Bueno, ¿qué vamos a hacer después? ¿Vamos a ir a un bar? ¿Vamos a pasar un rato juntos? ¿Sabes que yo me desnudo con tu música? Wow, no puedo creer que de verdad esté sentada aquí contigo...”. Tenía un gran catálogo de frases de «Soy una puta, soy una virgen, soy tu madre, soy tu hija»; tenía toda clase de miradas de «fóllame»; vació todo el contenido de su bolsa de trucos de seducción. Hay una escena en la película en que Howard está sentado con una estrella porno en un teatro y ella pone su mano en la pierna de él. Al mismo tiempo Jenna puso su mano en mi pierna, lo cual me asombró completamente porque esa era la misma parte que se supone iba a interpretar Traci Lords.

La mano de Jenna comenzó a arrastrarse hasta mi entrepierna lentamente, y, como no había tomado coca, tuve una erección. Aunque de cualquier forma tal vez habría tenido una porque ella tenía algún tipo de toque mágico en sus dedos. Después de la película, fuimos hasta el Whiskey Bar en mi limusina. Con ella iba una amiga con la que nadie quería hablar porque no era una estrella porno y el hecho de no llevar un vestido amarillo no la ayudaba a ser tan atractiva como Jenna. Tal vez Jenna había usado el vestido amarillo por amistad, como un obstáculo, para disminuir sus poderes.

En el bar, nos sentamos entre Billy Corgan y Rick Rubin. Por alguna razón Jenna tenía mi chaqueta en su regazo, y puso mi mano dentro de su falda para mostrarme que no llevaba ropa interior. Así que yo estaba sentado ahí con mi mano dentro de ella tratando de convencer a Billy Corgan, a mi izquierda, de que si usara una camiseta amarilla cruzada por una raya negra en zigzag sería Charlie Brown. Pero yo estaba tan borracho y drogado que la barba de Rick Rubin me parecía una nube que cubría toda la habitación. Todo el mundo tenía su barba. Miré a todos lados y Jenna tenía la barba, sentí la barba debajo de su falda, de pronto Billy Corgan tenía la cabeza llena de pelo de la barba de Rick Rubin. ZZ Top llegaron en el coche de *Eliminator* y un montón de chicas bajaron de él. A todas ella ya me las había follado y todas tenían la barba. Me puso nervioso y ya no sabía donde estaba mi dedo. Cuando lo saqué de ahí estaba demasiado asustado de mirarlo u olerlo porque si olía bien, no querría que Billy lo oliera, y si olía mal, no quería arruinar la noche de placer que ya estaba anticipando. Así que evité las dos cosas, sentándome sobre mi mano para que el olor no se escapara.

De regreso en la limusina, le pregunté si quería subir a mi cuarto. Pero ella dijo que alguien la estaba esperando en su hotel. Entonces entabló algún tipo de diálogo secreto con su amiga en urdu u holandés antiguo o lenguaje de señas o jeroglíficos. Lo que descubrí con mi experiencia de años en lingüística e investigación arqueológica de códigos femeninos fue que ella estaba casada y que su marido la estaba esperando, lo cual era fantástico y sólo me hizo desearla más. Ella subió conmigo, por supuesto, y recordé de la película el personaje que se supone iba a ser interpretado por Traci Lords hacía que Howard Stern se metiera en la bañera con ella. Así que pensé «¿Por qué no?». La única otra cosa que puedo recordar de esa noche es que ella tenía un tatuaje en el culo que decía, «Heartbreaker». Pero de nuevo, cualquiera en América que haya visto alguna vez una de sus películas lo sabe, así que tal vez todo fue un sueño. Pero si fue un sueño, fue uno húmedo.

Marzo 11, 1997, Japón

Me siento como alguien a quien no dejaría que mi hija se follara, y como alguien quien, si yo fuera esa hija, querría follar más que a nadie.

Sin fecha

Estoy harto de la personas que dicen que tenemos camisetas que dicen, «Mata a tus padres y mata un perro». Lo que en realidad dice la camiseta es, «Advertencia: La música de Marilyn Manson puede contener mensajes que pueden MATAR A DIOS dentro de sus impresionables mentes adolescentes. Como resultado, podrías ser convencido de MATAR A TU PADRE Y MADRE y eventualmente en un acto desesperado de conducta rockera MATARTE A TI MISMO. Así que por favor quema tus disco mientras aún hay esperanza». No pueden ver que estoy tratando de ayudarles. He dicho un millón de veces que si más gente estúpida se matara a causa de estúpidas canciones de *rock*, habría menos gente estúpida en el mundo. Ni siquiera hemos vendido esa camiseta en cuatro años. Además, las camisetas y la música no matan gente. La mala educación sí. Si alguien quiere culpar al arte, ¿entonces porque a los jóvenes les hacen leer *Romeo y Julieta* en la escuela? Ésa es una historia sobre chicos que se suicidan por una razón muy importante: sus padres no los entendían.

Sin fecha

Si en realidad me hubieran quitado las costillas, habría estado ocupado chupando mi propia polla en *Aquellos maravillosos años* en lugar de perseguir a Winnie Cooper. Además, no habría chupado la polla de otro en el escenario tampoco. Habría estado chupando el mío. Además, ¿quién tiene tiempo en realidad para matar cachorritos cuando puedes estar chupándote la polla? Creo que llamaré a un cirujano esta mañana.

Sin fecha

La noche anterior, o más bien esta mañana, una puta cuarentona que estaba convencida de ser una adolescente y que decía ser prima de Anthony Kiedis o hermana de Billy Corgan o madre de Shaquille O'Neil vino a nuestro autobús. Venía con una tonta chica bronceada con aparato dental que parecía ser su hija. Ninguna de las dos estaba bien pero eran divertidas porque no podían ver sus propias cualidades de basura blanca. Así que las dejamos quedarse y logramos convencerlas de inhalar un paquete de *seamonkeys*. Extrañamente, era blanco y venía con una cucharita, como la cocaína. Ni siquiera tuve que mentir para persuadirlas de hacerlo. Incluso les leí el manual, explicándoles que estas pequeñas criaturas son en realidad pequeños camarones y que iban a crecer en sus cuerpos durante un año. Les dije que nada podía ser más emocionante que tener estas pequeñas criaturas fluyendo a través de su corriente sanguínea —sin mencionar el efecto desconocido que les esperaba.

Sorprendentemente, lo hicieron con gusto. Y yo vergonzosamente pasé la noche hablando con esa zorra, quien trató de masturbarme mientras un video de Doom Generation se proyectaba en el fondo. Por un momento deseé que la chica de la película, Rose McGowan, estuviera aquí, y tal vez la dejaría masturbarme. Recuerdo haber leído una entrevista de Rose sobre su desastrosa niñez y su padre, que era el líder de un culto religioso. Por alguna razón sentí que ella podría entender lo que estoy pasando —no en este momento, sino en general. Para sorpresa de nadie, Twiggy terminó tirándose a la chica con aparato en su litera. Siento vergüenza de formar parte de esta banda.

Abril 6, 1997, Normal, Illinois

Mataré a cualquiera que piense que este pueblo es normal. Me hace saber que aún queda mucho trabajo que hacer. Pero me siento orgulloso de lo que hemos logrado hasta ahora con esta gira. Realmente quería hacer eso del símbolo de *shock* fascista, para crear una parte del *show* que recordara una reunión fascista, para hacer una declaración sobre las cosas contra las cuales estoy en contra, como la religión y, en de alguna forma, el *rock'n'roll*, porque el *rock'n'roll* puede ser tan ciego como el cristianismo. Al mismo tiempo quería crear una pieza gigante de *performance* que dijera, a pesar de todo lo que ha pasado con los medios y la gente que ha tratado de sabotear nuestro *show*, «Hice esto, y me salí con la mía». ¿Cómo se salió Bowie con la suya con esas letras que hablaban sobre “los negros y los hispanos... y los bares para homosexuales”? Porque él está interpretando un personaje y está criticando un cierto tipo de persona. *Antichrist Superstar* no es nada de eso: es lo que todos sienten en su corazón pero tienen demasiado miedo de decir. Es honesto. No critica a cierto tipo de persona, critica a todos incluyéndome a mí. Todos somos hipócritas, pero al admitirlo lo trasciendes y ya no es más un defecto de la personalidad como lo es en las personas que ciegamente se cuelgan de su idea de su propia rectitud. Al saber esto, creces más allá de ello. Yo he crecido más allá de ello.

Nunca admitiré esto ante nadie, pero lo escribiré aquí: La razón por la que no me he retractado en una entrevista y dicho, “Sí, sólo es un personaje, sólo es un álbum conceptual”, es porque para mí es mucho más que eso. Pero en un sentido sí lo es. Es por eso que cuando la gente pregunta, “¿Bueno, es un acto o no?”, es las dos cosas. Quiero decir, toda mi vida es un acto, pero eso es mi arte.

Sin fecha

Acabo de recibir una llamada de mi padre. Él estaba viendo *Real Stories of the Highway Patrol* y dijo que en el *show* atraparon a un tipo que habían estado

persiguiendo a través de Ohio. Cuando lo detuvieron encontraron una caja llena de armas. Era un fanático cristiano de 25 años, con pocos dientes, y dijo que iba a Florida a matar al Anticristo. EL episodio había sido grabado la misma semana que tocamos en Florida.

Abril, 1997

Adjunto la servilleta donde escribí una declaración que tenía que hacer en MTV sobre la cancelación de nuestro *show* en contra de nuestra voluntad en South Carolina:

«Una vez más los tan mentados sirvientes de Dios han probado mi opinión con su conducta hipócrita y hostil. Y una vez más han ilustrado su error de separar Iglesia y Estado y sus asquerosas similitudes con la Alemania Nazi. Desafortunadamente todos sufren: nosotros sufrimos, nuestros *fans* sufren, la constitución de los Estados Unidos sufre, y los beatos políticos de derecha de South Carolina sufren porque ahora todos les ven como los idiotas fascistas que son. ¿Qué esperamos de un Estado que aún iza la bandera confederada? ¿Quieren una revolución? ¡La tendrán!»

Mayo 10, 1997

Acabo de enterarme que uno de mis *roadies*, Sean McGann, murió anoche. Había estado bebiendo y trató de descender a *rappel* desde la pasarela. Pero olvidó atar las cuerdas. Sé que no es mi culpa, pero no puedo evitar sentir que de alguna forma lo fue, porque si no hubiera sido por mí, aún estaría vivo.

Tal vez he vivido protegido toda mi vida, porque además de mi perra Aleusha ésta es en realidad la primera persona cercana a mí que ha muerto. Me hace cuestionarme qué era lo que estaba pensando hace años cuando traté de matar a Nancy y a nuestro antiguo bajista, Brad. Haberlos matado habría sido en vano. La naturaleza toma su curso. La gente obtiene lo que merece. ¿Pero Sean realmente merecía esto?

Día de la Madre, cuarto trasero, 6 am

Llamé a mi madre hoy y me di cuenta por primera vez de lo mal que la traté cuando era joven y cuánto había abusado de ella. De no haber sido por su tolerancia y por su amor y apoyo incondicional, no habría llegado tan lejos. Le dije que la amaba, y me dijo que ya lo sabía. Si no hubiera sido así, su orgullo la habría convencido de ello de todas formas. También he visto mucho a mi padre últimamente. Viene a muchos conciertos y parece disfrutar de la atención más que yo. Anda por ahí diciéndole a todos que es el padre del “Dios del Sexo”; creo que ahora que nos

entendemos el uno al otro, nuestra relación se ha vuelto mucho mejor que cuando yo era niño. Creo que cuando la gente comenzó a aceptar lo que yo hacía, mis padres comenzaron a aceptarlo también.

Mayo 29, 1997, Paris

Hoy he charlado con Snoop Doggy Dog. Bueno, no estoy seguro de que pudiera llamarse charlar porque apenas pude entender una palabra de lo que estaba diciendo. Creo que estaba tratando de comunicarme que quería trabajar conmigo de alguna forma y algo sobre marihuana.

Junio 15, 1997, New York

Con la ayuda de nuestro abogado de derechos civiles, Paul Cambria, ganamos nuestro caso contra el estado de New Jersey y pudimos actuar en el OzzFest en el estadio de los Gigantes hoy, a pesar de las objeciones de los propietarios del estadio. (Es gracioso porque el otro día vi la película de Larry Flint y mi amigo Edward Norton —el novio de Courtney— interpretaba a una mezcla de Paul y muchos otros abogados que trabajaron en el *caso Hustler*.) A pesar de que la historia aparecía en las noticias cada cinco minutos, no estoy seguro de que la multitud supiera o que incluso le importara que hubo un pleito. Rompimos todo, incluyéndonos nosotros, a causa de nuestra frustración por su apatía. Terminé cortándome severamente, y los paramédicos no te cosen inmediatamente debido al seguro. Querían que fuera al hospital pero me quedé en el *backstage* y me emborraché con Pantera. Hablamos de la primera vez que anduve con Dimebag Darrel, quien además de tocar con Pantera es el creador de Tony Wiggins. Él nos llevó a Pogo, Twiggy y a mí a su casa en Dallas. Después de visitar varios bares de *strippers* y hacer otras cosas que la gente con pegatinas de banderas sudistas en el coche suelen hacer, recuerdo vagamente a alguien poniendo ácido en mi boca y despertando en una caja de arena tratando de evitar que un cerdo me defecara en la cara.

Junio 19, 1997, Chicago

Esperaba que el público del OzzFest tuviera la mente mucho más abierta. Este es un público que creció en la tradición de Black Sabbath, Alice Cooper y otras bandas que hicieron más que un *show rock* promedio. Pero hasta ahora sólo han sido un montón de idiotas realmente ebrios que se sienten intimidados por sentirse confundidos y tal vez quieren follarme, y eso les molesta. Pero de alguna forma extraña, creo que comienzo a disfrutar de esto. Ha pasado tiempo desde que

tocábamos sin ser el grupo principal. A veces una multitud que me odia es tan buena como una que me ama, porque eso me inspira para dar mi mejor actuación.

Julio 31, 1997, Toronto

Hoy la policía me dijo que si cantaba la canción de Patti Smith, *Rock'n'roll Nigger*, sería arrestado de acuerdo a la ley contra los crímenes raciales por promover conducta racista. Así que para joder a la policía hice que un amigo mío, Corey, que es negro, nos acompañara a mí y a mi guardaespaldas, Aaron, en mi reunión con estos estúpidos individuos. Llevando puesta una gorra de policía, le pregunté al oficial al cargo qué problema tenía con nuestro *show*. Él nerviosamente buscó entre sus notas y dijo, “hay una canción en particular”, como si no pudiera recordar cual era, y después murmura, “*Rock'n'roll Nigger*”, específicamente para no ofender a Corey, quien tenía pinta como si fuera a golpear a cualquiera que fuera blanco. Yo le expliqué que no sólo Patti Smith escribió la canción (y no yo) sino que la canción representa la soledad y discriminación de la gente por sus ideas, sus creencias y su arte —lo cual irónicamente era lo que este idiota estaba haciendo. Aún así no pareció entenderlo, así que le dije que interpretaría la canción y veríamos que pasaría cuando estuviera terminada.

Aunque le dije que el *show* no sería cambiado, sí lo cambié en muchas formas. Usé un uniforme policial y algo que me dio un *fan*, una medalla anteriormente en posesión de un oficial asesinado en el cumplimiento de su deber. También invité a Corey a cantar conmigo, en particular la líneas con la palabra «Nigger».

Tocamos la canción como un *encore*, y la presenté diciendo, «quiero hablaros de algo que pasó recientemente. Hay una canción compuesta hace veinte años por una mujer llamada Patti Smith. Y un par de policías blancos vinieron a mí y me dijeron “No puedes cantar esa canción”. Dijeron que iba en contra de la gente de color. Lo que quiero explicarle a esos idiotas es que la canción es sobre gente como ustedes y yo, gente que es discriminada por la forma que es. Igual que como nos discriminaron hoy. Y ellos no lo entendieron. Es porque son un montón de idiotas. Así que dedico esta canción a la fuerza policial canadiense».

Lo que nosotros y la multitud notamos más que nada es que nadie aquí odia a los negros. Sino a los policías. No me arrestaron ni me regañaron. Aunque los policías tal vez no escucharon. Probablemente estaban ocupados buscando en los baños las escobillas para metérselas por el culo.

Septiembre, 1997, Portugal

Mucha gente podría hacer lo que yo hago en un nivel *underground* —nosotros lo

hicimos durante muchos años y a nadie le importó. Es sólo hasta que eres famoso cuando a la gente le importa. Pero lo que hemos hecho en el escenario con la banderas fascistas, al romper la Biblia, con la nieve cayendo, con todo el conjunto — es mucho más controvertido que la desnudez o matar perros en el escenario porque es muy poderoso y significa algo. Me siento orgulloso porque al principio dudaba. No sabía si podría salirme con la mía. Pude haber sido destruido. Recuerdo que cuando tocamos el disco por primera vez para Jimmy (Iovine, gerente de Interscope Records), nos dijo, “éste es el mejor álbum de *rock* que se ha escrito en los últimos diez años. Pero no quiero que piséis los dedos incorrectos porque entonces nadie lo escuchará. Cualquiera puede vender 700.000 discos. Puedes hacer eso desde tu garage”. Así que le dije que lo importante para mí era que habíamos escrito canciones buenas que la gente recordaría y cantaría. Nos hemos infiltrado en el *mainstream* en una forma que ellos no quieren, y creo que eso es una obra de arte en sí.

Septiembre, 1997, Brasil

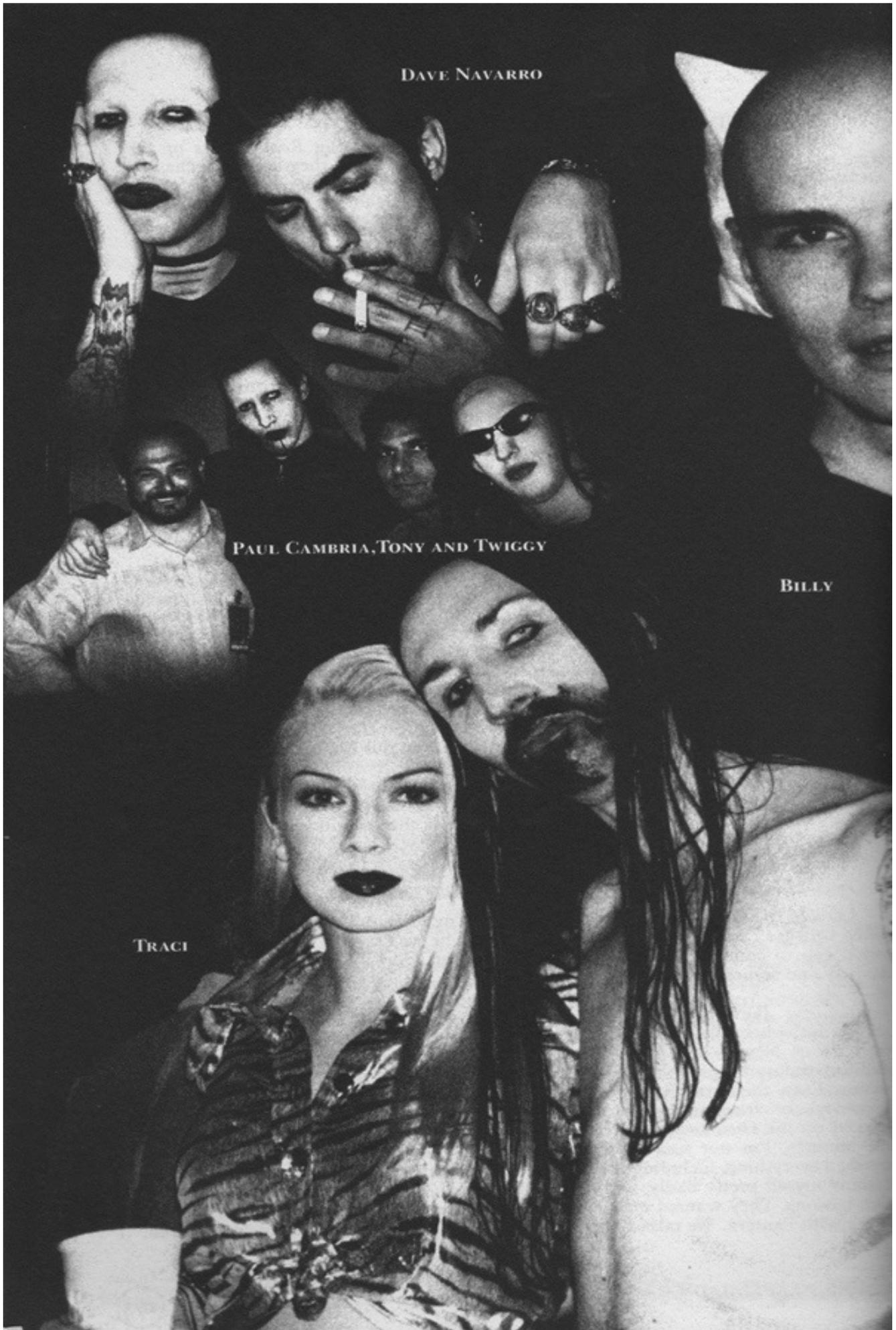
Abrí una galleta de la fortuna y decía, «Cuando todos tus deseos sean concedidos, muchos de tus sueños serán destruidos». Bueno, he conseguido todo lo que quería. Somos la banda más grande de América. Tenemos álbumes de platino. Obtuvimos la portada de *Rolling Stone* que Dr. Hook nunca tuvo. Pero logré destruir y perder todo lo que he amado en el camino. Todo el mundo me ve ahora como yo veía a mi abuelo. Espero que les guste lo que ven, porque a mí sí.

CÍRCULO CERO: ILUMINACIÓN

Me siento una parte Elvis Presley, una parte Jack Warner y una parte Reverendo Ernest Angley, y eso me perturba. Al hacer de mis errores un éxito me he convertido en lo que una vez temí.

Septiembre 17, 1997, Ciudad de México

El *show* de hoy ha sido un desastre, un alivio, un fiasco. Twiggy se cortó la mano en la última canción de este último *show* al destrozarse su bajo. Fue todo lo que es el *rock'n'roll* y todo lo que nosotros representamos. Siento que hemos crecido en el último año, y me alegra que haya terminado, ya puedo ver que América, Nothing Records, nuestros amigos y los medios han percibido que esto es el punto más alto de nuestra carrera. Desafortunadamente para ellos sólo es el principio.

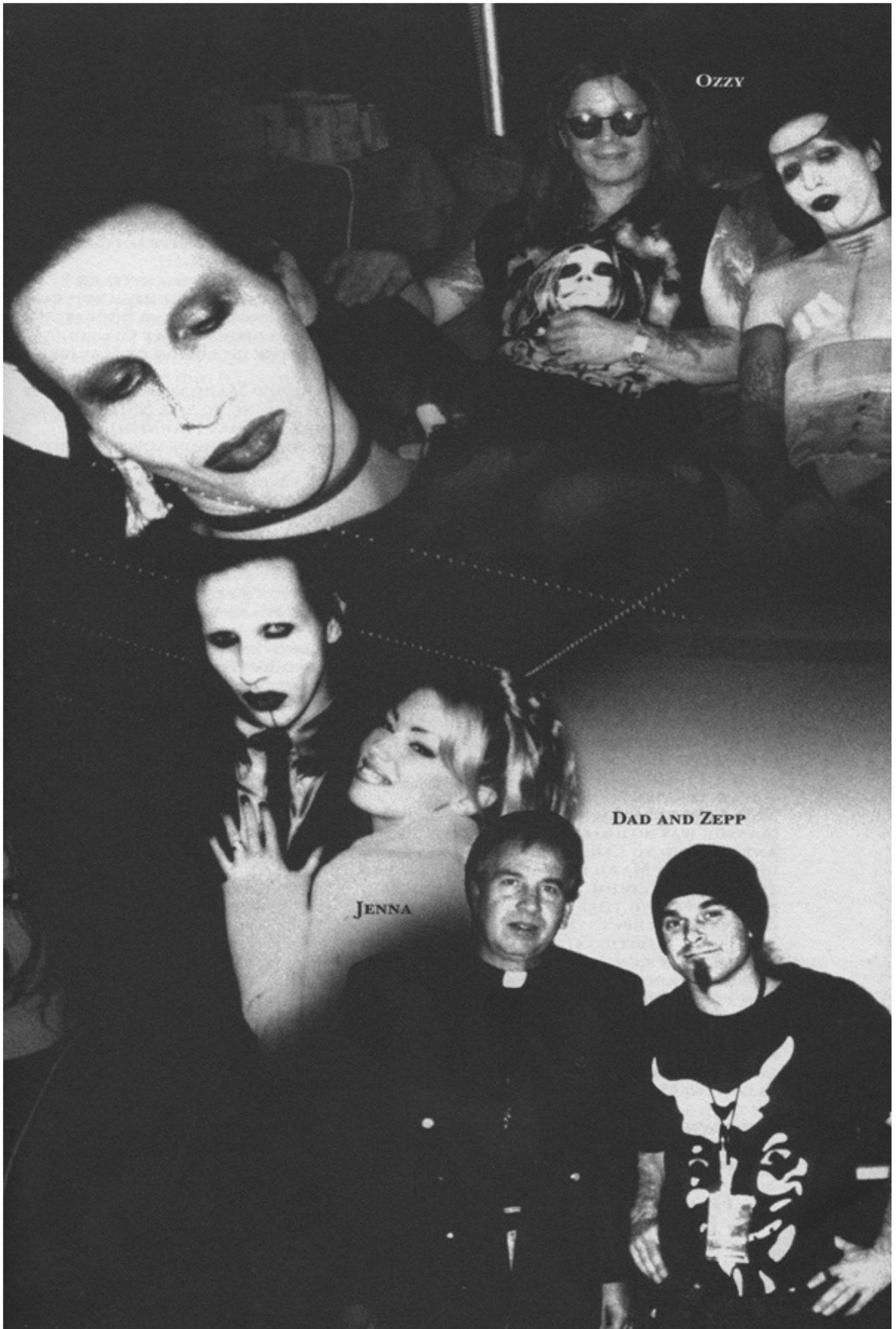


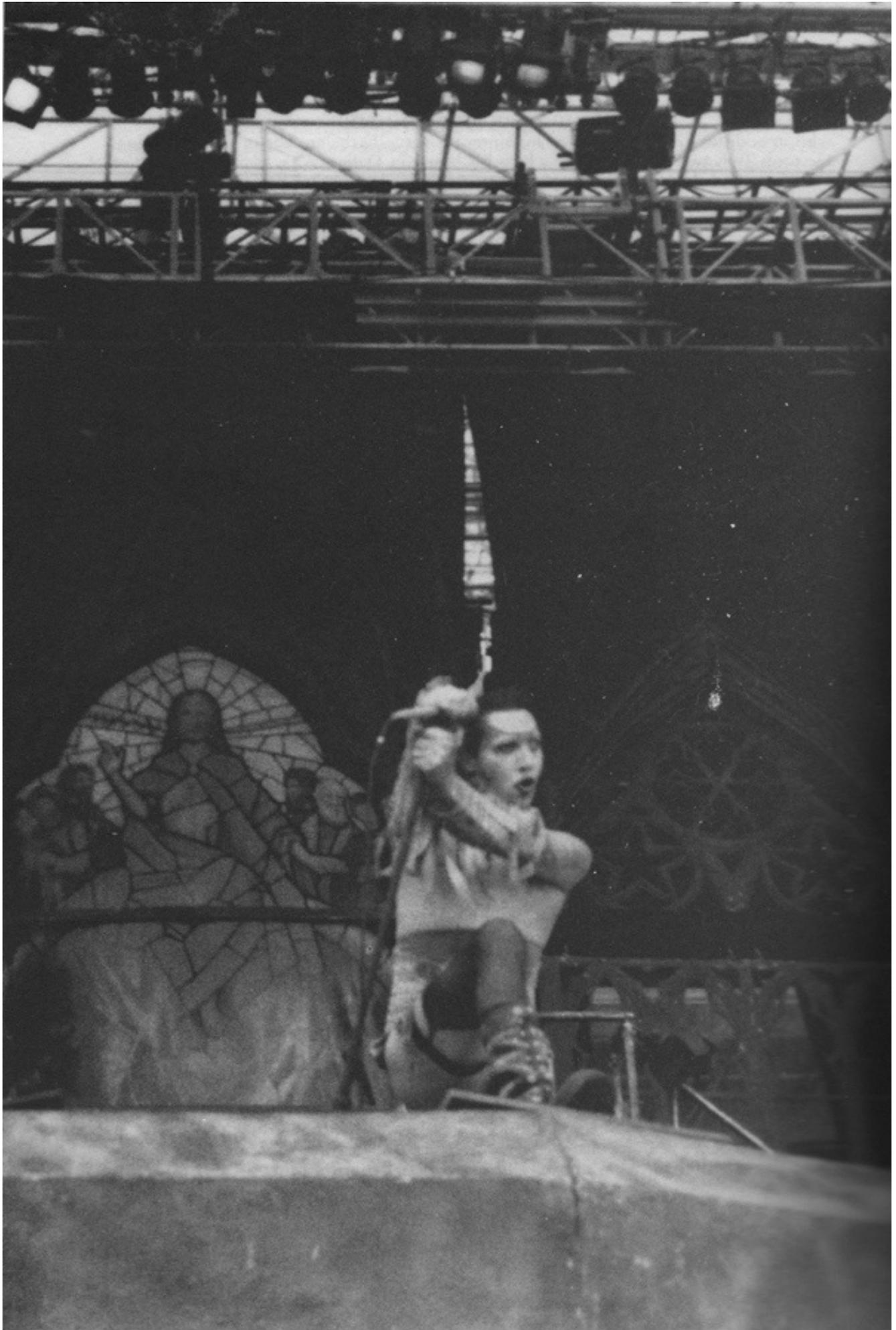
DAVE NAVARRO

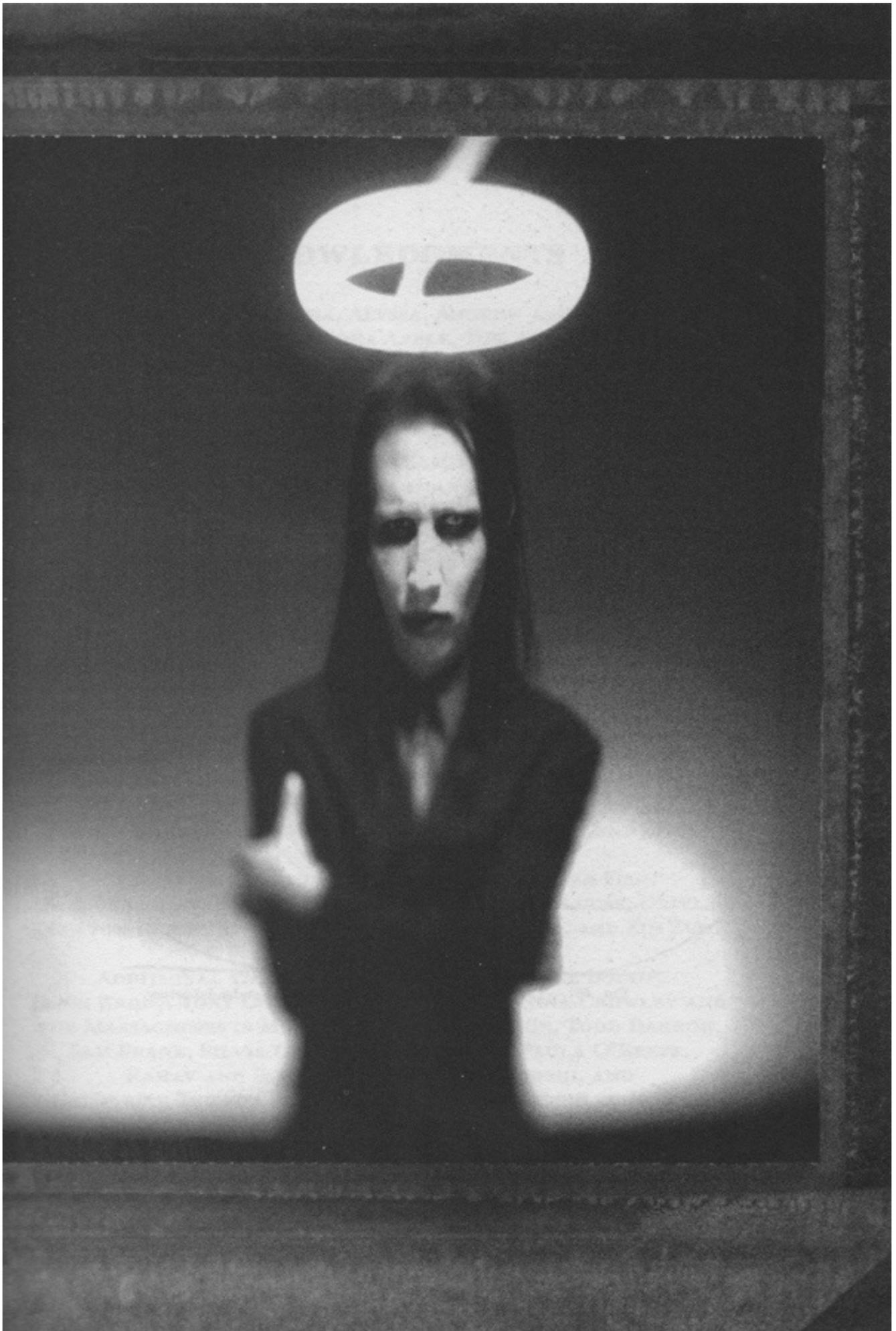
PAUL GAMBRIA, TONY AND TWIGGY

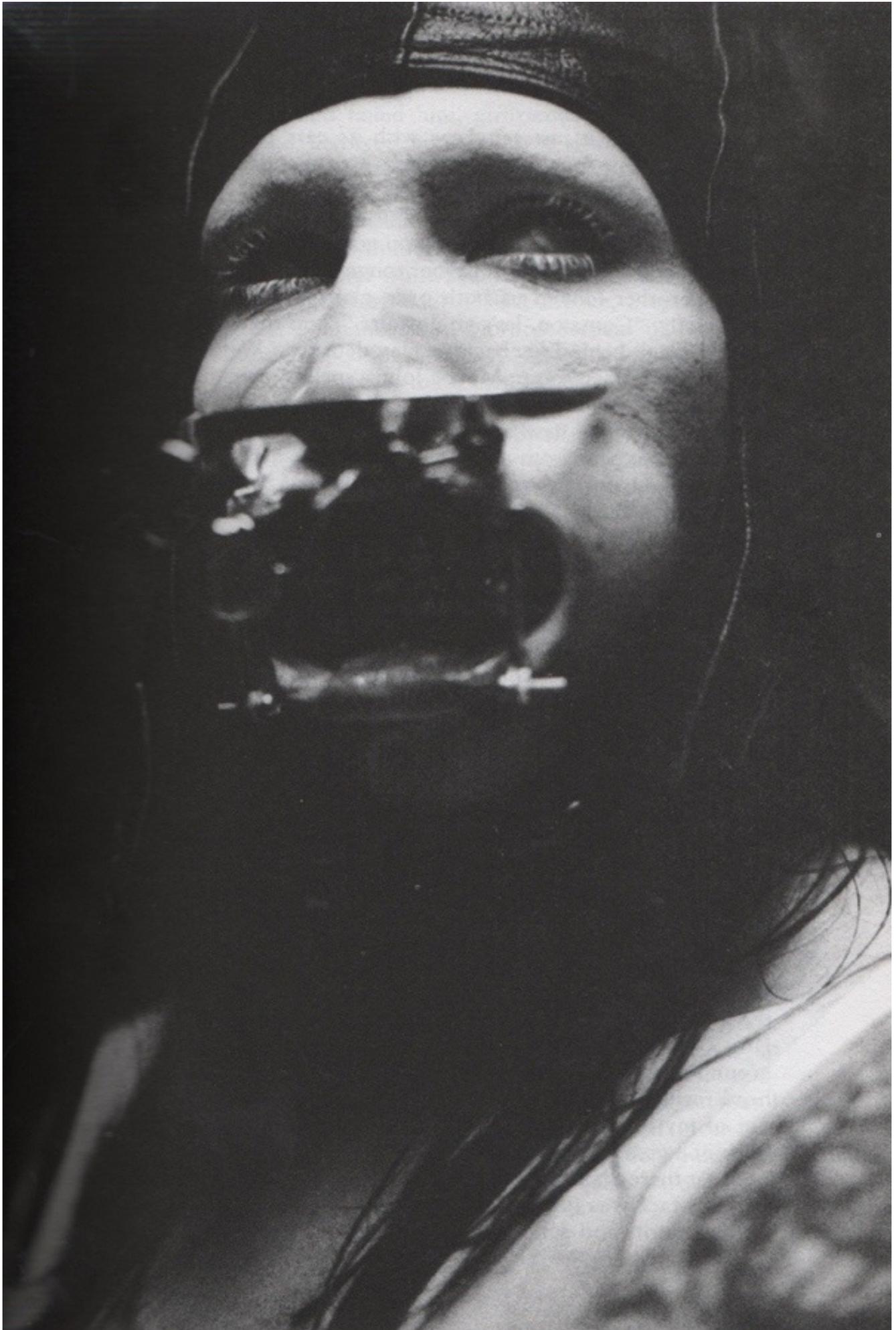
BILLY

TRACI











AGRADECIMIENTOS

Gracias a Aleusha, Alyssa, Andrew y Suzie, Reverendo Ernest Angley, Fiona Apple, Tom Arnold, Daniel Ash, Asia, Big Darla, Blanche Barton, Sean Beavan, Mrs. Burdick, Paul Cambria, Carl, Casey, Chad, Carolyn Cole, Corey, Billy Corgan, Keith Cost, John Crowell y su hermano, Dave, Freddy DeMann, Aaron Dilks, Dimebag Darrell, Eden, Corey Feldman, Robin Finck, Flavor Flav, Frankie, Frog, Michelle Gill, John Glazer, Sherman Helmsley, Jimmy Iovine, Jay and Tim, John Jacobas, Jenna Jameson, Jeanine, Jebediah, Jennifer, Jessicka, Jonathan, Jack Kearnie, Kelly's Cornhole, Bill Kennedy, Richard Kent, Mary Beth Kroger, Xerxes Satan Lavey, Lenny, Mr. Lifto, Lisa, Traci Lords, Louise, Courtney Love, David Lynch, Lynn, John A. Malm Jr., Marie, Mark, Rose McGowan, Missi, *Mistress* Barbara, Nancy, Dave Navarro, Conan O'Brien, Dave Ogilvie, Guy Oseary, Paul y Richard, Saucy Peterson, Robert Pierce, Tina Potts, Ms. Price, Rachelle, Trent Reznor, Joan Rivers, Jim Rose, la barba de Rick Rubin, Neil Ruble, Shana, Sioux Z., Bob Slade, a las *Slashers*, Snoop Doggy Dogg, Howard Stern, Teresa, Terri, DJ Tim, John Tovar, Jill Tucker, Julia Valet, Barb y Hugh Warner, Beatrice y Jack Warner, Brian Warner, Tony Wiggins, a la familia Wyer, y Zepp.

Agradecimiento especial a Daisy Berkowitz, Ginger Fish, Madonna Wayne Gacy, Gidget Gein, Sara Lee Lucas, Olivia Newton-Bundy, Twiggy Ramirez, Zsa Zsa Speck, y Zim Zum.

Agradecimiento adicional a Nova Bonzek, Jennie Boddy, Jason Brody, Tony Ciulla, Kelly Coleman, Nina Crowley and the Massachusetts Music Industry Coalition, Todd Darrow, Sam Frank, Silvia Garcia, Sarah Lazin, Paula O'Keefe, Rahav y Kimberly, Patty Romanowski, y a Catherine Tyc por revisión, transcripción, investigación y/o gustarle Iron Maiden. A cada uno en ReganBooks, a mis editores en particular, Jeremie Ruby-Strauss y su "novia".

Este libro también está dedicado a la memoria de Anton Szander Lavey.